EL DESERTOR

ABDULRAZAK GURNAH





Una mañana de 1899, Martin Pearce, un escritor, viajero y orientalista inglés, exhausto después de escapar de una banda de ladrones, llega a una pequeña ciudad costera de África Oriental. Allí, en esa población en ruinas al borde de la vida civilizada, se enamora de Rehana, y comienza una apasionada historia de amor que unirá dos culturas y que reverberará a lo largo de tres generaciones y a través de los continentes, desde el África colonial hasta el Londres de los años sesenta.

Abdulrazak Gurnah

El desertor

ePub r1.0

Titivillus 22.10.2023

Título original: *Desertion*
Abdulrazak Gurnah, 2005
Traducción: Rita da Costa
Diseño: Anna Martinez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Primera parte

1

Hassanali

Corría una leyenda sobre la primera vez que lo avistaron. Más de una, en realidad, pero con el paso del tiempo y el boca a boca los elementos de todas ellas se fundieron en una sola. Siempre aparecía al alba, como una figura mitológica. En una de esas leyendas era una sombra que caminaba erguida y se movía tan despacio que, en esa peculiar luz acuosa, su avance resultaba casi imperceptible, subrepticio como el destino. Según otra leyenda, lo habían encontrado a las afueras del pueblo, completamente inmóvil —ni un temblor o el amago de un gesto—, con ojos grises que relucían en la oscuridad, a la espera de alguien cuyo inevitable sino era toparse con él. Y, cuando eso sucedió, se abalanzó sobre el recién llegado para precipitar desenlaces que nadie había previsto. Alguno incluso aseguraba haberlo oído antes de que nadie lo viera, haber distinguido en lo más profundo de la noche su suplicante y angustioso aullido, como el de una criatura legendaria. Lo que nadie ponía en duda —aunque, a decir verdad, los distintos relatos no se contradecían entre sí sino que todos reforzaban a su manera lo insólito de su aparición— era que fue Hassanali, el tendero, quien lo halló o fue hallado por él.

Hay una parte de azar en todas las cosas, y también la hubo en su llegada, pero el azar no es lo mismo que la casualidad, y hasta los sucesos más inesperados responden a algún designio. A la luz de las repercusiones que tendría en el futuro, el hecho de que fuese Hassanali quien lo encontró difícilmente puede interpretarse como algo fortuito. Por entonces, era el vecino más madrugador del lugar, pues se levantaba antes del alba para abrir las puertas y ventanas de la mezquita. Luego se plantaba en los escalones para llamar a los fieles a la oración, proyectando la voz hacia todos los rincones de la explanada que se extendía ante sí. Sal-la, sal-la. A veces, la brisa transportaba llamadas similares desde las mezquitas cercanas, donde otros se encargaban de despertar a los fieles arengándolos a voz en grito. As-salatu jairun min an-naum. Mejor rezar que dormir.

Es probable que Hassanali imaginara a los pecadores removiéndose en la cama, molestos por la interrupción, y que se congratulara por ello, henchido de virtuosa indignación. Después de la llamada a la oración, barría el polvo y la arenilla de los escalones de la mezquita con una escoba hecha de frondosas ramas de casuarina cuya silenciosa eficacia le brindaba una profunda satisfacción.

La tarea de abrir la mezquita, barrer los escalones y llamar a la oración se la había arrogado el propio Hassanali por razones que sólo él conocía. Alguien tenía que hacerlo —levantarse antes que todos los demás, abrir las puertas de la mezquita y hacer la azán a la oración del alba—, y siempre había alguien que se encargaba de esa tarea por razones que nadie más conocía. Cuando ese alguien caía enfermo o se cansaba de soportar la carga, siempre aparecía otro vecino dispuesto a relevarlo. El hombre que lo había precedido se llamaba Sharif Mdogo y dos años atrás había sucumbido a unas fiebres tan violentas durante los kaskazi que seguía guardando cama. No obstante, que Hassanali se ofreciera para relevarlo en la llamada a la oración del alba sorprendió a todos, incluido el propio Hassanali. No era lo que se dice un devoto, y había que serlo para levantarse todos los días antes de que saliera el sol a fin de arrancar a los fieles de la cama. Sharif Mdogo, en cambio, era la clase de hombre que se complacía en frustrar la indolencia ajena. Además, Hassanali era de natural aprensivo, o quizá la experiencia lo había vuelto así, cauto y desconfiado. Estas tareas seminocturnas le crispaban los nervios y le impedían conciliar el sueño, pues recelaba de la oscuridad, las sombras y los correteos en las callejuelas desiertas. Sin embargo, se había ofrecido para llevar a cabo la tarea como forma de sumisión y penitencia. Había asumido el cargo dos años antes de aquella primera aparición, coincidiendo con la llegada de su esposa Malika, para suplicar a cambio un matrimonio feliz y que su hermana dejara de sufrir.

La mezquita quedaba a escasa distancia de su tienda, al otro lado de la explanada, pero cuando empezó a llamar a la oración del alba se sintió obligado a seguir los pasos de su predecesor, Sharif Mdogo, que se adentraba en los callejones poco menos que chillando al pasar por delante de las ventanas para despertar a los fieles. Hassanali tenía calculada una ruta que sorteaba los abismos y cavernas donde las peores amenazas acechaban al abrigo de las

tinieblas, pese a lo cual vislumbraba siluetas espectrales que se escabullían por los recovecos más umbríos de la calle en cuanto se acercaba, huyendo de las oraciones y palabras sagradas que pronunciaba para animar a los fieles a sacudirse la modorra. Estas visiones eran tan reales —una garra monstruosa apenas entrevista al doblar la esquina, espíritus agraviados que resollaban suavemente a su espalda, repugnantes criaturas del subsuelo que resplandecían y se esfumaban sin que apenas alcanzara a verlas— que a menudo sudaba profusamente mientras desempeñaba su labor pese al frío de las primeras horas del día. Cierta mañana, en el transcurso de una nueva y angustiosa ronda empapada en sudor, cuando los oscuros callejones parecían abatirse sobre él como los muros de un túnel que se iba estrechando cada vez más, sintió una ráfaga de aire en el brazo y vio con el rabillo del ojo la sombra de un ala oscura. Echó a correr y desde ese día decidió poner fin a su tormento llamando a la oración desde la seguridad de los escalones de la mezquita, a la que llegaba desde su casa simplemente cruzando la explanada. A modo de penitencia, añadió a sus deberes la tarea de barrer la entrada, por más que el imán le asegurase que era suficiente con llamar a los fieles desde los escalones, sin necesidad de seguir los pasos de Sharif Mdogo, que se tomaba su cometido muy a pecho.

Hassanali estaba cruzando la explanada al alba cuando avistó al otro lado del claro una sombra que echó a andar en su dirección. El tendero parpadeó varias veces y tragó saliva, presa del pánico, aunque no se sorprendió; el mundo era un hervidero de muertos y esa hora incierta les pertenecía. Se le quebró la voz, le fallaron las palabras sagradas, su propio cuerpo lo abandonó. Aquella sombra se le acercó despacio y, a la cambiante luz del alba, Hassanali creyó advertir en su mirada un brillo pétreo y despiadado. Había vivido ese instante incontables veces en su imaginación y sabía que, en cuanto le volviera la espalda, el demonio lo devoraría. De haber estado en la mezquita se habría sentido a salvo, porque es un santuario inexpugnable, pero le quedaba un buen trecho para llegar hasta allí y aún no había abierto las puertas. Paralizado por el pánico, cerró los ojos con fuerza, farfulló una retahíla de súplicas y se dejó caer de rodillas, aceptando resignadamente su suerte.

Cuando volvió a abrir los ojos, despacio, y miró en derredor con

cautela, como si levantara una sábana que lo protegía de una pesadilla, vio al espectro desplomado en el suelo a escasos metros de distancia, apoyado a medias sobre un costado y con una rodilla doblada. En la creciente claridad, Hassanali comprendió que lo que tenía ante sí no era un espectro, sombra o demonio, sino un hombre de tez cenicienta cuyos ojos grises lo observaban, exangües.

—Subhán Al-la, ¿quién eres? ¿Eres humano o un espíritu? —le preguntó el tendero por si acaso.

El hombre contestó con algo a medio camino entre un suspiro y un gemido, confirmando así su condición humana más allá de toda duda.

Así había llegado: exhausto, desorientado, con el cuerpo consumido, la cara y los brazos cubiertos de arañazos. Arrodillándose en el suelo, Hassanali buscó con la mano el aliento del hombre y, al notarlo cálido y fuerte, sonrió para sus adentros, congratulándose por su astucia. El desconocido tenía los ojos abiertos, pero no parpadeó cuando él agitó la mano delante de su cara; habría preferido que lo hiciera. Se levantó con cautela, sin acabar de dar crédito a la asombrosa historia de la que ahora formaba parte, y se quedó unos instantes plantado como un pasmarote ante el bulto que gemía a sus pies antes de salir apresuradamente en busca de ayuda. Para entonces estaba amaneciendo. El momento más propicio para la oración matutina se desvanecía rápidamente y Hassanali aún no había llevado a cabo las tareas que se esperaban de él. Temía que los fieles asiduos a las oraciones del alba se disgustaran al despertarse más tarde de lo habitual y descubrir que se habían saltado la bendición matutina. Eran en su mayoría hombres de avanzada edad que querían tener las cuentas con Dios saneadas y al día, no fuera a llamarlos de improviso. Pero el tendero debería haber recordado que esos fieles tampoco dormían ya de un tirón, sino que daban vueltas en la cama durante toda la noche, esperando con impaciencia que saliera el sol y la llamada a la oración acudiera a liberarlos. De modo que, no bien fue en busca de auxilio, preocupado por haber faltado a su deber como almuecín, se cruzó con varios fieles que habían salido de casa extrañados por no haber oído la llamada a la oración, algunos quizá preguntándose si Hassanali estaba bien, o si le había pasado algo durante la noche. Así pues, hubo testigos de la llegada

del hombre, gente que se reunió en torno a su cuerpo de ojos desorbitados y lo vio tendido como una sombra en la explanada, delante de la mezquita.

Hassanali volvió en compañía de dos jóvenes a los que había encontrado dormitando acurrucados en el portal del café. Trabajaban allí y estaban esperando que el establecimiento abriera sus puertas, apurando los últimos instantes de descanso antes de que empezara el trajín de la jornada, pero corrieron a ayudarlo cuando Hassanali los despertó bruscamente. En los viejos tiempos, todos se desvivían por echar una mano. Cuando llegaron al lugar de los hechos, apretando el paso para no quedarse rezagados respecto al tendero, que avanzaba a grandes zancadas con creciente solemnidad, encontraron a tres ancianos —Hamza, Alí Kipara y Djumáne— reunidos en torno al cuerpo, que observaban con meticuloso interés. Eran los incondicionales de las oraciones del alba, los mismos que se apostaban justo detrás del imán durante las plegarias, y también los primeros clientes del vendedor de café. Hombres sabios que, habiendo dejado atrás sus mejores años, aspiraban a ser vistos como venerables ancianos de existencia ejemplar y observaban sin perder detalle cuanto ocurría en un mundo del que se sentían cada vez más excluidos. Por lo general, no movían un dedo por nadie, convencidos de que su avanzada edad los autorizaba a comportarse de ese modo. El caso es que no eran tres simples ancianos, porque todos los conocían por sus nombres de pila, pero para la época y el lugar eran sin duda viejos. Sus achaques les otorgaban cierta dignidad y esa intransigencia de la que hacían gala era quizá un intento de encarnar el rol que les habían asignado. Sea como fuere, allí estaban, fingiendo indiferencia y comentando banalidades mientras Hassanali y los dos chicos correteaban de aquí para allá. El tendero fue a abrir la mezquita para que sus ayudantes cogieran la parihuela de cuerda que se usaba para lavar a los difuntos. La situación lo incomodaba, pero no hizo ningún comentario al respecto. Los chicos levantaron a peso el cuerpo gimiente, lo depositaron sobre la parihuela y se dispusieron a transportarlo.

De pronto se desató un breve rifirrafe entre Hassanali y Hamza sobre el lugar al que deberían trasladarlo. Hamza era un hombre imponente pese a los estragos de la edad, con el rostro curtido y

surcado de arrugas, las mejillas sombreadas por una incipiente barba gris y ojos de mirada penetrante. Había sido un rico mercader de sésamo en sus años mozos, pero ahora era simplemente rico. Sus hijos seguían ganando dinero por él en una carnicería de Mombasa. Se creía merecedor de un respeto reverencial y esperaba que lo consultaran sobre cualquier asunto, por nimio que fuera. Le gustaba que lo trataran como una suerte de yamadar local. En cuanto a los otros dos ancianos, Alí Kipara había sido cestero en su juventud, y Djumáne, pintor de brocha gorda, por lo que ambos sabían qué lugar ocupaban respecto al yamadar y acudían prestos siempre que los llamaba a su lado. Hamza empezó a alejarse, impaciente y quisquilloso, instando a los dos jóvenes a seguir sus pasos. Era evidente que el deber moral de socorrer al desconocido correspondía a Hassanali, que lo había encontrado y por tanto estaba obligado a ofrecerle hospitalidad y auxilio. Hamza lo sabía de sobra, pero tal vez pretendía recordar a todos los presentes que era un hombre acaudalado para el que tales gestos caritativos constituían una obligación.

El caso es que, si bien de un modo disimulado, todos hicieron caso omiso de sus llamamientos, incluidos los otros dos sabios, y trasladaron al hombre hasta la tienda de Hassanali. La puerta que daba al patio contiguo, por el que se accedía a su vivienda, resultó ser demasiado estrecha para que la parihuela pasara por el hueco, de modo que los dos chicos cogieron al hombre a peso y lo depositaron sobre una estera debajo del cobertizo de paja adosado a la casa.

Los tres ancianos también se internaron en el patio, lanzando ojeadas furtivas a su alrededor. No había mucho que ver, pero ninguno de ellos había estado allí antes y ni siquiera la gravedad de las circunstancias podía refrenar su curiosidad. El de Hassanali era un patio grande que corría parejo a la fachada. Había varias macetas con plantas, dos ventanas con cortinas, una a cada lado de la puerta por la que se accedía al interior de la casa, un lavadero de obra, varios seredani que se usaban para cocinar y, en un extremo del patio, el aseo y el retrete. En resumen, era un patio normal y corriente. Tal vez repararan en las paredes recién encaladas y las plantas de aspecto lozano, entre ellas un rosal rojo, una lavanda en flor y un áloe erizado de espinas.

Los seis hombres se quedaron unos instantes en silencio alrededor del cuerpo, como sorprendidos por la forma en que todo había sucedido. Luego, como si prestaran juramento, empezaron a manifestar uno tras otro su parecer sobre lo que había que hacer a continuación.

—Hay que llamar a Mamake Zaituni, la curandera. Y habría que ir a buscar al Rompepiernas.

—Yo creo que alguien debería informar al imán cuanto antes, por si tiene a bien recitar alguna plegaria especial contra el contagio, o algo peor.

Esto último lo dijo Hamza, que siempre había sentido debilidad por los gestos grandilocuentes. Hassanali asintió con resignación a las sugerencias de unos y otros y luego los invitó a marcharse. Accedieron a regañadientes, conscientes de que no podían hacer otra cosa. Lo único que justificaba su presencia en el reducto privado de su hogar era el traslado del enfermo, de manera que Hassanali no tuvo más que abrir los brazos y moverlos despacio para que todos se dirigieran a la puerta del patio.

—Gracias, gracias a todos. ¿Le diréis a Mamake Zaituni que venga, por favor? —pidió, aunque eso lo endeudara todavía más con sus vecinos.

—Por descontado —contestó Hamza, el mercader, con su habitual altanería, señalando con el bastón a uno de los chicos—. Andando, que hay una vida en juego.

Antes de partir, todos ofrecieron alguna sugerencia.

—No lo toques hasta que llegue Mamake Zaituni.

—No lo tocaré.

—No lo muevas hasta que llegue el Rompepiernas.

—No lo moveré.

—Si necesitas ayuda…

—Os llamaré.

Hassanali cerró la puerta del patio sin echar el cerrojo —no quería parecer descortés— y volvió con el forastero, que yacía en la estera debajo del cobertizo. De pronto se sintió aprensivo, angustiado por estar a solas con ese hombre, como si se hubiese acercado más de la cuenta a un animal salvaje. ¿Quién podía ser? ¿Qué clase de hombre vagaba a solas por el monte? Entonces recordó que le había preguntado eso mismo al verlo postrado en el

suelo: «¿Quién eres?». Todo aquel jaleo sin duda habría despertado a las mujeres, que estarían espiando la escena al otro lado de las cortinas, impacientes por salir a averiguar qué había pasado. De repente, Hassanali temió haber cometido una imprudencia metiendo en su casa a un desconocido a todas luces enfermo. No bien lo pensó, un escalofrío de angustia le estremeció el pecho.

Observó al hombre con una sonrisa de asombro. ¿Cómo había acabado en su patio un forastero al que habían herido mientras vagaba solo por el monte? Su estupefacción no sería mayor de haberse topado con un caballo alado o una paloma parlante. A la gente como él no le pasaban esas cosas. Recordó el pánico que había experimentado al avistar esa silueta oscura, tomándola por un espantoso demonio. Eran muchas las cosas que lo atemorizaban pese a ser un hombre hecho y derecho. A veces tenía la impresión de que el mundo se cernía sobre él, imponente y amenazador, y le parecía ver sombras por doquier. A esa hora incierta entre la luz y las tinieblas, entre el mundo real y el de las ánimas, el forastero podría haber sido cualquier criatura horrenda y malévola, pero seguramente Hassanali no debería haberse postrado de hinojos como hizo. De haberse tratado de un espectro, sin duda se habría relamido de satisfacción antes de devorar su alma. El tendero sonrió al pensar en su propia naturaleza asustadiza, pero también en el hombre que yacía a sus pies, porque si algo tenía claro era que no se trataba de un espectro, y tampoco era más horrendo que cualquier hijo de vecino. El pelo desgreñado y canoso le caía sobre el rostro demacrado. Sus ojos seguían abiertos pero empañados e inexpresivos, como si mirara al infinito, aunque le pareció verlo pestañear. Su respiración superficial, levemente jadeante, disimulaba unos gemidos apenas audibles. Tenía los brazos cubiertos de arañazos provocados por la maleza. La larga túnica de percal que traía puesta, y que le cubría los pantalones y las sandalias, se veía sucia y deslucida, llena de desgarrones, remiendos y manchas que seguramente había ido acumulando a lo largo de sus andanzas, pues nadie en su sano juicio emprendería un viaje con semejantes harapos. Llevaba las sandalias sujetas a los tobillos mediante jirones de tela y se ceñía los pantalones a la cintura con lo que quedaba de una camisa marrón, que también había aprovechado para anudarse una cinta en torno a la frente. Hassanali

sonrió ante su aspecto desastrado, el que cabía esperar de un aventurero perdido en el desierto o de un combatiente. Sólo de pensarlo, se le encogió el estómago. ¿Habría metido en su casa a un bandido, un malhechor que no dudaría en asesinarlos a todos? Pero no tardó en descartar esa posibilidad: el hombre estaba más muerto que vivo y, en todo caso, él mismo parecía haber sido víctima de malhechores.

—¿Quién es? —preguntó Rehana a su espalda.

—Está herido —contestó Hassanali, volviéndose hacia su hermana sin dejar de sonreír, presa de una leve exaltación.

Rehana estaba en el umbral, sujetando la cortina de la puerta con el brazo izquierdo. A juzgar por su aire aturdido, la pesadez de los párpados, la aspereza en la voz, Hassanali dedujo que acababa de despertarse. Su hermana dio tres pasos en su dirección y observó con curiosidad al forastero, que tenía los ojos abiertos, relucientes como guijarros grises bañados por el mar. Crepusculares. Justo entonces, Hassanali lo vio pestañear con toda claridad al tiempo que sus labios agrietados dejaban escapar un gemido. Rehana retrocedió bruscamente y su hermano se preguntó qué descabellada esperanza habría albergado su corazón en ese instante fugaz.

—¿Qué nos has traído, querido amo? —preguntó ella a su espalda en el tono que empleaba para burlarse de él, y Hassanali no pudo evitar estremecerse. Un día que empezaba con ese tono de voz prometía ser largo y humillante. Cerró los ojos con fuerza unos instantes, como si hiciera acopio de fuerzas.

—Está herido —repitió, volviéndose hacia ella.

Rehana lo miraba con los labios fruncidos y arqueados hacia abajo, los dientes apretados. Hassanali sintió que todo su cuerpo se tensaba de pura aversión. La vio alzar levemente la barbilla, ofendida, y comprendió que su contrariedad resultaba evidente. Pero también alcanzó a ver el dolor en los ojos de su hermana, a pesar de la ira, así que relajó el rostro y dejó que se desvaneciera aquella expresión hostil. Tal vez Rehana estuviera enfadada porque la había despertado a sabiendas de que le gustaba dormir hasta tarde, pero le costaba creer que tan sólo pensara en su propio descanso teniendo a un hombre postrado a sus pies, quizá moribundo. Justo entonces su mujer, Malika, salió al patio por el estrecho hueco que había entre el marco de la puerta y el hombro

derecho de Rehana y, al ver al forastero allí tendido en tan lamentable estado, se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación entre compungida y horrorizada. Su bondad hizo aflorar una sonrisa al rostro del tendero.

—¡Espera! —exclamó Rehana, deteniendo a Malika cuando ésta se disponía a acercarse al desconocido—. No te precipites. ¿Quién es este hombre? ¿Dónde lo has encontrado? ¿Qué le pasa?

—No lo sé —contestó Hassanali sin alzar la voz, con el mismo tono apaciguador que empleaba para dirigirse a su hermana cuando ésta estaba de mal humor, y que a veces sólo servía para crisparle aún más los nervios.

No sabía hablarle de otro modo cuando estaba enfadada, sobre todo si no podía responder a sus preguntas. E incluso cuando tenía una respuesta que darle, el desdén de Rehana lo hacía titubear y comportarse como si tuviera algo que ocultar. El hecho de que vacilara en ese preciso instante era la prueba de que se había dejado embaucar una vez más; hasta él lo creía así.

—Ha venido de por ahí. Está herido.

—¿De por ahí? ¿Podrías ser más específico? ¿Qué clase de heridas tiene? ¿Qué le pasa? —preguntó Rehana con desdeñosa incredulidad.

Hassanali conocía bien esa expresión y deseó poder decirle lo mucho que afeaba un rostro que de otro modo resultaría atractivo y afable. Pero nunca había sabido cómo decirle esas cosas sin empeorarlo todo aún más.

—Has vuelto a las andadas, está claro. ¿Qué has hecho esta vez? Un hombre aparece salido de no se sabe dónde, enfermo de no se sabe qué, y tú lo traes derecho a casa para que todos acabemos muriendo de lo mismo que lo está matando a él. No se te escapa una, ¿verdad? Estás hecho una lumbrera. ¿Lo has tocado?

—No —contestó Hassanali, sorprendido de no haberlo hecho. Miró de reojo a Malika, que bajó los ojos. Qué hermosa le pareció en ese instante, qué joven y despreocupada. Sintió una punzada de angustia mientras la observaba, algo a caballo entre un celoso anhelo de admiración y el afán de complacerla—. Los chicos lo han recogido y traído hasta aquí. Pero tienes razón, no he pensado en una posible enfermedad, sólo se me ha ocurrido que necesitaba auxilio. Será mejor que no lo toquemos hasta que Mamake Zaituni

lo examine. La he hecho llamar. Malika, no te acerques a él, como dice Rehana.

—De pronto eres un pozo de sabiduría —le espetó su hermana con desganado sarcasmo. Luego, mirando al hombre que yacía en el suelo y bajando la voz como si no quisiera ofenderlo, añadió en un tono apenas audible—: Lo has puesto en la estera de comer. ¿En qué estabas pensando para meter en casa a un desconocido enfermo sin saber qué le pasa? Como se nos muera —dijo en un susurro—, vendrán los suyos y nos echarán la culpa.

—No puedes esperar que deje a un hijo de Adán abandonado a su suerte pudiendo tenderle la mano y cuidar de él —replicó Hassanali.

—¡Ah, claro, se me olvidaba que eres un hombre de Dios! —exclamó Rehana con ligereza e incluso un amago de sonrisa—. La próxima vez llévatelo a la mezquita para que Dios se encargue de cuidarlo. Supongo que deberíamos darte las gracias por no habernos traído a un hediondo salvaje. ¿Ha ido alguien a por Mamake Zaituni?

Desde hacía años, Rehana lo trataba como si no tuviera dos dedos de frente, pero no siempre había sido así. Sólo cuando se convirtió en una mujer empezó a hablarle como si fuera corto de entendederas, como si no supiera manejarse en el mundo. Al principio le divertía que Rehana jugara a ser mayor, aliándose con su madre, que se había vuelto quisquillosa con la edad y la viudez. Mientras tanto, él trabajaba de sol a sol para salvaguardar el honor de ambas y poner comida sobre la mesa. He aquí otra cosa que Hassanali nunca se atrevía a decirle: que se deslomaba trabajando y su forma de agradecérselo consistía en acusarlo de ser un inútil delante de todos. El desdén de Rehana se fue enquistando con el paso del tiempo y su hermano se resignó a ser el blanco de su ira. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero no fue sólo el paso del tiempo lo que endureció su carácter, desde luego. Algo tuvieron que ver Azad y el propio Hassanali. A veces los reproches de Rehana lo zaherían hasta el punto de que se le anegaban los ojos en lágrimas de impotencia.

—Sí, han ido a llamarla —informó el tendero, mirando de soslayo a Malika, que correspondió con un breve gesto de complicidad antes de apartar los ojos—. ¿Hay café? —preguntó,

buscando una excusa para hablar con ella y alejarse de Rehana.

Malika asintió.

—Iré a prepararlo —dijo y, dando un rodeo exagerado para sortear el quejumbroso cuerpo del desconocido, se fue hacia los braseros.

Durante los ratos muertos en la tienda, cuando se cansaba de pasar las cuentas del rosario, Hassanali sentía el aguijón de una angustia que aparecía como salida de la nada —precipitada por asuntos impredecibles y a menudo insignificantes— y le cortaba la respiración. Cuando eso sucedía, las cosas más nimias adquirían proporciones gigantescas y se convertían en una pesada carga si se detenía demasiado en ellas, como el temor a que el afecto de Malika también acabara trocándose en desprecio.

Rehana fue a sentarse en un taburete junto a la puerta trasera, soltó un suspiro al apoyar la espalda contra la pared y se dispuso a esperar a Mamake Zaituni. Hassanali le volvió ligeramente la espalda al tiempo que reprimía un sentimiento de culpa que se apoderaba de él con demasiada facilidad. Debería aprender a blindarse frente a esas acusaciones veladas. Se apoyó en uno de los postes del cobertizo y contempló el bulto gris tendido a sus pies. Recordó la satisfacción que había sentido al verlo allí en su patio y sonrió para sus adentros al pensar en los vanos intentos de Hamza por arrebatárselo. No podía evitarlo, siempre estaba compitiendo, siempre haciéndose notar. ¿Habría intentado llevarse al forastero si fuera un hediondo salvaje, como decía Rehana? No lo creía. Se le llenaba la boca al hablar de los salvajes, con los que había viajado y comerciado en sus años mozos y a los que atribuía una ira imprevisible, una avaricia desmedida, unos apetitos irrefrenables. Animales. ¿Y él, Hassanali, acaso habría metido a un salvaje en su propia casa? La sola idea lo hizo sonreír. Por supuesto que no, los salvajes les producían pavor, circulaban toda clase de leyendas sobre ellos. Nadie podía sobrevivir ahí fuera, en el monte, salvo las bestias y los salvajes, porque ni unas ni otros temían a nadie, así como las fanáticas tribus somalíes y abisinias y toda su parentela, que habían perdido la razón tiempo atrás, inmersas en interminables guerras intestinas. Miró de soslayo a Rehana y comprobó que escrutaba su rostro sonriente, negando despacio con la cabeza, ya completamente despierta.

—Masikini —dijo—. Pobrecito de ti.

—Estaba pensando en Hamza —se excusó él—. Quería llevárselo a su casa. Ese viejo siempre quiere ser el primero en todo.

—Pero tú se lo has impedido, ¿a que sí? —le espetó ella con sarcasmo.

En ese momento, alguien llamó desde el otro lado del muro. Mamake Zaituni había llegado. Cuando Hassanali abrió la puerta, vio que los tres ancianos se habían sentado en la parihuela de cuerda a esperar novedades y que los dos chavales pululaban a espaldas de la curandera como si quisieran protegerla de alguna amenaza. Mamake Zaituni, una mujer menuda e infatigable, se abrió paso con aire expeditivo, recitando plegarias a media voz en un tono monocorde, desgranando las enseñanzas de toda una vida. Hassanali no esperaba toparse con aquella multitud. Los invitó a marcharse con un gesto ambiguo, para que no se ofendieran, y luego cerró la puerta y echó el cerrojo.

—¿Va todo bien ahí dentro?

Era Hamza, que se hacía oír por encima de los demás, como de costumbre. Hassanali volvió a abrir la puerta para pedirles educadamente que guardaran silencio y se alegró de ver que los tres ancianos se habían puesto en pie y que los dos muchachos se disponían a llevarse la parihuela. Les dijo adiós con la mano y cerró la puerta rápidamente.

—Hassanali, ¿cuándo abrirás la tienda? —preguntó Djumáne desde el otro lado del muro.

Querían que saliera cuanto antes para que los pusiera al corriente de lo que estaba pasando.

—Ya voy, hermanos —contestó.

—Nos vamos a rezar —anunció Alí Kipara a voz en cuello, quizá para tentarlo a unirse al grupo.

Mamake Zaituni, Rehana y Malika se saludaron besándose las manos, aunque en realidad la curandera no consintió que las mujeres rozaran siquiera las suyas con los labios. Era un ardid de los humildes, besar la mano ajena y retirar la propia antes de que el otro alcanzara a devolver el gesto. Era su manera de demostrar humildad incluso ante los más desfavorecidos y, al decir de todos, ese rasgo era una prueba de su santidad y uno de los motivos por los que Dios le había concedido el don de curar, como a su padre

antes que a ella. Farfullando plegarias para sus adentros, se quitó el buibui y lo dobló con sumo cuidado, como si estuviera hecho de la mejor seda y perfumado con sándalo, y no de un algodón raído, impregnado de olor a grasa y humo de leña. Un viejo chal le ceñía el rostro y caía formando pliegues hasta las muñecas, de manera que sólo se le veían las manos y el rostro de facciones angulosas. Se descalzó antes de pisar la alfombra y dio una vuelta alrededor del hombre sin tocarlo, canija y encorvada como una vieja ave de rapiña, al tiempo que recitaba una plegaria para rogar auxilio y protección frente a lo desconocido. A continuación, pidió a Rehana y Malika que entraran en la casa por proteger el decoro del forastero. Hablaba en tono brusco y destemplado, como si las mujeres se hubiesen quedado allí merodeando en busca de algún placer inconfesable. Siempre se mostraba así de enérgica y tajante, y nunca perdía de vista las convenciones.

Rehana resopló, impaciente, pero no opuso resistencia. La combinación de humildad y brío que desplegaba Mamake Zaituni hacía imposible llevarle la contraria, y siempre tenía la presencia de ánimo suficiente para saber qué era lo mejor en cada situación. Con una cuchilla afilada, rasgó la túnica del hombre sin necesidad de desplazarlo, descubriendo así su cuerpo desde el cuello hasta los tobillos. Era un europeo de piel clara. Su cuerpo delgado y huesudo parecía extrañamente frágil en la creciente claridad. Al principio, Hassanali lo había tomado por uno de esos árabes del norte de los que había oído hablar, de tez pálida, ojos grises y pelo dorado, pero cuando le quitaron las sandalias y el pantalón vieron que el forastero no estaba circuncidado. Mzungu, concluyó Mamake Zaituni para sus adentros. Europeo. El hombre estaba magullado y cubierto de arañazos, pero no presentaba heridas en la parte frontal del cuerpo ni en los costados. Su abdomen era tan extrañamente pálido y liso que parecía una cosa inerte, y las manos sarmentosas de Mamake Zaituni sobrevolaron esa parte de su cuerpo con un gesto vacilante que Hassanali atribuyó a una mezcla de fascinación y pavor, como si lo tocara por satisfacer su propia curiosidad. Aquéllas eran las mismas manos incansables que amasaban el pan que Mamake Zaituni vendía todos los días, las mismas que le daban forma y lo ponían sobre la plancha caliente, y luego le daban la vuelta y lo cogían sin quemarse. Las mismas manos que masajeaban

un riñón inflamado, vendaban una pantorrilla para detener una hemorragia y se volcaban sin dudarlo en el sufrimiento humano. Esas manos sobrevolaban ahora el pálido vientre del hombre.

Lo tendieron sobre un costado. El desconocido gimió y abrió los ojos, y Hassanali esperaba que su cuerpo desprendiera un olor pestilente, pero olía a carne seca y a polvo, a trapos acartonados por el sol, a un largo viaje. Debió de vagar perdido durante días, a juzgar por su aspecto famélico y ese olor a polvo y sol que lo impregnaba. En la espalda tenía más contusiones y rasguños, así como un profundo cardenal verdoso en torno al hombro derecho, pero ninguna herida abierta, ni rastro de sangre. Volvieron a ponerlo boca arriba, y entonces Mamake Zaituni lo cubrió con la túnica rasgada y llamó a las mujeres. Por último le palpó el rostro y el forastero volvió a gemir al tiempo que abría los ojos con mirada vidriosa.

—Dadle agua tibia con miel —ordenó la curandera con su habitual brusquedad—. Una parte de miel por tres de agua en una taza de café.

Mamake Zaituni miró de soslayo a Rehana y apartó los ojos sin apenas establecer contacto visual, pero ella le devolvió la mirada con una sonrisa cargada de desdén. «Conmigo no contéis», imaginó Hassanali que decía para sus adentros.

—Dejadle dormir. No le pasa nada grave. Está agotado y sediento, de eso no hay duda. Tiene una magulladura fea en el hombro, y puede que esté roto o dislocado. Llamad al Rompepiernas para que se ocupe de eso. Voy a acabar de cocer el pan, que ya habrá gente esperando. Luego le traeré un poco de sopa.

—¿No tiene ninguna enfermedad? —preguntó Rehana con aire suspicaz.

—No veo nada que me haga sospecharlo —contestó Mamake Zaituni—. Ni fiebre, ni sarpullidos, ni olores fétidos, ni diarrea. Es posible que el sol lo haya deshidratado y aturdido. Limemkausha na kumtia kizunguzungu. Volveré más tarde, cuando haya tomado la miel y el Rompepiernas lo haya examinado. Ahora debo ocuparme de mi pan.

Las mujeres, que habían empezado a repartirse tareas mientras Mamake Zaituni se preparaba para marcharse, ya no parecían

necesitar a Hassanali, de modo que se fue a la tienda a regañadientes, con la esperanza de que el hombre dijera algo, o al menos mirara en su dirección al ver que se ausentaba. No le parecía justo dejarlo en manos de otros después de haberlo encontrado, pero el desconocido no despegó los labios, por lo menos hasta que Hassanali entró en la casa para ir a abrir la tienda.

—Llamadme si necesitáis ayuda —dijo cuando ya se iba—. Malika, no te olvides de mi café.

—Sí, amo —contestó ella, parodiando un tono sumiso.

Y así fue como llegó el inglés Pearce, causando un revuelo y una conmoción de los que nunca llegó a ser del todo consciente.

Hassanali era un hombre menudo. Se veía pequeño y un poco ridículo a ojos de los demás por ser achaparrado y rollizo. Cuando empezaban las bromas, se revolvía para sus adentros contra el torrente de pullas y chanzas, pero las soportaba en silencio con tal de ahorrarse problemas. Vivía sumido en ese estado de ensimismado apocamiento, siempre temeroso de las burlas y convirtiéndose inevitablemente en blanco de éstas. Era incapaz de disimular la angustia que esto le generaba, algo que sabían de sobra quienes lo conocían y que era también motivo de mofa. Era un rasgo que atribuían a su jinsi o ascendencia. «Los indios son cobardes —decían—, siempre están revoloteando de aquí para allá como mariposas nerviosas». El padre de Hassanali no era un hombre apocado; de hecho, había sido un joven impetuoso que cantaba, bailaba y corría por las calles como el que más, y él era la parte india de su jinsi. Dios lo había hecho así, no tenía nada que ver con su linaje, ¿y quién era él para decir lo contrario? Alhamduli-lá. Procuraba no bajar la guardia para evitar meterse en líos, convencido de que eso era lo mejor que podía hacer. Con el paso del tiempo había desarrollado cierta intuición hacia la gente que lo rodeaba, aunque no siempre servía para mantenerlo a salvo. No se tomaba a pecho las burlas y fingía que no había mala intención tras éstas, sólo un ánimo exaltado y una ruda forma de camaradería. Con los años, y pese a su natural inseguro, había desarrollado también cierto aire de superioridad respecto a sus clientes y convecinos. Era un hombre menudo, pero no por ello

menos astuto. No en vano era comerciante, vocación que llevaba aparejada la habilidad para engatusar a los clientes, para hacerles pagar más de lo que hubiesen querido desembolsar, para darles menos de lo que hubiesen querido recibir, y siempre de un modo taimado, sin caer en el descaro o el alarde. Cuando oía hablar de las artimañas y negocios de los mercaderes y los beneficios que extraían de ellos, se estremecía con una mezcla de pánico y envidia sólo de pensar en lo mucho que se arriesgaban. El caso es que los clientes se burlaban de Hassanali y él se lo hacía pagar de algún modo. Era un toma y daca que venía con el oficio.

A veces le daba por pensar que se mofaban de él porque advertían lo mucho que él disfrutaba con esas triquiñuelas. A veces desearía tener otro oficio, de panadero o carpintero, algo útil. Pero era comerciante, como tantos otros. Su padre también lo había sido y su propio hijo, el día que lo tuviera, seguiría el mismo camino. Eran gente menuda.

Cuando abrió la tienda esa mañana, había tres clientes esperando. Se puso nervioso al verlos, aunque uno de ellos no era más que un niño y los otros dos eran los mismos muchachos que habían llevado al europeo herido hasta su casa, y que ahora esperaban que les diera las gracias.

—Llevamos todo este tiempo esperándote —dijeron los chicos— y vamos a llegar tarde al trabajo.

Por lo general, Hassanali tenía tiempo de abrir la tienda sin prisas al volver de las oraciones del alba, pues a esa hora no había nadie en la calle. La cosa tenía su intríngulis. La fachada de la tienda estaba compuesta por una serie de gruesas planchas de madera, dieciocho en total, de dos palmos de ancho cada una. Retiró las dos primeras y despachó al niño por el hueco resultante. «Un cucharón de ghee y saluda a los tuyos de mi parte». Luego recompensó con diez annas a cada uno de los dos jóvenes ayudantes, que aceptaron las monedas pero no se movieron, sino que se quedaron allí plantados, reprimiendo una sonrisa. Eran buenos chicos, Salim y Babu. En su día, también ellos habían ido a la tienda por encargo de su madre, como el niño al que acababa de vender un cucharón de mantequilla clarificada, y seguramente seguirían comprándole durante el resto de su vida. Les dio otras diez annas a cada uno, y luego otro tanto para que por fin se

marcharan, satisfechos por haberle arrancado tan generosa suma. Todos creían que Hassanali era más rico de lo que realmente era, de modo que tomaban por cicatería su afán de ahorro. Era terrible que lo tomaran a uno por tacaño, por alguien que no atendía al precepto divino de que los prósperos debían ser generosos con los necesitados. La gente llenaba con sus escasas annas y rupias las arcas del tendero, que se pasaba día y noche cómodamente sentado sobre las pilas de bienes que sus clientes deseaban, sin más ocupación que contar el dinero que ganaba. Eso era lo que se decía de los comerciantes, que vivían como indigentes y escondían sus riquezas enterrándolas en el patio trasero de su casa.

Hassanali retiró las dieciséis planchas de madera restantes y las fue apilando de una en una junto a la fachada de la tienda. Luego abrió los tableros abatibles que hacían las veces de mostrador y los apoyó sobre las planchas apiladas. A continuación dispuso la mercancía de la forma habitual y se acomodó lo mejor que pudo entre los distintos recipientes de aceite, ghee o especias, los cestos de mimbre repletos de lentejas, alubias y dátiles y los sacos de arroz y azúcar. Todo llevaba su tiempo. Cuando por fin dio la tarea por concluida, le vino a la mente el café que Malika le había prometido, quizá acompañado de un bollo o un trozo de pan. Entonces pensó en el hombre que yacía bajo el cobertizo de su patio y sintió una punzada de inquietud. ¿Qué clase de persona abandonaría su tierra y viajaría miles de kilómetros para acabar deambulando a solas por el monte? ¿Su conducta denotaba valentía o una forma de locura? ¿Qué podía haber allí que superara lo que había dejado atrás? Hassanali no alcanzaba a imaginar ningún impulso capaz de llevarlo a embarcarse en una aventura semejante, y se preguntó si no habría sido una temeridad dejar a un desconocido sin voz ni nombre en la misma casa que su hermana y su mujer. Si reaccionaba con violencia o intentaba lo impensable, su negligencia sería imperdonable. Se asomó a la puerta que comunicaba la tienda con la casa y llamó a Malika.

—¡Rápido, rápido, ven enseguida!

—Ya voy, te traigo el café —contestó ella, con la voz amortiguada por los sacos y cajas que flanqueaban el pasillo.

—¡Date prisa! —la apremió él, aunque se tranquilizó un poco al oírla. No sonaba aterrada, ni mucho menos, pero aun así Hassanali

quería que se diera prisa para decirle que tuviera cuidado, para prevenirla respecto al mundo—. ¿Cómo va todo ahí dentro? —preguntó al verla llegar con una cafetera y un panecillo de mijo envuelto en un paño—. ¿Ha pasado algo?

—Pues verás, resulta que ese hombre es un demonio con forma humana —dijo Malika, plantada en el umbral con la cabeza descubierta, mirando a Hassanali con ojos desorbitados—. En cuanto Rehana le ha dado el primer sorbo de aguamiel, se ha convertido en un ruj y ahora está encaramado en el tejado, esperando que uno de nosotros se muera para arrebatarle el alma.

—Déjate de tonterías —replicó Hassanali, aunque en el fondo le gustaba que Malika le hablara en tono de chanza—. No puede ser un ruj. Te lo tengo dicho, el ruj tiene nombre, pero no un cuerpo tangible, así que no puede encaramarse al tejado.

Es más, el ruj es el espíritu indestructible que abandona el cuerpo tras la muerte, no un ladrón de almas. El mzungu al que habían acogido era un cuerpo sin nombre y, por consiguiente, no podía ser un ruj. Pero todo eso la traía sin cuidado, y repetía equivocadamente las cosas que Hassanali le había enseñado sólo para provocarlo. Cuando estaban los dos solos, bromeaba con él sin cesar. Uno de sus juegos íntimos consistía en que Malika le regañaba mientras él se deshacía en disculpas y caricias. La vida del tendero había cambiado radicalmente con la llegada de la joven.

—¿Tú qué crees que ha pasado? —le preguntó ella—. El mzungu sigue allí tirado, gimiendo y bebiendo aguamiel a sorbitos cada vez que Rehana se la ofrece, babeando y eructando como un bebé. Hace un momento ha llegado el Rompepiernas y lo está examinando. No hay motivo para que te pongas nervioso.

—No me pongo nervioso —repuso él, frunciendo el ceño, sintiéndose tentado de recordarle que casi le doblaba la edad y que debería mostrarle más respeto, aunque en el fondo no quería más respeto, sino retenerla a su lado—. Sólo pretendía asegurarme de que estabas bien. Has tardado mucho en traer el café, y no sabemos nada de ese hombre. Me preguntaba qué estaría pasando.

—El hombre sigue allí tirado, más muerto que vivo, mi señor.

Hassanali asintió.

—¿Qué dice el Rompepiernas? —preguntó.

—Aún no ha abierto la boca, pero cuando lo haga no creo que

sea para hablar con nosotras —repuso Malika, y añadió en un susurro—: Ese viejo me da grima.

—Ten cuidado —le dijo Hassanali, indicándole por señas que se marchara, pues justo entonces llegaba un cliente—, y dile al Rompepiernas que venga a verme antes de hacer nada.

El Rompepiernas era el componedor de huesos y se había ganado ese apodo, así como una temible reputación, porque no era raro que recolocara mal un hueso fracturado. A menudo, tenía que volver a partirlo para después intentar enderezarlo. A veces había que repetir la operación más de una vez, con lo que caer en sus manos podía convertirse en una pequeña tragedia. Los padres temblaban cuando sus hijos se hacían daño por temor a necesitar sus servicios, pero nadie más en los alrededores sabía componer huesos. Hassanali sólo esperaba que el pobre mzungu no tuviera nada roto.

Le gustaba la idea de acogerlo en su casa. Había visto otro hombre blanco dos o tres años atrás, un día que se había acercado al muelle. De pequeño bajaba hasta la orilla como todos los demás, si bien entonces no había mzungus. Pero ahora no tenía a nadie que pudiera encargarse de la tienda en su ausencia, y una serie de proveedores con los que trataba desde hacía mucho se encargaban de llevarle las mercancías, de modo que no necesitaba andar corriendo detrás de nadie. A veces, cuando fallecía algún vecino o figura de autoridad, cerraba la tienda y se unía al cortejo fúnebre, y durante el Ramadán era inútil tener la tienda abierta a las horas en las que nadie salía de casa. Además, desde la llegada de Malika, cerraba la tienda a mediodía y se tomaba un breve descanso después de comer. Al margen de estos momentos puntuales, y tal vez un par más de naturaleza similar, la tienda abría todos los días desde que concluían las plegarias del alba hasta una hora después de la puesta de sol, y Hassanali rara vez abandonaba su puesto junto a la caja registradora. Hasta había adiestrado su cuerpo para que se sometiera a tan implacable disciplina.

El día que bajó hasta el mar coincidió con la fiesta del Aíd al-fitr, cuando era habitual que todos los negocios cerraran durante ciertas horas, y Hassanali se acercó a la bahía, como todos los demás, para asistir a la regata anual. Allí había visto al mzungu en cuestión, sobre el estrado entoldado, entre los nobles árabes. Era un

hombre alto y rollizo que lucía chaqueta verde, pantalones claros y uno de esos sombreros enguatados de los que el tendero había oído hablar pero nunca había visto. Sabía que el sultán había hecho venir al mzungu desde Zanzíbar para dirigir las plantaciones y que, contra todo pronóstico, éste había liberado a los esclavos y arruinado a los terratenientes. Hassanali lo vio desde tan lejos que apenas alcanzó a distinguir nada más que la chaqueta verde y el sombrero. Guardaba un recuerdo más vívido de él como personaje de una historia que como un hombre de carne y hueso. Pero este otro mzungu era su huésped y yacía entre gemidos en la estera del patio sobre la que solían comer.

Tener huéspedes siempre era motivo de ilusión, sobre todo durante los primeros días, cuando un alegre caos se adueñaba de la casa y todos disfrutaban de la novedad. Le encantaba esa sensación. Aunque este huésped era completamente distinto. Un europeo, un mzungu. ¿Qué iban a hacer con un europeo? ¿Dónde iban a alojarlo? Debería haber dejado que se lo quedara Hamza, que tenía habitaciones libres, por no decir la riqueza y el mobiliario necesarios para asegurarle cierta comodidad. Ellos, en cambio, sólo tenían dos habitaciones y Hassanali se vería obligado a compartir una de ellas con el forastero. Por lo que había oído decir de los europeos, lo más probable era que exigiera una habitación para él solo, o incluso toda la casa. ¿Qué le darían de comer? ¿Cómo se comunicarían con él? Seguramente era inglés o alemán, o tal vez italiano, y Hassanali no hablaba una sola palabra de ninguna de esas lenguas. ¿Por qué iba a hacerlo? No era sino un humilde tendero de un pueblo de mala muerte en los confines del mundo civilizado. A lo mejor, se dijo mientras recolocaba los cestos y sacos de mercancías en la tienda, debería mandar llamar a Hamza para que fuera a recoger al inglés o lo que quiera que fuese el forastero. Esta idea se adueñó de él y su corazón apocado empezó a latir más deprisa. Debería mandarle recado cuanto antes: Por favor, ven y llévate al inglés, no hay lugar en mi humilde morada para semejante huésped. Sin embargo, se contuvo al pensar en las burlas que harían a su costa, por no decir que lo tacharían de mezquino y tacaño. Lo acusarían de negarle la hospitalidad a un forastero malherido aun teniendo una fortuna escondida en su casa, los infundios de siempre. La modesta cantidad de dinero que había

puesto a buen recaudo no lo convertía en un hombre rico, ni mucho menos.

Además, fue él quien vio al forastero salir de entre las sombras del alba y lo tomó por un espectro atrapado entre dos mundos por el sol naciente. Fue él quien se sintió señalado y perseguido por sus ojos grises y crepusculares. Fue la voluntad de Dios la que hizo que todas estas cosas sucedieran tal como habían sucedido, y Dios nunca dejaba nada al azar. Por tanto, era una carga que había recaído sobre sus hombros, quizá para tentarlo, castigarlo o ponerlo a prueba, según un designio que aún no alcanzaba a entender. ¿Cómo podía plantearse siquiera negarle hospitalidad y auxilio a ese hombre herido? Convencido de que sería una ofensa a Dios renunciar a la custodia del europeo, Hassanali sintió que su cuerpo se rendía a la serena exaltación que había experimentado inicialmente ante la idea de acoger al inglés en su casa. Era como si hubiese adquirido una mascota exótica de la que había estado a punto de deshacerse, aunque por suerte había recapacitado a tiempo.

Los primeros clientes del día iban y venían en un flujo constante y tranquilo cuando el Rompepiernas salió a su encuentro enfilando el pasillo que comunicaba la casa con la tienda y que también hacía las veces de almacén. Hassanali le lanzó una mirada suspicaz, preguntándose si le habría echado el guante a algo por el camino. Era la suya una mirada involuntaria, fruto de una desconfianza enraizada. Siempre estaban intentando robarle, todos ellos. ¿Quién le había dicho que podía usar el pasillo?

—Yahya, ¿cómo estás? —lo saludó Hassanali. Nadie le llamaba Rompepiernas a la cara, salvo que pudiera correr muy deprisa o no temiera sufrir una fractura accidental—. ¿Cómo está nuestro huésped?

El Rompepiernas era un anciano corpulento cuyo vientre protuberante sobresalía bajo el kanzu. Las anécdotas sobre el poderío físico de sus años mozos y su insaciable lujuria habían contribuido a darle un halo legendario y, pese a su avanzada edad, seguía pavoneándose como un guerrero heroico. El gorro de grueso algodón blanco y corte ceñido que traía puesto le endurecía las facciones y daba a su cabeza el aspecto de una bala de cañón. Miraba a todo el mundo con cara de perro y se paseaba por la calle

a grandes zancadas con los hombros echados hacia atrás y la panza hacia delante, balanceando los brazos a los costados como un soldado, sin sospechar siquiera lo cómico que resultaba a ojos de todos. La gente lo llamaba capitán por complacerlo, y quienes se burlaban de él lo hacían por la espalda o a una distancia prudente, pues tenía fama de ser un hombre trastornado y peligroso. Vivía solo en una habitación alquilada en la planta baja de una casa cuya ventana daba a la calle, y por la noche no era raro que transeúntes y vecinos lo oyeran gimoteando en sueños, presa de una profunda angustia, aunque nadie osaba despertarlo por temor a desatar su ira.

El Rompepiernas se contaba entre los primeros soldados baluchíes que el sultán de Zanzíbar había enviado para custodiar las nuevas plantaciones. Por algún motivo, la dinastía de los Al Busaid tenía cierta predilección por los mercenarios baluchíes, de los que se había servido desde el primer momento para conquistar la costa, de manera que, cuando el sultán Mayid decidió recuperar las tierras que se extendían más allá de aquella ciudad situada en los confines de su reino, envió un contingente de baluchíes junto con los miles de esclavos que iban a trabajar en las plantaciones. Fue allí donde el Rompepiernas forjó su fama como componedor de huesos. Hassanali se estremecía sólo de pensar en los pobres esclavos que habrían sido sus primeros pacientes.

Los clientes de Hassanali, que para entonces estaban al tanto de la llegada del europeo, también esperaban el diagnóstico del Rompepiernas. El comerciante observó que, nada más verlo en la tienda, los tres sabios —Hamza, Alí Kipara y Djumáne— abandonaban el café donde se habían reunido a primera hora de la mañana y cruzaban la explanada. También ellos querían saber si los temibles servicios del Rompepiernas serían necesarios.

—Capitán, ¿es verdad que los huesos de los europeos se curan solos? —preguntó uno de sus clientes, un joven flacucho que se ganaba la vida acarreando mercancías.

Todas las mañanas pasaba por la tienda para recoger un rollo de tabaco de mascar que Hassanali le regalaba a cambio de su disponibilidad para hacerle recados, y también porque le daba lástima. A lo que se le alcanzaba, el chico no tenía familia ni donde caerse muerto. Vivía sumido en una especie de frenesí nervioso,

entre tensos rictus, accesos de risa histérica y bromas soeces. Demasiado hachís, decía la gente. En ese instante, sin embargo, todos los presentes reprimieron una sonrisa, pues sabían por el tono de la pregunta que el chico se disponía a añadir alguna impertinencia, y que seguramente el Rompepiernas perdería los estribos y armaría un escándalo o algo peor.

—No digas tonterías —le reprendió el hombre sin levantar la voz, como dando a entender que el momento era demasiado importante para dejarse llevar por la ira—. En todo caso, el europeo tiene huesos débiles porque en su tierra el clima es frío y húmedo, y porque come grasa de cerdo cruda. Eso lo sabe todo el mundo.

—Entonces, capitán, no le costará demasiado rompérselos una y otra vez cuando le aplique el tratamiento —concluyó el joven entre aspavientos y gruñidos, imitando las técnicas quirúrgicas del Rompepiernas.

Sus palabras parecieron captar el interés del hombre, que por un instante fulminó con la mirada al joven escuchimizado. Luego se volvió a regañadientes hacia Hassanali, que acababa de hacerle una pregunta.

—¿Alguna fractura? —insistió el comerciante.

—No, ninguna —contestó el Rompepiernas en tono pesaroso, meneando la cabeza—. Tiene unas magulladuras bastante feas. Le he puesto una cataplasma en el hombro y volveré más tarde para ver cómo sigue. Tal vez deberías enviarlo a la ciudad, con los árabes, que cuidarán de él hasta que llegue algún barco, o lo llevarán a algún médico de Mombasa o alrededores.

—En efecto —convino Hamza, que había llegado a tiempo para oír esto último—. Envíaselo a los mandamases de la ciudad. No querrás que le pase nada estando en tu casa.

—Eso es lo último que quieres —le advirtió Alí Kipara, blandiendo el índice para resaltar sus palabras.

—Primero dejemos que descanse —repuso Hassanali, que no tenía prisa por separarse de su mzungu.

Vertió dos libras de arroz en un trozo de tela, anudó las esquinas con cuidado y tendió este fardo al Rompepiernas, que aceptó el pago sin decir palabra y se marchó a grandes zancadas. Para cuando el joven escuálido comprendió sus intenciones, él lo sujetaba por el cuello de la camisa y le retorcía la oreja sin piedad.

—No tienes modales, asquerosa ramera enferma, hijo de perra, nieto de una bestia de cuatro tetas —vociferó, retorciendo un poco más la oreja del chico—. Eres un mono, un babuino descerebrado, un perro sarnoso. ¿Quién te has creído que eres? —preguntó el Rompepiernas, dando un último y terrible tirón a la oreja del joven.

Luego, al son de un coro de risas y carcajadas que dejaron sin resuello a los mayores del lugar, se marchó meciendo los brazos arriba y abajo, como un soldado en pleno desfile, mientras el joven desgarbado se llevaba la mano a la oreja y mascullaba toda clase de insultos, llorando de rabia y humillación.

Hassanali se ocupó de sus clientes y, cuando los ánimos se calmaron y las habladurías cesaron, la multitud se dispersó camino del trabajo o de casa, donde los esperaba el desayuno. El tendero sabía que los tres sabios volverían antes del mediodía, una vez que el sol se hubiese ocultado tras las casas cercanas, para sentarse en el banco que él ponía delante de la tienda expresamente para ellos. Más tarde, cuando el sol reapareciera, se irían en busca de otro rincón a la sombra, o bien volverían al café para matar el tiempo antes de acudir a la mezquita, y luego encaminarían sus pasos de nuevo hacia la tienda. Al caer el sol, con la fresca, los cotilleos se volvían más amenos, las historias que se contaban, más largas y antiguas. Así había sido siempre, desde los tiempos de su padre. Los ancianos iban relevándose unos a otros, yendo y viniendo con su paso cansino al albur de los tiempos, pero el banco allí seguía, y nunca le faltaban ocupantes.

En la paz que siguió al ajetreo de la mañana, Hassanali tuvo ocasión de pensar en su huésped. Cuando se despertase, ya descansado, le preguntaría si quería que lo llevaran con los árabes o con el mzungu del gobierno. De momento, que descansara. Nunca habían tenido un huésped tan extraño e inesperado. Desde que se había casado dos años atrás, la madre de Malika iba de visita cada pocos meses y siempre prolongaba su estancia más de la cuenta. La tía Mariam, que era la hermana mayor de su propia madre, también los visitaba periódicamente y a veces coincidía con la madre de Malika. Las dos mujeres eran viejas amigas y, de hecho, había sido gracias a esa amistad que la tía Mariam había podido acordar el matrimonio entre Hassanali y Malika. Lo único que él tuvo que hacer fue acceder al acuerdo matrimonial para que la encantadora

Malika se materializara junto a él. Podría haber sido un desastre, pero no lo fue. Era un milagro.

Cuando la tía Mariam iba de visita, siempre lo hacía acompañada de alguna prima, sobrino o cualquier otro pariente. Hassanali estaba convencido de que le saqueaban las existencias en cuanto se despistaba. Los sobrinos eran los hijos del tío Hamadi, que vivía en Mombasa y al que había visto en contadas ocasiones, como cuando fue a darles el pésame semanas después de la muerte de su padre. Entonces todos quedaron convencidos de que el tío Hamadi, que decía haber ido para asegurarse de que su hermana no pasaba privaciones por quedarse viuda, en realidad sólo estaba allí para ver a qué podía echarle el guante. Hassanali volvió a coincidir con él al poco de morir su madre y, en esa ocasión, el tío Hamadi dijo haber ido a ver si no les faltaba nada a sus sobrinos. Al joven Hassanali no se le escapó la forma en que miraba a su hermana Rehana, que a la sazón tenía diecinueve años, y temió que quisiera convertirla en su enésima esposa. Por entonces la tía Mariam también estaba de visita, y seguramente fue su presencia la que lo disuadió de intentarlo. Era la mayor de los tres hermanos, tenía un afilado espíritu mordaz y sus carcajadas habrían echado de casa al tío Hamadi si hubiese tenido la osadía de intentar desposar a Rehana. Hassanali no recordaba si los había visitado con anterioridad, tal vez siendo él un niño, pero no habían vuelto a verlo desde que le había echado aquellas terribles miradas a Rehana, hacía ya doce años.

La tía Mariam siempre era bienvenida. Nada más llegar, luciendo sus mejores galas, se las quitaba para ponerse ropa de estar por casa mientras desgranaba noticias y cotilleos entre risas y más risas al tiempo que repartía las frutas y verduras que había traído del pueblo. Enseguida buscaba algo que hacer, ya fuera limpiar el arroz, barrer el patio, hacer la colada o cualquier otra tarea doméstica. Podría decirse que tenía un don, pues su ayuda no resultaba intrusiva ni recriminatoria, sino cordial y espontánea. Cuando estaba de visita, todas las tareas que se habían ido posponiendo durante meses se acometían como por arte de magia. Con ella, las charlas y la risa parecían no tener fin, y acudían a visitarla vecinos a los que, por lo general, nunca veían. No tenía hijos propios y vivía sola desde hacía mucho. Le encantaba que sus

sobrinos fueran a verla y pasaran unas semanas en su casa todos los años. Hassanali recordaba a su esposo, un hombre bajo y rollizo, de talante bonachón, que murió súbitamente de una hemorragia interna de origen desconocido. La tía Mariam solía decir que Hassanali le recordaba a él y, en vida de su esposo, amenazaba en broma con dejarlo para casarse con el sobrino. En su día también había coqueteado con el padre de éste, al que se declaraba cada dos por tres, ofreciéndose como segunda esposa. La madre de Hassanali la llamaba sinvergüenza, pero la tía Mariam se defendía diciendo que, si los hombres podían tener cuatro esposas, ella quería otros tantos maridos apuestos. De ese modo, cuando se cansara de uno, podía cambiarlo por otro. En realidad, sin embargo, no volvió a casarse tras la muerte de su esposo. Ahora, cuando iba de visita, se llevaba a los hijos del tío Hamadi, si los tenía consigo, o a otros primos más lejanos, hijos de una sobrina a la que Hassanali no conocía personalmente. Al parecer, dicha sobrina se divorciaba con facilidad y tenía muchos hijos que repartía entre la parentela para que los cuidaran. La tía Mariam quería que todos los miembros de la familia se conocieran entre sí y sostenía que, si no fuera por ella, nadie se molestaría en intentarlo. Si bien la madre de Malika siempre alargaba sus visitas más de la cuenta, la tía Mariam dominaba como nadie las normas de la cortesía y sabía exactamente cuándo había llegado el momento de marcharse.

La casa no disponía de una habitación de invitados, de modo que la llegada de cualquier huésped siempre acarreaba cierto ajetreo y no pocos desvelos en torno al alojamiento, las comidas y, sobre todo, el uso del cuarto de baño. Se preparaban platos más elaborados, la conversación se volvía más animada y risueña, por lo menos al principio, y Hassanali vivía con ilusión el frenesí de los planes y su constante revisión. Cuando su suegra iba de visita, compartía habitación con Rehana, que pasaba la mayor parte del día en el patio para huir de sus achaques y sus constantes quejas. Unos días le molestaba la luz, otros días no podía con el calor. A veces, al levantarse, no soportaba la humedad que le calaba los huesos; otras veces oía un zumbido constante que no la dejaba dormir por la noche. Cuando no sufría alguna de estas complejas y a veces sutiles dolencias, era una conversadora amena, capaz de evocar recuerdos y anécdotas con sorprendente precisión. A veces,

Hassanali se asomaba al patio para escuchar con disimulo la conversación de las mujeres, sentadas o tumbadas sobre una estera en penumbra, y tenía que reprimir el impulso de interrumpirlas para pedirles más detalles. Ellas eran conscientes de su presencia y cuchicheaban en un tono apenas audible cuando se referían a algo demasiado escabroso para los oídos masculinos. Eso no le molestaba, porque percibía sus sonrisas en la oscuridad.

Cuando la tía Mariam se presentaba en casa con su cortejo de sobrinos, todo se complicaba. A veces, Hassanali no sabía dónde iba a dormir hasta el momento de poner la cabeza sobre la almohada. No tenía ni la más remota idea de cómo explicarle todo esto a su huésped mzungu. Lo más fácil sería cederle la habitación que compartía con Malika, que podría instalarse con Rehana mientras él dormía en el pasillo. Más adelante, cuando el mzungu volviera en sí, podrían preguntarle por sus preferencias en lo tocante al alojamiento.

2

Frederick

Frederick Turner iba de camino a la finca cuando se enteró de la noticia. Siempre que sus quehaceres se lo permitiesen, visitaba la finca todos los martes por la mañana. Sus quehaceres incluían cartas, informes y lecturas obligadas, en su mayoría tediosos e inofensivos, todos sin excepción susceptibles de aplazamiento, de suerte que no se había perdido una sola visita a la finca desde que lo habían destinado a esa ciudad. Partía a caballo por la mañana, se quedaba a pasar la noche y volvía al día siguiente a primera hora. Aquellas visitas le permitían mantenerse informado, pasearse por el territorio para verlo todo con sus propios ojos y, de paso, asegurarse de que el capataz de la finca, Burton, no se durmiese en los laureles, por más que no respondiera directamente ante él. El propio Burton había ido a verlo la misma semana de su llegada, aprovechando un viaje a la ciudad para recoger el correo, y lo había invitado a visitar la finca siempre que gustara. Los dos hombres eran los únicos ingleses del lugar, de manera que al placer de aquellas excursiones se sumaba cierto sentido de la obligación. Burton era un tipo razonablemente afable y concienzudo, de estatura mediana y complexión robusta, con una gran cara redonda de mejillas encendidas y modales un tanto toscos. Era la viva imagen del típico granjero inglés quemado por el sol. Sabía mucho de lo suyo y no le faltaba ingenio, por no decir incluso cierto afán científico, a juzgar por sus proyectos experimentales, estanques, presas y viveros, pero tenía cierto aire indolente y apesadumbrado, así como un temperamento inconstante que, en opinión de Frederick, con toda seguridad acabaría causándole problemas si pasaba demasiado tiempo a solas. Algunas veces se quedaba mirando al infinito como si estuviera al borde de la locura. Frederick estaba absolutamente convencido de que Burton esperaba sus visitas con ilusión, por el ambiente de camaradería que había entre ambos, la conversación y la posibilidad de tomar unas copas en compañía. No sólo era el único inglés de la región, sino también la única persona con la que

podía hablar de tú a tú, pues aparte de ellos dos únicamente estaban los comerciantes guyaratíes, los árabes y, por supuesto, la población autóctona mestiza. Habría sido absurdo no relacionarse con él.

Burton hablaba sin cesar del protectorado de Uganda, las tierras altas del interior, los lagos y las grandes haciendas que se establecerían allá arriba cuando se inaugurara el ferrocarril. En su opinión, ésa era la razón de ser del protectorado. Los políticos y los diarios se llenaban la boca con el lenguaje altisonante de las estratagemas globales, como si para ellos y los demás líderes mundiales el protectorado de Uganda y el ferrocarril no tuvieran más razón de ser que la de proteger la cabecera del Nilo de los avances de los franceses. Para Burton, en cambio —y, según él, para muchos otros que compartían su talante pragmático—, esas infraestructuras servían para que los europeos accedieran a la hermosa región de las tierras altas que les estaba destinada desde el comienzo de los tiempos, por más que actualmente estuviera en manos de tribus nómadas que vivían ancladas en la Edad de Piedra y pastores sedientos de sangre. Burton hablaba con dureza cuando quería demostrar que el sentimentalismo no empañaba su visión del mundo, por lo general después de haber despachado un par de copas. Frederick aún no había viajado a las tierras altas, pero tenía intención de hacerlo algún día, sólo por echarles un vistazo. La gran aspiración de Burton era llegar a capataz de una inmensa y próspera hacienda como las que había en Sudáfrica, en la provincia de Cabo Oriental. Frederick dudaba de que estuviese a la altura del desafío. La clase de autoridad y dotes de mando que se requerían, por no hablar de la sangre fría y la determinación, no se adquirían en una o dos generaciones salvo que se tuviera un don excepcional, y a juzgar por el tiempo que pasaba en compañía de los jornaleros mientras bailaban al son de los tambores, Burton no poseía ese don.

Ir hasta la finca le permitía, además, darse el capricho de una buena cabalgata. Frederick salía a montar casi todos los días al caer la tarde, yendo hacia el norte por la playa, que se extendía sin obstáculos a lo largo de varios kilómetros hasta la desembocadura del río, o bien hacia el sur, bordeando la bahía hasta el cabo. No obstante, el trayecto hasta la finca lo obligaba a cruzar terrenos abruptos y lo mantenía en forma, además de darle a *Machnún*, su

semental, la oportunidad de desfogarse, que buena falta le hacía porque era revoltoso como un demonio. El mozo de cuadra, Idrís, lo acompañaba a lomos de la yegua *Sharifa*, y así se aseguraba de que sus dos caballos árabes se ejercitaran a conciencia por lo menos una vez a la semana. Los había traído consigo desde la India junto con Idrís, decisión de la que pronto se había arrepentido, no porque las monturas le dieran quebraderos de cabeza —tampoco Idrís, pese a su aire taciturno—, sino por la espantosa plaga de moscas que asolaba la región y provocaba a los caballos unas fiebres que empezaban con edemas y acababan en parálisis y muerte. Sólo los asnos sobrevivían en aquellos parajes.

Sus caballos eran magníficos, y fue para él un gran disgusto descubrir las penalidades que los esperaban, pero para entonces era demasiado tarde. Se fustigaba por no haberlo sabido antes y lo lamentaba amargamente. De haberlo sabido mientras estaba en la India, habría tomado otra decisión, con la que tal vez se habría incluso lucrado. En su día había adquirido los caballos en condiciones bastante ventajosas a un terrateniente sindhi al que echó una mano cuando éste tuvo problemas con una partida de algodón que debía entregar a cierta compañía británica. A cambio, el terrateniente facilitó a Frederick la compra de un semental árabe y añadió la yegua a un precio irrisorio, diciendo que era para la memsahib, para cuando volviera de su permiso en Inglaterra (sólo que Christie nunca volvió). El suyo podría parecer un gesto de cortesía excesivamente generoso, pero la hospitalidad y gratitud orientales tienden a ser malinterpretadas, sobre todo si el objeto de éstas es un funcionario público. Por supuesto, son abundantes y notorios los ejemplos que justifican la suspicacia —ahí están los nababs de Clive, Hastings y Thackeray—, pero esos caballeros robaron al Estado y vaciaron almacenes, mientras que Frederick se había limitado a agilizar ciertas gestiones. La generosidad del terrateniente respondía, en su opinión, a una forma de vida más gentil, a un talante obsequioso que se había perdido en Inglaterra por influencia de sus quejicosos y envidiosos gobernantes.

Idrís formaba parte del lote, o bien se había encariñado demasiado con los animales para separarse de ellos. Su nombre significaba «fidelidad a toda prueba», o así se lo había asegurado el terrateniente, que se lo había puesto en honor a un personaje del

Libro Sagrado. Frederick no había tenido tiempo de estudiar el Corán, pero sí ocasión de comprobar que el nombre le iba que ni pintado. El mozo de cuadra era enjuto y nervudo, no muy dado a sonreír, pero trataba a los caballos con tanta ternura como si fueran de su misma sangre. Durante un tiempo, Frederick acarició la idea de fundar una dinastía equina, pero *Sharifa* se negó a colaborar en la empresa pese a la insistencia de *Machnún*. Sin embargo, no todo estaba perdido para las pobres bestias; Frederick las había puesto a la venta a través del club inglés de Mombasa y había recibido una oferta de un tal señor Cowan, que estaba destinado en Fort Smith y había bajado a la costa para pasar las vacaciones. Frederick lo había invitado a la finca para que inspeccionara a los animales con sus propios ojos, aprovechando que Mombasa quedaba a tan sólo dos días de navegación.

Idrís no veía con buenos ojos las visitas semanales a la finca, pues decía que las ranas molestaban a los caballos. Estos animales abundaban en la zona debido a las balsas de riego, pero Frederick sospechaba que el problema era más bien que Idrís —melindroso a su manera respecto a las compañías que frecuentaba lejos de su Rajputana natal— no se sentía a gusto en la finca. Se negaba a dormir en las dependencias de los jornaleros, que en su mayoría —justo es decirlo— eran antiguos esclavos. Arrebatados a sus amos años atrás mediante triquiñuelas, habían entrado a trabajar para la compañía mientras la región seguía bajo el control de ésta. Desde la fundación del Protectorado, claro está, la esclavitud se había abolido. Burton los estaba enseñando a jugar al críquet y soñaba con celebrar una competición en la ciudad, cuando los indios que allí residían se avinieran a formar un equipo. En todo caso, Idrís se negaba a compartir alojamiento con los jornaleros. Al caer la tarde, después de atender a los caballos, se sentaba en los escalones del porche, a la vista del patrón, y leía el Corán a la luz del farol o dormitaba a la espera de que la velada llegara a su fin. A unos cientos de metros, en las dependencias de los jornaleros, las voces se mezclaban con risas y estallaban de vez en cuando en bromas cáusticas, la clase de chanzas que intercambian los hombres en ausencia de mujeres. Aquí y allá, el cálido resplandor dorado de las lámparas de aceite de coco alumbraba la oscuridad. A veces, Burton intentaba persuadir a Idrís para que se uniera a los hombres, o bien

le ofrecía una copa a modo de broma, pero el mozo de cuadra rechazaba sus invitaciones con cortés frialdad. Frederick se ponía en su lugar y le parecía de mal gusto que Burton se ensañara con él. Cuando quería dormir, Idrís se escabullía hacia la caballeriza que Frederick había mandado construir para sus visitas semanales, con un estrado de madera levantado expresamente para que el mozo de cuadra extendiera su estera.

Fue el propio Idrís quien espoleó a su montura, al poco de haber partido, para alcanzar a Frederick y hablarle del forastero. Mientras se desviaban hacia el norte antes de llegar al mercado para evitar el laberinto de fétidos y tortuosos callejones que lo rodeaban, así como los abarrotados y míseros agujeros en la pared que hacían las veces de tiendas, pasaron por delante del lúgubre despacho de Siddíq, el wakil guyaratí. Frederick sabía de sobra dónde quedaba ese despacho, pues era su deber saberlo. Al fin y al cabo, sólo había dos wakiles en la ciudad. Pero también sabía que los administradores indios eran escurridizos y avariciosos, formas de vida inferior que se cebaban en los ignorantes y los desvalidos como garrapatas de duro caparazón. Los había visto en la India, estafadores y usureros que se ocultaban bajo otro nombre, y se resignaba a mantener una relación oficial con ese ser repulsivo, pero eso no lo obligaba a saludarlo cuando estaba de paseo. Sin embargo, el wakil les salió al paso y dijo a voz en grito algo que Frederick fingió no oír. El hombre insistió, y esta vez Idrís le contestó y se detuvo a la espera de réplica. Frederick sabía que estaban hablando en kachí y reconoció la palabra «angrez», por lo que dedujo que habían hecho algún comentario jocoso y pueril sobre su persona. Entonces el mozo de cuadra se apresuró a darle alcance para contarle, en su inglés macarrónico, que había un angrez malherido.

Fue el propio Siddíq quien lideró la marcha, no sin antes cerrar con llave las imponentes puertas tachonadas de su despacho, ceñirse el gorro bordado en oro e indicarles con gesto solemne que lo siguieran. Frederick miró con desdén al hombrecillo jorobado. Cuando vio que se adentraba en el dédalo de callejuelas que conducían al mercado, le pidió a voz en grito que esperara. *Machnún* sin duda haría honor a su nombre, que significaba «alocado», en esos callejones de trazado irregular atestados de gente. Desmontó y entregó las riendas a Idrís al tiempo que lo

miraba de reojo, esperando hallar en su rostro algún amago de angustia o inquietud al ver que el patrón se disponía a internarse en un feudo local tras los pasos de ese indio al que apenas conocía, pero el mozo de cuadra permaneció impávido. Se apeó de la montura, cogió las riendas y, ni corto ni perezoso, fue a sentarse a la sombra de un árbol. Frederick siguió al wakil, sonriendo para sus adentros, ligeramente decepcionado por la reacción de Idrís. Era un hombre duro, por eso lo había contratado, pero le había tomado afecto y manifestaba hacia él cierto afán protector. Frederick creía que Idrís veía su relación como una especie de alianza, un pacto por el que aceptaba cobrar a cambio de seguirlo como mozo de cuadra. Según su anticuado código de honor, estaba muy por encima de un vulgar criado. A veces, Frederick lo sorprendía contemplándolo con un gesto que sólo atinaba a describir como de emoción o incluso de ferviente lealtad, una forma de amor viril. Al parecer, Burton también se había percatado de ello, y en cierta ocasión comentó, para regocijo de Frederick: «Ese hombre daría la vida por ti». Se preguntó qué iba a hacer con Idrís cuando hubiese vendido los caballos y anotó mentalmente que debía preguntarle por su familia y darle un regalo para ellos.

El wakil que encabezaba la marcha era un hombre flaco y ajado, de tez clara y espalda encorvada, algo que Frederick asociaba a toda una vida de corruptelas. «Un viejo arrugado y astuto como un mono», repitió dos o tres veces para sus adentros para fijar las palabras en su mente hasta que tuviera ocasión de ponerlas por escrito. El wakil lucía una chaqueta de algodón blanco abotonada hasta el cuello, pantalones ceñidos, babuchas de cuero y un gorro verde bordado en oro. Sus ademanes eran generosos y variados, demasiadas alharacas, reverencias y sonrisas serviles para el gusto de Frederick. Había algo en él que le recordaba a uno de esos personajes ligeramente siniestros de Dickens, más empalagosos que otra cosa. En un visto y no visto se sumergieron en los angostos y sinuosos callejones del destartalado casco antiguo, cuyos tejados casi se tocaban en las alturas. Llevaba casi cuatro meses destinado allí, pero aquélla era tan sólo la tercera vez que se aventuraba en ese laberinto hediondo. La calzada estaba tan desgastada por la lluvia y los arroyos de aguas inmundas que corrían calle abajo, y la basura era tan abundante, que Frederick avanzaba con veinte ojos.

En cuanto los engulló la penumbra de los callejones, se vio rodeado por un murmullo constante, un ruido ininteligible, como si hubiese entrado en un recinto cerrado donde un sinfín de personas farfullaban a media voz. Aquello era un vertedero pestilente, una cloaca a cielo abierto. Lo mejor sería echarlo todo abajo, arrasarlo hasta los cimientos, pero Frederick no disponía de fondos para acometer semejante obra.

Se obligó a inhalar pequeños sorbos de aire, aunque el instinto lo impulsaba a tomar grandes bocanadas para aliviar la sensación de asfixia que lo invadía entre el gentío, que lo miraba y remiraba, anunciando su llegada al grito de «¡mzungu!». Los vecinos apostados por fuera de las casas se levantaban al verlo pasar, perplejos y quizá preocupados. Un anciano se le acercó y le besó la mano. Frederick estaba acostumbrado a estas demostraciones de respeto reverencial. Los nativos de más edad le besaban la mano porque lo tomaban por el gobernador que había ordenado liberar a los esclavos años atrás, y él no desalentaba estos gestos de admiración, que no hacían daño a nadie y facilitaban ciertos aspectos de su trabajo. Se percató de que todos sonreían a su alrededor, pero no sabía a ciencia cierta si eran gestos amistosos o todo lo contrario, si la deferencia del anciano divertía a la multitud o era motivo de escarnio. Los tenderos lo llamaban desde sus diminutos comercios y pregonaban alguna de sus sórdidas mercancías —una lamentable pila de carbón, un par de naranjas, un puñado de huevos—, con las que costaba creer que se ganaran la vida y sobre las que, para colmo, se agachaba el andrajoso comerciante.

Los niños llamaban su atención con ademanes frenéticos e intentaban cruzarse en su camino mientras repetían «¡mzungu, mzungu!», como si pudiera no verlos. Oyó otras cosas que no acabó de entender. De hecho, se esforzó por no entenderlas. Que lo cubrieran de improperios, por qué no, de muy poco les serviría. Aquel vocerío lo irritaba, como un zumbido de insectos o un gemido animal, como el lloriqueo de las prostitutas decrépitas en un callejón de los astilleros londinenses. El banyán que lo precedía ahuyentaba a la turba con sus aspavientos, increpándolos a voz en grito con fingida exasperación e impaciencia. Frederick se sintió tentado de azotarle las nerviosas nalgas con la fusta y ordenarle

entre dientes que se comportara con un poco más de dignidad para no dejarlos a ambos en evidencia. Mal que bien, siguió avanzando a grandes zancadas, dejando una distancia de no menos de dos pasos respecto al wakil que lo precedía, confiando en que la arrolladora fuerza de su impulso bastara para despejar el camino. Frederick no era corpulento, pero sí un hombre sano y fuerte, de modo que no le inquietaban demasiado la muchedumbre ni la algarabía. Le preocupaba más la posibilidad de hacer el ridículo y convertirse en objeto de mofa si resbalaba y caía en las inmundas zanjas de las alcantarillas o sufría la agresión de algún fanático religioso. En esa parte del mundo nadie necesitaba recordatorios de lo implacable que podía llegar a ser el Imperio británico y, si los necesitaban, los asombrosos hechos que habían tenido lugar en Omdurmán el año anterior, y cuyos ecos habían llegado hasta ese lugar recóndito, acudirían prestos a la memoria de los lugareños. No obstante, las turbas autóctonas eran un polvorín que a veces ardía con abominable facilidad, motivo por el que le resultaba tan útil albergar pensamientos coléricos y hostiles hacia esa gente, para mantener su desasosiego a raya.

Frederick se preguntó quién sería el hombre herido. Lo más probable era que formara parte de la misión luterana situada hacia el norte, en la región del delta, que había seguido activa incluso después de la firma, en 1886, del acuerdo sobre las esferas de influencia que puso fin a la presencia alemana en la zona. Unos años antes de su llegada, según Burton, la misión había sido escenario de una matanza por parte de los masáis en la que habían perdido la vida el misionero metodista y su esposa, así como una veintena de sus protegidos. Un hombre intrépido, al decir de todos, que se paseaba de aquí para allá sin más arma que un paraguas y surcaba el río a bordo de una embarcación como si nunca hubiese oído hablar de los cocodrilos ni los dardos envenenados. Debió de ganarse el respeto de los lugareños, pues nunca atacaron la misión y algunos hasta se le unieron. Este hecho —que una misión salvara almas— era bastante menos común de lo que se creía, al menos según su experiencia.

Pese a todo, era increíble que los masáis hubiesen atacado una posición tan cercana a la costa y señalado como víctimas a un humilde hombre de Dios y su rebaño. Por lo general, vagaban por

las extensas regiones del interior como si fueran un ancestral patio de recreo donde daban rienda suelta a sus instintos sangrientos. ¿Cómo era esa estrofa de «Mont Blanc», el poema de Shelley sobre las inmensas peñas desperdigadas por la montaña, como si ese paisaje herido fuese el patio de recreo de ancestrales dioses menores que desataban terremotos y tormentas? Los masáis eran los indómitos dioses menores de ese desértico paisaje interior. Se creía que únicamente atacaban para obtener ganado, tal como el león ataca sólo para comer, pero Frederick opinaba que tanto unos como otro actuaban movidos por una sed de sangre y crueldad, y rezaba para no tener que poner a prueba su teoría. Era muy posible que los masáis hubiesen saqueado la misión luterana, y si no habían sido ellos habría sido otra caterva de indeseables, los galas, los somalíes o cualquier otra banda de haraganes errantes. El río tiraba de ellos hacia abajo como si fuera un embudo, tal como habían hecho los ríos con las tribus bárbaras desde el comienzo de los tiempos.

Desde Mombasa le había llegado también la noticia de que los metodistas tenían previsto abrir otra misión, esta vez más cerca de la ciudad para poder captar nuevos fieles sin exponerse a tantos peligros, de modo que, a su debido tiempo, se esperaba la llegada de un tal padre Holiday. Sin embargo, el buen pastor partiría de Mombasa por mar y no por tierra, mientras que este pobre diablo del que ahora tenía noticia seguramente había venido deambulando a pie desde el interior.

La escena que acudió a su mente mientras se abrían paso entre montañas de desechos y casas destartaladas con puertas de madera podrida era la de un andrajoso tropel de lugareños leales al buen pastor, apostados junto a una tosca camilla que habían fabricado con sus propias manos para trasladarlo a un lugar seguro. Esa imagen le hizo pensar en los dos abnegados zanzibareños que unos años antes habían recorrido miles de kilómetros para transportar el cuerpo embalsamado del venerable doctor Livingstone desde los grandes lagos hasta la costa de Bagamoyo. Primero le sacaron el corazón para enterrarlo en el mismo lugar donde había muerto y luego embalsamaron su cuerpo. ¿Cómo se les ocurrió hacer algo así? ¿De dónde sacarían dos meros porteadores la idea de un gesto tan simbólico y solemne? Impensable imaginar a dos jornaleros o peones de obra en Inglaterra concibiendo semejante plan. Cabe

suponer que el buen doctor había dejado instrucciones al respecto, pero, aun así, ¿por qué no se deshicieron del cadáver arrojándolo a la ciénaga más cercana antes de poner pies en polvorosa? Debió de ser poco menos que un santo para inspirar esa clase de fidelidad entre sus seguidores. Un andrajoso tropel de pillos y vagabundos le pisaba los talones, aunque no lo hacían movidos por la lealtad, sino más bien por la morbosa curiosidad ante el sufrimiento y el escándalo que ocupa las cabezas huecas y las mentes ociosas.

De pronto, el callejón desembocó en una luminosa y amplia explanada sin asfaltar. Se detuvo en seco, desconcertado por la grata sorpresa de ese espacio abierto. Alguien se empotró contra él por la espalda y, sin volverse siquiera, blandió la fusta con fuerza y sintió que azotaba carne y hueso. Se oyó un alarido agudo, infantil, seguido de un coro de carcajadas, y Frederick no pudo evitar sonreír. En la parte superior de la explanada había una pequeña mezquita encalada y una calle que discurría paralela a ésta. Las dos ventanas con postigos y la puerta entornada de la mezquita estaban pintadas de un magnífico azul mediterráneo que recordaba el manto de la Virgen en un cuadro de Tiziano. A su derecha, en el extremo de la explanada más cercano a él, había un café de aspecto mugriento con varios bancos y mesas dispuestos en la calle. ¿Qué hacían unas mesas con sobre de mármol en ese lugar dejado de la mano de Dios? Por detrás del café se alzaban casas de piedra, algunas con más de una planta, y otras más humildes aunque limpias y en razonable estado de conservación. Frederick divisó otro callejón que iba a dar a la explanada y comprendió que aquél era el punto donde confluía el entramado de callejuelas. A su izquierda se alzaban más viviendas, con cortinas en las puertas que se mecían con delicadeza, agitadas por la brisa que parecía soplar desde una calle que se ensanchaba progresivamente desde el otro lado de la mezquita hacia los campos que se extendían a lo lejos. Frederick sintió la caricia de la brisa y se preguntó dónde estaba y por qué nadie le había hablado de ese rincón apacible en medio de una ciudad tan decrépita. Intentó ubicarlo recreando mentalmente el mapa que tenía en el despacho. El wakil, detenido a su lado y vuelto a medias hacia él, señaló las viviendas que se alzaban a su izquierda, sonriendo al tiempo que asentía, complacido.

—Señor —dijo, invitándolo a seguirlo y moviendo la cabeza con

urgente solemnidad.

La multitud que se agolpaba a su espalda se abrió paso a empujones y se dispersó en la explanada, avanzando en la dirección que había señalado el wakil. Mientras seguía sus pasos, Frederick avistó un pequeño comercio o duka, como se conocían las atestadas tiendas de víveres que los mercaderes indios habían llevado a esa parte del mundo. No todas estaban en sus manos, pues los comerciantes de Hadramaut también tenían predilección por esa clase de establecimientos, pero la idea original era suya. Se preguntó si eso explicaba el orden que reinaba en la explanada. Allá donde sentaran sus reales, los indios llevaban consigo la prosperidad, aunque, por supuesto, no todos eran iguales. En Zanzíbar, Frederick había reconocido la miserable casta que barría las calles y abarrotaba las ciudades de la India, viviendo en la más absoluta penuria y mendigando en medio de una irritante algarabía de gimoteos y alaridos, y la mayoría de los cuchitriles infectos que pasaban por comercios estaban regentados por indios. Pero en líneas generales lo que se decía de ellos era cierto: pon a un buen banyán en tu barrio y la prosperidad no tardará en llegar.

Había un par de clientes delante de la tienda, y varios ancianos sentados en un banco pegado a la fachada. Frederick se preguntó por qué lo llevaba el wakil hacia la tienda y supuso que para pedir indicaciones. De momento no había ni rastro de su andrajoso tropel de leales porteadores. Apretó el paso para no llegar a la tienda rezagado respecto al wakil, que iba correteando delante de él. Los ancianos se pusieron en pie al verlo llegar, al igual que el dukawallah, que se apeó apresuradamente del estrado bajo el que almacenaba sus mercancías. Se comportaban así, entre aprensivos y respetuosos, ante la presencia de un europeo, y Frederick no podía por menos que entender sus motivos. De pronto, todos rompieron a hablar a la vez mientras le echaban miradas recelosas. El wakil, comprendió entonces, se dirigía al dukawallah en tono severo y exigente, pero al mismo tiempo escuchaba y asentía con aire sagaz y comprensivo. Tras varios intercambios de idéntico tenor dramático, mientras Frederick seguía sin saber a ciencia cierta qué sucedía, el dukawallah entró en la tienda, avanzó hasta el fondo y abrió la puerta que daba al patio de su casa. El wakil se adentró en el local e indicó por señas a Frederick que lo siguiera. Uno de los

ancianos se encargaba de mantener a la multitud a raya con el bastón, pero varios curiosos se agolparon en la entrada y algunos hasta se encaramaron al muro del patio.

Entonces todo se precipitó. Frederick supo, no bien salió al patio, que el hombre herido estaba allí, pero fue algo tan inesperado que no tuvo tiempo de prepararse. Distinguió a un hombre con el pelo largo y la barba crecida tumbado en una estera bajo un cobertizo de paja, cubierto por una sábana de color crema con un ribete rojiblanco. Había algo clásico y ancestral en esos colores, los mismos de las togas romanas. El hombre tenía la cabeza vuelta hacia un lado, la boca entreabierta en una expresión exhausta y afligida. Yacía en una actitud tan íntima que era casi blasfema. A su lado en la estera había una mujer sentada con las piernas cruzadas y cubiertas por la falda del vestido, de un verde apagado. Hizo amago de levantarse, pero pareció vacilar, paralizada de estupor. Cuando los dos hombres salieron al patio, se volvió y se cubrió la parte inferior del rostro con el chal, aunque Frederick había visto lo bastante para saber que era una mujer atractiva de unos treinta años, seguramente mestiza, cuya reluciente piel canela sugería un origen bayuní o somalí. Dio por sentado que era la esposa del dukawallah y le deseó un matrimonio feliz. Por un instante fugaz, o más bien un destello, pensó en Christie, que estaba en Inglaterra, y sintió una punzada de añoranza, o más bien un latido de intensidad inusual que no tardó en desvanecerse. Tiempo habría para recrearse en su recuerdo.

Frederick se apoyó sobre una rodilla junto al hombre herido y le palpó el cuello. Estaba caliente y su corazón latía con fuerza, pero no parecía febril. El hombre abrió los ojos y soltó un interminable gimoteo que sonó como un balido sordo, el penoso lamento de un animal agonizante. La mujer dijo algo y, cuando Frederick alzó los ojos en su dirección, asintió como para tranquilizarlo. Apartó la sábana en busca de sangre o heridas abiertas, pero el cuerpo estaba intacto, sólo descarnado y polvoriento. Frederick se levantó, miró a su alrededor y de pronto fue consciente de lo extraño que era todo aquello: su presencia en ese lugar, en el patio de esa casa particular, con sus botas de montar enceradas, dándose golpecitos de impaciencia en la pantorrilla con la fusta, rodeado por esos desconocidos de tez oscura que le provocaban una ira inexplicable y

con un hombre enfermo a sus pies. Sintió una extrañeza familiar, como si una parte de sí mismo contemplara la escena desde fuera, pero no era el momento de perderse en cavilaciones. Se sacudió esa sensación, que asociaba con la vacilación y la debilidad pese al impulso humanitario del que nacía, e indicó por señas que iban a necesitar una camilla.

—Tenemos que llevárnoslo de aquí —dijo, dirigiéndose primero al wakil y volviéndose luego hacia el rollizo dukawallah, que parecía abatido—. Hay que sacarlo de aquí cuanto antes. Yaldi, yaldi. Deprisa, deprisa —repitió, indicando por señas la acción de levantar y transportar el cuerpo.

Mal que bien, el wakil tomó las riendas de la situación y se encargó de los preparativos, hablando con una calma y autoridad que sorprendió a Frederick tras las alharacas de antes. No entendió una sola palabra de lo que dijo, pero aun así tuvo la impresión de que cuanto salía de su boca sonaba premeditado y calculador. A continuación se desató el caos habitual de ruido y gente que se afanaba de aquí para allá, hasta que por fin tres hombres se encargaron de levantar al pobre diablo, estera incluida, y se dispusieron a trasladarlo.

—¿Dónde están sus cosas? —preguntó Frederick—. Sus pertenencias. ¿Dónde están sus pertenencias? Sus bienes.

El wakil hizo lo que pudo, pero no logró arrancarles nada al dukawallah ni a su esposa. Los increpó y amenazó blandiendo un dedo con aire dramático, y Frederick supuso que los estaba reconviniendo por haber robado al inglés o, más probablemente, asegurándose de que le reservaran una parte del botín. El propio Frederick intervino para añadir unas palabras ásperas de su cosecha y miró al dukawallah con cara de pocos amigos, pero de nada sirvió. Varios curiosos se inmiscuyeron, elevando el tono con su cháchara ininteligible, y Frederick pensó que lo mejor era trasladar al hombre a un lugar seguro antes de que la situación se les fuera de las manos. Ya volverían más tarde para recoger sus pertenencias, le dijo al wakil, cuando el pobre hombre pudiera dar cuenta de lo que le habían sustraído.

Cuando la procesión hubo desandado el tortuoso recorrido por los callejones, Frederick encontró a Idrís sentado debajo del inmenso mango de la plaza donde lo había dejado, rodeado de

niños que contemplaban los caballos sin decir palabra. El mozo de cuadra se levantó en cuanto avistó al grupo, pero guardó las distancias a la espera de instrucciones. Frederick aprobó ese detalle, por la disciplina que revelaba. Señaló con la fusta en dirección a su casa y entonces Idrís se subió a lomos de *Sharifa* y encabezó la marcha. Su presencia añadió aún más color a la caravana que, para cuando llegaron a la residencia del gobernador, se había convertido en un cortejo medieval. Les costó lo suyo deshacerse de toda aquella gente, y en especial del wakil, pero Idrís y Hamis, el criado de Frederick, se las arreglaron para retener a la marabunta en el vestíbulo de la planta baja y dispersarla poco a poco, repartiendo monedas a los hombres que habían ayudado a cargar al enfermo, que estaba ahora instalado en la habitación de invitados y empezaba a volver en sí. Los hombres lo habían dejado tendido en la cama, todavía envuelto en la vieja estera de esparto, como Cleopatra el día que se coló en los aposentos de Marco Antonio. Frederick la apartó y, al hacerlo, descubrió que el hombre seguía tapado con la sábana del ribete rojiblanco. Comprobó que estaba hecha de una tela gruesa tejida a mano y que seguramente era nueva. Tocó la frente del hombre para ver si tenía fiebre y, al contacto con su mano, éste abrió los ojos y le sostuvo la mirada.

—¿Cómo se encuentra, amigo mío? —preguntó Frederick con delicadeza.

—¿Ha estado alguna vez en las Seychelles? —repuso el enfermo, y su interlocutor no pudo sino sonreír ante lo insólito de la pregunta y su inconfundible acento inglés.

—No he tenido esa suerte —contestó con alivio al constatar que no estaba ante un fanático luterano.

—En esta parte del mundo siempre hay que andarse con mil ojos para que no te la jueguen, como sin duda sabes —dijo Frederick, y le dio una larga y placentera calada a su puro. Luego expulsó hacia el techo una gran bocanada de humo cuya visión lo llenó de júbilo y satisfacción—. Debo decir que me alegro mucho de tenerte de vuelta entre los vivos, mi querido Pearce. Es como un milagro verte ahí sentado, tan ricamente, teniendo en cuenta el estado en que te encontramos. Cuando te canses, no dudes en decírmelo. No dejes

que te agote. Me muero por oír el relato de tus aventuras, pero hay tiempo de sobra. Es toda una hazaña que vuelvas a tenerte en pie tan pronto, pero no debes extralimitarte. Al menos no pareces haber cogido ninguna enfermedad, aunque debiste de pasar varios días bajo un sol de justicia, y tengo entendido que eso puede dar unas jaquecas tremendas. Bueno, el caso es que no estás herido. De hecho, amigo mío, diría que eres muy afortunado, porque esas tierras despobladas del interior son frecuentadas por desalmados forajidos. No sé cómo, pero te las arreglaste para no toparte con nadie en tus solitarias andanzas, porque de lo contrario no estarías aquí. Verás, cuando me hablaron de ti, pensé que eras uno de esos misioneros que se han instalado río arriba, los luteranos. Hace unos años hubo varias matanzas por esa zona, y siempre se rumorea que hay tropas abisinias haciendo de las suyas por allí, viviendo del saqueo y el tráfico de esclavos. Diría que has tenido mucha suerte de no cruzarte con esa chusma, y eso que seguramente un europeo está más a salvo con ellos que cualquier otro mortal, al que no dudarían en despachar al mercado de esclavos de Harar, pero saben que nosotros no toleramos ese tipo de cosas.

Frederick le dio otra calada al puro y sacudió con gesto mecánico la ceniza, que cayó al suelo del porche. La brisa se había calmado con la puesta de sol, dejando a su paso un ambiente templado y húmedo. Allá abajo, el mar se adentraba en la bahía con largas olas que dibujaban un arco sobre la orilla.

—¿Has estado alguna vez en las Seychelles? —preguntó Frederick, riendo entre dientes—. Curiosa manera de iniciar una conversación. Fue lo primero que dijiste cuando volviste en ti, ¿te acuerdas?

—Sí —repuso Pearce con gesto fatigado, sonriendo—. Y tú contestaste: «No he tenido esa suerte».

—No, me temo que no. ¿Te has fijado en el oleaje? Esta bahía no está protegida por ningún arrecife, algo bastante insólito por estos pagos, porque el río desemboca unos pocos kilómetros al norte de aquí. No hay nada entre esta costa y las Seychelles, yendo hacia el este. De allí parten estas olas. He oído decir que esas islas conservan toda su belleza natural pese a los franceses y los misioneros, que es una especie de paraíso de los mares del sur. ¿Has estado allí?

—No —contestó Pearce.

—El coco de mar —apuntó Frederick con aire meditabundo—. Suena más bien repugnante, debo decir, un fruto que recuerda las partes pudendas. Sólo los franceses podrían descubrir un archipiélago en el que hasta la flora es obscena. Bueno, en realidad no creo que ellos lo descubrieran, eso lo habremos hecho nosotros, pero seguro que en cuanto vieron la clase de frutos que allí crecía supieron que debían establecerse en esas tierras.

Frederick volvió a llenar su propia copa y miró de soslayo a Pearce. Era un simple gesto cortés, pues no le permitiría beber alcohol aunque se lo pidiera. Estaba recostado en una hamaca y, a la tenue luz de la lámpara de queroseno, Frederick no alcanzaba a ver si se había quedado dormido.

—Precioso —musitó el enfermo—. El mar.

—Sí que lo es. No hay absolutamente nada en miles de kilómetros a la redonda, sabrás, hasta llegar a tus queridas Seychelles. Y, sin embargo, ya ves qué apacible es este mar. Así es el Índico, por lo menos en esta zona, como un lago de aguas mansas comparado con el brutal y feroz Atlántico. Al parecer se encrespa bastante justo antes de que los vientos del nordeste amainen, hacia noviembre, y según tengo entendido es habitual que el puerto quede inutilizado. Eso mismo sucedió poco antes de mi llegada, e incluso ahora hay días en los que el viento arrecia. Sólo llevo cuatro meses aquí, pero debo decir que el mar es lo mejor de esta tierra. A decir verdad, no hay mucho más que recomendar. El suelo no es malo, aunque demasiado arenoso y poco profundo, y la lluvia cae cuando toca, pero no hay manera de conseguir que esta gente trabaje como debería. No se les puede exigir el menor esfuerzo. La culpa la tiene la esclavitud. La esclavitud y las enfermedades que les restan fuerzas, pero sobre todo la esclavitud, porque cuando eran esclavos se acostumbraron a holgazanear y escurrir el bulto, y ahora no conciben la idea de trabajar con cierto grado de ahínco o responsabilidad, ni siquiera a cambio de dinero. Lo que pasa por trabajo en esta ciudad consiste en sentarse debajo de un árbol a esperar que los mangos maduren. Fíjate en lo que han conseguido las fincas de la compañía: resultados espectaculares. Nuevas cosechas, sistemas de riego, rotación de los cultivos, pero para eso han tenido que cambiar por completo la mentalidad de esta gente. Necesitamos haciendas explotadas por los británicos y, o mucho me

equivoco, o no tardaremos en verlas. Pronto los terratenientes árabes no tendrán más remedio que vender sus propiedades.

—Cierto —asintió Pearce.

En el silencio que siguió, Frederick le dio un sorbo a su copa y otra calada al puro. Luego, cuando Pearce carraspeó suavemente, entendió que lo animaba a continuar.

—La ciudad estuvo más o menos abandonada durante cerca de un siglo, después de que los portugueses construyeran el fuerte Jesús y lo trasladaran todo a Mombasa. Unos desagradecidos, visto lo visto. Luego, hace unos cuarenta años, el sultán Mayid de Zanzíbar tuvo la brillante idea de revitalizar la ciudad para convertirla en una colonia al servicio de las plantaciones. En teoría, por supuesto, el sultán era el soberano de toda esta línea costera, de modo que envió a sus súbditos árabes, una compañía de mercenarios baluchíes y miles de esclavos para poblar la región. Las cosechas de los primeros diez años fueron excelentes, así que llegaron más esclavos y los colonos empezaron a asaltar las tribus cercanas para conseguir más todavía. La ciudad recuperó su antigua prosperidad y se amasaron enormes fortunas. Los bohras empezaron a establecerse aquí y, ya se sabe, allí donde veas a un mercader indio sentando sus reales, puedes estar seguro de que hay buenas oportunidades de negocio. Los indios llevan aquí mucho tiempo, o por lo menos ya estaban cuando los portugueses vinieron a clavar su cruz. Hasta se dice que el piloto al que Vasco da Gama recogió aquí para que lo guiara en el último tramo de la expedición a Calicut era un marinero indio. No me cuesta trabajo creerlo, aunque lo más probable es que fuera un esclavo indio. Por entonces todo lo hacían los esclavos, y hasta los esclavos tenían esclavos.

»Fue durante esos años cuando la compañía obtuvo su contrato de fletamento y empezó a funcionar. Ahora resulta evidente que estaba abocada al fracaso, pero me parece que McKinnon y los suyos lo tuvieran tan claro, y el sultán de Zanzíbar tampoco lo vio venir, desde luego. Creo que para entonces ya no era Mayid quien gobernaba el país; de hecho, estoy seguro de que no era él. Tal vez fuera Barghash, o más probablemente el que vino después, el que se volvió loco, Mahund o algo por el estilo. El caso es que el sultán, fuera el que fuese, quería sacar provecho de las técnicas y avances científicos de los británicos, de manera que solicitó a la compañía

(no sé si directamente o a través de algún intermediario) que pusiera a uno de sus capataces al frente de las plantaciones. Craso error. La compañía envió a un caballero llamado Tinkle-Smith o algo similar que, ni corto ni perezoso, mandó liberar a todos los esclavos de las plantaciones y luego empleó a cuantos quisieran trabajar a cambio de un jornal. Puso precio a su libertad y se ofreció a comprar la de cualquier esclavo que accediera a trabajar en las plantaciones de la compañía como un hombre libre. Esto provocó una desbandada entre los esclavos de las otras plantaciones, que en su mayoría pusieron tierra de por medio tras ser manumitidos para no tener que trabajar un solo día. Huyeron hacia el interior para tomarse unas vacaciones en vez de aceptar el empleo remunerado que la compañía les ofrecía. Para entonces, hasta los esclavos sabían que la teórica soberanía del sultán no abarcaba más de quince kilómetros tierra adentro, pues así lo estipulaba el acuerdo angloalemán de reparto territorial firmado en 1886, de modo que les bastaba con echarse al monte para estar a salvo. El resultado fue el empobrecimiento generalizado de la población árabe. De eso no han pasado tantos años, ocho o nueve, y si te das una vuelta por los alrededores verás que esas plantaciones siguen desiertas. Sin embargo, los fugitivos están volviendo poco a poco, y les vamos asignando las tierras abandonadas por los árabes al sur de la ciudad. Ha habido protestas, pero los árabes no pueden hacer gran cosa al respecto, aparte de refunfuñar y mudarse a Mombasa. De todos modos, en cuanto se declaró el Protectorado, en el 95, estaba claro que todo se iría al garete más pronto que tarde. Oh, vaya por Dios, te has quedado dormido… —concluyó Frederick al oír los suaves ronquidos de Pearce. Se sirvió otra copa y volvió a encender el puro.

Le daría unos minutos y luego lo despertaría, porque los mosquitos se cebarían con él si lo dejaba dormir en el porche, aunque tal vez estuviese acostumbrado no sólo a los mosquitos, sino también a los escarabajos y serpientes. Frederick dio por sentado que Pearce ocultaba un secreto vergonzoso. Nadie viajaba a solas por esas tierras salvo que lo hubiesen enviado como emisario de una expedición, e incluso en ese caso se habría hecho acompañar de uno o dos porteadores. Cabía la posibilidad de lo hubiesen asaltado, o de que sus guías lo hubiesen abandonado, pero en tal caso ya

habría dicho algo al respecto, no habría podido contener su indignación. Frederick había vuelto a la casa del dukawallah en compañía de Hamis, su criado, en calidad de intérprete, pero el rechoncho comerciante sostuvo categóricamente, y al final entre lágrimas, que Pearce había llegado con una mano delante y otra detrás. Sin duda habría una explicación para lo sucedido, si bien Frederick sospechaba que Pearce usaba el agotamiento como excusa para no hablar. No es que no estuviera exhausto, eso era evidente e innegable; se había pasado el día durmiendo y ahí estaba, dormido de nuevo, sin haberse llevado a la boca más que unas cucharadas del caldo que le había preparado el cocinero. A lo mejor, pensó Frederick, sólo se hacía el dormido, por más que lo oyera roncando suavemente a su lado en el porche. Tal vez lo hubiesen expulsado de una expedición por haber cometido alguna canallada y, como es natural, se resistía a hablar de ello. Miró de reojo al hombre que yacía a su lado, reclinado en la hamaca, apenas distinguible a la luz de la lámpara. Tenía un aire austero que no parecía fruto de sus recientes privaciones, sino más bien de cierta noción de dignidad, de férreos deberes y principios morales. Frederick se sirvió una última copa y se dijo que no podía dejarse llevar por su desconfianza.

—Refrénate, muchacho —murmuró para sus adentros, sonriendo—. No dejes que el sorbete se te suba a la cabeza. Puede que estés ante un hombre que ha tenido alguna experiencia extrema, un encuentro con lo sublime, quizá, y no ha encontrado todavía la manera de volver a la realidad.

A media mañana, Frederick estaba sentado al escritorio cuando oyó a Pearce en la salita contigua a su estudio. Por orden suya, las puertas de las habitaciones permanecían abiertas por la mañana para ventilar y refrescar la casa. Por la tarde, en cambio, se cerraban los postigos de la fachada y se bajaban las persianas del porche para impedir la entrada del sol. Frederick se ocupaba de estos detalles domésticos con meticulosidad. Le gustaba hacerlo, y repetía esa palabra para sus adentros, recalcando las sílabas en una especie de autoparodia: meticulosidad. Llevaba la cuenta de qué víveres se compraban, cuántos se consumían y hasta qué punto debía hacer la vista gorda ante los pequeños hurtos que cometía la servidumbre. Todas las semanas se encargaba personalmente de dar

cuerda a los relojes y se aseguraba de que todos funcionaran al unísono. De tarde en tarde comprobaba la densidad relativa de la leche para garantizar que Cambay, el lechero, no la había aguado más de la cuenta. Le gustaba que los sirvientes supieran que conocía bien sus deberes, que no se le escapaban sus artimañas y que debían tomar buena nota de sus preferencias. Por todo ello, había avisado a Hamis de que contara con un comensal más a la hora de la cena por si Burton se presentaba de improviso y comprobó que, tal como le había ordenado, el criado entraba en la habitación de Pearce a las ocho en punto de la mañana con una taza de té.

Cuando se percató de que Pearce estaba en la salita contigua, apartó el informe económico sobre los derechos aduaneros que tenía entre manos y salió a saludarlo. Lo encontró en el porche bañado por el sol del mediodía y apoyado en uno de los postes esquineros, luciendo una camisa y un pantalón del propio Frederick. Saltaba a la vista que no eran suyos, pues la camisa le quedaba ancha y a los pantalones les faltaba un palmo de largo. El conjunto le daba un aspecto de vagabundo, de cantamañanas ilustrado, uno de esos personajes decadentes de Stevenson que corrían por los mares del Sur, sobre todo con los pies descalzos y la barba desgreñada. Sonrió al pensarlo, porque en el fondo esa imagen le iba que ni pintada; había algo en la postura de Pearce que no tenía nada que ver con su atuendo, sino con cierta clase de aplomo o desenvoltura, cierta presencia de ánimo.

—No deberías estar al sol, sabrás… —le advirtió Frederick—. Después del golpe de calor o lo que quiera que fuese que te dio, no es lo más prudente.

—Lo siento —dijo Pearce, apartándose, obediente—. ¿Te he interrumpido? No era mi intención molestar.

—Estoy encantado de que me interrumpas —repuso Frederick, invitándolo por señas a entrar en la casa, donde reinaba un ambiente fresco—. Estaba redactando un informe acerca de los impuestos aduaneros sobre las materias primas, comparando las cifras de este año con las del año pasado. Son estadísticas de vital importancia para el Imperio, pero una tarea de lo más tediosa. Por lo general me tomo un pequeño descanso a esta hora de la mañana. ¿Te apetece una taza de café o algo de fruta? El café de aquí es delicioso, y Hamis lo tuesta y muele amorosamente cada mañana.

No es un grano muy delicado, pero tiene mucho sabor.

—Por supuesto, es muy amable por tu parte. Ha sido el aroma del café lo que me ha hecho salir de la habitación —dijo Pearce.

—Estupendo. Hamis no tardará en venir. ¿Cómo te sientes? Tienes mucho mejor aspecto, aunque no te vendría mal tomar un poco más de ese caldo que te ha preparado el cocinero.

—Estoy mucho mejor —le aseguró Pearce, acariciándose la barba.

—Le diremos a Hamis que haga venir al barbero, ¿te parece? —sugirió Frederick, sonriendo—. ¿O te gusta lucir una barba salvaje?

—No, no. Me la dejé crecer al emprender viaje, para evitar la molestia de afeitarme todos los días. Que venga el barbero, por favor.

Frederick guardó silencio. Era el momento perfecto para que Pearce empezara a relatar su historia, pero, al ver que no lo hacía, sonrió para sus adentros y decidió darle un empujoncito. Ya iba siendo hora de averiguar qué había pasado.

—Me temo que no he podido recuperar tus cosas —empezó—. Volví a casa del dukawallah y le pregunté por ellas con toda firmeza, pero el hombre se mantuvo en sus trece. ¿Recuerdas qué llevabas encima? Tal vez no sea demasiado tarde y podamos sonsacarle la verdad.

Pearce movió la cabeza en señal de negación. Parecía fatigado.

—No había nada. Mis guías cogieron lo poco que tenía, se lo quedaron todo. Llevaban algún tiempo debatiendo si hacerlo o no, hasta ahí me di cuenta de lo que tramaban. Para entonces estaba exhausto, era tal mi angustia que no conseguía pegar ojo. Una noche antes de que se dieran a la fuga, me quedé profundamente dormido y me robaron el arma. Me desperté porque se estaban peleando entre sí y entonces vi a uno de ellos sentado a mi lado, con la pistola apuntándome a la cabeza. Me obligaron a tumbarme boca abajo en el suelo y me quitaron los zapatos y el cinturón, aunque me dejaron un odre de agua y una bolsa de fruta deshidratada. Ah, y una túnica y un par de sandalias. Los oí marcharse, todavía discutiendo entre sí. Les había costado decidir si debían matarme o simplemente robarme. Uno de ellos era partidario de lo primero, de quitarme la vida por si acaso, pero los demás lo disuadieron de hacerlo. Puede que siguieran debatiendo

sobre lo acertado o equivocado de esa decisión.

—¡Malditos bandidos! —exclamó Frederick—. Debo decir que me extraña la sangre fría con la que hablas de todo esto. Yo estaría furioso. ¿Dónde ocurrió exactamente? ¿Cuál era vuestro destino?

Pearce se encogió de hombros.

—Veníamos hacia aquí. Éste era nuestro destino. Cuando se marcharon, me vine al sur. Verás, yo había abandonado una expedición que se dirigía al sudoeste, hacia Uganda. Los tres guías debían acompañarme hasta la costa oriental, pero supongo que tendrían algún motivo para no querer venir hacia aquí, o quizá preferían otro destino. El caso es que yo ya no aguantaba aquella carnicería.

—¡Una carnicería! —exclamó Frederick, horrorizado.

—Era una partida de caza —aclaró Pearce—. De mucho postín, eso sí. Tres caballeros ingleses, uno de ellos con su propio criado inglés, y un cazador blanco que se encargaba de los preparativos y lo organizaba todo, los camellos, los guías, las provisiones, y se comportaba mayormente como un sargento con malas pulgas.

Pearce enmudeció por unos instantes y respiró hondo, como si hiciera acopio de fuerzas.

—Tomlinson, se llamaba. Por la noche se encerraba a solas en su tienda, tomando notas como un poseso en su diario, llenándolo de anécdotas que sin duda pasarían a engrosar sus memorias. Los caballeros se burlaban de él sin piedad y lo tenían todo el día correteando de aquí para allá con el fin de satisfacer sus caprichos y aplacar sus quejas. Yo había conocido a uno de esos caballeros en Adén. Se llamaba Weatherill, no sé si habrás oído hablar de él. Ha vivido en la India y es muy rico.

Pearce se detuvo otra vez para recuperar el aliento. Cuando volvió a tomar la palabra lo hizo de forma más pausada, como refrenándose.

—Yo llevaba cuatro meses viajando por Abisinia y Weatherill quiso saber mis impresiones del lugar. Me preguntó si íbamos a instalarnos allí, ahora que Menelik había expulsado a los italianos. Es un hombre de una gran curiosidad pese a su afición a la caza y los caballos, dotado de un impresionante vigor intelectual. Me habló de Rimbaud y me preguntó si era conocido en Abisinia. Cuando me invitó a sumarme a su expedición de caza en Somalia,

no pude resistirme. Me sentía pletórico después de mis viajes, ya sabes, y quizá un poco temerario. El caso es que Weatherill quería que lo acompañara como su invitado personal, de modo que él correría con todos los gastos. Yo sólo pondría cerca de tres meses de mi tiempo. Nada me obligaba a volver con urgencia y apenas había visitado Somalia, así que difícilmente podía resistirme.

—¿Alguien ha leído a Rimbaud?, me pregunto —repuso Frederick—. ¿Alguien lo lee hoy en día? Creo que es más famoso como traficante de armas que como poeta —añadió, aliviado al comprobar que Pearce se sinceraba al fin, sintiendo que se evaporaban sus recelos de la víspera.

Justo entonces llegó Hamis con el pastel de arroz, la fruta y el café, que dispuso sobre dos mesitas ante los dos hombres. Mientras esperaban que el criado acabara de servir el tentempié, Frederick recitó unos versos:

Una doncella con un salterio
se me apareció en sueños;
Era una joven abisinia
y el salterio tocaba.

—Y yo advirtiéndote sobre la presencia de soldados abisinios cuando seguramente son como hermanos de sangre para ti. ¿Qué hacías en Abisinia, si no es indiscreción? —preguntó Frederick cuando Hamis se hubo marchado.

Pearce se interesó por el pastel de arroz, inclinándose hacia delante para examinarlo con curiosidad, y luego se encogió de hombros.

—Viajar, trabajar en un libro. Podría decirse que soy historiador, aunque lo mío es más bien una afición. Y también tengo algo de lingüista, más concretamente de estudiante de lingüística. Estuve destinado en Egipto durante un año, trabajando para el Ministerio de Educación. Me prometí que, cuando llegara el momento de hacer las maletas, visitaría Abisinia. Es un país que siempre me ha fascinado, desde que era niño. Quería saber qué aspecto tiene, cómo suena su lengua.

—Un orientalista —concluyó Frederick.

—Cuando haya aprendido más, quizá —repuso Pearce con una sonrisa.

—Sigue, por favor —pidió Frederick, intrigado por el laconismo de su interlocutor. Tal vez fuera una especie de espía de altos vuelos al que habían encargado un informe secreto sobre Abisinia para algún mandamás del Foreign Office. Tal vez Weatherill estuviera en lo cierto al suponer que los ingleses pretendían establecerse allí. No le parecía un destino atractivo.

—¿Puedo? —preguntó Pearce, y se sirvió una porción de pastel de arroz. Masticó despacio, tomándose su tiempo, asintiendo levemente en señal de aprobación—. Delicioso, qué sutileza. Se nota el gusto del cardamomo y la levadura. No te imaginas cuánto se agradece semejante exquisitez después de mi dieta de las últimas semanas.

Frederick sirvió el café y esperó a que Pearce le diera unos sorbos.

—Continúa, por favor —repitió, reclinándose en el asiento con exagerada solicitud.

—En diciembre zarpamos a bordo de un dóu que nos llevó de Adén a Brava. Tuvimos varios días seguidos de bonanza, fue la mejor parte del viaje. Los monzones del nordeste soplaban a nuestro favor y aprovechamos la corriente de Somalia para doblar el Cuerno de África. Recalamos unos días en Brava y desde allí partimos hacia Dif con un pequeño ejército de hombres y animales, armados como para una conquista. Nos llevó cuatro semanas cruzar el sur de Somalia de carnicería en carnicería, una destrucción insoportable. Salíamos de caza a diario, y a veces matábamos hasta cuatro o cinco leones en un solo día, además de leopardos, rinocerontes y antílopes. Apestábamos a sangre y vísceras, a carne cruda y pieles sin curtir. Las moscas venían a nosotros como si fuéramos carroña. Comíamos tanta carne carbonizada que emponzoñábamos el aire con nuestro aliento y nuestros desechos. Cuando llegamos a Dif, le dije a Weatherill que no podía seguir. Montó en cólera, al igual que sus amigos. Habían servido juntos en el regimiento de caballería y supongo que verían mis objeciones como remilgos impropios de mi condición viril. Weatherill no me dejaba volver, aduciendo que era demasiado peligroso y que no podía prescindir de sus hombres. Para entonces el plan inicial había cambiado, y tanto él como sus gentiles amigos se dirigían a Uganda para cazar elefantes. Discutíamos a diario. Weatherill tampoco estaba en plena forma,

pero me consideraba mucho más débil que él, y al final lo vencí por agotamiento. Seguimos avanzando en dirección sudoeste, disparando a todo lo que se movía, hasta llegar al río Tana. Una vez allí, Weatherill consideró que no sería demasiado arriesgado dejarme volver, o por lo menos alcanzar la costa oriental. Pidió al jefe de la expedición que escogiera a tres hombres para que me acompañaran, dando por sentado que, cuando llegáramos a la costa, los monzones no tardarían más de un par de meses en empezar a soplar desde el sudoeste, de modo que entonces sus hombres podrían embarcarse rumbo a Brava y yo podría irme al infierno.

—Sí, es cierto —dijo Frederick—. Por lo que tengo entendido, los vientos no tardarán en cambiar de dirección.

Pearce asintió.

—Los hombres que me acompañaron no lo hacían de buen grado, ignoro por qué exactamente. Entiendo un poco el somalí, muy poco, en realidad. Durante la expedición había aprovechado para aprender más en compañía de uno de los porteadores, con el que conversaba durante un par de horas al día. Sin embargo, los hombres elegidos para escoltarme hacían como que no me entendían cuando les hablaba, y no tardé en percatarme de que eran peligrosos, aunque nunca sospeché que fuesen capaces de abandonarme o acabar con mi vida. Weatherill me había dicho que eso era harto improbable. Conocía a esos hombres, los había contratado personalmente y estaba convencido de que su sentido del honor les impediría traicionarme. Pero debía de haber algo más en juego, algún peligro al que temían exponerse viniendo hacia la costa. Sus recelos pudieron más que su sentido del honor, porque cuatro días antes de que yo me presentara en tu magnífica ciudad me abandonaron a mi suerte.

—Los somalíes son rufianes de la peor calaña —concluyó Frederick—. Mi querido Pearce, no sólo te abandonaron, sino que además te desplumaron y te dejaron tirado en el desierto, condenándote a una muerte segura. Suerte tienes de seguir respirando.

—No estoy tan seguro de eso —replicó Pearce con una sonrisa —. De que sean rufianes de la peor calaña, quiero decir. Hay quienes pondrían la mano en el fuego por la lealtad de los somalíes, incluido Weatherill, que llegó a darme su palabra de honor o poco

menos. Pero esos pobres chicos traicionaron su confianza. Quién sabe, tal vez se hagan famosos entre los suyos por haberme abandonado. Y no era exactamente un desierto, dicho sea de paso.

—Pearce, amigo mío, ¿te encuentras bien? —preguntó Frederick, haciendo amago de levantarse al ver que se le saltaban las lágrimas.

—Creía que iban a matarme, eso fue lo primero que pensé —dijo Pearce—. Luego, cuando me vi allí tirado, pensé que moriría a manos de alguien por el camino, o que algún animal salvaje me atacaría, o que sucumbiría a la sed y la desesperación. Podría haberme pasado cualquier cosa, en resumidas cuentas, y yo deseaba con todas mis fuerzas sobrevivir. Sí, estoy bien. Y sé que tengo suerte de seguir con vida. Lo que ves son lágrimas de alegría.

—No te tortures más, Pearce —le dijo Frederick, sirviéndole otra taza de café—. Debes de estar terriblemente cansado.

—Lo estoy. Mi nombre de pila es Martin. Llámame así, por favor. Debo ir a dar las gracias a las personas que me encontraron —añadió.

—De acuerdo, Martin —repuso Frederick, alzando su copa para brindar—. Pero antes tienes que pasar por la navaja del barbero, y luego almorzar y descansar un poco más. No hay prisa.

3

Rehana

Rehana anudó el hilo que había usado para coser un botón en el vestido que tenía entre manos y lo cortó con los dientes. Luego cogió otro botón del dedal metálico que descansaba a su lado sobre la estera y lo alineó con el siguiente ojal, poniendo toda su atención en la tarea. Hundió la aguja en la gruesa tela hasta perforarla y enhebró la anilla del botón. Ya había cosido seis, éste era el séptimo y le quedaban dos más. Malika, sentada con las piernas estiradas en la misma estera, a la sombra del cobertizo, se entretenía separando las hojas pisadas o marchitas de un manojo de espinacas y tarareando lo que, a oídos de Rehana, sonaba como una canción de cuna. Tal vez fuera su manera de expresar el anhelo de ser madre, pero no parecía conocer otro tipo de canciones, o por lo menos Rehana no la había oído cantar sino nanas y alguna que otra casida durante el Maulid Nabi, las que todo el mundo conocía.

La propia Rehana no tenía buen oído para la música, aunque cantaba con tanto desenfreno como la que más cuando las mujeres se reunían en las bodas y daban rienda suelta a su alegría. En esos momentos, lo importante no eran tanto la letra y la melodía, sino el alboroto, las risas y el baile. Ningún hombre podía estar presente en esas reuniones, aunque seguro que algún jovenzuelo las espiaba encaramándose a un muro o a través de las rendijas de los postigos. Cuando empezaban a bailar, lo hacían de un modo deliberadamente provocativo, exagerando el contoneo de caderas y sacando pecho con insolencia, remedando así la lujuria que se veían obligadas a reprimir en cualquier otra circunstancia. Sin embargo, dejar que el cuerpo se moviera con moderado abandono pronto devenía un placer en sí mismo. Todo transcurría en un ambiente distendido y alegre, y Rehana no podía sino sonreír al recordarlo. Puede que algunas mujeres disfrutaran más que otras bamboleando las caderas y, a veces, después de aquellas sesiones de baile, tenía la impresión de que se habían comportado como niñas alocadas cuyas travesuras se toleraban por un día, a las que estaba permitido portarse mal

siempre que lo hicieran lejos de las miradas masculinas.

—Ni siquiera nos han devuelto la estera, ¿a que no? Ni la sábana —masculló Malika, interrumpiendo su tarareo para reavivar su propia indignación y la de Rehana, para regodearse en el sentimiento de humillación. Hizo un feo mohín doblando hacia abajo las comisuras de los labios, pero le brillaban los ojos como si ese enfurruñamiento fuera una especie de juego—. La estera de comer, nada menos, y se la llevaron sin pensarlo dos veces. ¡Por no hablar de la shuka! Tú entraste en la casa para coger una sábana nueva con la que taparle las vergüenzas… ¿y qué hace esa gente? Irrumpir en nuestra casa sin saludarnos siquiera, sin una palabra de cortesía. Sin un triste salámalaykum o un hodi. Entraron por las bravas, se llevaron al forastero y allá que se fueron con la estera a cuestas, sin miramientos, sin una palabra de gratitud. Ese espantoso indio, ese banyani, ladrando como un perro rabioso delante de su amo… y el gran hombre ahí plantado, hinchado como un divieso a punto de reventar, la cara roja y bañada en sudor, pisoteando la estera con sus botas inmundas. ¿Te fijaste en las botas? Podrían romperte un hueso de una patada, sobre todo con esos muslotes que tenía, que más parecían los cuartos traseros de un burro… Seguro que tienen suelas metálicas y están impregnadas de veneno. Una banda de asesinos, eso es lo que son. Ese hombre tenía un aire cruel, ¿a que sí? El que volvió más tarde para amenazar a Hassanali y cubrirlo de calumnias con el látigo en ristre, la cara roja de ira y el cuello hinchado. Wallahi, ¿no crees?

Rehana pensó que su padre también era un banyani, pero no dijo nada. Se limitó a emitir un murmullo de asentimiento, pensando que, al fin y al cabo, Malika estaba interpretando un papel, adoptando ese tono de indignación que las mujeres parecían no poder evitar ante cualquier atropello. Pero era cierto: el europeo del gobierno los había amenazado con volver, blandiendo la fusta con impaciencia delante de Hassanali mientras lo increpaba con malos modos, tratándolos a todos como si fueran delincuentes. Aunque no cumpliera su amenaza, bastante la había asustado la primera vez, entrando en su casa de sopetón como si estuvieran cometiendo alguna fechoría. Hassanali se había apresurado a abrir la puerta del patio, tan aterrado que sólo alcanzó a decir «mzungu wa serikali amefika»: ha venido el europeo del gobierno. Rehana se

puso en pie, presa del pánico, pero incluso mientras lo hacía sintió que todo su ser se rebelaba contra ese sentimiento. ¿A qué venía tanto miedo? Que se llevaran al muerto de una vez. Ella nunca había visto a un europeo hasta entonces, o por lo menos no del tipo airado y rubicundo que irrumpió ese día en su casa. El enfermo, en cambio, no le había dado la impresión de ser un mzungu, sino más bien un estorbo y una complicación, reflejo de la escasa habilidad de Hassanali para manejarse en la vida. Pero el de las botas y el látigo era el blanco malcarado de las leyendas populares, el destructor de naciones. Cuando el bohra se puso a vociferar y los acusó de robar al mzungu enfermo, todos los presentes replicaron a la vez, indignados, explicándole lo que había pasado realmente, y que Hassanali había llamado a Mamake Zaituni, la curandera, y a Yahya, el Rompepiernas, para que lo examinaran, y que ambos habían determinado que no le pasaba nada grave. «¡No te ensañes con este buen hombre que sólo intentaba ayudar a otro pobre hijo de Adán —proclamaron—, no lo insultes sin motivo! ¡Coge a tu mzungu y lárgate de aquí, fiduli we!».

Regresaron ese mismo día a media tarde, cuando Hassanali aún no se había despertado de su breve siesta. Esta vez, el europeo se hacía acompañar por su criado, que aporreó la puerta y empezó a impartir órdenes a voz en grito como si anunciara la llegada de un sultán. Habían ido hasta allí para acusarlos de haber robado al andrajoso moribundo. Lo único que le podían haber robado era el alma, pero ¿para qué iban a querer el alma de un mzungu? Sin embargo, el hombre del gobierno estaba aún más enfadado que por la mañana, tanto que Rehana temió que golpeara a Hassanali, y en un momento dado lo vio levantar el látigo por encima de la cabeza como si amenazara a un niño. El criado suplicó a Hassanali: «Mpe, mpe chochote. Humjui mambo yake mzungu huyu». Dale algo, lo que sea. No sabes de lo que es capaz. Hassanali pensó que le estaba pidiendo un soborno y le preguntó cuánto quería.

—No tenemos mucho.

—No, no, que le devuelvas las pertenencias del hombre, sean las que sean.

Entonces, Rehana se acercó al lavadero donde había dejado los harapos del enfermo para lavarlos al día siguiente, los cogió y ofreció el lío de ropa al hombre de rostro encendido. El criado se

adelantó para cogerlo. «Sólo tenemos esto —dijo Rehana, y señaló la puerta con cara de pocos amigos—. Fuera de nuestra casa».

—Pobre Hassanali —dijo Malika, incapaz de reprimir una sonrisa desleal—. Pensé que le fallarían las piernas. Se oía cómo le castañeteaban los dientes desde dentro de la casa. Cuando ese hombre espantoso lo amenazó con meterlo entre rejas, creí que rompería a llorar. Pero se quedó allí plantado, temblando de pies a cabeza, repitiendo humildemente lo que ya había dicho antes. Hasta el inglés se dio cuenta de que decía la verdad. Luego, cuando tú saliste y le ordenaste que se fuera… —Malika se cubrió la boca con la mano y ululó de regocijo, y hasta dio palmas de alegría—. ¿Por qué íbamos a querer robarle nada a su hermano? ¿Qué tenía que pudiéramos querer? ¿Tan pobres parecemos? Ese hombre llegó a nosotros hecho un pordiosero, más muerto que vivo, y lo acogimos por pura bondad para que luego viniera el hombre del gobierno a acusarnos de haber robado sus pertenencias. Pero ¿acaso había algo que robar?

Había un cuaderno, lo bastante pequeño para caber en el bolsillo de una túnica. La mitad de sus páginas estaban escritas, la otra mitad, en blanco. Rehana lo había encontrado entre sus harapos cuando se sentó a su lado para darle a beber sorbos de agua con miel. Metió el cuaderno en el bolsillo del vestido y, en medio del caos de su partida, no había atinado a devolverlo, aunque notaba su peso en el bolsillo mientras los hombres se afanaban de aquí para allá. Por la tarde, cerró la puerta de su habitación como si fuera a tomarse un descanso tras las emociones de la mañana y sacó el cuaderno de su escondite. Lo había notado toda la mañana golpeándole el muslo cada vez que se movía, pero no lo había sacado del bolsillo. No habría sabido decir por qué lo guardaba en secreto, tal vez porque quería echarle una ojeada antes de que se lo arrebataran. Tal vez por vergüenza, o por temor a quedar como una mujer mezquina, capaz de robar un triste cuaderno a un moribundo. Estaba encuadernado en suave piel, manchado de sudor y áspero de tanto manosearlo. Lo abrió con cuidado y vio que en las páginas usadas apenas quedaba hueco, pues estaban cubiertas por una caligrafía europea menuda y compacta, con tachones aquí y allá, así como dibujos de cajas y lo que le parecieron casas y árboles. No alcanzó a descifrar su contenido, aunque sabía leer. Estaba segura

de que no era un cuaderno de oraciones y plegarias, sino de anotaciones que el desconocido había ido haciendo sobre la marcha. Era el trabajo de meses, pensó, escrito durante sus andanzas y peripecias. Acercó las páginas al rostro y reconoció el aroma a cuero y polvo, así como el olor personal del hombre, a piel tostada por el sol.

—Y, para colmo, ni siquiera se molestaron en devolvernos la estera —concluyó Malika, torciendo el gesto de nuevo con exagerada indignación—. Ni la shuka. ¿Para qué va a querer un europeo nuestra estera cuando tiene alfombras perfumadas en el suelo de su casa? Un ladrón, eso es lo que es.

Rehana sonrió ante semejante alarde dramático, arrancando una sonrisa a la propia Malika. A menudo pensaba en lo afortunados que eran por haberla encontrado. Lo afortunado que era Hassanali, desde luego, pero también la propia Rehana, puesto que estaba abocada a vivir con su hermano y la mujer de éste hasta el final de sus días. Hasta que saliera de dudas. Salvo que quisiera volver a casarse. Podría haberle tocado alguien mucho peor que Malika, y a Hassanali también. Su cuñada era una joven cariñosa y alegre y, al menos de momento, no parecía impacientarse con esa vida de reclusión doméstica. Llevaba a cabo sus tareas sin prisa, y Rehana tenía la impresión de que todo era como un juego para ella. A veces resultaba irritante, pueril, pero antes o después conseguía que sonriese y le siguiera la corriente.

—No es un ladrón —precisó Rehana—, sino un conquistador.

—Bien buena que era esa estera —insistió Malika—. La de comer, nada menos.

—Ha' Malika, deja ya de rezongar a cuenta de la estera —replicó Rehana con brusquedad, y volvió a cortar el hilo con los dientes—. A ver si hablas de otra cosa, muchacha. La nueva estera es más bonita que la otra, la verdad sea dicha, tiene unos colores preciosos. Y el mzungu del gobierno pisoteó la otra con sus botas y luego la usaron para transportar al enfermo, así que habríamos tenido que deshacernos de ella.

—No estaba enfermo, sólo cansado, y sigue siendo nuestra estera —replicó Malika empecinadamente, levantándose con su cesta de espinacas—. Tendrían que haberla devuelto, así como tu nueva shuka.

—¿Mandamos a Hassanali para que se las reclame al mzungu? —preguntó Rehana.

—¿Te lo imaginas? —replicó Malika entre risas, moviendo las rodillas como si le temblaran para imitar el pavor de Hassanali.

Seguía riendo por lo bajo cuando se fue hacia el jarro de agua para lavar las espinacas. Contoneaba las caderas con indolencia, sin percatarse del efecto que causaba, o sin darle importancia. Rehana sonrió para sus adentros al verla.

—Aprovecha mientras dura… —musitó.

En un primer momento, había pensado que era él, su marido, el que volvía a su lado tras superar mil percances, y que Hassanali lo había encontrado y acompañado a casa. No es que el inglés guardara algún parecido con él, ni mucho menos, sino que lo pensó antes siquiera de saber qué aspecto tenía. Hassanali llegó a casa con un viajero desfallecido y lo primero que se le pasó por la cabeza fue que era su esposo. Sintió pánico, ira y el despuntar del júbilo, todo a la vez. Al volver sobre ese instante, evocó los recuerdos que habían acudido a su mente en tropel: la silueta de su marido, su sonrisa, el tacto del vello que le recubría la piel. Cuando se dio cuenta de que no era él, retrocedió con una mezcla de alivio y repulsa, esta última hacia sí misma, por ser incapaz de sentir tan sólo ira y humillación al pensar en él, por no poder reprimir el deseo físico que seguía despertando en ella y el alivio que había sentido al creer que había vuelto. Entonces vio a Hassanali allí plantado como un pasmarote. Como de costumbre, no era consciente de lo que había hecho, de lo que había traído a casa, y Rehana no pudo disimular su irritación. Él no tenía la culpa de nada, pero en el fondo sí que la tenía. También fue él quien metió a Azad en su casa. Rehana empezó a coser el último botón del vestido sin intentar resistirse a la oleada de amargura que trajeron consigo esos recuerdos.

Azad le había dicho a Hassanali que era de la misma ciudad que su padre y que conocía a la rama india de la familia. Eso fue lo que su hermano le contó al volver a casa esa noche, después de cerrar la tienda. Dijo que era posible incluso que oyera hablar de su padre, estando todavía en la India, como el joven que había zarpado hacia la costa africana y nunca había regresado. Muchos lo hacían, pero casi todos volvían al cabo de un tiempo para buscar esposa. El

forastero se llamaba Azad. Había llegado a Mombasa con los últimos musim, en un barco procedente de Calicut. El capitán había hecho un buen negocio con las mercancías que traía a bordo, en su mayoría encargadas y pagadas de antemano en la India, pero ésa era su primera incursión en la ruta comercial de los musim y no quiso arriesgarse más de la cuenta. También había traído consigo telas, azúcar de palma y baratijas que vendió a los comerciantes locales para que los distribuyeran en el interior, pero no pudo emprender el viaje de regreso con las arcas llenas, pues su estrecho margen de beneficio no le permitía asumir ningún riesgo. Los capitanes de otros barcos tenían acuerdos con los proveedores locales y gozaban de una reputación lo bastante sólida y suficientes contactos para avalar esos tratos. Así las cosas, el capitán le pidió a Azad que se quedara en tierra como su representante en la ciudad hasta que volviera al año siguiente, para asegurarse de que hubiese materias primas y mercancías a su espera cuando regresara. El capitán y él estaban emparentados de algún modo que Hassanali no supo concretar, quizá porque no había prestado suficiente atención. En todo caso, ése era el cometido de Azad, negociar con los mercaderes locales el suministro de bienes para el capitán y toda su familia. El hecho de que estuvieran emparentados era importante, porque significaba que Azad debía conducirse honrosamente y que su palabra valía tanto como la de su hermano el capitán. No tenía demasiada experiencia como mercader, pero el capitán había depositado su confianza en él y se esforzaba por no defraudarlo. «Eso es lo que me ha contado», informó Hassanali con una sonrisa, contento de poder hablar bien de su amigo.

Azad estaba de paso en la ciudad para negociar la compra de una partida de simsim, porque, como todo el mundo sabía, aquélla era una de las mejores zonas para el cultivo del sésamo. El caucho de las nuevas plantaciones regentadas por europeos no estaba, huelga decirlo, al alcance de mercaderes locales como ellos, sino que se cargaba directamente en los barcos del gobierno, que los despachaban a Ulaya para su propio consumo. Pero tenían el simsim, y algo de tabaco, además del cuero y la resina perfumada, buenas mercancías todas ellas. Durante su estancia en la ciudad, Azad había oído hablar del padre de Hassanali y Rehana. A decir verdad, ya lo conocía de oídas a través de los mercaderes guyaratíes

con los que tenía trato en Mombasa, donde había vivido hasta entonces, de modo que estaba familiarizado con sus andanzas antes incluso de poner un pie en la ciudad. Una vez allí, al oír mentar a Hassanali, pensó que sería buena idea ir a presentarle sus respetos.

El tendero relató todo esto con un entusiasmo que pilló desprevenida a su hermana, sorprendida por el interés de Hassanali en su común ascendencia india. El padre de ambos, que se apellidaba Zakariya, siempre había dicho que era un musulmán que vivía entre musulmanes y con eso tenía bastante. Su lugar de nacimiento y su origen eran minucias sin importancia, puesto que todos habitaban la casa del Señor, dar al-islam, que abarcaba montañas, bosques, desiertos y mares, y donde todos eran iguales ante los ojos de Dios. Tenía un don para las lenguas, su padre: hablaba árabe y guyaratí con fluidez, y su dominio del suajili era poco menos que perfecto. No sólo se hacía entender en esa lengua, sino que la vivía como propia y se expresaba en ella con tal aplomo y naturalidad que parecía algo instintivo, como el andar, una habilidad tan arraigada que se antojaba innata. Desde sus primeros días en Mombasa, cuando empezó a trabajar como estibador en el puerto —también él había llegado con los musim—, se hizo amigo de los chicos del lugar, a los que acompañaba en sus correrías como si llevara toda la vida haciéndolo. La gente solía decir que, si lo oías hablar con los ojos cerrados, jamás dirías que no era un mvita de pura cepa, nacido y criado en Mombasa. Hasta recitaba de memoria los desafiantes poemas que circulaban en la ciudad contra la amenaza de los sultanes de Zanzíbar, que parecían empeñados en controlar hasta las más pequeñas aldeas y caseríos de la costa. Todos apreciaban esa cualidad suya, el que hubiese abrazado sin reservas la cultura y la lengua locales, que se pavoneara por toda la ciudad con los muchachos de su edad, que los acompañara a bodas y funerales, que hiciera recados a los mayores y acatara las reprimendas de los más cascarrabias como si fuera uno de ellos. Puede que alguno de los mercaderes guyaratíes lo considerara un renegado, pero si algo admiraban era la astucia, y no tardaron en sospechar que ese afán de integración era una estrategia premeditada, que algo se traía entre manos. Quienes lo querían amenazaban con buscarle una esposa para que nunca se marchara, pero no hizo falta, porque encontró por sí mismo a la que sería su

mujer y madre de Hassanali y Rehana: Zubayda.

Rehana conocía bien la historia de su noviazgo, porque ambos se habían encargado de contarla desde que los niños eran pequeños. El relato de cómo se conocieron y casaron se convirtió en una especie de mito intocable que nadie osaba contradecir, ni siquiera la tía Mariam, que por lo general no tenía pelos en la lengua. Más tarde, después de que Zakariya muriese de un modo inesperado, Rehana tuvo ocasión de compartir con su madre buena parte de los tres años que le quedaban de vida, y fue entonces cuando oyó una versión más íntima de cómo se habían conocido y enamorado. Le contó que él la había visto por la calle y se había sentido atraído al instante. Ella, en cambio, no se había fijado en él porque las jóvenes respetables no se atrevían a mirar a los hombres por la calle, temerosas de dañar su reputación. Él se había acostumbrado a merodear por su casa con la esperanza de verla y cierta noche, al pasar por allí, la oyó cantar desde dentro, ajena a su presencia, y su voz lo emocionó tan profundamente que supo que se había enamorado. Tanto se obsesionó con su amada secreta que dejó de ser secreta, y todos se reían por lo bajo al verlo pasar por su casa diez veces al día. Fue por entonces cuando ella se animó a echarle un buen vistazo y, comoquiera que le gustara su estampa, no se molestó en disimular que lo estaba mirando. Al poco le sonrió por la calle y, unos días después, él mandó decir a través del imán de la mezquita de Shimoni que quería pedir su mano. A la madre de Zubayda le inquietaba que fuera un simple estibador y que no supieran nada de su familia, pero su padre dijo que le parecía un joven educado y que todo el mundo decía maravillas de él aunque fuera indio. Valoraba la educación por encima de todas las cosas y consideraba un deber moral defender los buenos modales. Por su parte, Zubayda dijo que le resultaba atractivo y lo aceptaba por esposo, de modo que no hubo más que hablar. ¡Cuán tímido se mostraba él al principio, cómo le cantaba en susurros, cómo la hacía reír!

Rehana tenía la impresión de que no todo había sido tan idílico, pero ésas eran las anécdotas por las que su madre quería recordarlo. En los últimos años se había vuelto muy quisquilloso, exigía que lo obedecieran sin rechistar y, en su presencia, todos se sentían angustiados y cohibidos. Empezó a quedarse sordo y de vez en

cuando le dolían los oídos, algo que lo ponía de muy mal humor. Pero Zubayda seguía adorándolo, al igual que toda la familia. No tenía más que sonreír o soltar alguna ocurrencia para tenerlos a todos comiendo de la palma de su mano. Le bastaba emplear cierto tono de voz para que supieran que se disponía a cantar o a contar un chiste. Cuando se murió sin previo aviso de noche, mientras dormía, fue un golpe tremendo para todos. La casa parecía cambiada, más grande y vacía. Hasta el aire que respiraban parecía distinto, como si le faltara algo. Zubayda echaba de menos sus ruidos, su voz, su volumen, su presencia, pero al cabo de un tiempo comprendió que lo que más añoraba eran sus historias. Algunas eran leyendas populares que circulaban de boca en boca, con animales parlantes y hermosas hechiceras, aunque él las contaba con sus propias variaciones y añadidos, y se ponía en pie para interpretar los momentos más dramáticos o aderezar los chistes con mañas de payaso. Hapo zamani za kale. Hace mucho mucho tiempo. Cómo le gustaba oírle pronunciar esas palabras, y qué bien contaba la leyenda del corcel mágico, sobre todo la parte en que el joven príncipe y su prometida sobrevuelan la ciudad a lomos de un caballo de ébano y parten rumbo al reino yemenita de Sanaá, gobernado por su padre. Algunas de aquellas historias se las sacaba de la manga, de eso estaba segura, pero siempre se las arreglaba para que no desentonaran con las demás. Siendo ella una niña, le contó la historia de Zubayda, la mujer de Harún al-Rashid, que cantaba como los ángeles y era famosa por su generosidad. Había ordenado construir mezquitas, carreteras y cisternas, por lo que se la consideraba una benefactora en aquellas tierras yermas.

—Por eso me casé con tu madre —le aseguró a Rehana siendo ésta una niña. Y, precisamente porque era una niña, ella lo creyó—. Yo sabía que se llamaba Zubayda y que era muy guapa, así que cuando la oí cantar me dije que sólo podía ser la Zubayda de la leyenda, que había vuelto a la vida.

Hasta que de repente, una noche cualquiera, aquel que llena las sepulturas vino sigilosamente a por él, dejándolos desvalidos y sin consuelo en medio de un silencio desacostumbrado.

El caso es que la pureza de su linaje indio nunca le había quitado el sueño, pues vivía entregado al día a día de la familia, los vecinos y el negocio. Cuando nacieron Rehana y más tarde

Hassanali, la pareja había abandonado Mombasa y viajado hacia el norte para establecerse en esa ciudad, de modo que, desde que ella tenía uso de razón, esa tienda y esa ciudad eran la vida de su padre, que nunca volvió a viajar. Solía decir que ya había visto bastante mundo, que nadie debería verse obligado a recorrer más que unos cientos de kilómetros a lo largo de su vida, salvo que lo hiciera movido por la maldad o la avaricia, y él había llenado su cupo. Cuando los niños eran pequeños, le gustaba que jugaran en la tienda o en algún lugar cercano, donde pudiera verlos. Siempre que podía, si no tenían visitas femeninas ni un enjambre de clientes esperando en la tienda, le gustaba comer con Zubayda y los niños. Rehana tardaría mucho tiempo en comprender cuán insólito era que un hombre prefiriese estar con su mujer y sus hijos pudiendo quedarse a la sombra de un árbol charlando con sus compadres. Tampoco es que le hiciera ascos a un buen cotilleo; había colocado ese banco delante de la tienda para que los ancianos se pasaran el día allí sentados, llenando su vida de charlas, discusiones y un sinfín de historias, riendo y chinchándose unos a otros como niños. A su padre le encantaban aquellos dimes y diretes, el batiburrillo de voces y el intercambio de pullas ingeniosas. No era el único, a juzgar por la alegre mordacidad de las burlas y chanzas masculinas, por el tono socarrón de las bromas que intercambiaban, aunque Rehana se sentía intimidada y juzgada por los hombres y se había percatado de que su madre siempre se iba hacia la izquierda al salir por la puerta del patio, sin mirar siquiera en dirección al banco.

Mucho tiempo atrás, siendo aún una niña, había ido a Mombasa en dos ocasiones con su madre y su hermano. El padre se había quedado en casa, atareado con la tienda y los hombres que cada día se sentaban a hacerle compañía. En esa ocasión visitaron a sus abuelos, así como a la tía Mariam y el tío Hamadi, y, pese al tiempo transcurrido, el recuerdo de aquel viaje seguía brillando en su memoria con tanta fuerza como el sol de esa mañana. Recordaba la travesía a bordo del dóu, cuando, aferrada al costado de la embarcación, notaba el vaivén del oleaje y el cosquilleo helado de la espuma de mar mientras su madre viajaba muda y nerviosa a su lado. Recordaba el recorrido a pie desde el puerto de Baghani hasta la casa de sus abuelos por callejuelas angostas y sombrías que olían a comida, sudor y perfume, que bullían de voces, risas y la

algarabía de la vida. Ésas eran las calles que frecuentaban las mujeres, retiradas de las principales arterias y comercios, allí donde las puertas de los patios traseros permanecían abiertas y todas las personas con las que se cruzaban reconocían y saludaban a su madre. En esa ocasión, y seguramente en otras, se sentía tan feliz por haber vuelto a su ciudad natal que se distraía hablando de esto y lo otro y no reparaba en las costras verdes y azules que atascaban las zanjas de las alcantarillas, ni en la decrepitud general del barrio. Le contaba quién era el culpable de que la casa por la que ahora pasaban estuviera en ruinas, cómo la habían perdido sus antiguos propietarios a manos del nuevo dueño, o desgranaba la historia familiar de quiénes habían crecido bajo ese tejado. Le hablaba de sus amigas de la infancia, que vivían en tal o cual casa y más tarde se habían casado y mudado a Lamu, Unguja o incluso Ndazidja.

Su padre nunca los acompañó en esos viajes, y tampoco volvió a pisar esa ciudad, telón de fondo de muchos de sus recuerdos, de la que siempre hablaría con placer y alegría. Mombasa era como mi ciudad natal, afirmaba a menudo. Más tarde, Rehana se preguntaría si le habría pasado algo, alguna desavenencia o vejación, que justificara esa reticencia a volver, o si era sencillamente su manera de vengarse de la elite india de Mombasa, que no veía con buenos ojos que se casara con una africana. Para entonces la propia Rehana ya era lo bastante mayor para haber sentido el rechazo en sus propias carnes. Había muy pocos indios en la ciudad donde se había criado, y en su mayoría eran antiguos soldados baluchíes enviados a África para custodiar a los esclavos de las plantaciones, hasta que el sultán loco Jalifa de Zanzíbar nombró capataz a un inglés que ordenó liberarlos a todos. También había un puñado de bohras o comerciantes indios, y Rehana sabía que algunos de ellos trabajaban como representantes de mercaderes afincados en la India y en Zanzíbar, como ese hombre que había ido a visitarlos, Azad. Recordaba que, de pequeña, aquellos comerciantes pasaban a veces por delante de la tienda y trataban a su padre con desdén. Lo sabía porque él se quejaba de sus comentarios sobre Zubayda. La propia Rehana nunca llegó a oírlos, pero daba por sentado que le reprochaban el hecho de no ser india, y recordaba a su padre poniendo el grito en el cielo porque alguien había llamado chotaras a los niños. Ella no conocía el significado de esa palabra, pero sabía

que era algo ofensivo. Lo notaba en el profundo desprecio con que la miraban los hombres indios. Más tarde supo que significa «mestizo», la vil descendencia de un hombre indio y una mujer africana.

—No quiero tener nada que ver con esos engreídos, unos mascadores de buyo y bebedores de leche agria que nos miran por encima del hombro —decía su padre—. No hay más que verles la boca, teñida de rojo y retorcida por la clase de sonrisa desdeñosa que sólo puede nacer de malos pensamientos, siempre dándonos de lado. Bastante tuve en la India de quienes se creen por encima de los demás, siempre puros y dignos, siempre con la razón de su parte. Fíjate, viven solos en esos cuartuchos de las trastiendas como si fueran mendigos. ¿Has visto cómo van por la calle, toqueteándose por debajo de los pantalones? No se traen a la familia porque temen que los nativos se los coman. ¿Qué crees que hacen cuando nadie los ve? Cobardes, fornicadores de cabras, eso es lo que son. ¿A quién le importan? ¿Cómo que no diga esas cosas delante de los niños? Los niños deben saber que son unos miserables fornicadores de cabras que se creen por encima del resto de los mortales.

No, su padre nunca había alardeado de sus orígenes indios, y en los últimos tiempos hablaba guyaratí cuando no le quedaba más remedio, pero impostando la voz, con el mismo tono que empleaba para hacer bromas, su tono juguetón. Por eso Rehana se sorprendió al ver a su hermano tan entusiasmado por el vínculo con la India que representaba Azad. Se dijo que tal vez había tenido conversaciones con su padre a las que ella no había asistido y en las que había confesado sentir nostalgia de su tierra, o que quizá Hassanali había acariciado desde siempre el deseo de conocer la tierra de sus antepasados, algo que su padre les había negado, pero aun así se le antojó sorprendente, un desatino. Así era su hermano, se inquietaba por las cosas más insospechadas y a veces pecaba de una gran ingenuidad. Ella tenía dieciséis años cuando su padre murió, y él un año menos. Un día después del funeral, Hassanali se fue a abrir la tienda, asumiendo con valentía la responsabilidad de sostener a la familia. Desde que tenía uso de razón, contaba y pesaba la mercancía, cargaba sacos, barría el suelo y pasaba buena parte de su tiempo en la tienda, atento a la cháchara de los ancianos que siempre se sentaban en el banco de fuera. En los ratos

muertos, cuando su padre salía a departir con ellos, se apostaba detrás de la caja con cara de orgullo, como si se sintiera plenamente realizado. Más tarde, de vuelta en casa, se quedaba sentado en silencio mientras su madre refunfuñaba a cuenta de tal o cual achaque, o fingía no escuchar la charla de las mujeres, mirando al infinito como si estuviera absorto en sus cuitas. ¿Por qué no estaba en la calle, armando bulla, corriendo de aquí para allá con los demás chicos de su edad? Cuando su mirada se cruzaba con la de Rehana, que lo escrutaba con impaciencia e irritación, apartaba los ojos con una sonrisa tierna y abochornada.

Al día siguiente del funeral, justo al día siguiente, fue a abrir la tienda sin consentir que nadie lo ayudara. Su padre nunca había dejado que las mujeres trabajaran en la tienda. «Esta gente no os tratará con el debido respeto», solía decir, y Hassanali también parecía empeñado en rechazar su ayuda. Les aseguró que estaba bien, que no necesitaba descansar.

—No tienes por qué pasarte todo el día ahí metido —insistía Rehana, intentando hacerle entrar en razón—. No es culpa tuya que las cosas hayan salido así. Es la voluntad de Dios, alhamduli-lá. Cierra la tienda después de comer. A esa hora apenas hay movimiento. Tómate un descanso, queda con los amigos. No tienes que ser como padre, y hasta él tuvo sus correrías.

Pero Hassanali sólo cerraba la tienda cuando tenía que ir a comprar existencias o para asistir a las plegarias de los viernes y, si su hermana o su madre lo reprendían, se limitaba a sonreír como si lo hubiesen pillado en falta. El resto del tiempo lo pasaba en la tienda, hasta que al caer la tarde se iba al almacén para acomodar, pesar y empaquetar las mercancías, poseído por una especie de trágico frenesí que le incendiaba la mirada. A Rehana le costaba cada vez más trabajo reprimir el enojo que le provocaba esta actitud, por más que creyera que su hermano merecía una vida mejor. Era un necio que vivía atemorizado por cosas que ella nunca entendería, así que no dio mayor importancia a su entusiasmo por Azad, el hombre que decía conocer a la rama india de la familia. Era otra de sus simplezas, otra obligación autoimpuesta. ¿A qué venía ese interés por la India cuando su padre, el único indio de la familia, no había querido tener nada que ver con esa tierra y los pocos compatriotas suyos con los que tenían trato los miraban por

encima del hombro?

Azad volvió al día siguiente. Más tarde, Hassanali informó a su hermana de que se había deshecho en halagos, asegurándole que había disfrutado mucho del encuentro de la víspera y que lo emocionaba profundamente conocer al hijo del hombre al que todos daban por perdido. Hassanali lo invitó a almorzar el viernes, después de las plegarias. Ese día volvió a casa en su compañía. Los viernes cerraba la tienda a mediodía y se iba a la mezquita aljama para sumarse a las oraciones. Después de rezar, se iba derecho a casa para comer y no volvía a abrir la tienda hasta las cuatro de la tarde. Era el único día de la semana que se permitía unas horas de descanso, y Rehana siempre procuraba que la comida de los viernes tuviera un aire festivo, aunque siempre almorzaran juntos, incluso cuando había invitados. Todos los viernes preparaba un pilaf de pollo condimentado con cardamomo y jengibre y repleto de pasas que servía junto con una fuente de pescado frito —salmonetes o changu—, una ensalada de rabanitos blancos, un cachumbar de cebolla, una salsa picante recién hecha, algún que otro encurtido y una bandeja con fruta de temporada que se degustaba antes, durante o después de la comida. Ese viernes, además, barrió el patio, regó las macetas y, a media mañana, empezó a picar los ingredientes del almuerzo. Serviría a los hombres y los dejaría comiendo solos. Nunca habían tenido invitados varones ajenos a la familia. Sólo los visitaban parientes o amigas de su difunta madre, y Rehana sabía que Hassanali se sentiría violento si ella se sentaba a comer con un perfecto desconocido.

Cuando los hombres llegaron, los estaba esperando junto a la puerta del patio para saludar al invitado. Lucía su mejor chal, que le cubría la cabeza y el cuello. Azad le tomó la mano fugazmente, sonriendo encantado, y movió la cabeza de izquierda a derecha en señal de regocijo. Ella les sirvió la comida y luego se retiró al interior de la casa, desde donde siguió la animada conversación del forastero con una sonrisa en los labios. A la semana siguiente, Azad acudió a la tienda todos los días sin falta, según se encargó de informar Hassanali, que volvió a invitarlo a comer el viernes, aunque esta vez su amigo insistió en que Rehana los acompañara, pues se había enterado de que los dos hermanos almorzaban juntos a diario. Azad tenía facciones finas y armoniosas. Era un hombre

robusto y de buena estatura, medio palmo más alto que Rehana, que era de complexión delgada. Llevaba la barba recortada con esmero y en general tenía un aspecto aseado y agradable. Rehana pensó que se conducía con el aplomo de quien es consciente de sus propios encantos. No es que fuera abiertamente vanidoso, pero ella reparó en la sonrisa de satisfacción que afloró despacio a sus labios cuando comprobó que lo observaba con agrado. Y así era, desde luego. ¡Cómo no iba a darse cuenta! A ratos, mientras él hablaba, Rehana se descubría sonriendo sin mover un solo músculo, como si escuchara atentamente, aunque en realidad observaba con detenimiento cada uno de sus gestos.

Azad se expresaba en un suajili macarrónico del que, al principio, los dos hermanos intentaban no reírse, pero él mismo transformó su torpeza en una comedia desenfadada con sus ademanes y la diligente repetición de las correcciones y sugerencias que le hacían sus anfitriones. A veces Rehana reconocía su inconfundible voz aflautada entre las que llegaban desde la tienda, al otro lado del patio. Iba a verlos con frecuencia, y no pasaba un día sin que Hassanali mencionara a su nuevo amigo, a veces mientras lanzaba una mirada pícara a su hermana. A lo largo de las siguientes semanas almorzó en su compañía a menudo —no todos los viernes, pero casi— y después de comer se sentaba con su anfitrión en la parte sombreada del patio hasta la hora de volver a abrir la tienda. Hassanali nunca había tenido un amigo así, con el que pudiera pasar horas riendo a carcajadas. Rehana no podía dejar de pensar en él, y cuando oía su voz pero no lo veía notaba una punzada de dolor en el pecho que sólo acertaba a definir como añoranza.

Hasta que un viernes, cerca de tres meses después de que Azad llegara a su vida, al acabar de almorzar, los hombres se quedaron hablando de sus cosas mientras Rehana retiraba los platos. Una vez que concluyó la charla y Azad se hubo marchado, Hassanali fue hasta la habitación de su hermana, que se había acostado a descansar, y le pidió que saliera. Azad quería desposarla, le reveló, incapaz de reprimir una sonrisa, incapaz de disimular su júbilo y anticipando el de Rehana. Ella sintió que se le agolpaba la sangre en las mejillas, y lo primero que pensó fue que todo aquello era una locura. ¿Cómo podía sucederle precisamente eso que tanto había

deseado? «¡Mírala ella!», exclamó Hassanali entre risas, yendo a abrazarla. Y entonces, precisamente porque era lo que tanto había deseado, Rehana se descubrió retrocediendo y desasiéndose del abrazo al tiempo que farfullaba: «Espera, espera, esto hay que pensarlo bien».

Vio un amago de impaciencia en el rostro de su hermano que no alcanzó a borrarle la sonrisa, pero la ensombreció por momentos. No era la primera vez que Rehana rechazaba a un pretendiente.

—Sí, por supuesto —repuso—, tienes que pensarlo, pero… creía que… ¿No te gusta Azad?

Rehana asintió en silencio, azorada.

—Sí que me gusta —reconoció, y se ruborizó de nuevo—. Me hace feliz que quiera casarse conmigo.

Hassanali sonrió de oreja a oreja y volvió a rodearla con los brazos.

—Espera, espera —atajó ella, inclinándose hacia atrás y retrocediendo hasta el umbral de su habitación—. Si dudo no es por engreimiento, ni por vanidad. Me hace feliz que quiera casarse conmigo. Es un buen hombre, alegre, educado, y… agradable. Pero no sabemos apenas nada acerca de él y los suyos. No sabemos…

—Yo sé que para mí ya es como un hermano —adujo Hassanali con terquedad al tiempo que se le desvanecía la sonrisa—. Sé que se ha comportado como un amigo alegre y generoso desde el primer día que vino a verme. Creo que sé lo bastante del mundo para darme cuenta de que es un hombre honrado y… sincero. Me avergüenza que dudes de sus intenciones cuando se ha portado tan bien con nosotros. ¿Acaso te ha faltado al respeto? No, siempre se ha mostrado correcto y educado, aunque es evidente lo mucho que le gustas.

—Tienes razón —concedió Rehana, sin poder reprimir una sonrisa.

—¿Lo ves? Y hasta un ciego se daría cuenta de que él también te gusta —añadió Hassanali, ahora en tono triunfal, sintiéndose reforzado por sus propios sentimientos y la fugaz sonrisa de Rehana.

—Sí, aunque no sabemos nada de sus… obligaciones —aventuró Rehana.

—¿Qué obligaciones? ¿Por qué no aceptas ser su esposa y luego

le hacemos todas las preguntas que se te ocurran? No quisiera ofenderlo. Creo que es un buen hombre y dudo que encuentres a otro mejor.

—Su familia —insistió Rehana, impacientándose también—. ¿No tendrá una familia… propia? ¿No estará casado con otra mujer? ¿Tiene que volver a su tierra o se quedará a vivir aquí? Lo que está pidiendo no es algo que se pueda decidir a la ligera.

—Casado… —repuso Hassanali, comprendiendo al fin los reparos de su hermana—. No se me había ocurrido.

Los tres pretendientes que Rehana había rechazado con anterioridad eran hombres que ya estaban casados y querían convertirla en su segunda o incluso —en un solo caso— en su tercera esposa. Pero todos eran hombres mayores y con descendencia que buscaban revivir los placeres del matrimonio junto a una esposa más joven. Azad, en cambio, no podía ser mucho mayor que Rehana, y parecía tan despreocupado y alegre que costaba imaginarlo como un hombre casado.

—Si no quieres preguntarle este tipo de cosas, podemos pedírselo a la tía Mariam, dejar que otra persona se encargue de plantearlas sin temor a perjudicar vuestra amistad.

—No —se apresuró a decir Hassanali—. Lo acribillará a preguntas y lo ahuyentará. Además, tardaríamos días en hacerle llegar el mensaje, y ella también tardaría lo suyo en desplazarse hasta aquí. No podemos hacerle esperar tanto. No, yo me encargo de preguntárselo, de hablar con él. Pero ¿puedo decirle al menos que te alegras, tanto como yo, de que te haya pedido en matrimonio?

—Dile que me alegro de que me lo haya pedido, sí —contestó Rehana con cautela, dudando ya entonces de que su hermano fuera capaz de arrancarle a Azad las respuestas que ella necesitaba.

Hassanali se fue a abrir la tienda mientras Rehana entraba en su habitación, cerraba la puerta y se dejaba caer en la cama, boqueando como si le faltara el aire. Sentía una especie de vértigo, como si le hubiesen pedido que diera su consentimiento a algo que podía tener consecuencias imprevisibles, pero al mismo tiempo no podía dejar de sonreír al pensar en Azad, y se estremeció sólo de imaginar que le tocaba el brazo o el hombro, y luego cerró los ojos para sentir la caricia de su aliento en la piel. Se quedó así, con los

ojos cerrados, durante mucho tiempo, fundiéndose entre los brazos imaginados de su amante.

Rehana entendía que su hermano se mostrara tan ansioso por casarla con Azad. Rehana tenía veintidós años, demasiados para seguir soltera. Sabía que Hassanali se preocupaba por ella, pero también por su propio honor, porque el hecho de que viviera sin ataduras la volvía vulnerable frente a las habladurías. A los ojos de Hassanali y de todos los demás, la culpa era suya si ella sucumbía a algún escarceo indecoroso que los deshonrara a ambos, porque habría faltado a su deber de protegerla. Había hombres que hacían de la seducción una especie de oficio, y sus víctimas eran por lo general viudas o solteronas cuyas familias no se molestaban en vigilar de cerca. La situación de Rehana no había llegado a ese punto, pero Hassanali temía que acabara pasándole algo similar, pues así lo había insinuado después de que ella rechazara al segundo pretendiente. Con el primero, hasta él se había reído, pues la mera idea de que Abdal-lá Magoti se casara con su hermana era ridícula, sobre todo, pensó Rehana, porque no alcanzaba a imaginarla casada. Además, Abdal-lá Magoti era un hombre ridículo en sí mismo. Ese sobrenombre, Magoti, hacía alusión a sus rodillas, que eran grandes y arqueadas, por lo que caminaba de un modo inconfundible y harto cómico. Por entonces tenía una mujer y tres hijos, y vivían todos en la trastienda de un pequeño y lúgubre café, al cabo de un callejón. La proposición había llegado poco después de la muerte de Zubayda, quizá porque Abdal-lá Magoti pensaba que, al quedarse huérfana, Rehana se sentía vulnerable y no dudaría en aceptar la protección que él le ofrecía. El propio Hassanali no pudo evitar que se le escapara una risotada cuando informó a su hermana de la oferta, y sonrió con gesto comprensivo cuando ella la rechazó.

La segunda vez ya no le hizo tanta gracia, y fue Rehana la que hubo de reprimir una carcajada al ver los aires de grandeza que se daba su hermano. Sucedió mientras la tía Mariam estaba pasando unos días en su casa. Durante aquellas largas estancias, organizaba encuentros con todos sus conocidos, acudía a bodas y velatorios y recibía más visitas en unos pocos días que Rehana en todo el año. Huelga decir que su sobrina no tenía más remedio que acompañarla a esas reuniones. Lo contrario habría parecido extraño y poco

sociable por su parte, por no decir que la tía Mariam jamás se lo habría consentido. Un buen día fueron de visita a casa de uno de los omaníes más prominentes de la ciudad, que poseía tierras tanto allí como en Takaungu. La tía Mariam sentía debilidad por esos parientes de alta alcurnia, y cuando estaba con ellos se comportaba como si ése fuera su ambiente natural y no la modesta y sombría casa (aunque dotada de un amplio patio tapiado donde cultivaba rosales y jazmines) en la que había residido toda su vida adulta, tanto de casada como después de enviudar, y desde la que desplegaba su incansable actividad social. Rehana siempre se sorprendía al comprobar la gran cantidad de gente —esposas, parientes, criados— que vivía en aquellas grandes mansiones, incluidos algunos esclavos o hijos de esclavos que ya formaban parte de la familia.

Se reunieron con una de las esposas del ilustre omaní, que las recibió rodeada de sirvientes y familiares, en una estancia de la planta superior que daba a la galería. Una suave brisa soplaba desde la bahía, de suerte que, aun a esa hora temprana de la tarde, y pese a que en la calle hacía un calor asfixiante, dentro de la casa se estaba tan fresco como a la sombra de un árbol al ponerse el sol. De pronto, una voz masculina se anunció desde fuera y una de las mujeres corrió a advertirle que tenían visita, pero no llegó a tiempo de impedir que el hombre entrara en la estancia. Todas las mujeres se apresuraron a cubrirse la cabeza con los chales salvo Rehana, que no fue lo bastante rápida y, de todos modos, no era tan estricta en el uso del chal como esas mujeres ibadíes, que se cubrían incluso en presencia de sus hermanos, o eso había oído decir. El hombre que entró en la sala era fornido, moreno, y rondaría los cuarenta años. Se quedó en el umbral, paralizado por la vergüenza. Posó los ojos en Rehana por unos instantes y se retiró precipitadamente farfullando disculpas. Unos días después, la esposa del omaní les devolvió la visita y las invitó a su casa de nuevo, y aún habría de visitarlas una segunda vez antes de que el tema se abordara a las claras. El hombre, que se llamaba Daúd Suleymán, quería pedir la mano de Rehana después de haberla visto una sola vez. La oferta llegó a través de la tía Mariam, que había hecho todas las preguntas pertinentes y los informó con todo lujo de detalles. Daúd Suleymán estaba emparentado con la esposa del distinguido omaní a la que

habían visitado, y la tía Mariam procedió a dar cuenta del parentesco con tal profusión de datos que Rehana dejó de prestarle atención. Ya había decidido la respuesta. Ahora que sabía lo que estaba en juego, recordó que había percibido algo en la mirada de ese hombre, como si la evaluara en un sentido puramente material, que le provocó repulsión. Esa palabra tal vez fuera demasiado fuerte, pero, en cualquier caso, la hizo estremecerse y apartar los ojos y, si bien entonces no se detuvo a examinar su propia reacción, ahora comprendía que había interpretado correctamente esa mirada intimidatoria. Daúd Suleymán era el capataz de una de las fincas que el terrateniente omaní tenía cerca de Mambrui y, por supuesto, estaba casado y tenía cuatro hijos de corta edad, pero vivía en una casa amplia que disponía de espacio suficiente para todos. Allí podría disfrutar de los placeres de la vida en el campo —fruta y verdura frescas, huevos recién puestos— y, gracias al generoso patrocinio del terrateniente, nunca les faltaría nada.

La tía Marian asintió en silencio cuando Rehana dijo que no, y luego le pidió que expusiera sus razones para que pudiera dar una respuesta a la esposa del terrateniente.

—¿Tengo que justificarme? ¿No puedo negarme y listos?

No se creía capaz de decir que, a juzgar por cómo la había mirado, temía que su pretendiente la sometiera hasta la asfixia. Parecía un hombre seguro de sí mismo y respetable que era consciente de sus deberes —y las sutilezas tácitas inherentes— y los cumplía a rajatabla, por lo que era de suponer que exigiría lo mismo a su esposa. Rehana no tenía manera de saberlo, no podía deducir todo eso a partir de una mirada fugaz, pero lo intuía, intuía que él querría ordenar y ser obedecido como solía hacer su padre y como Hassanali creía que era su deber. Ella no quería ser la segunda esposa de nadie. Su padre nunca había hablado de tomar una segunda esposa. ¿Para qué querría nadie más de una mujer?

—No quiero vivir en el campo —dijo al fin, a falta de un argumento mejor.

—¿Quién te crees que eres?, ¿una princesa? —le espetó Hassanali en un arrebato de ira insólito en él, incapaz de contenerse ante lo que tomaba por un arrebato de frivolidad. Luego se levantó, se fue a grandes zancadas hacia la puerta y salió al patio, pero al poco se detuvo y volvió sobre sus pasos—. ¿Qué tiene de tan

maravillosa nuestra forma de vida, me lo quieres decir? Si rechazas a ese hombre, que nada más verte quiso tomarte como esposa, que se asegurará de que no te falte nada, ningún otro querrá casarse contigo. Dirán que eres demasiado orgullosa.

—¡No levantes la voz, muchacho! —le ordenó la tía Mariam con brusquedad.

—¿Por qué te indignas tanto, si puede saberse? —preguntó Rehana—. Es mi vida.

—Sí, es tu vida y siempre lo será, pero acabará mal como sigas así —le advirtió Hassanali entre dientes—. Nadie volverá a pedir tu mano porque dirán que eres una engreída, pese a no tener motivos para serlo. Luego vendrá algún rufián que se aprovechará de ti y acabarás deshonrándonos a todos.

Por fin lo soltó, y luego se marchó hecho un basilisco mientras Rehana lo fulminaba con la mirada y la tía Mariam rogaba a Dios que le perdonara sus malos pensamientos.

Lo que sucedió unos meses después no hizo sino corroborar los peores augurios de Hassanali: el mercader Ali Abdalla —al que, por algún motivo, todos llamaban Msuwaki, «cepillo de dientes»—, le hizo llegar el mensaje de que deseaba tomar a su hermana como esposa. Cuando Hassanali le comunicó la noticia, Rehana vio que lo apenaba comprobar que estaba en lo cierto. Tal vez sintiera incluso como propia la vergüenza que ese ofrecimiento suponía para Rehana, pues Ali Abdalla era un mercader de sesenta años y barba blanca que no le hacía ascos a ningún negocio y tenía dos esposas, además de una descendencia adulta en algún lugar de Arabia. Su nombre se asociaba a algún rumor escandaloso cuyos detalles Rehana ignoraba y prefería seguir ignorando. En cualquier caso, no era asunto suyo. La gente se pasaba la vida inventando escándalos sin apenas fundamento. Seguramente quería volver a casarse para tener una mujer con la que acostarse, pues era demasiado mayor para rebajarse a pagar los servicios de una prostituta. Rehana lo entendía. Los hombres árabes de cierta edad se jactaban de tomar una segunda esposa por compasión, cuando en realidad buscaban a las viudas y divorciadas porque les salían baratas, y a veces hasta le echaban el guante a alguna muchacha en la flor de la vida cuya familia estaba ahogada en deudas. La dote, en esos casos, era por lo general simbólica, ya que la familia ansiaba deshacerse de la

muchacha y brindarle cierta honorabilidad. Todo se hacía en nombre de la compasión y el afecto, no de la lujuria y la codicia. Por eso Hassanali se sintió avergonzado por ella —y quizá también de ella—, por ser la destinataria de semejante oferta, como si la mancillara o desahuciara para siempre.

—Le digo que no, ¿verdad? Que gracias, pero no —concluyó Hassanali sin despegar los ojos de su taza de café.

Estaban sentados en la estera, en la penumbra del patio, después de haber cenado las sobras frías del almuerzo. Rehana se sentía abatida y contrariada, y pensó que su hermano compartía ese estado de ánimo. No alcanzaba a comprender por qué se sentía tan sola e inservible, tan llena de defectos, y por qué estaba Hassanali tan desolado, como si ambos hubiesen fallado en algo, en la vida misma. Se dijo que debería haberse esmerado más con la cena, haber preparado aunque fuera un plato de judías o espinacas, y decidió que nunca más volverían a cenar sobras frías: no permitiría que el desconsuelo del arroz pasado y las verduras reblandecidas los lastraran como un sentimiento de inferioridad.

Así las cosas, cuando Azad irrumpió en la vida de ambos a mediados de ese año, fue como un regalo inesperado, una bendición. Hassanali se habría considerado afortunado de tener su amistad, se enorgulleció de que se sintiera atraído por Rehana y apenas podía creer que quisiera desposarla. Estaba tan entusiasmado con la proposición que hubo de refrenarse para no rodearlo con los brazos y darle la bienvenida a la familia. Era joven, amistoso, extrovertido y osado. Había cruzado cientos de millas en barco rumbo a una tierra desconocida, algo que requería cierta audacia, y se había quedado en esa orilla lejana como representante comercial cuando apenas chapurreaba la lengua autóctona, lo que también demostraba arrojo. No obstante, parecía sentirse a gusto entre ellos y les había ofrecido un afecto espontáneo y libre de ataduras. Hassanali había observado a hurtadillas sus intercambios con Rehana, entre expectante e incrédulo, y había constatado su mutua atracción sin atreverse a albergar demasiadas esperanzas. Era como un sueño hecho realidad, y así se lo hizo saber a su hermana cuando ella dijo que debían esperar, o pensarlo con detenimiento, o pedirle a la tía Mariam que viniera a aclarar ciertas cuestiones. «Nunca encontrarás a nadie mejor», le advirtió, y

Rehana supo que tenía razón. Cuando Hassanali le contó que, en respuesta a sus preguntas, Azad le había asegurado que no estaba casado y que nada le haría más feliz que pasar el resto de sus días con ella, Rehana sonrió a modo de asentimiento y mandó avisar a su tía. Se casaron un día después de su llegada.

Le costaba creerse merecedora de tamaña suerte. Durante meses, Rehana se entregó a él en cuerpo y alma, como si Azad se hubiese apoderado de ella y la hubiese transformado. Se sentía hermosa y no cabía en sí de felicidad. Sonreía para sus adentros cada vez que pensaba en él y toleraba de buen grado situaciones que hasta entonces le habrían parecido enervantes y vejatorias. Día tras día se regocijaba ante el milagro que era sentir junto al suyo el cuerpo de Azad, sus caricias y su risa. A veces se iba de viaje por negocios, pero al principio esas ausencias se hacían llevaderas, y cada vez que él volvía a casa Rehana tenía la sensación de que le pertenecía aún más. Qué inesperado era ese sentimiento de intimidad y cercanía, como si fuera carne de su carne. Cuando por fin regresaron los musim, y con ellos el capitán para el que Azad trabajaba, empezó para él una época de mucho ajetreo, pues debía viajar aquí y allá para supervisar y reunir todas las mercancías apalabradas. Apenas lo vieron durante esas últimas semanas.

Azad le dijo que debía hacer el viaje de regreso con el capitán para asegurarse de cobrar su parte de los beneficios cuando se vendiera la mercancía. Los negocios son los negocios, y había que andarse con ojo para no acabar esquilmado. Que sí, que el capitán y él eran familia, y se aseguraría de que Azad recibiera alguna recompensa por sus esfuerzos, pero la riqueza corrompe hasta las almas más puras, y el capitán —que no se contaba entre ellas, precisamente— podía sucumbir a la tentación. Una vez que hubiese zanjado sus asuntos, volvería lo antes posible, y confiaba en que para entonces Rehana estuviera esperando su primer hijo. Ella se resistía a verlo partir, le suplicó que no se marchara, pero él la aplacó con palabras de consuelo: «Así nos ganamos la vida los hombres como yo, viajando, comerciando y abriéndonos paso en el mundo. Volveré y, si Dios quiere, no lo haré con las manos vacías». Hassanali le aconsejó que se dejara de dramas y no agobiara a Azad. Así era la vida de muchos en esos pagos, de sobra lo sabía. Ese año, cuando los musim cambiaron de sentido, Azad viajó hasta Mombasa

para reunirse con el resto de la tripulación, y luego ni una palabra durante los cinco años siguientes. Lo más probable era que no volvieran a saber nada de él.

Convencida de que Azad daría noticias si pudiera, Rehana temió que la embarcación hubiese sufrido alguna fatalidad. Su padre, Zakariya, les había contado que así había muerto el abuelo paterno, ahogado en una travesía de regreso de los musim, cuando su barco naufragó a causa de una tormenta en el mar de Omán. La abuela había tardado semanas en enterarse de la noticia, y sólo cuando los mercaderes dieron la nave por perdida reconoció al fin que su marido había muerto. El abuelo también se llamaba Hassanali y, en cuanto tuvo edad suficiente, su hijo Zakariya también se embarcó con los musim, quizá para buscar al padre ausente. Por suerte, lo que encontró al final de la travesía fue al pequeño Hassanali, que mientras tanto había nacido, de modo que no se molestó en volver y no se ahogó por el camino. Así pues, no es de extrañar que el primer pensamiento que cruzó la mente de Rehana, un pensamiento terrible, fuera que el barco había naufragado en el viaje de vuelta a la India. Hassanali preguntó a sus conocidos cómo podía salir de dudas, y algunos de éstos hicieron indagaciones entre los mercaderes y comerciantes locales, por los que supieron que el barco no había sufrido ningún percance y que, si todo iba según lo previsto, Azad volvería con los siguientes musim. Pero no lo hizo, y, al cabo de un tiempo, Hassanali dejó de preguntar por su paradero porque le daba vergüenza hacerlo. Los había abandonado, había abandonado a Rehana para retomar su vida en la India, burlándose de su amor y su desesperación, mofándose de la ingenuidad de ambos. Sin embargo, Rehana se aferró a la esperanza de que le hubiese sucedido alguna desgracia, de que se presentara ante ellos el día menos pensado para relatarles esas penalidades que le habían impedido regresar antes. Ésa fue su manera de encajar lo sucedido, aunque para sus adentros supiera desde los primeros meses que Azad nunca volvería. Había pasado tantos años reconcomiéndose por su abandono que sólo le quedaba un sentimiento de amargura. Apenas se permitía evocar la felicidad de aquellos primeros meses porque se sentía engañada y, a medida que los recuerdos de Azad se iban trocando en rencor, sintió la necesidad de culpar a Hassanali por haberla convencido de que dejara a un lado sus prevenciones,

aunque nunca se lo dijo a las claras y se mortificaba por ello. Vivía como un alma en pena, sumida en el resentimiento y la tristeza. Se levantaba tarde, lo echaba de menos a todas horas. No podía evitarlo, aunque aborreciera todo lo relacionado con él: su existencia, su nombre, su voz. Se ocupaba de sus tareas domésticas como siempre había hecho, pero se volvió más apática y arisca, y una parte de sí misma se marchitó hasta transformarse en algo denso y agrio.

La tía Mariam iba a verlos cada dos o tres meses, tal como solía hacer antes de la llegada de Azad. Había guardado las distancias durante los cerca de siete meses que transcurrieron desde la boda hasta que él partió de nuevo a fin de concederles el tiempo y el espacio que necesitaban para disfrutar de su felicidad, pero, una vez que él zarpó con los musim, reanudó aquellas visitas para hacer compañía a su sobrina y, sospechaba ésta, para tenerla cerca en caso de embarazo. Pero Rehana no estaba embarazada y, según se iba alargando la ausencia de Azad, la tía Mariam dejó de intentar sonsacarla al respecto y contestaba a sus lamentos con palabras tranquilizadoras. Al final, fue ella quien tomó cartas en el asunto. Casi dos años más tarde de la desaparición de Azad, Rehana y Hassanali seguían sumidos en la desdicha, de modo que decidió prolongar su estancia unos días más, que se transformaron en semanas, y después en meses. Se quedó desde Mfungo Mosi hasta Mfungo Mosi, todo un año. Pasó el Muharram con ellos, así como el Maulid Nabi, el Mirach, el Ramadán, el Sikukú Ndogo y el Sikukú Kubwa. Hasta entonaba cierta canción satírica sobre un huésped que no sabe cuándo marcharse y al que sus anfitriones acaban echando por la fuerza, como si los incitara a asegurarle que seguía siendo bienvenida.

Como siempre que la tía Mariam andaba cerca, aparentemente inmune al paso de los años, la casa bullía de actividad. Estaban las visitas que recibía, por supuesto, y las visitas que debía devolver. En esa ocasión, además, mandaron vaciar todos los colchones, dejaron el relleno de miraguano al sol para deshacerse de malos olores y parásitos y encargaron nuevas fundas de percal marekani. También ordenó reparar las ventanas del patio y encalar los muros. Hassanali refunfuñó por el dispendio, pero con una sonrisa en los labios. El patio recién encalado lucía como nuevo y las plantas se veían

exuberantes y majestuosas en contraste con las paredes blancas. La tía Mariam empezó un negocio de samosas y bachías que preparaba por encargo, aunque siempre reservaba algunas para que Hassanali las vendiera en la tienda. Los pescadores se presentaban en la puerta del patio con sus ristras de pescado y ella regateaba con ellos como si pretendiera comprar comida para un banquete y no las escasas viandas que necesitaban para acompañar el arroz, la yuca o el plátano. Aun así los pescadores volvían al día siguiente y armaban un buen jaleo ante la puerta del patio, y a veces hasta le llevaban algún pescado de regalo, sólo por el placer de regatear con la tía Mariam.

Rehana no podía quedarse acostada mientras pasaba todo esto, y lo cierto es que ni siquiera le apetecía hacerlo. La tía Mariam se instaló en su habitación y, en cuanto se levantaba, la arrancaba de la cama con su incesante trajín, valiéndose de sus mañas y encantos para conseguir que se pusiera en marcha. Todos los días le pedía que le leyera unas páginas del Corán, aduciendo que estaba perdiendo la vista y que las grandes suras siempre se le habían resistido, por no decir que Rehana era una lectora magnífica. Con tan sólo diez años, ya era capaz de leer el Corán de principio a fin y hasta había memorizado algunos pasajes (aunque, poco después, tuvo que dejar de ir a clase porque empezó a menstruar y, por tanto, había que protegerla de las miradas masculinas). La tía Mariam la convenció para que le hiciera unos vestidos, tal como se los hacía a sí misma, y el resultado cosechó tantas alabanzas que Rehana no tardó en recibir encargos de otras mujeres. Por último, persuadió a su sobrino de que había llegado el momento de tomar esposa. No lo dijo, y puede incluso que no lo pensara, pero la mujer que se casara con Hassanali también haría compañía a Rehana y los distraería a ambos de sus cuitas. Además, la tía Mariam conocía a la candidata perfecta y se ofreció para presentársela en cuanto estuviera preparado, aunque le advirtió que no esperase demasiado.

—Yo misma me casaría contigo —bromeó—, si no tuviera tantos solteros ricos haciendo cola delante de mi puerta.

Y así fue como llegó Malika, que trajo la felicidad a Hassanali y cambió la vida de ambos. Rehana aprendió a pensar en Azad como un error del pasado que no tenía remedio. Podía intentar anular el matrimonio, pero ¿de qué serviría? El tiempo corría en su contra.

Había pasado una década desde la muerte de su madre y tenía veintinueve años; no era lo que se dice una muchacha. Y allí estaba Malika, que, tras haber limpiado las espinacas, se disponía a preparar el pescado mientras tarareaba aquella canción de cuna o lo que quiera que fuese, seguramente pensando en las caricias que intercambiaría con Hassanali cuando él volviera a casa para descansar un rato. Desde que Malika vivía con ellos, su hermano se había acostumbrado a cerrar la tienda durante un par de horas después del almuerzo para echar una siesta. Rehana sonrió para sus adentros, aunque no pudo evitar una punzada de envidia. Se levantó y, alargando los brazos, sostuvo ante sí el vestido terminado y lo examinó por delante y por detrás para comprobar que todo estuviera en orden. Sintió cierta satisfacción al pensar en la mujer que vendría esa tarde a recogerlo, y confiaba en que le gustara. Dobló la prenda y volvió a sentarse, y al hacerlo notó el golpeteo en el muslo del cuaderno que le había arrebatado al extranjero enfermo. ¿Cómo había podido creer que tal vez se tratara de Azad, el hombre que le enseñó a querer y a detestar en igual medida, y a detestarse a sí misma incluso más que a él? No va a volver, y mejor así, porque ¿qué haría Rehana si se presentaba ante ella sin previo aviso? ¿Y qué iba a hacer con el cuaderno del mzungu? Ni siquiera podía descifrar su contenido, escrito en un alfabeto desconocido para ella, sin duda la lengua del extranjero. Tampoco podía tirarlo a la basura, porque el hombre que recogía la basura de puerta en puerta siempre revolvía los desechos antes de quemarlos por si encontraba algo de valor, y en cuanto viera el cuaderno se lo entregaría al gobernador europeo y los denunciaría como ladrones con la esperanza de obtener a cambio una recompensa o limosna. Podía enterrarlo, pero si alguien lo encontrara la acusarían de hechicería o dirían que era el malvado capricho de una mujer perturbada. Tendría que cargarlo como un lastre, ocultándolo hasta que la descubrieran o hasta el día de su muerte, cuando todos se mofarían de ella por sus tristes trofeos de solterona.

4

Pearce

Se acomodaron en el porche después de cenar estofado de cabra con arroz. Burton, el capataz de la finca de Bondeni, había ido a conocer al convaleciente y a presentarle sus respetos. Era un hombre fornido, de pelo negro enmarañado y bigote recortado con esmero, algo que en opinión de Martin le daba un aire quisquilloso. El traje le iba grande, por lo que parecía contrahecho o incluso enfermizo, pero peor facha tenía a su llegada, enfundado en un uniforme caqui. Habían empezado a beber con la puesta del sol, ginebra con lima en el caso de Burton, *whisky* con agua para Frederick y Martin. Este último los acompañó durante un rato, pero sin la avidez y la alegría de éstos, sólo para que no lo tomaran por un aguafiestas o un remilgado. La conversación sobre el futuro del Imperio acabó caldeando el ambiente y, absorto en una discusión cada vez más acalorada con Burton, Frederick se desentendió de la copa de Martin, que hasta entonces iba llenando, y lo dejó a su aire, sin dirigirse a él más que para invitarlo a tomar partido en tal o cual cuestión.

Burton no necesitaba aliados, convencido de que el futuro de las posesiones británicas en África pasaba por el paulatino declive y la desaparición de la población africana, reemplazada por colonos europeos. Era algo que, en su tajante opinión, ocurriría de forma inevitable, siempre y cuando se dejara que la historia siguiera su curso, sin la impertinente injerencia de los funcionarios, o cuando menos sin la intromisión obstruccionista de quienes se llenaban la boca con la responsabilidad del colonizador respecto al bienestar de la población nativa.

Martin pensó que había cierta teatralidad en aquellos intercambios entre ingleses que, desde las colonias, debatían con aire sesudo sobre cuestiones de interés general. Burton hablaba ahora en un tono más categórico, con un timbre más agudo y cargado de autoridad. Tal vez lo hiciera en su propio interés, pero también en el de sus acompañantes, para hacerles sentir a todos que

eran importantes y estaban presentes en el mundo. ¿Qué más daban la soledad, los sirvientes, las enfermedades o la acuciante angustia que les generaba estar donde estaban, haciendo lo que hacían, cuando podían ocuparse de los problemas del mundo? Así hablaban los hombres cuando llevaban un par de copas encima, ahogando las míseras incomodidades cotidianas con los grandes asuntos de la actualidad.

—Este continente tiene el potencial necesario para convertirse en una nueva América —afirmó Burton con empecinado énfasis, como si esperara que los demás acogieran sus palabras con escepticismo—, pero no mientras siga en manos de los africanos. Fijaos en esta región. Los negros se han dejado corromper por los árabes, por su religión y sus… alambicados modales. Los propios árabes tampoco dan mucho de sí. Son en su mayoría unos fanfarrones incapaces de mover un dedo salvo que les vaya la vida en ello o tengan los ojos puestos en algún botín. Antes de que nosotros llegáramos, esto era territorio pirata. Cuando los vientos les eran propicios, los árabes hacían incursiones a lo largo de toda la costa, secuestrando y saqueando a su antojo, y tomando esclavos de paso. Cuando los vientos cambiaban de dirección, volvían corriendo a sus cuevas para despilfarrar las ganancias. Cuanto antes se vean despojados de su riqueza y obligados a abandonar esta tierra, mejor.

—Tal vez sea como dices —concedió Frederick, dándole la razón en lo tocante a los árabes, pero con ganas de avivar la polémica. Martin no tardó en comprender que Burton era el encargado de airear las ideas más desagradables, instigado por Frederick, que lo provocaba deliberadamente para que incurriera en esos excesos—. Pero no me negarás que han puesto un poco de orden en la región. Eso no se les puede negar.

Burton tardó lo suyo en contestar, agitando la ginebra en el vaso con aire complacido, y cuando volvió a tomar la palabra lo hizo en un tono más templado, resistiéndose a las provocaciones de Frederick.

—Pese a la ilusión de orden que representa el sultán de Zanzíbar, si nosotros nos marcháramos la región volvería a caer en manos de los piratas en lo que tardan en cambiar los vientos. Pero los salvajes del interior son otro cantar. Están condenados, lo poco

que queda de ellos. Languidecerán, se morirán de hambre y se extinguirán en contacto con la civilización. Y no me vengas con monsergas sobre la moralidad o la responsabilidad. Es inevitable, es un hecho científico. No hay crueldad en este desenlace, y ha ocurrido en todas partes, una y otra vez, exactamente del mismo modo.

—Me inclino a pensar que olvidas tus deberes como súbdito del Imperio —repuso Frederick en un tono solemne, dando así a entender que la acusación no iba en serio—. En realidad, me inclino a pensar que olvidas tus deberes para con la humanidad en general. Verás, yo sí me siento responsable de los nativos, de tenerlos bajo control y guiarlos poco a poco en la senda de la obediencia y el trabajo disciplinado.

—A eso me refería, precisamente, al hablar de interferencias obstruccionistas —replicó Burton—. Cuanto más hagamos por ellos —añadió, levantando la voz de nuevo—, más exigirán de nosotros sin tener que hacer nada a cambio. Con el tiempo, esperarán que les demos de comer mientras se aferran a sus costumbres bárbaras. Nos odiarán, pero aun así esperarán que veamos su bienestar como nuestra obligación. Creerán que se lo han ganado. No conseguirás que trabajen con disciplina, no si los dejas a su aire.

—Por eso he dicho que hay que guiarlos —insistió Frederick—. En eso, precisamente, consiste nuestra responsabilidad.

—Querrás decir que hay que obligarlos —replicó Burton—. Sólo conseguirás que trabajen mediante la coacción y el chantaje, no haciéndoles entender que trabajar para nosotros y alcanzar ciertas metas son logros morales. Nunca lo entenderán. Por eso siguen vistiéndose con pieles y viviendo en chozas hechas con hojarasca y estiércol. Tienen bastante con eso, y matarán por defender su forma de vida. Perora todo lo que quieras sobre nuestra responsabilidad, si quieres que la prosperidad y el orden reinen en África, tendrá que haber una colonización europea. Sólo entonces podremos convertir esta tierra en una nueva América.

—Eso no será posible sin una matanza —zanjó Frederick lanzándole una mirada fulminante, y bebió un gran sorbo de *whisky* antes de añadir—: Aunque, a juzgar por tu forma de hablar, me da la impresión de que eso tampoco te parecería tan terrible.

—No, lo que pasa es que a tu postura le falta valentía intelectual

—replicó Burton en tono amistoso. Martin se dio cuenta de que el capataz había esquivado la provocación de Frederick y se dedicaba a azuzarlo a su vez—. Ya los estamos matando. Los matamos para obligarlos a obedecernos. En realidad, sólo tenemos que dejarlos a su aire para que se mueran ellos solos.

Martin escuchaba en silencio cómo ambos hombres insistían una y otra vez en el abismo que los distanciaba de los negros, categoría en la que para entonces entraban todos aquellos a los que habían sometido por la fuerza. No era una actitud exclusiva de los británicos, había escuchado intercambios similares entre otros europeos, como los franceses y los holandeses, o incluso entre polacos y suecos, que no tenían colonias con una población autóctona a la que someter o sentenciar a una extinción inminente. Martin no podía evitar que ese tipo de discursos le revolvieran las entrañas, y le inquietaba que alguien pudiera escucharlos. Se preguntó si Burton habría percibido su rechazo y cargaba las tintas para chincharlo o si era la ginebra la que le había soltado la lengua.

—¿Y tú qué dices, Pearce?… Quiero decir, Martin, viejo amigo —empezó Frederick, ligeramente ebrio y un tanto picajoso, quizá porque Pearce se negaba a ponerse de su parte y en contra de la grotesca fantasía de Burton—. ¿Qué opinas de todo esto? Aquí estamos, en 1899, ¿cómo ves el nuevo siglo? ¿Lo haremos mejor que nuestros decididos predecesores? ¿Acabaremos con los nativos y veremos este lugar convertido en una especie de América o asistiremos a la transformación de estos pobres diablos en súbditos civilizados y diligentes trabajadores? Adelante, amigo mío, oigamos tu parecer.

—Creo que, con el tiempo, veremos de un modo menos heroico lo que hemos hecho en lugares como éste —aventuró Martin—. Y tendremos una opinión menos favorable de nosotros mismos. Andando el tiempo, llegaremos a avergonzarnos de algunas de nuestras acciones.

—¡Un wa Al-là antiimperialista! —concluyó Frederick con evidente regocijo—. Vamos, Burton, dinos qué opinas de esto.

—En lo que respecta a esos salvajes que tanto nos hemos empeñado en civilizar —prosiguió Martin, aunque ya empezaba a arrepentirse de haber abierto la boca—, estamos en deuda con ellos porque hemos aniquilado su forma de vida.

Burton se apartó con un mohín desdeñoso.

—No les debemos nada, salvo paciencia —replicó—, hasta que les llegue su hora. La misma paciencia que tendríamos con un animal moribundo. No los hemos obligado a vivir y morir como bestias sin conciencia. Lo único que les debemos es la paciencia necesaria para que ellos mismos se encarguen de poner fin a sus miserables existencias.

—Burton, a veces hablas como si también fueras una bestia sin conciencia —le espetó Frederick, torciendo el gesto—. No me cabe duda de que tienes razón, Martin, sobre todo si pensamos en los funestos presagios que tanto gustan a Burton. No creo que el nuevo siglo sea mucho mejor que el que ahora dejamos atrás, mal que bien. No se puede esperar demasiado de una era que se despide acallando una mente como la de Oscar Wilde de la manera en que lo ha hecho.

—¡Oscar Wilde! —exclamó Pearce entre risas—. Me temo que hemos hecho cosas mucho peores.

—Te aseguro que, si creyera que las profecías de Burton tienen visos de cumplirse —empezó Frederick, balbuceando levemente—, me iría corriendo a hacer la maleta, volvería a casa mañana mismo y al diablo con el Imperio. Pero no son sino fantasías de esos lunáticos con los que Burton pasó tanto tiempo en Sudáfrica. La codicia de los ingleses y el fanatismo de los holandeses han aturdido su brillante mente científica con profecías de extinción que nada tienen que ver con la verdadera naturaleza del Imperio. A nadie se le ocurriría decir algo así de la India.

—África no es como la India —repuso Burton—. Sin embargo, incluso allí, lo que ha demostrado el Imperio es que las tradiciones autóctonas han quedado desfasadas. Han perdido toda su razón de ser. Lo mejor que pueden hacer los indios es dejar que las reemplacemos y tratar de imitar las nuestras. Pero hasta eso es preferible a lo que tenemos aquí, porque la india es una civilización ancestral que ha llegado al final de su vida útil, mientras que aquí no hay nada salvo animales en estado salvaje.

—Hay que ver cómo te gusta atacarlos —replicó Frederick al tiempo que llenaba las copas—, pero si tan convencido estás de que son animales salvajes, ¿por qué les enseñas a jugar al críquet?

—Por echar unas risas. No porque crea que hay un Ranjitsinhji

entre ellos, desde luego —añadió Burton, sonriéndose ante su propia dificultad para pronunciar el nombre del jugador.

Martin se levantó tarde al día siguiente, exhausto por los efectos del alcohol. El té que solía tomar a primera hora de la mañana se había enfriado sobre la mesilla de noche y Hamis había enrollado la mosquitera sin despertarlo. Encontró a Frederick sentado al escritorio con camisa blanca, pantalones cortos y holgados de color caqui, calcetines hasta la rodilla y relucientes zapatos de piel marrón, acabando de redactar el informe sobre los impuestos y tasas aduaneras recaudados el año anterior. Burton había vuelto a la finca con las primeras luces del alba.

—A lomos de su burro —precisó Frederick, retrepándose en la silla con una sonrisa—. En las colonias se ve de todo, ¿no crees? Esta mañana ya estará de vuelta en la finca, yendo de aquí para allá a grandes zancadas y arrimando el hombro como si fuera uno más, metido hasta los muslos en el barro de las zanjas. Al caer la noche, si está de humor, se reunirá con sus trabajadores y cantará con ellos, y tal vez mañana por la tarde los rete a jugar al críquet. Dentro de unos días volveré a tenerlo sentado en mi porche, afirmando que el contacto con la civilización los aniquilará a todos y que bastará con esperar para verlos agonizando como animales moribundos. Le gusta hacerse el duro, aparentar que es un hombre pragmático y nada proclive al sentimentalismo que sólo busca la eficiencia, pero le da bastante al magín y se toma muy en serio su trabajo. ¿Cómo estás? Te veo un poco mustio. Aún debes de estar agotado, y no me extraña. Esta mañana hace un calor asfixiante.

—Mucho me temo que carezco de vuestra resistencia al alcohol. Ahí estás, recién afeitado y fresco como una rosa, sonriendo como si nada y cumpliendo diligentemente con tu deber para que los engranajes del Imperio no se detengan, mientras que yo me siento como un desecho salido de las entrañas de algún animal. Ni siquiera me he despertado cuando Hamis me ha traído el té y ha recogido la mosquitera —dijo Martin.

Frederick soltó una carcajada.

—Bueno, seguro que eso te pasa porque aún no te has recuperado del todo, pero no tardaremos en dejarte como nuevo. A decir verdad, yo tampoco puedo beber como antes; con este calor, te desgasta. Y sí, Hamis puede llegar a ser bastante sutil en el

desempeño de sus tareas. ¿Crees que hay algo de cierto en la idea de que los negros tienen una especie de instinto natural para estas cosas? ¿Quién dijo aquello de que el hombre negro reúne las condiciones ideales para ocuparse del bienestar ajeno? ¿Fue el doctor Johnson? No, creo que fue Melville, en ese relato suyo sobre una revuelta de esclavos. Su prosa es un tanto árida, si mal no recuerdo, pero quizá adecuada al tema. Me gustaría verlo con un guerrero masái por criado. Si lo que cuentan es cierto, no tardaría en echar de menos algún órgano vital. Esta mañana me ha dado por pensar en tu penosa marcha por el monte y en las terribles pruebas que has debido de pasar. No, no, mi querido Pearce, no intentes quitarle hierro, aunque yo haría lo mismo si hubiese tenido la fortaleza y el valor necesarios para sobrevivir a semejante odisea. El caso es que he estado pensando en esos asesinos sin escrúpulos que debían guiarte y protegerte y que te traicionaron de la manera más infame. ¿Quién puede comprender lo que les pasa por la cabeza a semejantes canallas? Recuerdo que me hablaste de ese paisaje hostil que a duras penas lograste cruzar a solas y que, en ese momento, me vino a la mente el poema «Childe Roland a la torre oscura llegó» de Browning, ya sabes a cuál me refiero, y ese terrible pasaje de la torre. No me gusta Browning, ¿y a ti? Hay algo en él que me repele, todos esos encabalgamientos se me acaban atragantando. Pero esta mañana me he dicho que no, que lo tuyo no me recuerda a Browning en absoluto, ni a «Childe Roland», sino a Swinburne. Ése sí que te pega. ¿Eres aficionado a la poesía, Martin? Te lo pregunto por algo que dijiste anoche sobre el nuevo siglo. Esta mañana he hojeado un poco un libro de Swinburne y me he topado con estos versos. Dirás que están un poco pillados por los pelos y que no tienen nada que ver con lo que me contaste, pero yo veo algunas resonancias. Espero que no te importe, los he señalado para ti:

Sólo el viento revolotea y se deleita
en un círculo donde la vida parece yerma como la muerte.

»El poema no tiene nada que ver con el paisaje, ya lo sé, habla del fin del amor y todo eso, no podría ser de otra manera tratándose de Swinburne, pero lo que me ha llamado la atención es esa imagen de un lugar dejado de la mano de Dios, un paisaje desolado y cruel

que en tiempos debió de ser hermoso. Al leerlo me pregunté si no estarías en lo cierto. Si, a pesar de todos nuestros esfuerzos, lo que está devorando el corazón de este continente acabará arrasándolo por completo y no quedará nada después de nosotros.

Frederick miró a Martin largamente con los ojos empañados por la emoción. Éste le sostuvo la mirada en silencio, incapaz de decir nada. Comprendió que Frederick se había conmovido con su propio discurso, con sus propios pensamientos, y aunque sentía la obligación de darle algún tipo de réplica, la prepotencia que encerraban las palabras de su interlocutor —no quedará nada después de nosotros— lo había dejado mudo de estupor.

—Tienes razón —concluyó Frederick al cabo con una sonrisa—. No podemos cambiar el rumbo de la historia, de manera que hagamos cuanto esté en nuestra mano y disfrutemos al máximo mientras podamos. Creo que ya huelo el café. Dime, Martin, ¿qué tienes previsto hacer hoy? ¿Quieres que te preste el libro de Swinburne? ¿Lo consideras un gran poeta? Es incorregiblemente lúgubre y un gruñón empedernido, pero escribe como los ángeles. ¿Te apetece poner los pies en alto y regodearte un poco en la contrición y el remordimiento?

—He pensado que me gustaría ir hasta la orilla, dar un paseo por la playa —dijo Martin, volviéndose a medias hacia el porche.

Frederick se levantó y los dos hombres salieron a contemplar la bahía.

—Hace demasiado calor para pasear, creo yo —le advirtió Frederick—. Además, estos días hay mucho ajetreo allá abajo, y gente durmiendo al raso. Fíjate en la orilla, en toda la basura acumulada. Mandaré poner unos letreros cuando se hayan marchado. «Prohibido tirar basura», o «Que les corten la cabeza», pero esta vez ya llego tarde. Los monzones han empezado a virar, por eso llegan tantas embarcaciones procedentes de Mombasa y de más lejos, para abastecerse antes de emprender el regreso. Si uno levanta la vista, la bahía se ve preciosa así a lo lejos, ¿no crees? Pero en realidad no es segura para la navegación, sobre todo cuando empiezan a soplar los monzones. El oleaje puede hacer zozobrar una embarcación en un abrir y cerrar de ojos. Al parecer, cuando los vientos del nordeste arrecian es peor aún. Justo cuando yo llegué, habían amainado. La cantidad de desechos acumulados

en la playa era tal que, si no lo llego a ver, no lo hubiese creído. Los monzones soplan con fuerza hacia la costa y el mar sube hasta esa carretera de ahí, y cualquier nave atrapada en la bahía acaba varada en la playa, en el mejor de los casos. Sólo los dóus de Bajún y otras embarcaciones tradicionales se mantienen a flote. Las demás tienen que quedar en tierra firme, en las carreteras que rodean el promontorio. Estos vientos que ahora empiezan a soplar son los monzones del sudoeste, y el cabo cumple la función de rompeolas. Los dóus se guarecen en la curva de la bahía, donde están a salvo, ¿los ves? Allí los cargan y se llevan toda la mercancía a Mombasa y Lamu, donde esperarán vientos propicios. Ha sido un buen año, por lo que tengo entendido, así que todas esas provisiones son derechos de aduanas que cobraremos, si descontamos a la chusma que se cuela en el puerto al abrigo de la oscuridad, malditos desagradecidos. ¿Ves ese cobertizo de ahí abajo? Esos hombres están pesando todo lo que se sube a los barcos para asegurarse de que Su Majestad recibe lo que le corresponde a cambio de nuestra balsámica presencia en esta tierra. Por la tarde, cuando todo esté más tranquilo y el sol ya no queme tanto, podremos salir a dar un paseo.

—Gracias, me parece perfecto —repuso Martin, dando por sentado que Frederick no quería que se mezclara con la turba de los muelles pero era demasiado educado para prohibírselo sin más.

¿Podía el gobernador impedirle dar un paseo? Frederick el Tirano, un tirano benévolo que sabe lo que más conviene y espera ser obedecido, aunque disimule sus caprichos con eufemismos y falsa modestia. A decir verdad, cualquier reparo de un anfitrión en ese lugar dejado de la mano de Dios equivalía a una prohibición en toda regla, sobre todo habida cuenta del lamentable estado en que había llegado su huésped. No complacerlo habría sido una muestra de ingratitud, por más que Pearce no entendiera qué creía Frederick que podía pasarle en medio de ese hormigueo incesante. Tal vez temiera que se sintiese asqueado mientras se abría paso entre los desechos esparcidos por la orilla y los rescoldos de las hogueras. O quizá quisiera acompañarlo para enseñarle personalmente sus dominios.

—Ah, aquí llega el café. Después, sugiero una buena dosis de Swinburne mientras yo termino este dichoso informe, y luego

almorzaremos juntos —concluyó Frederick—. Me gusta la hora del almuerzo.

Salieron a dar un paseo al caer la tarde. La silueta rubia y compacta de Frederick no pasaba desapercibida con los pantalones cortos holgados, las piernas cubiertas de denso vello dorado y una pipa atrapada entre los dientes, bajo el poblado bigote cobrizo. Martin supuso que era la viva estampa del alto funcionario colonial cuando salía de paseo, emanando una relajada autoridad. Por su parte, Martin estaba recién afeitado y se había cortado el pelo, pero seguía vistiendo un pantalón prestado que le quedaba corto. El ajetreo de la mañana y primeras horas de la tarde había remitido, y los lugareños los veían pasar apostados delante de sus casas, paseando o descansando a la sombra de un árbol mientras los chiquillos correteaban por la playa o se bañaban en el mar.

—No es sino un villorrio que se cae a trozos —comentó Frederick con el ceño fruncido, haciendo oídos sordos a las lindezas que les gritaban unos muchachos sentados bajo un árbol, pero devolviendo el saludo a unos hombres de cierta edad—, aunque tiene mucha historia, en parte bastante rocambolesca, debo añadir, como las peripecias de los antiguos egipcios y griegos que frecuentaban estas costas en busca de marfil, ese tipo de cosas. Hay una leyenda bastante arraigada sobre un príncipe persa que llega hasta aquí huyendo de su tierra y funda un reino mestizo que será la cuna de la «civilización» suajili. —Frederick descubrió los dientes al pronunciar estas últimas palabras, aunque no estaba claro si se trataba de una sonrisa o un mohín desdeñoso; tal vez fuera tan sólo una mueca con la que pretendía señalar que la palabra «civilización» no encajaba en ese contexto—. Por supuesto, el príncipe persa llegó volando en su alfombra mágica. Hay un poso de verdad en esa historia, de eso no me cabe duda, pero la envuelven en una sarta de paparruchas exóticas para embaucar a los más crédulos. Sospecho que quienes levantaron estas antiguas ciudades fueron los mismos a los que Burton se refería anoche como piratas, nada que ver con príncipes forajidos. Lo que sabemos a ciencia cierta es que, cuando los portugueses llegaron a esta costa, ya era un reino próspero que rivalizaba con Mombasa y, según se dice, hasta comerciaba con la China, aunque tengo mis dudas al respecto. Si los chinos habían llegado hasta aquí ya en el siglo XV,

¿por qué dieron media vuelta? La China está muy lejos, ¿por qué no se quedaron y se hicieron los amos del lugar?

—Tal vez porque llegaron a la conclusión de que aquí no había nada mejor que lo que tenían en casa —aventuró Martin.

Frederick lo miró con una sonrisa y asintió.

—Bien visto, amigo mío. El caso es que, para cuando los portugueses se marcharon, esto no era mucho más que un decadente asentamiento costero. Ya sabes cómo se las gastaban: saqueo, pillaje y fanatismo. Luego la ciudad estuvo a punto de desaparecer bajo el asedio de los galas y demás tribus del interior, que acamparon y defecaron entre sus ruinas durante siglos, hasta que el sultán de Zanzíbar decidió darle una nueva vida. La tierra es pobre pero productiva pese a todo, y no paramos de introducir nuevos cultivos. Hay buenas perspectivas de futuro, creo yo.

Cuando pasaron delante de la mezquita que daba al paseo marítimo, Martin aminoró la marcha. Un grupo de ancianos —todos luciendo barba, algunos con el pelo completamente blanco, otros tocados con turbante— se habían reunido en un tradicional baraza frente al templo. A través de la puerta del patio, encalada de verde, Martin vio dos puertas más a un lado de la fachada de la mezquita propiamente dicha. Dio un paso atrás y, al ver que había una tercera puerta, sonrió, reconociendo el tradicional estilo arquitectónico de los templos musulmanes incluso en una construcción tan modesta como ésa, tan alejada de sus orígenes. Uno de los lugareños dijo algo que hizo ensanchar su sonrisa, y entonces Martin le contestó en su lengua. Los hombres se removieron con curiosidad, sonriendo ellos también entre gestos de sorpresa y júbilo. Tras un breve intercambio, Martin se despidió de los hombres y los dos europeos retomaron la marcha.

—Mi querido Pearce, me dejas sin palabras —dijo Frederick—. ¿Qué te han dicho?

—Ah, el primer hombre ha dicho que es buena hora para dar un paseo, y lo he invitado a sumarse a nosotros. Me ha dicho que por hoy ya ha hecho suficiente ejercicio. Las cortesías de rigor. Me encantaría visitar la mezquita… en otro momento —añadió Martin, mirando de soslayo los pantalones cortos de Frederick.

—¿Cómo es que hablas su lengua? No serás una especie de… representante gubernamental, ¿verdad…?

Martin se echó a reír.

—¿Un espía, quieres decir? Ese hombre hablaba en árabe, y yo he pasado el último año y pico en Egipto, como consultor del Departamento de Educación. Entrometiéndome en sus asuntos, más bien. Y entrometiéndome también, siempre que me dejaban, en los asuntos del Departamento de Antigüedades para estudiar los edificios y sus planos arquitectónicos. Creo que aprendí bastante más que quienes tuvieron la desgracia de atender a mis consejos.

—Por supuesto, qué tonto soy —repuso Frederick, volviéndose a medias para mirar a Martin con sincera admiración—. Yo me defiendo en indostaní, sobre todo si no tengo que entender lo que dice mi interlocutor. Pero lo tuyo es impresionante, se mire como se mire. Debería reclutarte a la fuerza y retenerte a mi lado. Burton chapurrea el suajili, pero dudo que sea capaz de perorar en esa lengua sobre el destino de las colonias británicas en África. Lo suyo es más trae esto, llévate lo otro y no vuelvas a hacer eso. No suena demasiado bien cuando se pone a arengar. Es un misterio cómo consigue que la finca funcione tan bien. Hablando de Burton, ha insistido en que vayamos a visitarlo en cuanto te sientas con ánimos.

—Ajá —musitó Martin.

—Oh, no es mal tipo. Cuando lleva unas copas de más le da por desbarrar sobre el destino del hombre blanco, pero no es mal tipo. Se las da de duro, pero no es más que una pose, pura provocación. Creo que, en el fondo, es un poco calavera, tú ya me entiendes, ¡ja, ja, ja!

—Me temo que no sé a qué te refieres —repuso Martin.

—Bueno, ya sabes, un vividor. Como esos marineros de los libros de Stevenson que abandonan el barco para echar una cana al aire con las jóvenes nativas. ¿O me estoy confundiendo otra vez con Melville? El caso es que en las historias de Stevenson también salen unos cuantos aventureros de ese tipo. Me imagino perfectamente a Burton recreándose en esa clase de placeres. Ay, Dios, no debería difamar al pobre hombre, no me hagas caso, son todo imaginaciones mías.

Siguieron la curva de la bahía, dejando a mano izquierda las afueras de la ciudad, y no tardaron en toparse con una zona densamente poblada de maleza que los obligó a dar un rodeo hacia

el interior para bordearla. Cuando volvieron a la línea costera, unas ruinas de piedra se alzaban entre ellos y el mar.

—Ahí lo tienes —anunció Frederick—. La tumba y la mezquita del jerife. No puedo contarte gran cosa, tú eres el experto en el mundo antiguo. Diría que data del siglo XVI, después de que los portugueses arrasaran el lugar.

La mezquita tenía tres arcos a lo largo del muro lateral. Martin sonrió una vez más y estuvo en un tris de hacer algún comentario sobre persas y alfombras voladoras, pero se contuvo. Una parte del mortero había caído, no quedaba ni rastro del tejado y el muro posterior se había desmoronado, pero la pared del mihrab seguía en pie y éste —una hornacina adintelada que cobijaba el arco apuntado de la alquibla— se conservaba intacto. Por encima del mihrab había una placa hecha de una piedra distinta, quizá mármol, con inscripciones. La luz crepuscular se reflejaba en el suelo coralino y bañaba con un resplandor dorado el nicho de la alquibla. Martin franqueó el único arco del otro muro lateral y avistó varias sepulturas y muros derruidos. Más allá de éstos se hallaba la tumba del jerife, presidida por un pilar y situada al pie de una inmensa mimosa que le daba algo de sombra. Comparada con las sepulturas y muros de las construcciones anexas, se conservaba en buen estado, por lo que era evidente que alguien se encargaba de su mantenimiento. El pilar, encalado e impoluto, medía varios metros de altura y asomaba por encima de las ramas inferiores de la mimosa, elevándose desde la cabecera del sepulcro, que era rectangular y estaba abierto por arriba. Cada una de sus cuatro esquinas tenía un remate en forma de cúpula, coronada a su vez por un pomo de latón o bronce. El sepulcro en sí no se conservaba tan bien como el pilar: no estaba encalado y una parte del mortero se veía ennegrecido por el musgo. Martin reparó en un plato de porcelana encastrado en el mortero al pie del pilar; tenía inscripciones en árabe, pero la caligrafía era demasiado elaborada para descifrarla de un vistazo. Recordó una vez más su cuaderno de notas y deseó tenerlo consigo para poder dibujar las ruinas y la sepultura. Lo había llevado encima durante su estancia en Abisinia y Somalia, e incluso después de que sus guías lo abandonaran, pero debió de perderlo en su posterior y azaroso deambular por el monte.

—La tumba del jerife Himidi —anunció Frederick, señalando el sepulcro con la mano que sostenía la pipa—. Los lugareños vienen a hacerle ofrendas. Echa una ojeada a su interior.

Lo animó sonriendo y asintiendo con la cabeza, convencido de que el hallazgo lo complacería. Las paredes del sepulcro eran demasiado altas para que Martin se asomara desde abajo, de modo que Frederick se adelantó con las manos entrelazadas para auparlo. Martin tomó impulso y se sentó en el borde de la tumba. Dentro, sobre las malas hierbas que recubrían el fondo, descansaban varios paquetes envueltos en tela, unos azules, otros de un rojo encendido, otros de color crema y algunos, los que llevaban allí más tiempo, descoloridos y putrefactos. Algunos de aquellos paquetes estaban envueltos con cordel. Había una canoa en miniatura de unos diez centímetros de largo, con un diminuto mástil y balancines a ambos lados, que albergaba una bolsita redonda enrollada en una tira de hoja de platanera. Junto a la cabecera de la tumba, allí donde se erguía el pilar, una figura tallada en madera oscura yacía tal como lo habría estado el difunto. Martin se desplazó lateralmente por el borde y se inclinó hacia delante para observarla más de cerca. Al hacerlo, notó un fuerte pinchazo en la nalga izquierda y supuso que se habría clavado algún trozo suelto de mampostería. La talla de madera tenía marcas en forma de arcos y líneas, ninguna de las cuales le resultó reconocible.

Se bajó de un salto y, al caer al suelo, notó que le fallaban las rodillas. Aún seguía muy débil. Frederick lo miró con una media sonrisa, anticipando su sorpresa.

—Esperabas encontrar algún espantoso colgajo de carne, ¿a que sí? Roedores destripados, cuervos crucificados y ese tipo de cosas. Pero no hay más que esas pequeñas naderías, ofrendas de gente que reza para curarse de alguna enfermedad, tener hijos, volver sana y salva del mar, esas cosas. Por supuesto, me siento tentado de sustraer uno de esos paquetitos en nombre de la ciencia para ver qué contiene. Pero la otra vez que vine por estos lares lo hice en compañía de Idrís, mi criado, que puso el grito en el cielo ante semejante idea, como si me propusiera alterar el destino de la humanidad. ¿Qué crees que contienen?

Martin se encogió de hombros.

—Plegarias escritas en un pergamino, un trozo de cuarzo, un

rosario.

—Supersticiones —repuso Frederick—. Nada de valor, eso seguro, pero tampoco hacen daño a nadie, supongo. Es lo que se ha dado en llamar mumbo jumbo. ¿Sabías que las ofrendas consistían originalmente en jirones de tela anudados a las ramas de los árboles? Mungo Park introdujo la expresión «mumbo jumbo» al volver de sus viajes por el África occidental. Mungo Park, ¿qué clase de nombre es ése? Mungo suena como uno de nuestros amigos nativos, ¿no crees? Mungo jumbo. Menudo personaje.

Martin se preguntó cómo se describiría Frederick a sí mismo, llegado el caso: un idealista del colonialismo, poco menos que un erudito en materia de poesía, algo tarambana, acaso un hombre ingenioso y de humor sutil.

—Me ha parecido ver una bolsita de tabaco dentro de una canoa en miniatura —comentó Martin, dándose la vuelta para emprender el regreso, prometiéndose que volvería más tarde para intentar descifrar la inscripción del plato de porcelana encastrado en el pilar.

—A lo mejor el jerife era aficionado al rapé —aventuró Frederick sonriendo con picardía—. ¿Le estaría permitido inhalar rapé? Al parecer tenía alma de poeta, nuestro jerife, lo que me parece sencillamente maravilloso. No creo que haya escrito mucho más que cánticos religiosos, pero tal vez te apetezca indagar en su obra.

—Sí —contestó Martin.

—Es admirable, ¿no crees?, que esta gente se las haya apañado durante siglos sin escritura —observó Frederick, agachándose para arrancarse unos abrojos de las medias—. Todo lo memorizaban para pasarlo de generación en generación, y hubo que esperar a que el obispo Steere desembarcara en Zanzíbar en la década de 1870 para que alguien tuviera la brillante idea de compilar una gramática. Creo que no me equivoco al afirmar que lo mismo podría aplicarse a todo el continente, ¿verdad? Me llena de pasmo pensar que ninguna lengua africana poseía escritura hasta que llegaron los misioneros. Tengo entendido que, en varias de esas lenguas, el único texto escrito que existe es la traducción del Nuevo Testamento. Impresionante, ¿verdad? Ni siquiera han inventado la rueda todavía. Eso demuestra lo atrasados que están.

Cuando llegaron a la casa, Martin sentía un dolor casi insoportable en la espalda y la cadera. Tenía el rostro bañado en sudor y arrastraba levemente la pierna izquierda. Frederick tardó un buen rato en percatarse de su padecimiento, y cuando lo hizo estaban a tiro de piedra de la casa. Le rodeó la cintura con el brazo y lo ayudó a salvar los últimos escalones a la pata coja. Descubrieron entonces que tenía una picadura en la nalga, y según Hamis se la había hecho un kenge. A juzgar por el gesto de pinza que el criado hizo con el índice y el pulgar, se trataba de un escorpión. La zona alrededor de la picadura se veía descolorida, pero ya empezaba a oscurecer e hincharse. Martin se tumbó sobre el costado derecho mientras Hamis limpiaba la picadura sin prisa con un trapo humedecido en agua fría, aparentemente sereno pese a las urgentes preguntas de Frederick. «¿Hay algún antídoto? ¿Cómo de peligroso es? Pearce, amigo mío, menuda racha llevas, no sales de una para meterte en otra». Luego vino el cocinero a traerle un cuenco con una especie de papilla verde que había preparado mientras Hamis limpiaba la herida y que aplicó sobre la picadura a modo de cataplasma. Desprendía un fuerte olor a menta. El cocinero calzó el cuerpo de Martin con cojines para evitar que rodara hacia un lado y Hamis usó un jirón de tela limpia para secarle el sudor de la frente. El enfermo soltó un suspiro de alivio al recibir estas atenciones y cerró los ojos.

Para asombro de Frederick, a la hora de cenar Pearce volvía a estar en pie. Lo consideró un nuevo milagro: un día o dos para recuperarse de una insolación y unas pocas horas para superar la picadura de un escorpión.

—Puede que sencillamente no fuera un escorpión —apuntó Martin cuando salieron al porche después de cenar—. En todo caso, las picaduras de escorpión no son tan mortales como se cree, y la cataplasma fría del cocinero ha sido mano de santo. Seguramente no era más que un ciempiés. El caso es que debo buscar alguna manera de recompensar a tus sirvientes…

—No hace falta, les he dado unas monedas en tu nombre —repuso Frederick, alzando la mano como para disuadir cualquier protesta—. De momento, y habida cuenta de que te han despojado de tus bienes terrenales, tampoco es que puedas hacer grandes dispendios, ¿no crees? Le he dicho a Hamis dónde te ha picado el

escorpión o, mejor dicho, dónde estabas sentado en ese momento, y se ha quedado horrorizado. Al parecer, es de pésima educación apoyarse en la tumba del jerife, y lo peor de todo, al menos para ti, querido Martin, es que según Hamis, si te pica algún insecto en esas circunstancias, nunca podrás abandonar este lugar. Espero y deseo por tu bien que esa profecía no sea sino una inocente superstición de Hamis. Por cierto, hay unas ruinas a unos pocos kilómetros de aquí, yendo hacia el sur, que deberíamos visitar en cuanto estés mejor. Cuando las veas no me cabe duda de que volverás a preguntarte qué entendemos por civilización. ¿Cómo es posible que éste sea el mismo pueblo que construyó algo así? Yo solía hacerme ese tipo de preguntas en la India, y estoy seguro de que tú también te las habrás hecho en Egipto y en tus viajes por el mundo. ¿Cómo se explica que esta turba anárquica y pueril descienda de quienes levantaron tan magníficos monumentos? Se diría que, cuando las musas te abandonan, lo hacen definitivamente.

—Tal vez debamos aplicarnos el cuento —musitó Martin, que se resistía a dejarse arrastrar por los juicios y sentencias de su anfitrión.

—Ozymandias —repuso Frederick, asintiendo—. La arrogancia imperial, te refieres a eso, ¿verdad? Lo que hoy parece imponente y poderoso quedará reducido a polvo y ruinas mañana. Pero Ozymandias era un déspota oriental, mi querido Martin, a diferencia de nosotros, que representamos el pensamiento ilustrado. ¿No crees que a eso se refería Shelley, a que en el apogeo de nuestro poder debemos seguir fieles a nuestros valores liberales y no dejarnos tentar por despóticos delirios de grandeza? Aunque cabría añadir que, cuando escribió ese poema, Shelley no podía imaginar siquiera el esplendor que nos depararía el futuro.

Tras unos minutos de silencio, que aprovechó para hacer memoria, Frederick recitó el poema de principio a fin en la refrescante brisa nocturna, poniendo un énfasis profético en los últimos versos:

En torno a la decadencia
de estas colosales ruinas, infinitas y desnudas,
se extienden, a lo lejos, las solitarias y llanas arenas.

Y luego soltó un suspiro a modo de colofón.

—Lo dudo bastante, la verdad sea dicha. No veo nada capaz de amenazar la estabilidad de nuestro pequeño edificio. Creo que el orden actual se mantendrá inalterado durante mucho tiempo, así que desde aquí invito al ilustre poeta a guardarse sus agoreros vaticinios.

Martin sonrió.

—Hablando de invitar —empezó, ahora físicamente cansado—, mañana me gustaría ir a ver al comerciante que me salvó para darle las gracias, a él y a su familia, por la bondad que demostraron.

Frederick lo miró con aire escéptico, pero asintió pese a todo.

—No tengo claro que lo hicieran por bondad. Seguramente esperaban recibir algún tipo de recompensa.

—Y yo se la daría si pudiera, aunque prefiero pensar que lo hicieron de forma altruista —repuso Martin.

—Poco se habla del altruismo —concedió Frederick en tono conciliador. Luego posó la copa y se rascó distraídamente una picadura de mosquito en la muñeca—. Que seas tan generoso dice mucho de ti y, por supuesto, me parece estupendo que vayas a verlos si así lo deseas. Y si quieres llevarles una recompensa, puedo adelantarte algo de dinero, aunque no creo que sea necesario. Nos presentamos en su casa al poco de que te encontraran, momentos antes de que uno de sus curanderos o hechiceros se ocupara de ti, dicho sea de paso. ¿Sabes a qué llaman medicina por estos pagos? Mejunjes, canturreos y cauterización. Si los mejunjes y los canturreos no dan resultado, cogen un atizador, lo calientan al rojo vivo y listos.

—Puedo ir yo solo —replicó Martin, un tanto irascible—. Esta mañana le he preguntado a Hamis cómo llegar y no parece complicado.

Hamis, el criado de Frederick, le había dado indicaciones con su habitual laconismo: enfile el sendero que hay delante del árbol grande, cerca de la tumba del jerife, y siga recto hasta llegar a una explanada. Verá la tienda a mano izquierda, el café a mano derecha y justo enfrente la mezquita. Parecía sencillo, pero Frederick se negó a dejarle ir hasta allí solo.

—Mi querido Martin, amigo mío, te has salvado por los pelos de una muerte segura y pareces algo propenso a los accidentes y

percances. No sería mala idea que tomaras ciertas precauciones, por lo menos hasta que te hayas recuperado del todo. Ni se te ocurra meterte solo en ese laberinto inmundo. Saldremos juntos mañana por la mañana.

Martin hubiese preferido ir solo, para deambular por los callejones sin prisa hasta ir a parar a la plaza donde quedaban la tienda, el café y la mezquita.

—No quiero armar jaleo —repuso a media voz, demasiado cansado para discutir.

—Descuida —lo tranquilizó Frederick alegremente—. Les daremos las gracias, una palmadita en la espalda y estaremos de vuelta a la hora del almuerzo —aventuró con una sonrisa, conciliador y generoso. Se ofreció para llenarle la copa a Martin, que rehusó, y procedió a llenar la suya—. En cuanto a tu situación en general… Espero que no te ofendas, amigo mío, pero estoy esperando correspondencia de Mombasa y me preguntaba si quieres aprovechar para enviar alguna carta o hacer alguna gestión. Ni que decir tiene que puedes quedarte todo el tiempo que gustes, descansando y charlando hasta la saciedad sobre Swinburne y el Imperio. Disfruto de tu compañía y estoy encantado de haber hecho un nuevo amigo, si me permites la osadía.

Llegados a este punto, Frederick alzó su copa para brindar, ligeramente ebrio y emocionado.

—Te lo agradezco —respondió Martin, arrepintiéndose de su impaciencia de antes y notando un leve escozor en los ojos—. Has sido muy generoso conmigo. Escribiré una carta al cónsul de Adén. Él sabrá dónde están el equipaje y los efectos personales que dejé atrás, y también podrá hacer las gestiones oportunas para que me envíen dinero a Mombasa, si me permites abusar de tu generosidad hasta entonces…

—No se hable más. Agradezco la compañía, aunque me parece que ahora mismo necesitas descansar —añadió Frederick, dándose una sonora palmada en la oreja izquierda, lo que le hizo derramar la bebida—. ¡Malditos sean! Los dichosos mosquitos están hambrientos esta noche. La culpa la tienen todos esos vagabundos que duermen en la playa, de eso estoy seguro. Los habrán traído consigo. Me exasperan con sus cansinas salmodias, venga a gemir y gritar, menudo escándalo.

Frederick volvió a encender la pipa con una astilla de madera que guardaba junto a la lámpara de parafina y se reclinó con un suspiro.

Quiso la suerte que el barco postal llegara a la mañana siguiente. El mensajero, natural de Mombasa, era un hombre pulcro y cortés, ataviado con pantalones caqui y camisa blanca —el uniforme de los oficinistas—, que se quedó allí plantado con las manos cruzadas en la espalda mientras Frederick, ceñudo, intentaba decidir qué hacer. Al final renunció a acompañar a Martin para poder dar carpetazo al papeleo y permitir así que el mensajero zarpara pronto al día siguiente, pues el hombre había expresado su deseo de regresar lo antes posible para no verse atrapado por los vientos cambiantes. El mensajero le dio las gracias y se retiró tras rechazar amablemente el ofrecimiento de comida y cama. Martin había redactado la carta al cónsul de Adén antes de desayunar y no tenía nada pendiente excepto Swinburne, pero la esperanza de deambular a su aire no tardó en verse truncada, pues Frederick mandó llamar al wakil que lo había acompañado hasta la tienda la primera vez.

—He tenido algo de trato con el personaje —dijo, sonriendo con malicia—, y me atrevo a pensar que podrá sernos útil. Ha venido por el despacho de la planta baja todos los días para interesarse por tu salud y ofrecer sus servicios. Se queda allí parado como un pasmarote, retorciéndose las manos como si no supiera qué hacer con ellas, pero bajo esa actitud deferente se esconde una afilada astucia. Me gustó la firmeza con la que mantuvo a raya a la multitud cuando fuimos a recogerte. Todo de cara a la galería, claro está, porque el pobre diablo no tiene ninguna autoridad, pero empiezo a creer que podré sacar partido de esa fanfarronería para los fines del gobierno. Además, se defiende en inglés, tiene ciertas luces y comprende la naturaleza de nuestra relación. Se cree taimado, pero yo puedo serlo aún más, si me lo propongo. Espero que no me tomes por un engreído por lo que voy a decir, pero tengo comprobado que la astucia de los nativos es limitada y estoy convencido de que el relamido caballero me será útil de vez en cuando.

Así pues, Frederick mandó llamar al wakil y le pidió, como un

favor al gobierno, que acompañara al señor Pearce hasta la casa del dukawallah que lo había rescatado días atrás. Cuando se pusieron en marcha, era casi mediodía. El wakil no había intercambiado ni media palabra con Martin, ignoraba si estaba al tanto de sus visitas y tampoco sabía con qué propósito iba a ver a Hassanali, de modo que se limitó a encabezar la marcha con una sonrisa. Martin comprendió que el hombre se avendría a hacer cualquier cosa que le pidieran. Era una mañana soleada y calurosa, y el wakil llevaba consigo un paraguas que abrió y sostuvo sobre la cabeza de Martin a modo de sombrilla.

—La la, ma'esh —le dijo éste, apartándose.

El wakil se volvió hacia él con gesto de sorpresa, sin duda haciendo los ajustes mentales pertinentes. Le contestó en árabe, y esta vez fue Martin quien se sorprendió. El hombre le confirmó entonces que tenía conocimientos rudimentarios de árabe, hablaba un inglés macarrónico y chapurreaba el suajili.

—Es imposible hacer negocios en esta región sin saber algo de árabe —dijo el wakil—. Pero ¿cómo es que usted lo habla?

Martin le explicó que había vivido en Egipto.

—Ah —repuso el wakil—. Gran Bretaña está en todas partes.

El wakil tenía razón, hacía un día muy caluroso y no soplaba ni pizca de brisa. Sin embargo, puesto que Martin se había negado a resguardarse bajo el paraguas, él tampoco se protegió del sol por no parecer descortés. En cuanto se adentraron en los callejones, el ambiente refrescó y Martin se detuvo un momento para que los ojos se le acostumbraran a la penumbra. Avanzaba sin prisa tras los pasos del wakil, que había echado a andar a grandes zancadas hasta que se dio cuenta de que Martin se quedaba rezagado. En los callejones flotaba un olor inusual y sin embargo familiar, el olor a decadencia y miseria: las zanjas de las alcantarillas por las que corría el agua inmunda arrastrando desechos, las casas ruinosas que parecían desplomarse unas sobre otras, rezumando décadas de sudor condensado y aliento humano. Era un olor que recordaba una herida en carne viva, un lodazal bajo el sol, un olor a punto de convertirse en pestilente enfermedad y descomposición, en una burbuja de gas putrefacto. La malaria flotaba en el aire, el aire que respiraban los habitantes de ese lugar, en el que vivían y comerciaban, amamantaban a sus hijos y les cantaban para que se

durmieran. Así que Martin respiró hondo y se obligó a seguir adelante. Los niños le sonreían con timidez y lo llamaban mzungu; él les devolvía la sonrisa. Los mayores del lugar lo miraban de arriba abajo sin decir palabra, y al ver sus sandalias, la ropa demasiado holgada, el pelo corto, no podían evitar sonreír. Mzungu hafifu, le espetó un hombre a voz en grito. Alfeñique europeo. A su alrededor todos rompieron a reír y él también, lo que hizo arreciar las burlas, pues daban por sentado que el forastero no tenía ni idea de lo que estaban diciendo. Le gritaron más cosas, palabras malsonantes que provocaron nuevas risotadas a su alrededor: kelb, shaytán, machnún, punda. Perro, demonio, loco, burro. La mayoría eran préstamos del árabe.

—¡Anáfahamu! —bramó el wakil, amenazando con el paraguas a los alborotadores que tenía más cerca. «¡Que lo entiende todo!».

Las risas no cesaron, y la gente se asomaba a la puerta de su casa para ver al mzungu que lo entendía todo. Hubo más insultos y risas, pero llegados a ese punto, supuso Martin, ya no había manera de detener la algarabía. No entendía más que alguna palabra suelta, pero tenía la impresión de que el ambiente era distendido en general, de modo que se encogía de hombros para denotar su desconcierto y saludaba con la mano, como el tonto del pueblo que finge no sentirse ofendido para así desarmar a sus acosadores. Un par de lugareños le devolvieron el saludo, y de pronto los niños se fijaron en el wakil. «¡Kumbaro!», gritaron. Martin no conocía el término, pero vio que el hombre empuñaba el paraguas con más fuerza y fulminaba a los niños con la mirada. «Kumbara, kumbara, anakumba uharo», canturreaban, hurtando el cuerpo como si bailaran para esquivar el paraguas del wakil. Una mujer salió de un portal, cogió a uno de los niños por banda y le propinó una sonora bofetada. «¡Eres un maleducado!», bramó, y remató sus palabras con una segunda cachetada en la misma mejilla. El chico estalló en un llanto desconsolado y se fue corriendo en la dirección opuesta, tropezando y resbalando en el accidentado suelo de tierra batida, cegado por las lágrimas. La mujer corrió tras él llamándolo por su nombre, también ella disgustada.

Finalmente llegaron a la plaza y Martin miró de reojo al wakil para comprobar si compartía su sensación de alivio. Era como si acabasen de cruzar el interior de una gran casa y hubiesen

presenciado las intimidades de su vida doméstica, de tal manera que le llevó unos instantes reparar en el amplio y ordenado diseño de la explanada, las razonables y proporcionadas dimensiones de la mezquita que se alzaba en una esquina, cuyas puertas azules permanecían abiertas a esa hora, los campos que se extendían más allá del templo, el café y sus mesitas con sobre de mármol, las casas de aspecto pulcro y las cortinas que ondeaban en los portales, protegiéndolos de las miradas ajenas. Expulsó el aire por las fosas nasales con un leve resoplido que denotaba reconocimiento y aprobación. «A esto nos referimos cuando hablamos de belleza —pensó—, a esta contención, este equilibrio», y se le humedecieron los ojos de nostalgia pese a que nada de lo que tenía ante sí se parecía a Inglaterra.

El wakil señaló a la izquierda con su socorrido paraguas y meneó la cabeza suavemente al tiempo que sonreía. Antes incluso de que llegaran a la tienda, Martin advirtió que su presencia generaba consternación. Uno de los hombres que estaban sentados en el banco se levantó y dio la voz de alarma, y algunos de los niños que los habían seguido por los callejones los adelantaron a la carrera para buscar un buen lugar desde el que asistir al inminente espectáculo. Para cuando se presentaron ante la tienda, los demás hombres del banco también se habían puesto en pie. Estrecharon la mano del wakil y luego la de Martin, que no tuvo más remedio que entregarse a una profusión de saludos y apretones de mano, como si fuera el invitado de honor en una boda. Se volvió hacia la tienda y admiró el despliegue de cestos, cajas y mercancías dispuestos en una cascada de arroz, judías, rizomas de jengibre, terrones de sal y vainas de tamarindo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio al tendero, que se había puesto en pie y lo esperaba con la espalda encorvada, como si anticipara un intercambio hostil. Martin alzó la mano a modo de saludo y el hombre le correspondió. La multitud se había congregado a su alrededor formando una medialuna compacta pese a los esfuerzos del wakil por mantenerla a raya con su paraguas. Martin alargó el brazo por encima de la mercancía para estrechar la mano del comerciante, al que vio esbozar una sonrisa antes de ofrecerle la suya. El hombre se apeó del estrado, abrió la puerta lateral de la tienda y salió a la calle. La multitud se relajó a su alrededor y la tensión reinante empezó a

desvanecerse. Martin comprendió que todos esperaban que viniera dándose aires y con exigencias, acaso como habían visto hacer a Frederick. El hombre volvió a estrecharle la mano, sonriendo con humildad y alivio, pero Martin advirtió que parecía aprensivo por lo cerca que estaba la multitud de las mercancías súbitamente desprotegidas, así que se dirigió a los curiosos para pedirles por señas que les concedieran un poco de intimidad. «Anáfahamu», explicó el wakil, blandiendo el paraguas como si fuera una escoba mágica capaz de barrerlos a todos de un plumazo. Poco a poco, la multitud retrocedió a regañadientes, pero se negó a dispersarse. Los tres ancianos volvieron a su banco y el tendero pudo al fin volverse hacia Martin con una sonrisa menos atribulada.

—He venido a darle las gracias por su amabilidad —dijo el recién llegado—. Me llamo Martin.

El tendero asintió para indicar que lo había entendido y se presentó como Hassanali, a lo que Martin asintió a su vez. El wakil también asintió, aprobando estos intercambios. El desenlace tal vez no fuera el que esperaba, pero Martin se dijo que, si era un hombre tan astuto como suponía, siempre había cierto grado de cálculo en todo lo que hacía y, a poco que pudiera, sacaba provecho de cualquier situación. «¡Mashalá, mashalá!», exclamaron los ancianos, maravillados al oírlo hablar en árabe. Le encantaba comprobar que su titubeante dominio de esa lengua siempre le granjeaba amigos allá donde fuera. Era fácil entender por qué. Tras unos minutos de cordiales saludos, Martin se acomodó en el banco junto a los ancianos, que le hicieron hueco pese a que, por lo general, se sentaban más holgadamente, y se sometió de buen grado a su interrogatorio. El banco quedaba en sombra y desde la mezquita soplaba una agradable brisa, pero Martin seguía sudando profusamente. El wakil amenazaba a la multitud con el paraguas y, cada vez que lo blandía en una dirección, dispersaba a otro pequeño grupo de curiosos. Martin se dio cuenta de que Hassanali se resistía a dejarlos para ir a despachar y que el wakil permanecía cerca de él, apoyándose en el paraguas delante del banco y controlando la situación, reacio a liberarlo de su tutela. Un anciano de gesto resuelto, rostro curtido e incipiente barba gris se encargó de las presentaciones. Tocó levemente el muslo de Martin para llamar su atención y le dijo que se llamaba Hamza ben Masúd. Sus

acompañantes eran Alí Kipara y Djumáne.

—Veamos —empezó Hamza, hablando en árabe despacio para que todos lo entendieran—, mashalá, nos tienes asombrados, oh, jeque mzungu. He viajado desde Lindi a Kismayu, he estado incluso en Adén, y jamás me había cruzado con un mzungu que supiera hablar árabe o suajili. Si lo hubieses hecho cuando te encontramos hace unos días, más muerto que vivo, y nos hubieses hablado en árabe a esa hora incierta, creo que te habríamos tomado por un siervo del maligno. Dinos,
ya' Martin,
cómo se explica semejante prodigio, cómo es que llegaste a estos parajes tan andrajoso y al borde de la muerte. Cuéntanoslo.

Podría haber sido el arranque de un cuento de *Las mil y una noches*, una invitación a empezar un relato. Martin complació a los ancianos, explayándose lo menos posible, aunque no se le escapaba que sus oyentes tenían tiempo de sobra y querían saberlo todo con pelos y señales. Les contó que había partido con una expedición de caza por las tierras del interior, pero sus compañeros decidieron seguir hacia el oeste y él no, de manera que bajó hacia la costa.

«¿A solas?», preguntaron los ancianos, a lo que Martin contestó que no, pero que por el camino se había visto separado de sus guías y había llegado hasta allí por su propio pie.

«¿Quiénes eran esos guías?», quisieron saber los ancianos, dando por hecho que le habían robado y abandonado a su suerte. ¿Acaso eran salvajes?

«Somalíes», respondió Martin.

«Un somalí jamás se pierde. Serían ladrones. Tienes mucha suerte de seguir entre nosotros,
ya' Martin.
Dios te ha protegido, no te olvides de darle las gracias, alhamdulilá. ¿Y cómo estás de salud, te has restablecido del todo? Tus hermanos y tus hijos se alegrarán mucho de saberlo».

A quien quería dar las gracias era al comerciante, que para eso había ido hasta allí, pero Hassanali había vuelto a meterse en la tienda y de vez en cuando miraba al cónclave del banco con cierta inquietud. Martin lo vio llamar a alguien que estaba dentro de la casa y vislumbró la silueta de una mujer en la penumbra del portal, al fondo de la tienda. Se preguntó si sería la misma que, según

Frederick, le estaba dando una especie de mejunje cuando fueron a rescatarlo. Un rato después, mientras escuchaba educadamente relatos sobre otros viajeros que se habían perdido y hallado el camino de vuelta, avistó de nuevo aquella silueta femenina y advirtió que Hassanali se levantaba para coger de sus manos una jarra de porcelana blanca que tendió al wakil para que éste se la entregara. Era zumo de lima, reconoció su aroma refrescante. No había más que una jarra y miró alrededor con aire vacilante, pero el wakil le indicó por señas que bebiera. «Adelante, adelante». Martin ofreció la jarra a los hombres del banco, pero éstos rehusaron sin decir palabra, con gestos corteses, de manera que engulló el zumo de lima con avidez y gratitud. En ese instante, el almuecín empezó a llamar a las oraciones del mediodía, y los ancianos, así como la mayor parte de los curiosos que seguían merodeando por allí, dirigieron sus pasos hacia la mezquita o emprendieron el regreso a casa. Hassanali salió de la tienda e invitó a Martin a almorzar en su casa. «No será un banquete —le advirtió—, sólo la comida habitual del mediodía, y el wakil también puede quedarse si le apetece». Martin contestó que ya le había causado bastantes molestias, a él y a su familia. Sólo había ido a darle las gracias por su generosidad y no era su intención ponerlo en un compromiso, pues bastante en deuda estaba ya con él. «No hace falta almuerzo —terció el wakil en su precario inglés—. Este hombre invita a mí por buenos modales. No, señor, yo come con gobernador».

Martin, en cambio, quería quedarse y sólo se hacía de rogar por cortesía, dando así al tendero la oportunidad de echarse atrás. Se preguntaba si tendrían suficiente comida para todos y dio por sentado que Hassanali habría dado instrucciones en ese sentido hacía un buen rato, cuando la mujer se asomó a la puerta por primera vez. Quería quedarse a almorzar por cómo Frederick le había contado que lo había rescatado de sus manos, por las sospechas que había manifestado sobre sus intenciones, aunque Martin supiera que no llevaba encima nada de valor, por el desprecio con que suponía que los había tratado. Que hubiese vuelto para increparlos y amenazarlos lo llenaba de vergüenza y sentimiento de culpa. Lo imaginaba blandiendo la fusta ante el tendero y diciéndole: «Como me estés mintiendo, negro de mierda, te arrancaré la piel de la espalda a latigazos». El propio Frederick se

lo había contado, con un tono airado y haciendo unas espantosas muecas histriónicas, poniéndose en pie para representar la escena con la mano derecha en el aire, todavía aferrada al puro, mientras con la izquierda sostenía la copa. La pantomima del porche tal vez fuera una exageración, pero Martin estaba seguro de que las amenazas y los insultos no lo eran. Por eso quería quedarse y hacer algo que le resultaba incómodo: sentarse con aquellas personas en su humilde vivienda, compartir con ellas su humilde comida y esforzarse por conversar con ellas. No quería limitarse a estrecharles la mano y regalarles un puñado de monedas, «gracias, buena gente», sino demostrarles que no sentía sino gratitud hacia ellos; ni desconfianza, ni desprecio. Al final, envió al wakil de vuelta a casa con el mensaje de que se quedaba a comer con el tendero, que se encargaría de acompañarlo por la tarde.

Hassanali cerró la tienda con deliberada parsimonia, o quizá se lo tomaba con calma por el calor, y luego se dispuso a cruzar el patio que separaba la tienda de la vivienda familiar, seguido por su invitado. Primero anunció que iba a salir al patio, abrió la puerta empujándola hacia fuera e hizo pasar a Martin. No había un alma a la vista. El patio era blanco y verde, con paredes encaladas, ventanas verdes y exuberantes plantas que crecían en macetas: rosas, lavanda, un arbusto verde claro con hojas como de geranio cuyo aroma sin duda perfumaría el aire nocturno. A su derecha había un cobertizo de paja apoyado sobre dos postes y, debajo de éste, una estera con motivos entrelazados en tonos de azul, verde y rosa. Para su sorpresa, la comida ya estaba dispuesta sobre la estera, cubierta con una tela de color crema para protegerla de las moscas y el polvo. ¿Cómo se las habrían arreglado para acomodar a otro comensal en tan poco tiempo? Hassanali le enseñó el aseo al fondo del patio, que para alivio de Martin era oscuro pero estaba limpio. No tenía ni idea de lo que habrían podido apañar las mujeres en la hora escasa que había transcurrido desde que el tendero lo invitara a comer, pero en tales circunstancias la intención contaba más que la abundancia y el esplendor de las viandas. Creyó reconocer el olor a pescado y arroz, y dio por hecho que habría fruta, pues nunca había visto tanta variedad de fruta como la que había en esa ciudad.

Hassanali lo invitó a tomar asiento en la estera, sonrió al ver que

se quitaba las sandalias antes de sentarse y luego se fue al aseo, dejándolo solo, consciente de estar siendo observado por las mujeres que a buen seguro lo espiaban desde la casa en penumbra, resguardadas tras una ventana. Cuando Hassanali regresó con el bigote entrecano reluciente de humedad, entró en la casa y volvió a salir seguido por dos mujeres. Lo primero que pensó Martin fue que ambas eran esposas suyas. Hassanali lo señaló al tiempo que pronunciaba su nombre con una sonrisa. La más joven de las mujeres también sonrió, pero la otra lo miró con hermosos y expresivos ojos marrones, el semblante serio. Eso fue lo primero en que reparó, en esos ojos.

—Espero que no te ofenda que comamos todos juntos —le dijo Hassanali en un árabe correcto y cordial—. Acostumbramos a hacerlo.

—Sois muy amables, gracias —repuso Martin.

Se sentaron alrededor de la estera, aunque Martin no sabía dónde encajar las rodillas, tobillos y pies, que parecían sobresalir en todos los ángulos posibles, mientras que sus anfitriones se veían cómodos sin necesidad de encogerse. Cuando retiraron la tela que cubría la comida, vio una gran fuente con arroz y una amplia variedad de platos dispuestos alrededor: espinacas, pescado en salazón, un guiso de verduras, patatas con romero y pan árabe espolvoreado con semillas de sésamo. Hassanali vertió agua de una tetera de latón para que Martin se lavara las manos y luego hizo lo propio con las dos mujeres. Todos comieron de la misma fuente, usando las manos para coger los acompañamientos de su gusto.

—Esto está delicioso —comentó Martin después de masticar un bocado.

No hubo réplica, así que, siguiendo el ejemplo de sus anfitriones, guardó silencio y se esforzó por ensuciar lo menos posible. La cercanía de las manos femeninas lo distraía y deseó poder mirar, siquiera fugazmente, el rostro de la esposa de más edad.

Pasados los primeros instantes de avidez, Hassanali interrumpió su rápida y eficiente deglución para charlar con el invitado. Titubeaba al hablar en árabe y se detenía a menudo para pedir auxilio a su hermana Rehana («¡ajá!»), que había heredado el don de lenguas de su padre. Cada vez que Hassanali acudía a ella, Martin aprovechaba para mirarla. Rehana se había quitado el

pañuelo que le cubría la cabeza y se lo había echado sobre los hombros a modo de chal para que no se ensuciara al comer. A veces se veía obligada a llevar el peso de la conversación por unos instantes, cuando Hassanali se quedaba sin palabras, y entonces Martin la escrutaba con toda su atención, deslumbrado por la insondable belleza de sus ojos y la delicadeza de sus facciones. Rehana no sonreía demasiado, pero tampoco bajaba los ojos ni los apartaba cuando Martin se la quedaba mirando fijamente, de modo que él tampoco se sentía obligado a hacerlo. Sintió que se establecía entre ambos una tensión que fue en aumento hasta que, al final, apartó los ojos a regañadientes por temor a ofenderla. Supuso que todos se habían percatado de su turbación y se sintió ruborizar de vergüenza. ¿Qué pensarían de él, de un extranjero que se metía en su casa y miraba sin disimulo a las mujeres?

—¿Eras tú quien estaba dándome de comer cuando vinieron a buscarme? —le preguntó, retomando el propósito que lo había llevado hasta allí.

«Por Dios —se dijo—, si no sabes comportarte con un mínimo de educación, lárgate de aquí». Ella asintió, y él prosiguió:

—He venido para daros las gracias por vuestra amabilidad y para disculparme por las sospechas que han recaído sobre vosotros. Lo que hicisteis fue un acto altruista y siempre estaré en deuda con vosotros por la generosidad que…

—No, no —lo interrumpió Hassanali—, somos nosotros los que debemos disculparnos. Ni siquiera hemos ido a preguntar por ti por temor a ofender a tu hermano, el funcionario del gobierno, cuando no hacerlo es una ofensa aún mayor a Dios y a la fraternidad que espera de nosotros. Tampoco sabíamos si nos dejarían hablar contigo, de modo que hemos mantenido las distancias para no despertar la cólera del mzungu, aunque nos preocupáramos por tu recuperación.

Así siguieron durante unos minutos de generoso toma y daca y dulces cortesías, pero Martin era consciente en todo momento de la presencia de Rehana a su lado y se volvía en su dirección a la menor oportunidad. Ella, a su vez, asistía a la entusiasta hospitalidad de su hermano con una sonrisa irónica y ligeramente incrédula. Martin se preguntó cómo podía averiguar más cosas sobre Rehana. ¿Qué quería de ella? ¿Estaría casada? ¿Podía aspirar

a algo más? ¿Cómo se las ingeniaría para volver a verla? ¿Osaría hacerlo? «Basta de tonterías». ¿Qué le había picado? Y, sin embargo, tenía que volver a verla, aunque sólo fuera para deleitarse en la cambiante expresión de su rostro y el fuego de su mirada. Cuando llegó el momento de despedirse, dijo: «Espero que volvamos a vernos pronto», pero de un modo que los abarcaba a todos, cuando en realidad se refería sólo a ella.

Una interrupción

Ignoro cómo pudo pasar algo así, tan improbable que se me antoja inconcebible. Y, sin embargo, sé qué pasó, que Martin y Rehana se hicieron amantes. Me falla la imaginación, algo que me llena de pesar, pues creía que aun sin conocer los detalles de su idilio sería capaz de llegar a la verdad, puesto que la imaginación es una forma de verdad. No lo digo como una especie de solipsismo romántico, como si sólo diera por cierto lo que alcanzo a imaginar. Lo que quiero decir es que, aun teniendo un conocimiento muy fragmentario de los hechos, podemos imaginar cómo sucedió algo, cómo pudo empezar y continuar esa relación amorosa, pero he descubierto que, en el caso de Martin y Rehana, no consigo definir una secuencia de acontecimientos que me resulte plausible.

A lo mejor lo que pasa es que me resisto a imaginarla, como he venido haciendo con los hechos que desembocaron en este momento, algo que achaco a una pudorosa reticencia a inmiscuirme en asuntos que sólo pueden haber nacido de insospechadas sutilezas. A lo mejor temo no ser capaz de resistirme al trillado cliché del milagro al imaginar ese encuentro. No quisiera descubrirme afirmando que fue amor a primera vista y que todo lo demás vino dado, que se miraron a los ojos y al alma y renunciaron en el acto a cualquier convención impuesta por las circunstancias. ¿Acaso podría ser verdad? ¿Suceden de veras esas cosas? Y suponiendo que así sea, ¿cómo ponerlas sobre el papel? Arrugo la nariz, escéptico, ante una explicación tan banal y predecible. Así es la época que nos ha tocado vivir. Creemos saber que el milagro es mentira y buscamos alguna explicación oculta o reprimida. Antes aceptaríamos como motivación la avaricia o la lujuria que el amor. Nos tranquilizan más las referencias jocosas a nuestras miserias, olores y fluidos corporales que al tembloroso pudor o al angustioso anhelo de afecto que nos consumen. Ya ni siquiera se nos permite

tener alma, y nuestros rincones más íntimos y secretos son ahora un torbellino de conflictos no resueltos que bullen y palpitan como heridas en carne viva.

No obstante, y dejando a un lado si soy o no capaz de imaginarlo, sé de buena tinta que Rehana Zakariya y Martin Pearce se hicieron amantes, de modo que no me queda más remedio que intentar reconstruir su idilio. Martin volvió a casa de Frederick con la cabeza a punto de estallar por culpa del sol y el calor inclementes. Su mente se recreaba sin cesar en el rostro cambiante de Rehana, sus expresivas facciones y la compleja profundidad de sus ojos negros. Le estrechó la mano a Hassanali, que insistió en acompañarlo hasta la puerta, le dio las gracias por su generosidad y se marchó sin haberle hecho entrega del regalo en forma de dinero que había tomado prestado de Frederick, intuyendo que ese gesto podría ofender a su anfitrión, o cuando menos dar pie a una escena incómoda, y en cualquier caso restaría valor a la hospitalidad que la familia le había brindado. Además, lo habría hecho quedar como un hombre mezquino y estrecho de miras, como si creyera que el valor del dinero podía equipararse al de la bondad humana. En el momento de la despedida vaciló, preguntándose si debería darle el dinero aprovechando ese instante de complicidad entre dos hombres que, por desgracia, comprendían el valor de lo material en este mundo imperfecto. No se trataba de pagar a Hassanali por su generosidad, sino de corresponderle con un gesto también generoso, una amabilidad recíproca. Sin embargo, advirtió algo en la actitud del tendero, una sensibilidad o fragilidad latente, que lo disuadió de hacerlo.

—Gracias por venir a vernos. Siempre serás bienvenido. Aquí tienes tu casa —dijo Hassanali, y luego desapareció, engullido por el resplandor del sol.

Así empezó todo. Martin no pudo dar el asunto por zanjado. No pudo convencerse de que Hassanali y sus vecinos lo habían socorrido en cumplimiento de un deber impuesto por sus costumbres y talante humanitario. No podía limitarse a decir: «Sabed que, en señal de gratitud por el auxilio que me habéis prestado, trataré con la misma generosidad a otra persona que pueda necesitarla, añadiendo así un diminuto eslabón a esta cadena humana». Tampoco quiso recordarse que él, a su vez, había hecho

bastante más de lo que se esperaba de alguien de su condición yendo hasta allí para dar las gracias a sus salvadores por los diligentes cuidados que había recibido y disculpándose por las torpes e innecesarias sospechas y humillaciones que sobre ellos habían recaído. No debería haber ido más allá. Hassanali y sus convecinos habrían vuelto a su medieval sentido de la hospitalidad y Martin habría acabado de recuperarse a la espera del barco que lo llevaría de vuelta a casa (de haber sido un príncipe medieval, habría enviado una bolsa repleta de oro y joyas al verse de nuevo entre los suyos, sano y salvo, convirtiéndose así en toda una leyenda por esos lares).

El problema era que no podía olvidarla. Es probable que se dijera: «No puedo resistirme, no puedo contenerme». El irreprimible anhelo de volver a verla —pues pronto se convirtió en eso— se volvía más apremiante con cada recuerdo. A ratos, en los días y noches sucesivos, cerraba los ojos y evocaba su figura, y entonces sentía la presencia de Rehana como si la tuviera muy cerca, notaba como sus ojos se posaban sobre él y creía percibir incluso la leve caricia de su aliento en el rostro. No tardó en convencerse de que no había demostrado la gratitud que Hassanali y los suyos merecían, de que sólo un hombre petulante y altanero creería que bastaba con una visita para corresponder a su desinteresada hospitalidad. Hassanali había hecho hincapié en ello: «Aquí tienes tu casa». Lo tomarían por un maleducado y un engreído si no les hacía otra visita.

A los pocos días, Martin regresó a la tienda y se sentó con los ancianos que, halagados por que el mzungu hubiese vuelto para charlar con ellos, llamaron al vendedor de café para agasajar a su invitado. No estaban acostumbrados a semejantes muestras de llaneza y cordialidad por parte de un mzungu, les costaba creer que hubiese ido hasta allí por el placer de conversar y compartir una taza de café. No estaban acostumbrados a los europeos. Los que habían vivido en la ciudad o pasado por allí en los últimos años no tenían tiempo para semejantes minucias, siempre atareados con sus importantes asuntos, hoscos y ensimismados, impacientes con las demoras, impulsados por una determinación que les daba un aire intimidatorio. Aquellos con los que algunos lugareños se habían cruzado en Mombasa se mostraban igual de reflexivos y resueltos y

siempre estaban alerta, irascibles. Este europeo, en cambio, parecía no tener prisa, se complacía en escuchar a los demás y conversaba con toda naturalidad en su inesperado árabe.

Es posible que Martin tuviera la picardía de enviar a Hamis con un regalo de pescado y plátanos a casa del tendero un par de días antes de su visita, presentándose así como un amigo de la familia, o por lo menos como alguien que estaba en deuda con ellos, lo que justificaba otra visita. Hassanali observaba la tertulia desde la tienda con envidia, aguzando el oído para no perder detalle de la incorregible cháchara de los ancianos, y al cabo invitó a comer al mzungu —su mzungu— por segunda vez para demostrarles a esos viejos charlatanes quién era su verdadero amigo. Así fue como Martin se las arregló para volver a ver a Rehana, y más tarde buscó el modo y la oportunidad de abordarla. Sin embargo, ¿hasta qué punto resulta creíble que Hassanali lo invitara a almorzar por segunda vez? Si la primera había respondido a un impulso hospitalario, un gesto generoso propiciado por las circunstancias, la segunda sólo podía deberse a motivos complejos y premeditados, un plan en toda regla. Y, aun en el caso de que esa segunda invitación hubiese surgido del mismo impulso generoso, ¿cómo se las habría apañado Martin para abordar a Rehana? ¿Cómo encontró la manera de decirle algo que pudiera dar pie a un desenlace tan insospechado?

Le declaró su pasión y le propuso que volvieran a verse en una carta que escribió de su puño y letra, no sin grandes dificultades, pues aunque hablara el árabe —mal que bien— nunca se había visto en el trance de escribir en esa lengua. Redactar una carta de amor en árabe —acaso en cualquier idioma— requería un dominio de las convenciones y metáforas que escapaba a sus conocimientos. Sin embargo, había pasado bastante tiempo en Egipto y sin duda conocía la obra *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, de Edward Lane, así como sus traducciones de *Las mil y una noches*, obras en las que habría encontrado abundantes pistas y ejemplos sobre cómo expresar los asuntos del corazón. Pero ya no estaba en Egipto, ni en el reino de fantasía de Harún al-Rashíd, ni su destinataria era una inalcanzable princesa de Persia o la China, por lo que el estilo ampuloso de Lane tal vez no fuera el más adecuado. Pese a todo, Martin redactó una carta en árabe y, por torpe que

fuera el resultado, lograba transmitir sus sentimientos e intenciones. Para los responsables de velar por el honor de una mujer, cualquier correspondencia interceptada era una prueba irrefutable de avances indebidos, y por tanto el peligro al que se exponía Martin confirmaba la sinceridad de los propósitos expresados. Además, la correspondencia era una forma tradicional de iniciar el cortejo cuando los encuentros fortuitos no resultaban fáciles, sobre todo entre la población más rica e ilustrada, claro está, pero también entre los menos afortunados, pues se trataba de un gesto cuyo significado no daba pie a confusión por más que la destinataria no supiera leer una sola línea. Puede que Martin Pearce repitiera para sus adentros: «No puedo resistirme, no puedo evitarlo. Dios mío, ¿por qué no me enseñas contención?».

El caso es que la intriga se reveló irresistible para Rehana, que no podía dejar de pensar en el inglés. Le contestó con un mensaje cauto pero sin desanimarlo, a la espera de una segunda o tercera carta antes de acceder a un encuentro en persona.

Hamis hizo de mensajero, claro está. Martin se había esforzado por congraciarse con el criado, hablándole en un tono cordial, alabando los cuidados que le dispensaba y recompensando generosamente (con el dinero de Frederick) los recados que le pedía. Sabía lo sensibles que eran los subalternos a esos detalles banales, lo mucho que valoraban las muestras de generosidad y humildad. De modo que, después de almorzar en casa del tendero por segunda vez, Martin encargó a Hamis que le llevara otro regalo —en esta ocasión, té y fruta—, momento que el criado aprovechó para deslizar una nota en la mano de Rehana. O bien, en el supuesto de que Hamis se hubiese ofendido y negado a hacer de correveidile, como les sucede a algunos hombres por humildes que sean sus circunstancias, por considerarlo una tarea degradante, es posible que el cocinero se aviniera a colaborar. De hecho, los cocineros eran los mensajeros ideales para este tipo de intercambios epistolares, ya que el suyo era un trabajo propio de las mujeres que se llevaba a cabo en zonas de la casa que no siempre se molestaban en frecuentar aquellos hombres que podían permitirse un cocinero a sueldo, y en las que una nota de papel podía cambiar de manos sin llamar la atención. Además, precisamente por el hecho de que desempeñaban un trabajo considerado poco viril, los cocineros

daban la impresión —a veces infundada— de no representar una amenaza para la virtud de las mujeres. Acaso por contrarrestar esa apariencia, algunos de ellos eran de lo más agresivos y groseros.

¡O tal vez se lo pidiera al wakil! No, el wakil no lo habría hecho. Era demasiado respetable para eso, y ni Martin Pearce ni Rehana eran lo bastante importantes para que se expusiera a semejante riesgo. Si lo descubrían, las consecuencias serían calamitosas para un hombre cuyo medio de vida dependía de la integridad y el decoro que proyectaba, aunque nadie creyera que los representantes de la ley tuvieran lo uno ni lo otro. Tampoco habría podido acceder tan fácilmente como un criado a la casa y las mujeres para entregarle las cartas a Rehana. Sólo pudieron haber sido Hamis o el cocinero.

¿Cómo se las arreglaría un inglés, que tantas miradas atraería en ese lugar, para salirse con la suya? Quienes lo rodeaban sin duda habrían asistido intrigados a sus idas y venidas y se habrían propuesto averiguar qué se traía entre manos. A buen seguro comentarían ciertas acciones suyas, cosas sin importancia que, sin embargo, les parecían insólitas y extrañas. ¿Cómo se las arreglaría para saltarse todas las reglas sin que todos lo supieran? A lo mejor sí lo sabían, pero les traía sin cuidado. Frederick estaba al tanto de todo, porque Martin se lo contó después de su segunda visita al tendero. Recordaba a la hermosa mujer que lo había echado de la casa y asintió con cautela al oír el entusiasta relato de Martin. Tuvo que morderse la lengua para no preguntarle si había perdido el juicio y se limitó a decirle que esperaba que supiese dónde se estaba metiendo. Martin replicó que se lo había contado para no ponerlo en evidencia. Era posible que todo acabara en agua de borrajas, pero le había escrito una nota a esa mujer y quería que él estuviera al tanto por si surgían problemas.

—Lo único que te pido es que esta residencia y la institución a la que represento no se vean involucradas —le advirtió Frederick—. Ten cuidado, amigo mío. La gente de por aquí se toma estas cosas muy a pecho. Bueno, a decir verdad, todo el mundo se toma estas cosas muy a pecho. Te contaré lo que le pasó a un tipo que se vio envuelto en una situación similar en la India: se encaprichó de una beldad local, se dejó arrastrar por la pasión y, al poco, se había metido en un lío de tales proporciones que hubo que desembolsar

una importante suma de dinero para aplacar la ira de los familiares. Aquello no le hizo ni pizca de gracia al secretario regional, que ordenó su traslado a otro destino, al que llegó precedido por el escándalo. Y no te sientas tentado de compadecer a la beldad local; además de la enjundiosa gratificación que consiguió para su familia, no tardó en echarle el ojo al dueño de una plantación de té y allá que se fue con el sáhib a vivir en las montañas.

—Ya veo —diría Martin.

¿Se habría atrevido Frederick a sermonear a Pearce en semejante tono? ¿O hacerlo habría sido cruzar una raya que los caballeros, incluso los de clase media y sin abolengo aristocrático, jamás hubiesen cruzado? Sea como fuere, es posible que esa noche Frederick le hablara por primera vez de su mujer, Christabel —Christie—, que se había marchado a Inglaterra mientras él seguía en la India y se había negado a volver. La algarabía de los indios le crispaba los nervios. Frederick adujo que la algarabía de los indios crispaba los nervios a todo el mundo, pero ella se mantuvo en sus trece. Sostenía que le perjudicaban la salud, que ese vocerío quejumbroso e irritante le daba ganas de despellejarse la cabeza con las uñas. Además, opinaba que el Imperio era malvado, que los empujaba a ser avariciosos y crueles hacia esa pobre gente que no conocía otra cosa.

—Es poeta —añadió Frederick—, y una parte de sí misma se revolvía al ver cómo las políticas coloniales pervertían los sentimientos más nobles, cómo nos convertían a todos en charlatanes y matones, en sus palabras. Decía que el Imperio sacaba lo peor de nosotros, y no hubo manera de hacerla entrar en razón —concluyó, asintiendo con aire absorto. Al cabo de unos instantes, añadió—: Tal vez no le faltara razón en lo de charlatanes y matones.

No obstante, aunque hubiese encontrado el modo de hacerlo, ¿qué habría llevado a Martin a cometer la temeridad de emprender una aventura con alguien como Rehana? Ni ella, ni su hermano o su cuñada eran personas sofisticadas ni de mucho mundo, y menos aún ociosos aristócratas que practicaran sus indiscreciones al abrigo de exuberantes jardines y elevados muros. Vivían en la trastienda de un pequeño comercio, sometidos al escrutinio de los vecinos, pared con pared y sujetos a un estricto código de honor en lo tocante a la

sexualidad femenina. Las mujeres sólo salían de casa para visitarse las unas a las otras, ir al mercado cuando hacía falta, cumplir con algún deber de tipo social —una boda, una lectura del Corán después de un funeral, felicitar a una vecina que acababa de dar a luz—, o bien para obtener un préstamo en tiempos de penuria. No eran, en definitiva, gente dada a los amoríos clandestinos, y cualquier indiscreción en ese sentido se castigaba sin piedad con el ridículo, el escarnio o cosas peores.

Corría el año 1899 y atrás había quedado la época de Pocahontas, cuando un idilio con una princesa indígena podía pasar por una peripecia mundana. El Imperio revelaba cierta rigidez en lo tocante al decoro sexual. Se había convertido en una extensión de la respetabilidad británica que, si bien consentía cierto jolgorio y espíritu aventurero, no veía con buenos ojos los escarceos amorosos con nativas casquivanas, al menos por parte de los funcionarios coloniales y siempre de cara a la galería. Había que tener en cuenta a las esposas y madres, a los misioneros, a la opinión pública, la dignidad colectiva y la repercusión que todo ello tenía en el precio de las materias primas en la bolsa de valores. Martin Pearce no era un joven e ingenuo destripaterrones convertido en marinero, ni un granuja envalentonado por el orgullo imperial, abrumado por la extrañeza del lugar o hechizado por la hermosura de una exótica beldad o una musculosa amazona. ¿Qué habría impulsado a un inglés de su clase —universitario, funcionario colonial, todo un erudito— a meterse en semejante jardín por la hermana de un tendero en una pequeña ciudad costera del África oriental?

Cabe la posibilidad de que no fuera él quien tomó la iniciativa. Tal vez fue ella la que dio continuidad a su primer encuentro. Rehana no pudo evitar sonreír cuando Hassanali fue a decirle que había invitado a Martin a comer con ellos por segunda vez. ¡Qué ufano parecía! Mwengereza wetu kaja kututizama, dijo su hermano, devolviéndole la sonrisa. Nuestro inglés ha venido a vernos. Mientras Malika recogía apresuradamente la ropa tendida, barría el patio y baldeaba el aseo, Rehana se puso a lavar lentejas y preparó una ensalada para multiplicar los platos del almuerzo y hacerlo digno de su invitado. Martin se mostraba a gusto en la compañía de la familia, cordial y relajado. Los trataba como benefactores con los que estuviera en deuda y miraba a Rehana con una franqueza

desconcertante. Ella nunca se habría imaginado siendo objeto de tales atenciones. Tras la segunda visita de Martin y los regalos que les hizo llegar, se dijo que era una maldad privarlo de su cuaderno. Dos días después de su segunda visita, por la tarde, Rehana salió hacia la casa del gobernador mzungu con el corazón en un puño, en parte por temor a Frederick y las acusaciones que había vertido contra ellos, pero también por la posibilidad de ponerse en evidencia si el hombre al que iba a ver la rechazaba o la trataba con desdén. Se planteó pedirle a su hermano que la acompañara, pero descartó hacerlo por estar convencida de que se manejaría mejor ella sola. El talante sencillo y humilde de Pearce la había conquistado, y confiaba en que no montara un escándalo a cuenta del cuaderno, que lo tomara discretamente de sus manos y le guardara el secreto. Además, quería volver a ver ese impúdico deseo en su mirada.

Cuando llegó a la casa del gobernador, se encontró la oficina cerrada y la puerta principal atrancada por dentro. Rodeó el muro hasta la puerta del jardín, que estaba entornada, y accedió al patio de la vivienda anunciando su presencia en voz alta: «¡Hodi!». Era un patio umbrío, con una palmera joven en el centro y arbustos a lo largo de los muros. En la calle hacía un calor sofocante, pero allí dentro se respiraba un ambiente fresco y perfumado incluso a esa hora temprana de la tarde. Al otro lado del patio, tras una celosía por la que trepaba una enredadera en flor, quedaban las habitaciones de la servidumbre y la cocina. No se veía un alma. Rehana volvió a anunciar su presencia y se propuso ir hacia allí si no obtenía respuesta. Pero entonces el rostro estupefacto de Martin se asomó a una de las ventanas de la primera planta.

Tal vez pensara que no tenía nada que perder, que lo único que el futuro le tenía reservado era pasar el resto de sus días en el patio soleado de su casa, cosiendo vestidos para las vecinas por una bagatela o a cambio de afecto y promesas. Tampoco parecía un mal destino, en realidad, para una mujer que se había pasado media vida en la trastienda de un comercio en esa ciudad y sabía que las mujeres a su alrededor llevaban existencias similares. Tal vez fuera mucho más temeraria, valiente u obstinada de lo que yo la imagino. El abandono de Azad la había vuelto terca, menos sensible a lo que otros creyeran mejor para ella, un poco más indiferente a las

opiniones ajenas. Los hombres partían dejando atrás a las mujeres, que morían después de toda una vida trampeando entre subterfugios y apuros. De modo que, cuando ella le tendió el cuaderno y Martin lo cogió con una sonrisa radiante, y luego alargó la mano para invitarla a pasar, Rehana la tomó y siguió sus pasos sin vacilar.

¿Qué pensaría Burton de todo este asunto? ¿Qué opinión le merecería Pearce? Como buen vividor que era, tal vez se habría solidarizado con alguien como él. En un primer momento tal vez diera por sentado que todo se reducía a una cuestión de bajos instintos y despreciara a Martin por su falta de contención y discreción, por haber montado semejante alboroto a cuenta de un asunto tan trivial. Más tarde, sin duda se mofaría de la ardiente ceguera de su compatriota. «Ese hombre ha llegado demasiado lejos —diría—. Todo esto se le ha ido de las manos». ¿Habría provocado el idilio alguna desavenencia entre Rehana y Hassanali? Seguramente sí. El comerciante reprendería a su hermana por haber perdido toda noción de respetabilidad y decoro, la recriminaría por ponerlo en evidencia y pensaría que se había vuelto loca de remate.

Lo que sé por mi hermano Amín es que sucedió más allá de toda duda, que Rehana Zakariya y Martin Pearce se hicieron amantes, que él se mudó a Mombasa y, poco después, con el pretexto de visitar a unos parientes, Rehana se reunió con él. Se instalaron en un piso que Martin había alquilado en el barrio residencial donde hoy se alza el hospital y donde entonces vivían los europeos. Martin y Rehana vivieron juntos sin ocultarse durante un tiempo, hasta que él decidió regresar a Inglaterra. En algún momento volvió en sí y puso pies en polvorosa.

Mi hermano Amín conocía esta historia porque tuvo cierta repercusión en su vida, pero no pudo contarme demasiado al respecto por varios motivos, entre los que destaca el hecho de que, para entonces, yo me había marchado. Me lo podría haber dicho por carta, pero prefirió no mencionar el tema durante muchos años. Hay cosas que sencillamente no se pueden decir por escrito, que requieren cierta intimidad, que exigen un encuentro físico cara a cara. Y de pronto, en una carta que recibí hace algunos meses, mencionó a Jamila por primera vez desde mi partida. Yo me había preguntado a menudo por Jamila y Amín, por lo que había pasado

entre ambos y la influencia que había tenido en la vida de mi hermano. En cierto sentido, su mutismo en torno a esa cuestión me hizo comprender aspectos de su personalidad en los que no habría reparado de otro modo, y me hizo reflexionar sobre la obstinación y la angustia. Cuando le escribí para contarle lo de Grace, me dijo lo mucho que le había apenado la noticia y también que, al leer mi carta, había pensado en Jamila. Ésa fue la primera vez que la mencionó por escrito, la primera vez que me habló de ella desde que me había ido de casa, y esa forma tan súbita de introducirla nuevamente en nuestras vidas despertó en mí el impulso de contar la historia de amor entre ambos. Tal vez fuera un pretexto para no pensar en Grace, no lo sé. Tenía mucho tiempo entre las manos, nadie a quien apaciguar o adular a cambio de afecto, y me apetecía pensar en Amín, hacerlo más cercano, recordar las cosas que había perdido para siempre.

Entonces pensaba que había algo trágico en la vida de mi hermano, un profundo pesar, mientras que mi propia vida y sus melancolías eran el resultado de mi propia torpeza y timidez. Sea como fuere, el impulso de escribir su historia no se desvaneció y, tras haber aplazado la idea durante un tiempo, decidí ponerme manos a la obra. Sin embargo, cuando empecé a reflexionar sobre esos acontecimientos y esa vida, comprendí que debía contar cómo todo había empezado. No podía hacerlo sin imaginar cómo Rehana y Martin se habían hecho amantes, y las únicas pistas que tenía eran un puñado de rumores y cotilleos. Decidí que empezaría por la llegada del inglés. Ahora que me acerco al momento crucial, me topo de pronto con algo que no alcanzo a imaginar cabalmente.

Como bien se ve, hay un «yo» en esta historia, pero no es una historia sobre mí, sino sobre todos nosotros: Farida, Amín y nuestros padres, y también Jamila. Una historia que contiene muchas otras, ninguna de las cuales nos pertenece, sino que forman parte de las azarosas corrientes de nuestro tiempo, que se apoderan de nosotros y nos atrapan para siempre.

Segunda parte

5

Amín y Rashid

Al otro lado de la calle había una gran casona destartalada. El enlucido de la fachada se había erosionado aquí y allá, dejando a la vista el mortero de coral y tierra. Los postigos de madera de algunas ventanas parecían sostenerse de puro milagro, y unas cortinas harapientas ondeaban en el aire tórrido como una vana promesa de intimidad. No era raro que de esas mismas ventanas colgaran redes de pesca, pues los hombres de la familia eran pescadores que a veces se las llevaban a casa y las dejaban allí tendidas por algún motivo. La multitud que vivía en la casa iba y venía como si tal cosa, sin reparar en el precario estado del edificio, que tampoco parecía inquietar a las gallinas que se posaban en cada peldaño y rincón de las escaleras. A Rashid la casa le olía a ruina, y sus sentidos anticipaban ya la gran polvareda que se levantaría cuando al fin sus varios pisos se desplomaran unos sobre otros. También alcanzaba a oler las escamas de pescado, las deposiciones de gallina y el aliento humano, como si estuviera ante las entrañas de una criatura viviente. No había electricidad, y en cuanto se adentraba uno en la penumbra del interior, tenía la impresión de estar en una inmensa cueva. Cuando llegaban las lluvias torrenciales que traían consigo los musim, Rashid temía que una riada se llevara la casa por delante, pero eso nunca sucedió. Allí seguía, año tras año, a punto de desmoronarse, obstinada como la historia.

La casa de Rashid, en cambio, era luminosa y aireada, como le gustaba a su madre. Lo primero que hacía al llegar de la calle era abrir todas las ventanas para que corriera el aire, al margen de lo que nadie opinara, mientras encadenaba preguntas y repartía tareas a diestro y siniestro. «¿Es que todo lo tengo que hacer yo en esta casa?». También le gustaba eso, sembrar un poco de caos y confusión a su alrededor, por lo menos durante un rato.

Eran tres hermanos: Rashid, Amín y Farida. Rashid era dos años más joven que Amín, que se llevaba otros tantos con Farida, la mayor de los tres. Dos años, un mes y doce días, como le gustaba

precisar, enumerar y recalcar a Amín para chinchar a Rashid cuando esas cosas aún tenían el poder de irritar y zaherir a su hermano. Dos años, un mes y doce días, y así será para siempre, hagas lo que hagas, digas lo que digas, por los siglos de los siglos. Hubo una época en la que Amín se complacía en repetir aquella cantinela una y otra vez, incansable y despiadado. Por algún motivo, Rashid se lo tomaba a mal, hasta el punto de que acababa arrojándose al suelo, llorando a lágrima viva. Amín se quedaba mudo ante su llanto, asombrado por la intensidad de aquella angustia. Le costaba creer que semejante sufrimiento fuera el resultado de algo que él había dicho en tono de guasa, que los sollozos pudieran sacudir de un modo tan violento el cuerpecillo de Rashid. Entonces le daba unas palmaditas en la espalda para tranquilizarlo, se sentaba a su lado y lo consolaba, sonriendo ante tamaño drama.

Amín tenía otras formas de atormentar a su hermano pequeño, pero en su mayoría sólo las conocían ellos dos, pues la intervención de sus padres o de Farida lo había obligado paulatinamente a practicar estas torturas en secreto. La palabra «tortura» quizá sea excesiva, no había magulladuras ni golpes, ni tampoco humillaciones, tan sólo burlas y risas, y a veces algún que otro empujón o un robo descarado (canicas o dulces), así como una implacable ansia de hegemonía que no atendía a razones. Rashid comprendió desde una edad muy temprana que esos tormentos eran inevitables, el precio que debía pagar a cambio del amor fraterno, necesario para el ritual de la intimidad. Que por lo general Rashid se mostrara dócil y obediente no siempre bastaba. Había momentos en los que Amín necesitaba exhibirse, jactarse de su omnipotencia, ver todos sus caprichos satisfechos, aunque la mayor parte del tiempo se contentara con saber que tenía la sartén por el mango. Esta dinámica era más brutal cuando ambos eran pequeños. A medida que fueron creciendo y Rashid se volvió menos sumiso, Amín desarrolló una mayor contención y cierta habilidad a la hora de disimular su carácter dominante, disuadiendo así a su hermano de rebelarse contra él. Quienes los rodeaban tampoco se lo ponían fácil para renunciar a esta compleja supremacía, puesto que solían tratar a los dos hermanos como si fueran diametralmente distintos. Durante un tiempo, Farida tendía a hacer lo opuesto y llegaba

incluso a fingir que los confundía, pero todos los demás, desde sus padres y allegados hasta los vecinos más distantes o la gente a la que sólo conocían de vista, los trataban como si no pudieran ser más diferentes.

En un lugar tan pequeño, por lejos que vivieran los vecinos o superficial que fuese la relación con ellos, todo se sabía. En cualquier caso, nadie renunciaría al derecho de cotillear y opinar sobre las vidas ajenas, a escandalizarse por el atrevimiento de uno o la negligencia de otro, a vaticinar que el de más allá acabaría deshonrando a toda la familia, y si no, al tiempo. Algunos eran tan sólo rostros familiares sin nombre ni filiación conocida con los que se cruzaban por la calle, pero ni siquiera esas personas dudaban en airear la opinión que les merecían o señalar las diferencias entre los hermanos. Eran distintos, qué duda cabía, en la clase de detalles que nos hacen presumir de individualidad mientras seguimos mansamente al rebaño, pero que permitían establecer una especie de burda ecuación en el trato que les dispensaban: Amín era el mayor y Rashid era el pequeño. Farida no entraba en la ecuación, puesto que era mujer, y por tanto había que referirse a ella de un modo distinto, según otro calendario de cambios y expectativas. En el caso de los hermanos, a eso se reducía todo en un primer momento —el mayor y el pequeño—, pero a lo largo de los años se fue tejiendo alrededor de esa diferencia primordial una densa maraña de pequeños privilegios y prohibiciones que, con el paso del tiempo, se hizo cada vez más inamovible.

En casa, Amín siempre había sido Amín, pero en cambio Rashid atendía a un amplio abanico de diminutivos. De pequeño lo llamaban Shishi o Didi, o incluso Rara, apelativos acuñados involuntariamente por el propio Rashid al intentar pronunciar su nombre con lengua de trapo. Se diría que aprendió muy pronto a proveer los medios con los que complicarse la vida e incitar las burlas. Más tarde se convirtió en Kishindo, que significa «alboroto», porque lo consideraban un niño movido y ruidoso. Kishindo kishafika. Hay quienes ven en estos apodos una expresión de afectuosa familiaridad y, si nunca los han tenido, puede incluso que les den envidia y crean que los han querido menos por no tenerlos, o con más reservas, pero a Rashid le molestaban, los veía más como una forma de mofa que como una manifestación de cariño, y

detestaba el coro de risas que desencadenaban sus protestas. Por encima de todo, odiaba no ser capaz de echarse las bromas a la espalda, de sumarse al jolgorio. Cuando empezaban, tenía que reprimir el impulso de salir de casa corriendo entre lágrimas. Más tarde pasó a ser Mtaliana, el italiano, que sería el más duradero de sus apodos.

He aquí cómo lo adquirió: el tío Habib, hermano de su padre, trabajaba en el puerto como empleado de aduanas. Amín y Rashid se asomaban a veces a la gran puerta del edificio sólo para verlo apostado detrás del mostrador, con el gran reloj de pared a su espalda y los ventiladores del techo dando vueltas allá arriba, desdibujados por el girar de las aspas. Los dos hermanos pasaban por allí al volver de la escuela coránica, aunque tuvieran que dar un rodeo para llegar a casa, cruzando el barrio de Forodhani y siguiendo la línea costera. También iban hasta allí aprovechando las vacaciones escolares, cuando los niños y adolescentes ociosos deambulaban por la ciudad y se colaban en todos los rincones. Si la entrada del edificio no estaba abarrotada de mercaderes y escribientes, entraban y se plantaban en el vestíbulo revestido de azulejos, sintiéndose empequeñecidos por las pilastras y los inmensos ventanales que inundaban la estancia con una luz subacuática. Si todo estaba tranquilo y el tío Habib se percataba de su presencia, los llamaba por señas y se inclinaba por encima del mostrador para estrechar la mano de sus sobrinos, que sonreían muy ufanos.

Tenían varios tíos, pero Habib era el más carismático porque había hecho la guerra con el ejército británico en Abisinia. En casa tenían una foto de estudio enmarcada en la que lucía el uniforme de los King's African Rifles con el ala del sombrero ladeada sobre la copa, como un colono europeo, y la correa ciñéndole las mejillas. Fue él quien regaló a Rashid aquella pequeña guía de conversación en italiano.

Se la había dado como obsequio el representante de una empresa automovilística que por entonces empezaba a especializarse en las motocicletas Vespa. Eran los tiempos en que semejantes baratijas le permitían a uno congraciarse con funcionarios de medio pelo, cuando esa clase de propinas se hacían a plena luz del día, bajo el alpende con pilastras verdes de la Casa

de Aduanas, delante de sus imponentes puertas tachonadas, a tiro de piedra del paseo marítimo (supongo que el edificio sigue en pie, aunque seguramente lo han convertido en un café para turistas llamado El Loro Azul, El Pez Espada Azul o cualquier otra cosa azul). El caso es que entonces el representante de Motores Kapadia podía regalar una guía de conversación en italiano, un póster de los canales venecianos o de unos cipreses alineados sobre una colina de la Toscana al funcionario de turno para que agilizara los trámites aduaneros. Si había algo furtivo en estos intercambios, era porque esas baratijas se consideraban objetos de valor, símbolos del vasto mundo, que siempre parecía más limpio y resplandeciente que el familiar y oscuro paisaje cotidiano. Ese gran mundo no tenía por qué ser europeo; también podía encarnarse en un calendario japonés con fotos de casitas de papel delicadamente iluminadas y diminutas azaleas de colores chillones, o bien en unos racimos de uvas libanesas envueltas en papel de seda y despachadas en cajas de madera con un cedro estampado, o dátiles iraquíes en paquetes ilustrados con el dibujo de un oasis. Nada de la India, cuyos olores formaban parte de la realidad cotidiana local. Pero lo europeo se consideraba superior, por cuanto representaba un mundo distante e imponente por razones difíciles de explicar, y sus símbolos eran como pedazos de un universo en constante expansión que se manipulaban y consumían con avidez. Por consiguiente, el viajante no querría que lo aliviara de tan valiosas baratijas cualquier desconocido de mirada expectante que no le daría nada a cambio.

En estos tiempos nuestros, más voraces, estas insignificantes ofrendas resultarían ofensivas y, lejos de agilizar nada, sólo servirían para irritar al personal y demorar las gestiones. El funcionario recordaría de pronto algún asunto urgente que lo requería en otra parte y, cuando por fin volviera a estar disponible, se mostraría hosco. O llevaría a cabo una deliberada y meticulosa inspección de la remesa, siguiendo a rajatabla los procedimientos burocráticos y quizá amenazando incluso con emprender acciones judiciales por la infracción de alguna ignota norma aduanera. Esto no significa que el incentivo tuviera que ser tan sustancioso como para depositarlo en la cuenta numerada de algún banco suizo, no tratándose de un funcionario de aduanas, aunque todo dependería del puesto que ocupara y del contenido de la remesa. Pero no

tendría que ser tan sustancioso, ni mucho menos, y tal vez se reduciría a un detalle cortés, una muestra de gratitud, una dádiva necesaria para la autoestima del funcionario y los pequeños lujos que su parco sueldo no le permitirían. Y es que, por supuesto, el gran clan familiar nunca cesaba en sus exigencias, y hasta el tabaco estaba caro.

¿Qué ha cambiado para que vivamos tiempos tan indisciplinados? ¿Qué era tan distinto entonces para que el tío Habib aceptara encantado una guía de conversación y un póster a cambio de agilizar las gestiones de Motores Kapadia con una sonrisa, cuando hoy seguramente lo acusarían de avaricioso y corrupto? Los británicos se marcharon, eso es lo que ha cambiado. Cuando estaban aquí, nos trataban como a monos amaestrados: esto se puede hacer, lo otro no. Mal, mal, a la cárcel que vas. Atrasados, corruptos, infantiles. Sólo nosotros, los británicos, somos honrados, inteligentes y eficientes. Los gobernantes más honrados, justos y eficientes desde el comienzo de los tiempos. Luego se marcharon para volver a sus propias e incontrolables corruptelas, y los monos se hicieron con el timón. Por supuesto, la insignificante codicia de un funcionario de aduanas palidece ante los monopolios que el presidente y sus ministros controlan sin asomo de pudor, pero una vez sentado el ejemplo todos quieren sacar tajada.

El caso es que, en aquellos tiempos más moderados, el tío Habib aceptó la guía de conversación en italiano y estrechó la mano del representante de Motores Kapadia en los escalones de la Casa de Aduanas, a la vista de todo aquel que pasara en ese instante por allí. Luego, esa misma tarde, se la regaló a su sobrino de nueve años. El póster de los cipreses sobre una colina de la Toscana se lo quedó para sí.

Rashid no sabía exactamente por qué, pero había algo en esa guía de conversación que lo fascinaba. Tal vez fuera la idea de que hubiese un puñado de expresiones capaces de sacarte de cualquier apuro. Tal vez fuera la musicalidad de la lengua italiana, o los sonidos que acertó a reproducir leyendo las palabras escritas, pues no tenía manera de saber cómo se pronunciaban. No conocía a nadie que hablara o hubiese oído hablar italiano, salvo el propio tío Habib, que seguramente habría escuchado ruegos y súplicas en esa lengua. Puede que su fascinación se debiera al paralelismo que

establecía entre la guía de conversación y el carisma que irradiaba su tío por haber luchado contra los italianos. Cuando alguien le preguntaba por la guerra, éste fruncía el ceño, se echaba a reír o ignoraba la pregunta, de manera que Rashid no podía practicar la pronunciación con él.

Rashid repitió y memorizó varias expresiones y, siempre que podía, contestaba a las preguntas en italiano, o en lo que él tenía por italiano. Pronto descubrió que nadie se resistía a su encanto. Al principio sólo hablaba italiano en casa, y todos reían al oír aquel galimatías. Luego, a medida que su fama se extendió, la gente le hacía preguntas por la calle sólo para oírlo parlotear. En casa era un fastidio cuando se empeñaba en contestar a cualquier pregunta en italiano, pero todos siguieron riéndole la gracia. En cierta ocasión, Farida le robó la guía de conversación y la escondió en algún lugar (debajo de su colchón, según se supo más tarde) porque ya no aguantaba aquella jerigonza, pero Rashid se lo tomó tan mal, negándose a hablar, comer o tan siquiera mirar a su madre a los ojos aunque ésta lo amenazara con los peores castigos, que Farida no tuvo más remedio que devolvérsela. Entonces volvieron las peroratas en italiano, que ahora soltaba con triunfal malicia cuando Farida andaba cerca, siempre que hubiera alguien más para protegerlo de sus pellizcos y cachetadas. A veces, cuando estaba de humor, su padre le cogía la guía de conversación para intentar identificar las expresiones y comprobar si estaba diciendo algo coherente o hablando sin ton ni son, hasta que un buen día anunció a la familia que, en efecto, su hijo sabía italiano. Y así fue como Rashid pasó a ser conocido como Mtaliana. No obstante, pese a que se lo había ganado a pulso con su exhibicionismo y que durante mucho tiempo lo hizo sonreír, acabó odiando ese apodo durante la adolescencia, cuando los niños lo coreaban por la calle al verlo pasar.

Pero no eran sólo los apodos, sino también el hecho de que todos lo tuvieran por irresponsable y atolondrado. Si había instrucciones que dar, iban invariablemente dirigidas a Amín y, habiendo dinero de por medio, ya fuera para ir al mercado o para llevárselo a alguien, se lo confiaban a su hermano. Aunque el destinatario del dinero fuese el propio Rashid, se lo daban a Amín: «Esto es para tu hermano, para que compre unas sandalias, para que

vaya al cine, para pagar algo en la escuela». Había que proteger al soñador.

Para colmo de males, y quizá para justificar esta desconfianza en él, la primera vez que le confiaron una suma de dinero, lo perdió. Sólo tenía ocho años, pero debería haber estado a la altura de las circunstancias, haberse dado cuenta de que su reputación estaba en juego, de que la historia se compone de una sucesión de instantes y de que todos cuentan. He aquí cómo sucedió: el maestro le dio una nota para que se la entregara a su madre, y ni se le pasó por la cabeza que pudiera ser una queja por su comportamiento en la escuela. En aquellos tiempos, las cosas no se hacían así. Para empezar, la mayoría de los padres ni siquiera sabían leer, por lo que cabría al propio alumno informarlos de su mala conducta. Hasta un niño sabría qué hacer en semejante tesitura. Por otro lado, el maestro era perfectamente capaz de informar a un alumno, en términos inequívocos, de que había obrado mal. Es más, se diría que a menudo los maestros disfrutaban de lo lindo cumpliendo esa parte de sus obligaciones. El caso es que Rashid no vio nada sospechoso en el hecho de que un hombre le entregara una nota dirigida a su madre. Era demasiado pequeño para albergar esa clase de sospechas y, en cualquier caso, no sería la primera vez que el maestro escribía una nota a los padres de algún alumno para pedirles un préstamo. Por lo general lo hacía a fin de mes y devolvía puntualmente el dinero prestado, usando a los niños como mensajeros. Además, le tenían pavor a ese maestro que jamás sonreía pero a veces rompía a reír de un modo desconcertante y otras montaba en cólera sin motivo aparente, moviendo los brazos como aspas de molino y repartiendo capones a diestro y siniestro. De modo que nunca se les habría ocurrido preguntarse por el significado de sus órdenes, sino que agachaban la cabeza y obedecían, tal como se esperaba de ellos.

Además de los préstamos que le hacían los padres de los alumnos, el maestro tenía otras maneras de aumentar sus ingresos. Todos los días empezaba la clase ordenando a los alumnos que se pusieran en pie y recitaran alguna tabla de multiplicar, una de esas entrañables prácticas que se heredaron intactas del sistema educativo inglés. Ahora las tablas se recitaban en otra lengua, pero el efecto moral era el mismo. En pie detrás del pupitre, con los

brazos extendidos a los costados, los niños esperaban que el maestro anunciara la tabla del día recitando la primera línea, por ejemplo: Tatu mara moya, «tres por uno». Luego se apostaba delante de la clase mientras los chicos entonaban aquella cantinela, sonriendo de regocijo al oír sus tersas vocecillas infantiles, cerrando los ojos por momentos y meciéndose levemente, como siguiendo el compás de una sonora casida. Si una de aquellas voces pronunciaba las palabras equivocadas, sus ojos volaban en su dirección sin vacilar y fulminaban al culpable con una mirada que prometía dolor. Tatu mara moya tatu, tatu mara mbili sita, tatu mara tatu tisa, y así sucesivamente. A veces, si no quedaba satisfecho o se le antojaba seguir oyendo aquel coro de vocecillas atipladas, les mandaba recitar otra tabla. Y luego hacía una colecta.

Según los iba llamando por su nombre, los niños debían acercarse a su escritorio y dejar una moneda de cinco centavos en una bandeja. Sólo entonces anotaba su asistencia a clase. El maestro nunca decía en qué empleaba el dinero, pero no había que ser un genio para adivinar que esos preciosos peniques iban derechos a su buche. Sabía que la mayoría de los alumnos recibían unas monedas para comprar un zumo de fruta o un cucurucho de frutos secos durante el recreo, o simplemente para que fueran a la escuela contentos, y tenía a bien aliviarlos de una parte de ese dinero antes de que se convirtiera en una carga para ellos. Si algún niño no llevaba dinero encima, debía pedírselo prestado a un compañero de pupitre, uno de los ricos. Siempre había alguno demasiado atemorizado para negarse a ceder una parte de su semanada. El chico más corpulento de la clase tenía su propio sistema de extorsión y todas las semanas obligaba a alguien a comprarle algún objeto inútil, además de cobrar cinco centavos al día a todos sus compañeros, cantidad que entregaba diligentemente al maestro cuando éste pasaba lista como una contribución personal a su felicidad.

Cinco centavos no es nada hoy en día, o incluso menos que nada. La moneda en sí ya ni siquiera existe. Pero entonces, a principios de los años cincuenta, se podía comprar un hermoso mango con ese dinero, y por diez centavos tenías una hogaza de pan, un plato de espinacas, una yuca asada, un plato de patatas na uroyo en el local de Adnan o incluso una brocheta de carne

pequeña. Cinco centavos no era una miseria para un niño de ocho años de la época. Ahora un mango pequeño cuesta veinte chelines. Entonces uno habría podido comprar un centenar de mangos por esa cantidad, y seguramente el vendedor habría añadido otra docena a modo de bajshish por ser buen cliente. Pero eso ahora no viene al caso. La cuestión es que, después de hacer la colecta diaria a los cerca de cuarenta alumnos de la clase, el maestro tenía dinero más que suficiente para cenar ese día. Por lo general, justo después de recogerlas, separaba unas pocas monedas y enviaba a uno de los niños a un café cercano a comprarle un vaso de leche para poder empezar la jornada con buen pie. Los demás profesores estaban al tanto de esta práctica, así como los padres de los alumnos, pero nadie le tosía. Era un maestro, una figura respetada. Tenía derecho a ciertas excentricidades, y las anécdotas sobre sus caprichos y rarezas no hacían sino reforzar una leyenda que, con el paso del tiempo, perdería parte de su carácter tiránico. Todos los maestros tenían sus peculiaridades, que a veces se traducían en actos de crueldad o represión que ejercían mediante el insulto, la intimidación o la violencia. Bien mirado, aquello no tenía ni pizca de gracia, y sin embargo todos se reían, o cuando menos sonreían, ante estos excesos, con lo que, de alguna manera, rebajaban su gravedad. Así se había hecho siempre. Que un padre se encarase con un maestro por algo así se habría considerado una muestra de ingratitud, una humillación, y hacerlo por unos pocos centavos habría sido sencillamente inconcebible.

El caso es que el maestro entregó una nota a Rashid para que se la llevara a su madre, que al día siguiente le dio un sobre con dinero para que se lo hiciera llegar al maestro. Al cabo de unos días, éste lo llamó al final de la clase, le entregó dos notas para que se las llevara a su madre y le dio las gracias en susurros. Al margen de sus criterios pedagógicos, era un hombre educado. Quien lo conociera sólo de vista diría que era un hombre sonriente y de modales exquisitos, como suele decirse. Nadie imaginaría el terror que sembraba en el aula.

Era viernes por la tarde y las clases terminaban media hora antes de lo habitual para que los niños pudieran sumarse a las plegarias en la mezquita. Rashid volvió corriendo a casa, arrojó el pantalón corto del uniforme a la pila de la ropa sucia sin pensárselo

dos veces, se puso la ropa de los viernes y fue a reunirse con los demás chicos en el paseo marítimo, bajo la copa del baniano, hasta que empezaran las oraciones en la mezquita aljama. No se acordó del dinero hasta que fue a ponerse el pantalón corto el lunes por la mañana y palpó un gurruño de papel en el bolsillo. No le había mencionado el recado a Amín porque quería hacerlo él solo, sin los consejos del metomentodo de su hermano. De haberlo hecho, tal vez Amín le hubiese recordado la tarea pendiente y no habría tenido que acercarse a su madre arrastrando los pies con el rebujo de papel en la mano y los ojos llorosos, balbuciendo excusas.

—¿Qué te tengo dicho? —bramó su madre—. Este chico perdería la cabeza si no fuera porque la lleva pegada al cuerpo.

En este sentido, las madres de todo el mundo son idénticas. Recurren a los mismos clichés y dicen las mismas frases hirientes a sus hijos más pequeños. Después de aquello, todo volvió a ser como antes: «Amín, asegúrate de que Rashid entrega los deberes, de que va al barbero, de que vuelve derecho a casa al salir de clase», y así sucesivamente.

No obstante, vivir bajo la tutela de su hermano también implicaba ciertas ventajas. Cuando alguien les regañaba en plena calle por cualquier chiquillada, como merodear por un cruce de vías especialmente concurrido, arriesgándose a ser arrollados por las carretillas y ciclistas que pasaban a toda velocidad, o como arrojarse fruta podrida a modo de proyectiles o discutir a voces, el vecino entrometido que se encargaba de llamarlos al orden dirigía la andanada a Amín y de paso le reprochaba que diera mal ejemplo a su hermano pequeño. En casa, era Amín el que se llevaba la peor parte cuando los reprendían por alguna fechoría conjunta y, siempre que eso sucedía, Rashid se aseguraba de permanecer a una distancia prudencial, sonriendo con malicia y haciendo muecas para chinchar a su hermano mientras éste aguantaba el chaparrón, pero poniendo cara de circunstancias y hasta sorbiéndose la nariz si alguien miraba en su dirección. Aquellas escenas podían acabar de tres maneras. Una: Amín encajaba los reproches en silencio, con la mirada gacha, avergonzado y arrepentido, y las aguas volvían a su cauce mientras sus padres le suplicaban que no volviera a pasar algo así. Hasta era posible que le cayera alguna moneda para compensar la reprimenda. Dos: Amín no podía evitar que se le

escapara la risa por culpa de Rashid y sus payasadas, con lo que el progenitor de turno montaba en cólera al ver que no se tomaba en serio la regañina, que concluía entonces con cachetadas, coscorrones y palabras ásperas. Tres: si Farida estaba presente, delataba a Rashid sin vacilar, y entonces el padre o la madre se daba la vuelta de improviso y lo sorprendía in fraganti. En ese caso, le tocaba a él recibir las cachetadas y coscorrones mientras chillaba como si lo estuvieran matando. Pero, por lo general, ante cualquier prueba o dificultad, se esperaba de Amín que diera un paso al frente. Si había que hacer algún recado, siempre le tocaba a él; si sólo quedaba un apetitoso bocado de algo, debía renunciar al mismo en favor de su hermano pequeño. Estas reglas no se aplicaban a Farida, que era una niña, por lo que se regía según otras normas y, en cualquier caso, sabía defenderse.

Las regañinas, coscorrones y cachetadas se acabaron en cuanto dejaron de ser niños, claro está, pero el patrón permaneció inalterable. Todos veían a Amín como poco menos que un adulto y le exigían templanza y responsabilidad, mientras que a Rashid lo trataban como si nunca hubiese dejado de ser un niño impulsivo y soñador. Los hermanos eran conscientes de este reparto de roles, de cómo eran vistos por los demás, y sacaban provecho de ello con una serie de estratagemas más o menos oportunistas. Nunca lo comentaron a las claras, pero desarrollaron artimañas que tenían en cuenta esos prejuicios sobre sus respectivas personalidades y sonreían cada vez que se salían con la suya. Para ellos, el hecho de ser hermanos, de estar conchabados, era importante. Conocían las mañas y trucos el uno del otro, de manera que se vieron abocados, primero de forma involuntaria y luego ya más consciente, a encarnar esos roles del hermano mayor responsable y el hermano pequeño impetuoso. Sin embargo, según iban pasando los años, se hizo evidente que había un trasfondo de verdad en todo ello, una oportuna y grata coincidencia, una alineación de casualidades. O quizá la socialización caló en ambos de un modo más profundo de lo que sucede por lo general, pese a las expectativas que los padres ponen en la educación de sus hijos. Amín, el responsable. Rashid, el soñador.

Cuanto más crecían los tres hermanos, más se reafirmaban sus padres en la opinión que tenían de cada uno de ellos. Amín y Rashid seguían encarnando en buena medida los roles descritos y se abrían camino en el mundo con las herramientas de que disponían. Farida, en cambio, era un verdadero quebradero de cabeza, sobre todo para su madre. Era fácil de contentar (perezosa) y siempre estaba sonriendo (tontaina). Parecía no tener más ambición que jugar con sus amigas o visitar a los vecinos de la vieja casa destartalada. Conseguir que se sentara a hacer los deberes era un calvario que su madre se imponía con resignación. A veces recurría a las amenazas y, si eso no surtía efecto, intentaba engatusarla con alguna recompensa, pero al final acababa sentándose a su lado y poco menos que haciendo los deberes por ella.

—Este mundo no trata bien a las mujeres que no saben cuidar de sí mismas —le decía a Farida, que la escuchaba cariacontecida porque sabía que eso era lo que se esperaba de ella cuando su madre la sermoneaba sobre lo mal que el mundo trataba a las mujeres.

En cuanto la dejaban salir de nuevo, era toda sonrisas y le faltaba tiempo para irse con los vecinos o sentarse a parlotear con cualquiera que estuviese dispuesto a escucharla. Hablaba por los codos y, si no tenía ningún interlocutor a mano, era muy capaz de ponerse a charlar con un cojín, un paraguas o una silla vacía. Se prestaba de buen grado a colaborar en las tareas domésticas, y a veces hasta conversaba con los objetos que limpiaba o lavaba. Sólo lo hacía cuando estaba a solas, o creía estarlo. Con el paso de los años, su madre se fue relajando. Había tenido que esforzarse mucho para llegar a ser maestra y no podía disimular su decepción por el escaso interés que demostraba Farida en su propia formación.

Hasta que un buen día acabó los estudios o, mejor dicho, los estudios acabaron con ella. Tenía trece años cuando suspendió el examen de acceso a la escuela secundaria femenina, la única pública de toda la ciudad, de toda la isla, de todo el país, que se componía de varias islas y tenía una población de medio millón de personas. Todos los años, infinidad de chicas se presentaban a ese examen y sólo treinta conseguían entrar. Para la mayoría, era su primer y último examen de acceso a una institución de enseñanza pública. Los nombres de las más afortunadas se difundían a través

de la emisora de radio nacional para que la noticia llegara lo antes posible a los últimos confines del diminuto país, pero también para subrayar la magnitud de su hazaña. Las familias se apostaban alrededor del aparato de radio y se mascaba un tenso silencio mientras el locutor leía los nombres con la misma voz solemne que empleaba para anunciar la muerte de algún personaje importante. Farida fue una de las miles de jóvenes cuyo nombre no leyó el locutor.

Aunque nunca había manifestado un gran interés en competir por la improbable posibilidad de ser una de las elegidas, el hecho de sentirse excluida la llenó de ira y resentimiento. Rompió a llorar y se arrojó en brazos de su madre. Dijo que la habían expulsado, que le habían negado toda posibilidad de ser alguien en la vida. Su futuro había quedado hecho trizas, truncado de un plumazo. Había una escuela mixta regentada por monjas y adscrita a la catedral, pero era para cristianos. Nadie en su sano juicio enviaría a sus hijos allí, y menos tratándose de una chica, para que los corrompieran, humillaran y convirtieran en infieles. Luego estaba la escuela Aga Khan para ismailíes, pero los musulmanes no ismailíes debían pagar tasas escolares y demostrar un elevado nivel académico en los exámenes de acceso. El nivel de Farida no estaba a la altura de lo exigido, de manera que se le agotaron las alternativas.

Su madre se planteó abandonar la enseñanza para quedarse en casa con ella y enseñarle personalmente, pero todos opinaban que sería un sacrificio absurdo. Su marido la disuadió de hacerlo, así como sus hermanas, su único hermano e incluso la propia Farida.

—Te has esforzado mucho —le dijo Feisal, su marido—, y tu recompensa es dedicarte a algo que ayuda a los demás y te hace merecedora de respeto. Las personas como tú son un ejemplo para los demás, un desafío a la brutalidad imperante que debemos aprender a cambiar. La gente puede ver lo que has hecho y decir: «Alhamduli-lá, las cosas no están tan mal si alguien puede llegar a ejercer un oficio que siempre le ha estado vetado, si puede sentirse realizado y, al mismo tiempo, ser útil a los demás». ¿Cómo puedes plantearte siquiera renunciar a eso? Nos las arreglaremos como sea.

Su hermana Halima le dijo:

—Deja que Farida se venga conmigo hasta que tomes una decisión. Me vendría bien un poco de ayuda. No tienes por qué

renunciar a tu trabajo, y menos después de la murga que nos diste a todos para llegar adonde estás. Lo Mwana, tranquilízate. Tu hija no está peor que miles de otras chicas.

—Eso es lo que todo el mundo me decía cuando yo tenía su edad —replicó ella—. Y si les hubiese hecho caso me habría quedado en casa toda la vida, cocinando y cuidando de los niños.

—Como yo —concluyó Halima, riendo entre dientes y chasqueando los dedos a la vez para demostrar que era inmune a la desdeñosa comparación de su hermana—. Pero habrías tenido tiempo para disfrutar cuidando de tus hijos y cocinando para tu marido, y hasta saliendo de vez en cuando para ver a la gente en vez de andar siempre corriendo de aquí para allá como una loca.

—Yo cuido de mis hijos —replicó ella, dolida como siempre por la acusación implícita—. Y cuido de mi marido. Pregúntales, a ver si tienen alguna queja. Pregúntaselo.

—No necesito preguntárselo —repuso Halima con un suspiro de exasperación por haber ido a parar una vez más a ese familiar callejón sin salida—. Por supuesto que no tienen quejas. ¿Cómo van a tenerlas? No saques las cosas de quicio, eso es lo que trato de decirte. Mándala conmigo hasta que decidas qué hacer.

Y así, Farida se fue a pasar una temporada con la hermana mayor de su madre, Bi Halima, que, pese a tener una familia numerosa, no quería contratar a una criada por motivos que se negaba a explicar. Decía que no le gustaba la idea de tener sirvientes a su alrededor. Hacía la colada, limpiaba los seredanis, barría la casa, preparaba la comida y planchaba, todo sin la ayuda de nadie. Compraba lo que necesitaba cada día en una tienda de víveres cercana y su marido pasaba por el mercado al volver del trabajo. ¿Qué iba a hacer con una criada? Acordaron que Farida le echaría una mano por las mañanas y de paso aprendería las tareas domésticas que toda mujer debía conocer. Volver a esas prácticas retrógradas que recluían a las mujeres entre cuatro paredes supuso un disgusto monumental para sus padres, pero no había ninguna escuela a la que pudieran enviarla. Dejarla en casa sola toda la mañana era impensable, sobre todo a esa edad, cuando las jóvenes no eran conscientes de su atractivo ni del deseo y la agitación que despertaban en los hombres cuando creían tenerlas a su alcance, ni de su propia indefensión ante quienes sabían alimentar su vanidad.

Hacia el mediodía, Farida volvía a casa para ayudar a su madre a preparar el almuerzo.

En su juventud, los padres de los tres hermanos habían sido unos contestatarios. No en sentido político, no es que se manifestaran por las calles con el puño en alto y pronunciaran encendidos discursos, no eran radicales de los que llaman la atención. Entonces no había lugar para ese tipo de cosas; los británicos no lo habrían tolerado. Se mostraban muy aprensivos con las manifestaciones y discursos, siempre estaban ojo avizor para detectar lo que llamaban sedición. Los omaníes tampoco lo habrían consentido porque temblaban ante la sola idea de alterar el orden establecido, aunque a veces discutieran a voz en grito y se liaran a bastonazos. Los jeques religiosos habrían prohibido esas manifestaciones, tal como prohibían cualquier cuestionamiento o desafío a la autoridad, salvo cuando se trataba de una de sus interminables rencillas internas. Los padres de los tres hermanos eran contestatarios porque ambos desafiaron la voluntad de sus propios padres para estudiar en la nueva escuela normal de maestros fundada por el gobierno. A él le prohibieron ir a la universidad porque su padre desconfiaba de la educación colonial: «Te harán despreciar a los tuyos y comer con cuchara, y te convertirán en un mono de feria que habla por la nariz», le aseguró. El abuelo lo amenazó y sermoneó como sólo podía hacerlo un padre de esa generación: «Te convertirán en un káfir y habremos fracasado en nuestro deber con Dios. Ya puestos, podrías escoltarnos personalmente hasta las puertas del Infierno. No tendrás mi bendición, te repudiaré. Abandona este sinsentido de una vez por todas, estúpido hijo del pecado».

Ella también se enfrentó a la prohibición de sus padres, que se diferenciaban de los de Feisal en muchos sentidos, pero en eso eran idénticos. Ya era toda una mujer, le dijeron sus padres, y dejar que deambulara por las calles sin acompañante era invitar a los depredadores de este mundo a traer la desgracia y la deshonra a toda la familia.

La insolencia es un pecado para quienes han hecho votos de sumisión, primero ante Dios y luego ante sus mayores, pero eso es justo lo que hicieron. Tanto uno como otro insistieron en seguir

adelante con sus estudios y en hacerlo juntos, pues para entonces ya habían tenido tiempo de conocerse y enamorarse. Cada uno por su lado, discutieron con sus padres, intentaron persuadirlos con lisonjas y acabaron suplicándoles, pero éstos también creían estar haciendo lo correcto. Los dos jóvenes reclutaron a parientes y vecinos para su causa y, poco a poco, fueron venciendo la resistencia paterna gracias a la firmeza de sus deseos y la opinión favorable de tantos a su alrededor. No es fácil resistirse a la oposición conjunta de familiares y vecinos.

Más tarde volvieron a desafiar la autoridad paterna negándose a casarse, aunque todos sospechaban que eran amantes, hasta que se hubiesen graduado como maestros y empezado a trabajar. Acabaron rindiendo por cansancio a sus padres, que se conformaron con un compromiso formal y cierta discreción. A veces, cuando estaba de humor, la madre les contaba la historia de aquel tira y afloja, por lo general en presencia del marido. Tal vez lo hiciera para revivir en su compañía aquellos tiempos felices y para incluir en ellos a sus propios hijos, para hacerlos partícipes de su orgullo. A veces, mientras desgranaban aquellos recuerdos, intercambiaban una sonrisa, y otras veces él fruncía el ceño para protestar por lo que consideraba un relato demasiado melodramático y heroico de los hechos.

—Ya vuelves a cargar las tintas —decía, siempre partidario de la contención y la templanza.

—De eso nada —replicaba ella—. Lo cuento tal como sucedió. Lo que pasa es que te haces mayor y ya no te acuerdas.

A ojos de unos padres como ellos, para quienes los estudios habían supuesto un empeño personal, una empresa por la que habían hipotecado otras ambiciones no verbalizadas, la vía de acceso a un nuevo mundo ilustrado, la exclusión de su hija del sistema educativo supuso una pequeña tragedia. Que no tuvieran más remedio que aceptar el ofrecimiento de la tía Halima para mantenerla ocupada con tareas domésticas y a salvo de ciertos peligros no hacía sino empeorarlo todo, pues se les antojaba una especie de traición a los sueños de su propia juventud. De modo que, cuando los padres de un grupo de chicas que también habían suspendido el examen de acceso a la escuela pública contrataron a una maestra para que impartiera clases particulares a sus hijas,

vieron el cielo abierto ante sí, sobre todo porque la propia Farida se mostró encantada con la idea. La maestra, que por la tarde daba clases particulares en casa, trabajaba por las mañanas en la escuela secundaria estatal, la misma que había rechazado a Farida y a miles de jóvenes más. Tal vez no las hubiesen aceptado, pero la maestra era la misma, así como los libros, se dijeron los padres de las chicas. Farida pasaba la mañana en casa de su tía, ayudando en las tareas domésticas y en lo que hiciera falta, y por la tarde iba a clase. Le gustaba más que la escuela, decía, pues los horarios eran más llevaderos, y la carga de trabajo, más ligera. Le daba vergüenza ir a clase cuando la escuela de verdad ya había cerrado sus puertas, porque se veía señalada como una de las estudiantes mediocres que debía acudir a un centro privado, donde podía entrar cualquiera que pudiera permitírselo y no había uniformes. Pero había tantas otras chicas en la misma situación que, al cabo de un tiempo, se resignó a formar parte de ese empecinado experimento, a ser una de las que se negaron a quedarse de brazos cruzados en el rincón al que las habían relegado.

—No quiero quedarme en casa sin hacer nada —le dijo a su tía Halima—. Eso es lo que se espera de las mujeres, pero yo pienso hacer algo con mi vida.

Halima sonreía ante la idea de estar en casa sin hacer nada, cuando buena parte de su jornada, desde que se levantaba al alba hasta que se acostaba a medianoche, era una agotadora sucesión de tareas, preocupaciones y esfuerzo físico. Farida hablaba por boca de su madre, Mwana, siempre protestando y luchando por lo que quería, como si el mundo entero se hubiese confabulado para negárselo.

Las clases particulares duraron unos pocos meses, hasta que maestra y alumnas decidieron abandonarlas entre mutuos reproches. La maestra sostenía que las alumnas no se tomaban los estudios en serio y que tal vez no estuvieran a la altura del reto. Había momentos en los que enmudecía, presa de un estupor que seguramente exageraba a efectos pedagógicos, ante la dificultad de sus alumnas para entender conceptos elementales de álgebra o química. Ellas, a su vez, acusaban a la maestra de no dominar las materias que debía impartir, ya que en la escuela enseñaba economía doméstica y suajili. Se quejaban de que les hablaba como

si fueran unas perfectas ignorantes, cuando en realidad era ella la que no sabía enseñar asignaturas difíciles. Aquello era tirar el dinero, les dijeron a sus padres, que seguramente opinaban lo mismo, pues ¿cómo iba a ofrecer una profesora desde su propia casa lo mismo que toda una escuela con su claustro de profesores, sus libros y sus laboratorios? Tal vez pensaran, además, aunque se guardaran mucho de decirlo, que querían para sus hijas las mismas luminarias europeas que daban clase a las chicas de la escuela estatal y no esa maestrilla de pueblo que no podía evitar sonreír de gratitud cada vez que se cruzaba con ellos por la calle.

Así las cosas, Farida volvió a su antigua rutina. Por las mañanas se iba a casa de la tía Halima, a la que ayudaba barriendo, lavando la ropa, cortando verduras o lo que hiciera falta mientras parloteaba y reía con una alegría más reveladora de lo que ella suponía. Durante un tiempo siguió llevando los libros encima, como si aún tuviera deberes que hacer, pero ni los tocaba. No tenía tiempo. A la hora del almuerzo volvía a casa, recogía los víveres que Bi Aziza, la vecina de la casa grande, les hubiese enviado desde el mercado y se ponía a preparar la comida. Para cuando su madre llegaba a casa, todos los platos estaban ya en marcha, de manera que Mwana podía tomarse un vaso de agua fresca y quizá incluso sentarse unos minutos antes de tomar el relevo en los fogones. La comida siempre estaba lista a tiempo y la hora del almuerzo se volvió menos frenética y caótica. Su padre parecía complacido con el nuevo reparto de tareas, aunque a veces la preocupación empañaba su sonrisa. Los hermanos de Farida podían saciar su enorme apetito antes de que los mandaran a la escuela coránica y Mwana tenía tiempo de asearse con calma antes de acostarse un rato, algo que agradecía sobremanera. Todos salieron ganando con el cambio.

Según iban pasando los meses, la situación de Farida se fue consolidando. Cuando se iba a la casa de la tía Halima aprovechaba para llevarse la ropa sucia de la familia y hacía allí la colada, que recogía al día siguiente. También le hacía recados a su madre y, a veces, se acercaba al mercado para comprar algún ingrediente que ésta había olvidado mencionar a Bi Aziza. Para entonces ya llevaba el buibui, el manto negro que usaban todas las mujeres, salvo las que se habían dejado corromper por las costumbres extranjeras o la perversión. Siempre que le apetecía, Farida pasaba por el mercado o

se iba de tiendas, o a visitar a las amigas, y volvía a casa a tiempo de empezar el almuerzo. Por la tarde fregaba los platos, barría la casa, tal vez planchara su propia ropa (el resto se lo dejaba a su madre) y luego se aseaba y volvía a salir de casa para ver a las amigas. Se entregaba a estas tareas tan poco estimulantes con una sonrisa y una especie de íntima euforia, algo que inquietaba a su madre.

—¿Qué le pasa? No debería conformarse con tan poco —le dijo en cierta ocasión a su marido—. Tiene catorce años, debería aspirar a más, debería abominar de todas estas tareas domésticas. No la hemos educado para esto.

—Parece contenta —señaló Feisal con cautela, procurando no agravar una preocupación que no tenía manera de contrarrestar.

Estaban acostados en la cama a media tarde, el momento más tranquilo de la jornada para ambos, el mejor de toda su vida de casados. Nadie iba de visita a esa hora del día y los niños estaban en la escuela coránica o eran ya lo bastante mayores para saber que no debían molestarlos.

—No se habrá echado novio, ¿verdad? —preguntó ella de pronto.

—Nuru, ¿por qué dices eso? —repuso su marido, el único que la llamaba por su nombre de pila—. Ni se te ocurra pensarlo.

—No podemos dejar que se convierta en una simple criada —insistió Nuru—. Tampoco es que lo necesitemos. Yo me las arreglaba perfectamente sin su ayuda. No voy a consentir que se pase el día trajinando en casa.

—Sería extraño que se lo prohibieras cuando ella cree que está siendo útil —apuntó él—. Y parece que eso la hace feliz. Además, se le da muy bien, no hay más que ver todos esos pasteles y pastas que está aprendiendo a cocinar. Puede que tenga talento para la repostería.

—Eso es cosa de Halima, que le está enseñando —replicó Nuru, y se volvió para mirar fijamente a su marido—. Espero que no estés sugiriendo que debería dedicar el resto de su vida a cocinar samosas y pastitas.

—No, por supuesto que no.

Por supuesto que no.

Hubo un último intento de proporcionar estudios a Farida. En

diciembre, al finalizar el curso académico, su madre se la llevó a Mombasa, a visitar a unos parientes. La mayor de sus hermanas, Saída, vivía allí desde que se había casado. Además, su propia madre era natural de Mombasa, de manera que también tenía un sinfín de primos en la ciudad. Había escrito a su hermana Saída para pedirle que indagara sobre escuelas para Farida, que parecía impaciente por poner en marcha ese nuevo plan y no veía la hora de instalarse en casa de la tía Saída y reanudar los estudios en Mombasa. El propósito de ese viaje era averiguar qué habían dado de sí las gestiones de la tía Saída, comprobar si Farida se sentía a gusto en la ciudad y tomar una decisión antes de acordar los delicados pormenores económicos que no podían tratarse por carta, pues ninguna de las dos familias iba sobrada de dinero. Transcurridas tres semanas, Nuru volvió a casa sola y Farida se quedó en Mombasa para repetir, a sus quince años, el último curso de la enseñanza primaria con vistas a presentarse de nuevo al examen de acceso a la escuela secundaria, esta vez en Kenia.

Mientras Farida estaba en Mombasa, Amín se presentó al mismo examen que su hermana había suspendido dos años antes. Los varones disponían de dos escuelas secundarias, pero tampoco lo tenían fácil, pues el listón estaba muy alto. En cualquier caso, Amín quedó el segundo de la lista, de manera que, aunque sólo hubiesen aceptado a diez estudiantes, él habría estado entre ellos. Farida volvió a casa poco después de este triunfo. En Mombasa tampoco había habido suerte. Ese mes de enero, después de un año que ella había disfrutado en muchos sentidos y cuyo recuerdo atesoraría durante el resto de su vida, volvió a casa derrotada. En Kenia tampoco la habían aceptado, y el coste de una escuela privada en Mombasa no estaba al alcance de sus padres. Lo había intentado con todas sus fuerzas, dijo, pero era demasiado estúpida.

Retomó su antigua rutina allí donde la había dejado: por las mañanas ayudaba a la tía Halima, lavaba, limpiaba, preparaba el almuerzo para toda la familia. Se ofreció para supervisar los deberes de Amín, ahora que estaba en la escuela secundaria y todo era más difícil, pero en realidad, más que ayudar lo distraía con su cháchara y su risa. Decidió elaborar un horario de repaso para ayudar a Rashid a prepararse para el mismo temido examen, pues achacaba a su propia falta de organización la tragedia que se había abatido

sobre ella. Rashid se avino a pegar el horario en la guarda de su libro de ejercicios, pero pronto se desentendió del asunto, más interesado en jugar a las cartas y al fútbol con los amigos que en acatar las órdenes de su hermana. Ella iba apuntando en un cuaderno todas y cada una de estas faltas y amenazó con delatarlo ante los poderes fácticos, lo que debió de surtir cierto efecto porque, cuando llegó su turno, Rashid aprobó el examen. Pese a todas sus responsabilidades y tareas, Farida volvía a sonreír con la alegría de siempre, o algo que se le parecía, pues había un aire vagamente misterioso en su sonrisa, un leve temblor en las comisuras de los labios, como si se riera de un chiste que sólo ella conocía. Tal vez fuera tan sólo la edad y una creciente conciencia de sus encantos. El año pasado en Mombasa le había dado una nueva desenvoltura, y era imposible no fijarse en cómo la admiraban ahora los chicos y hombres jóvenes, pero Farida les sonreía a todos con tal desparpajo y les daba la réplica sonriendo con tanto aplomo que ninguno de ellos osaba abordarla. Era como si se hubiese convertido en una mujer adulta que ya estaba de vuelta de los coqueteos adolescentes.

Su hermano Amín, mientras tanto, iba camino de convertirse sin esfuerzo en todo aquello que se esperaba de él. Era educado, responsable, sincero y generoso. «Es un buen chico», decía a veces su madre con un temblor en la voz. Se había vuelto más reservado y a veces se quedaba absorto en sus pensamientos, mirando al infinito sin motivo aparente, pero esos detalles apenas contaban como faltas al lado de sus numerosas virtudes. Sus silencios, así como la creciente ambigüedad de algunas de las cosas que decía, le daban un halo de profundidad y sabiduría. En la escuela secundaria destacó desde el primer momento, incluso en asignaturas y materias que eran nuevas para todos y que de entrada pusieron en apuros a muchos estudiantes. Comprendía las lecciones sin esfuerzo y se aplicaba con ahínco para cumplir con lo exigido. Se adaptó a las reglas de ese nuevo sistema de enseñanza y no buscaba atajos para saltarse las tareas que le imponían. Los profesores se regocijaban con su discreta meticulosidad. Pese a ser un alumno brillante y diligente, se comportaba con humildad, sin necesidad de destacar por encima de sus compañeros. No esperaban muestras de rebeldía

por su parte, pero lo tenían por uno de los líderes naturales de la clase. Buscaban la aquiescencia de Amín como forma de refrendar su propia autoridad y sentar un buen ejemplo. No era el único alumno que desempeñaba este rol excepcional, pero se contaba entre un grupo de elegidos a los que habían inculcado el valor de la modestia. Todos sabían lo afortunados que eran por estar donde estaban, y no habían llegado hasta allí gracias a la obstinación o la rebeldía. Amín era un adolescente sano, robusto sin llegar a parecer intimidante, dotado de cierto encanto juvenil y una sonrisa irresistible. Todos estaban orgullosos de él, sobre todo sus padres, por supuesto, que contemplaban sus logros con alivio y gratitud. ¿Quién sabe, cuando trae hijos al mundo, cómo saldrán? Cuántos hay que, pese a haber recibido abundante amor de sus padres, se convierten en unos derrochadores incansables y unos crápulas que les amargan cada segundo de la existencia.

Rashid también se enorgullecía de su hermano y lo quería, aunque nunca se le habría ocurrido confesarle lo uno ni lo otro, y seguramente ni siquiera lo reconoció para sus adentros hasta mucho tiempo después. Iba dos años por detrás de Amín y soportaba estoicamente las comparaciones con su hermano mayor. Se sentía partícipe de sus méritos, conocía de cerca el esfuerzo que le habían costado y por eso mismo no le parecían tan dignos de alabanza. Cuando un profesor le decía que tal o cual materia no se le daba tan bien como a su hermano, se sentía dolido, pero no porque aspirara a competir con él. Tampoco podría decirse que Rashid fuera una nulidad como alumno en comparación con Amín. Él también destacó en lo académico, si bien de un modo distinto. Para empezar, y a diferencia de Amín, no todos los profesores creían que tuviera un don natural para los estudios, y algunos opinaban que era un sabelotodo con cierta tendencia a pasarse de listo que pecaba de irrealista e imprudente. No era tan concienzudo como su hermano, y a veces se limitaba a cubrir el expediente. Algunos lo tenían por un cantamañanas que se consumiría en la llama de su propia vanidad sin haber llegado demasiado lejos. Sus profesores creían que era inteligente, pero lastrado por un sinfín de pequeños defectos. En clase era ruidoso y parlanchín, le costaba concentrarse. En el campo de juego demostraba entusiasmo, pero carecía de destreza, a diferencia de su hermano mayor, que destacaba en todos

los deportes. Era un orador exaltado, algo que tal vez pueda parecer una virtud, pero no en el caso de los debates académicos, en los que se agradece un poco de lógica y estrategia, otro tanto de nobleza, compostura y perspicacia, así como una pizca de astucia y teatralidad, pues de lo contrario ¿qué sentido tiene debatir? En esas ocasiones, Rashid se lanzaba al ruedo derrochando indignación, desdén y cierto afán pendenciero, para irritación o hilaridad general, buscando el aplauso de los quisquillosos y los insatisfechos.

Luego estaba su entusiasmo por todo lo relacionado con Italia. A decir verdad, aparte de la guía de conversación, un puñado de fotografías y pósteres procedentes de la misma fuente, recortes de revistas en los que salía Giacomo Agostini a lomos de su Vespa y un tebeo sobre la vida de Garibaldi que Farida le había traído de Mombasa, no había demasiada sustancia ni conocimientos detrás de su devoción. Sin embargo, cada vez que debatía con alguien sobre cuestiones de estilo, belleza o poesía, sobre todo durante la adolescencia, sus ídolos eran inevitablemente italianos. «Shakespeare es estupendo, incluso sublime, pero no puede compararse con Dante. ¿Por qué no nos dejan estudiar a Dante?». «Silvana Mangano es, en mi opinión, la actriz más bella de todos los tiempos». «La selección de fútbol italiana es casi tan buena como la brasileña». Cuando era más pequeño, los profesores de la escuela primaria habían interpretado su pasión por todo lo italiano como un rasgo de su carácter vivaracho, el inevitable exhibicionismo de un alumno inteligente. El caso es que, por entonces, existía la opinión generalizada de que los italianos eran vagamente cómicos, a juzgar por las astracanadas que habían protagonizado durante la guerra de Abisinia, de modo que su encendida defensa de Italia también era a veces objeto de mofa. Sin embargo, para cuando llegó a la adolescencia, casi todos sus profesores de la escuela estatal eran británicos, y algunos de ellos veían su fervor como una absurda afectación. A uno en concreto, el profesor de historia, le molestaba sobremanera la fijación de Rashid con Italia y, siempre que citaba a algún erudito o figura señera de la Antigua Roma, miraba en su dirección y le espetaba: «Como dijo uno de tus antepasados…». Por su parte, el profesor de literatura recitaba largas parrafadas en italiano y, con una sonrisa gélida, informaba al joven ignorante de que eso sí era Dante. Le recomendó que consultara las traducciones

de la colección Everyman, que encontraría en la biblioteca de la escuela y que, en su opinión, eran las más asequibles para un principiante, en vez de alardear sin ton ni son. «Quizá deberías aprender a caminar antes de intentar correr», le aconsejó.

No obstante, la pasión de Rashid por la poesía era sincera. La leía en la biblioteca escolar y en las desvencijadas antologías que compraba en una librería de segunda mano. De pequeño le gustaba cantar casidas y se sabía unas cuantas de memoria. ¿A quién no le gustaba recitar algún pasaje del Corán, algún verso suelto de una casida o leyenda popular? Quienes poseían ese don los dejaban caer como si tal cosa, con una soltura y naturalidad que impresionaba y complacía a quienes los escuchaban. Cuando alguien, interrumpiendo el hilo de su propio discurso, recitaba unos hermosos versos, no era raro que otros se le unieran en un gozoso coro, para alarde y disfrute de todos. Sin embargo, a su edad y en esa etapa escolar, Rashid ya no cantaba casidas. La poesía era ahora sinónimo de Shakespeare, Keats, Byron, Longfellow y Kipling, y fueron esos los poetas que se lanzó a leer con fruición y deleite, convencido de que en eso consistía la cultura, no en saber lo mismo que sabían todos los demás. Ni siquiera se le ocurrió pensar que quizá se estuviera perdiendo algo valioso. Hasta había conseguido su propio ejemplar de la *Divina comedia*, aunque tenía pendiente acabar de leerlo.

En un momento dado empezó a componer sus propios poemas en inglés, sobre todo para distraer a los amigos, versos jocosos y excesivos al estilo de *Hiperión* o *Las peregrinaciones de Childe Harold* que se alargaban interminablemente y tenían un evidente tono burlesco. Aprendió unas pocas estrofas de memoria y las declamaba con gestos teatrales al salir de clase, mientras volvía a casa con sus compañeros. Uno de éstos le fue con el cuento al mismo profesor de literatura que despreciaba el afectado fervor dantista de Rashid y que, tal como esperaba el chivato, tampoco vio con buenos ojos esta nueva afición. Exigió leer el opúsculo y Rashid le entregó el cuaderno a regañadientes, anticipando su desprecio. Aquello no le hizo ni pizca de gracia, pues, si bien había escrito esos versos como un pasatiempo, les tenía cierto apego.

—Estos poemas son de una inmadurez abrumadora —concluyó el profesor delante de toda la clase después de haberlos leído, como

si los alumnos esperaran su veredicto con impaciencia—. Cuando no revelan un tedioso y barato misticismo al estilo de *Las mil y una noches*, se pierden en interminables y estériles divagaciones que remedan el estilo de Byron en tono satírico. Son confusos y carecen de sentido, como suele pasar cuando los africanos intentan escribir en inglés con un estilo evocador. La mera intención de escribir algo así denota soberbia, una valoración escasamente realista de las propias capacidades. Será mejor que espabile, joven. Su tarea para hoy consistirá en analizar el personaje del capitán en *La reina de África*, y espero que me traiga un texto claro y ordenado, nada que ver con estas paparruchas.

La reina de África, de C. S. Forester, célebre por la saga del capitán Hornblower, era la obra clásica que el profesor creía más adecuada a las capacidades de sus alumnos. Rashid se sintió tan herido por el desprecio del profesor que no atinó a replicar. Fue por entonces cuando el apodo de Mtaliana empezó a convertirse en una carga para él.

Así pues, las opiniones del profesorado en torno a Rashid divergían de forma considerable, algo que nunca había sucedido con Amín. Sus padres también se enorgullecían de él, por descontado, pero no estaban tan tranquilos respecto a su futuro. Nuru, en particular, se preocupaba por él. A veces, cuando Rashid le hacía compañía en la cocina, parloteando como un loro mientras ella preparaba la comida, lo miraba entre lágrimas de risa y no podía evitar temer por su bienestar futuro, no porque le viera una especial propensión a la inestabilidad o la enfermedad mental, Dios nos libre, sino porque no sabía si tendría fuerzas para salir adelante. Sus pasiones eran tan obsesivas, su sentido del humor tan irreverente, su confianza en sus propias capacidades tan abrumadora, que se preguntaba si sabría enfrentarse a la decepción. Con el paso de los años, percibía en él una creciente terquedad, una disposición a desobedecer y desoír aquello que no le gustaba. Era más menudo que Amín, algo canijo para su edad, y vivía en un perpetuo estado de exaltación, como si ardiera por dentro. A veces, Nuru se sentía reflejada en él.

Corrían los últimos años de la década de 1950, el mundo entero

seguía atrapado en sus contradicciones y casi toda África vivía bajo el yugo de los europeos, ya fuera de forma directa o indirecta, por la fuerza bruta o la diplomacia de puño de hierro, valga la paradoja. En los años cincuenta, un mapa británico de África habría mostrado cuatro colores predominantes: rojo virando al rosa para los territorios gobernados por los británicos, verde oscuro para los franceses, morado para los portugueses y marrón para los belgas. La división cromática traducía cierta cosmovisión, y las demás potencias imperialistas aplicaban sus propios esquemas de color al mapamundi. Era una forma de entender el mundo y, para muchos de los que estudiaban esos mapas, también una forma de soñar con viajes que sólo podían producirse en la imaginación. Hoy los mapas no se leen del mismo modo. El mundo se ha vuelto mucho más confuso, lleno de gente y nombres que desdibujan sus contornos. Sea como fuere, ahora que la imagen ha ocupado el lugar del relato, apenas queda espacio para la imaginación.

En los mapas británicos, el rojo era un guiño a la bandera de Inglaterra y representaba no sólo la voluntad de sacrificio en nombre del deber, sino también toda la sangre derramada en la defensa del Imperio. Por entonces, incluso Sudáfrica seguía teñida de rojo, al igual que territorios como Canadá, Australia y Nueva Zelanda, confines del mundo a los que los europeos habían llegado en busca de paz y prosperidad. El verde oscuro era una broma a costa de los franceses, una irónica alusión a las llanuras elíseas, habida cuenta de que la mayoría de las colonias galas eran desérticas, semidesérticas o selvas ecuatoriales, una enorme extensión de territorio inútil conquistado a sangre y fuego con un orgullo desmedido. El morado se reservaba para la acomplejada altivez de los portugueses y su obsesión con la realeza, la religión y los simbolismos imperiales, toda una ironía habida cuenta de que llevaban siglos saqueando esas tierras con pasmosa brutalidad, mutilando y quemando cuanto hallaban a su paso, transportando a millones de sus habitantes a las plantaciones esclavistas de Brasil. Por último, el color marrón señalaba la impasible y cínica eficacia de los belgas, que llegaron tarde a la fiesta, pero lo compensaron con creces castigando a los pueblos que gobernaban con una crueldad sin parangón entre todas las potencias coloniales de una época tenebrosa como pocas. Habrá de pasar mucho tiempo para

que se desvanezca su sangriento legado, que sigue enturbiando los ríos y lagos del Congo y Ruanda. Los españoles también tenían sus posesiones, pintadas de amarillo en los mapas británicos en alusión al color nacional, que delataba su obsesión por el saqueo de oro. Hacia el final de esa década, la paleta cromática se vería rebajada al rosa palo, el verde claro, el lila y el *beige*, acaso como una forma de señalar el paulatino declive de la expansión colonial, una evolución hacia el autogobierno tutelado por las potencias imperiales, que un día estaban allí, manteniéndolo todo bajo control, y al día siguiente se habían desvanecido.

Los mapas de los años cincuenta también señalaban las excepciones al dominio europeo. Egipto gozaba de una frágil libertad desde 1922, pero no tenía más remedio que acoger en su suelo al ejército, la armada y las fuerzas aéreas británicas. Liberia nunca había sido una colonia en sentido estricto, sino que nació como la tierra libre a la que podían volver los esclavos africanos manumitidos de Estados Unidos de América para levantar una Nueva Jerusalén, y hay que ver lo bien que salió aquello. Etiopía había parado los pies en dos ocasiones al desastroso ejército italiano. En el siglo XIX, cuando todas las potencias europeas que así lo desearon se hicieron con un trozo de África y masacraron a miles de sus habitantes, el ejército del emperador Menelik se las arregló para derrotar a los italianos en Adwa. Sin duda fue la incompetencia de estos últimos lo que los abocó a un desastre a todas luces evitable, aunque algunas voces atribuyen parte del mérito a la intervención de Rimbaud como traficante de armas al servicio del emperador etíope. Más adelante, el ejército de Mussolini se vería expulsado por los guerrilleros, las tropas británicas y los soldados coloniales africanos, entre ellos el tío Habib. Luego estaban Sudán, que desde el año 1952 era una dictadura militar independiente, y Libia, un reino teocrático bajo protección británica desde 1951. Pequeñas ironías a las que un mapa de esas características no hacía la menor alusión. Todo lo demás quedaba en manos de la gran «misión civilizadora», desde Ciudad del Cabo hasta Tánger, incluida toda África oriental, donde se desarrollaron los hechos aquí relatados.

Sirva este vistazo al mapa político de África en los años cincuenta para subrayar lo distinto que parecía el mundo entonces.

Nadie supo prever el caos que estaba a punto de desatarse, nadie podía imaginar que al cabo de pocos años la mayor parte de las potencias coloniales europeas cogerían sus bártulos y pondrían tierra de por medio, dejando, al menos sobre el papel, una serie de tratados y acuerdos que no sentirían la menor obligación de respetar. Así las cosas, la percepción que los jóvenes como Amín y Rashid tenían de sí mismos y del futuro que los esperaba no había empezado aún a desvincularse de las expectativas de un pueblo colonizado que vivía —aunque entonces no lo supiera— a caballo entre el final de una era y el comienzo de otra. Poco antes de concluir los estudios secundarios, Amín se convenció de que quería ir a la escuela normal de maestros donde habían estudiado sus padres y nadie trató de disuadirlo ni sugirió que sopesara otras posibilidades a tan sólo siete u ocho años de la independencia del país. Nadie era consciente de que la independencia estuviera tan cerca, pocos se atrevían a especular sobre las oportunidades que traería consigo y, en todo caso, no había motivos para que Amín no pudiera aspirar a la misma existencia provechosa y satisfactoria que llevaban sus padres, útil para la comunidad, gratificante para ellos y los suyos. Sin embargo, todo eso cambiaría con la precipitada y caótica desbandada general de las potencias coloniales en África, algo que nadie vio venir, o por lo menos nadie del círculo directo de Amín. Ni siquiera su padre, que seguía las noticias por la radio, sospechaba que la independencia estuviera a la vuelta de la esquina.

• • •

Feisal era un maestro conocido y respetado en la escuela local, si bien, como se ha visto, todos los maestros gozaban de respeto. Por la calle le decían Málim Feisal, anteponiendo el oficio a su nombre de pila, y sus conocidos se desvivían por saludarlo y transmitirle buenos deseos. Siempre que iba a alguna oficina administrativa, a los muelles o al hospital, allá donde fuera para alimentar la hambrienta maquinaria burocrática del Estado, se topaba con algún antiguo alumno encantado de ayudarlo. Amín se regocijaba oyéndolos alabar a su padre por su bondad e inteligencia o recordando anécdotas de sus tiempos de estudiantes. «¿Recuerda lo

que pasó aquella vez, Málim?». Amín sabía que, fuera donde fuese, e hiciera lo que hiciese, nunca sería tan importante e influyente como lo había sido su padre en esa comunidad. Su madre también había dado clases hasta que él acabó los estudios secundarios, pero sus antiguas alumnas no ocupaban el espacio público del mismo modo porque eran mujeres.

Sus padres formaban una pareja insólita. Él era alto y enjuto, mientras que ella era una mujerona corpulenta y rolliza, algo que el paso de los años no hacía sino acentuar. Feisal tal vez no fuera tan alto comparado con los gigantes bien proporcionados de otras latitudes, pero sí lo era para ese lugar pequeño poblado por gente menuda. Sus facciones también eran enjutas, y lucía una barba entrecana recortada en punta que contribuía a ese aire ascético. Siempre se abotonaba las mangas de la camisa y daba la impresión de ser ponderado y meticuloso en todo lo que hacía. No podía ser así en todo momento, pero ésa era la impresión que daba. Andaba ligeramente encorvado y a menudo con el ceño fruncido, pero cuando hablaba lo hacía en tono afable y siempre tenía una sonrisa bailándole en los labios. Algunos lo llamaban Msafi, aseado, sobre todo por la vaga aliteración que esa palabra creaba con su nombre. En otro lugar, tal vez lo hubiesen tildado de maniático.

Ella, en cambio, era achaparrada y rechoncha, y por lo general tenía un aire desaliñado y apresurado, siempre con algún mechón de pelo rebelde que parecía empeñado en escapar de las horquillas que debían sujetarlo. Tenía cierta tendencia al histrionismo: ponía unos ojos como platos cuando algo la sorprendía y hacía muchos aspavientos para manifestar su indignación. Siempre estaba haciendo planes, saltando de una tarea inacabada a la siguiente, pero también tenía un don para escuchar. Cuando estaba en casa, todas las conversaciones y comentarios iban dirigidos a ella, todo convergía y se canalizaba a través de su persona. Sabía exactamente cuándo dejar lo que estaba haciendo para prestar toda su atención a alguien. La llamaban Mwana, que significa «niña», porque era la más joven de sus hermanos, pero su nombre de pila era Nuru, que significa «luz», aunque sólo Feisal seguía llamándola así.

Según lo previsto, al cumplir diecinueve años Amín se matriculó en la escuela normal de maestros, fundada hacía tan sólo una generación, para empezar una carrera como docente. Entre sus

compañeros de la escuela secundaria, uno se había ido a estudiar medicina a Inglaterra porque sus padres podían permitírselo, mientras que otros se marcharon a la India, Egipto y quizá a otros lugares. También hubo quienes partieron en busca de un futuro entre la red de familiares y allegados que vivían a lo largo de la costa o en el interior. Así eran las cosas: los jóvenes se marchaban a la menor oportunidad. No así en el caso de Amín. Él no buscaba ninguna oportunidad porque no deseaba marcharse. Había tomado una decisión y aspiraba a trabajar como docente el resto de su vida. La suya era una mentalidad sólo posible quizá en los lugares pequeños, y desde entonces seguramente el mundo se ha vuelto menos predecible.

Farida también había tomado una decisión respecto a su futuro. Un par de meses después de volver de Mombasa, entró a trabajar como aprendiz para una modista natural de Goa y afincada en Vuga, la señora Rodrigues, que tenía ciertas ínfulas porque entre sus clientas había varias esposas de altos funcionarios coloniales. Sólo le encargaban pequeños arreglos, como acortar dobladillos o ensanchar cinturillas, pero eso no le impidió poner en el letrero que anunciaba su negocio «proveedora del gobierno de Su Majestad». El grueso de los encargos eran vestidos para las clientas de toda la vida, pero las europeas le daban prestigio. Farida trabajaba allí mañana y tarde, pero también se llevaba algunas prendas a casa para acabarlas por la noche. Durante los primeros seis meses no recibió remuneración alguna, y pasado ese tiempo empezó a cobrar una miseria. Según la señora Rodrigues, una mujer tranquila, sonriente y de trato afable que, sin embargo, defendía opiniones tajantes e inflexibles, la joven aprendiz debería estarle agradecida por las técnicas de costura avanzadas que le enseñaba y la calidad de la clientela a la que tenía acceso, de modo que no podía pretender recibir remuneración alguna hasta que estuviera plenamente formada. Si le pagaba algo, era por pura generosidad. ¿Acaso no la invitaba todas las mañanas a una taza de té y una porción de bizcocho? Farida tenía previsto poner en marcha su propio negocio cuando estuviera preparada, pero de momento no le quedaba más remedio que sobrellevar la mezquindad de la modista.

Su madre, Mwana, era muy aficionada a la costura y tenía su propia máquina de coser, algo relativamente habitual por entonces,

de manera que ayudaba a Farida con los encargos más difíciles que ésta traía a casa: inclinada sobre el haz de luz que proyectaba el brazo de la máquina, cosía orlas de encaje y cintas, ojales y demás. Se lo tomaba como un pasatiempo y le complacía ayudar a su hija. A veces se quedaban las dos trabajando hasta la madrugada porque Farida había prometido a la modista que entregaría el encargo al día siguiente y no quería que la acusara de faltar a su palabra. Mwana se quejaba a menudo de vista cansada.

Farida trabajó durante tres años para la señora Rodrigues. Cada vez que insinuaba la posibilidad de establecerse por su cuenta, la modista la disuadía aumentándole la paga o atemorizándola con los riesgos que debería asumir. Farida se dejaba convencer e iba posponiendo el momento de independizarse, pero al cabo de tres años había aprendido lo bastante para abrir su propio negocio. Al principio cosía sólo para las amigas, que le llevaban recortes de revista para que copiara algún modelo, y ella hacía cuanto estaba en su mano por complacerlas, trabajando los fines de semana o por las noches. Le llevaba mucho tiempo confeccionar un vestido, pero mientras tanto las clientas iban de visita, protestaban, charlaban y todo quedaba entre amigas. El resultado tal vez no fuera exactamente como el de la revista, pero siempre resultaba favorecedor, pues Farida tenía buena mano para la costura y era capaz de estudiar un patrón y reproducirlo sin alejarse demasiado del modelo original.

Cuando Farida empezó a trabajar desde casa, las rutinas domésticas se vieron totalmente alteradas. Por las mañanas no salía de su habitación hasta que todos se habían marchado, pero cuando volvían a casa a la hora del almuerzo lo tenía todo bajo control. Uno tras otro, entraban en la cocina para saludarla, momento que su madre aprovechaba para preguntar qué había para comer y opinar al respecto, su padre, para dejar la fruta que había comprado al volver del trabajo, sus hermanos, para olisquear los cacharros y estorbarla. Después de comer, todos se arremolinaban a su alrededor para echar una mano. Luego Feisal y Mwana se retiraban para dormir la siesta mientras Amín y Rashid se entregaban a una agotadora sucesión de actividades propias de adolescentes —deportes, deberes, vagar por las calles, jugar a las cartas—, y sólo entonces Farida daba inicio a su jornada laboral.

Fue por entonces, cuando empezaba a reunir una clientela estable y Amín estudiaba con ahínco para aprobar los exámenes finales de secundaria mientras Rashid se disponía a seguir sus pasos y Málim Feisal acababa de rechazar el puesto de director escolar, que Mwana se desmayó un día en el trabajo y los médicos le recomendaron que se retirara a la temprana edad de treinta y nueve años. Le diagnosticaron glaucoma, posiblemente causado por un cuadro de hipertensión. Le horrorizaba la perspectiva de convertirse en una carga para todos y no podía contener las lágrimas, que brotaban en silencio, inesperadas, incluso cuando tenía compañía.

—Me quedaré ciega y tendréis que ocuparos de mi cuerpo inútil —se lamentaba—. Oh ya Aláh, alhamduli-lá.

Ellos la consolaban, pero no podían evitar llorar también, convencidos de que acabaría perdiendo la vista. El médico sólo había sugerido esa posibilidad, pero el funesto pronóstico se había abatido sobre la familia como una maldición. Mwana se recluyó en casa y se dispuso a empezar una nueva vida. Se mostraba irascible y nerviosa porque echaba de menos el ajetreo de antes, pero al cabo de un tiempo se fue relajando y, poco a poco, se acomodó a ese nuevo ritmo. Luego vinieron los controles médicos, un viaje a Mombasa para visitar a un especialista, una operación para aliviar la presión intraocular. Vinieron las gafas para la miopía, nuevas dietas, la medicación y los ejercicios, y su día a día no tardó en volverse gratamente caótico de nuevo, aunque no tanto como antes.

Cuando Rashid empezó el último curso de la enseñanza secundaria, seguía dándose aires delante de los amigos, de su hermano, de sus padres. Se había vuelto más terco y conflictivo con el paso de los años y se consideraba poco menos que un rebelde. Durante ese último curso parecía obsesionado con marcharse. La idea se le había metido en la cabeza sin que se diera cuenta y se manifestaba en una irritación y un desprecio incontenibles por muchas de las cosas que lo rodeaban. Los conocimientos que había adquirido y los libros que había leído le inculcaron la idea de que el mundo era mucho más amplio de lo que le permitía atisbar su vida actual. Sentía que se ahogaba, constreñido por las convenciones sociales, la religiosidad medieval, las falacias históricas de ese lugar. Poseía un vocabulario apabullante y sólo tenía diecisiete años. Llegaría lejos, afirmaban sus amigos, si no se quedaba todo en

pura palabrería. Amín escuchaba y sonreía, ora burlándose de su hermano, ora dándole la razón. Su madre seguía preocupada por él pese a sus propias cuitas, y no podía evitar que sus arranques de ira la afectaran. «¿Qué será de ese muchacho alocado?». Su padre tenía largas charlas con él, le daba ánimos y le advertía que debía dejar a un lado sus ensoñaciones para plantearse el futuro de una forma práctica y realista. Al final, dándose por vencidos, familia y amigos se resignaron a oírlo juzgar duramente sus existencias mientras lo incitaban a esforzarse por alcanzar su sueño de conocer el vasto mundo.

Al final, fueron los profesores quienes lograron encarrilarlo, y no tardaron en comprobar con asombro cómo ese estudiante charlatán, sin ningún talento especial, daba paso a un joven desenvuelto y seguro de sí que redactaba textos bien trabados y maduros, aunque no pudiera disimular cierto afán exhibicionista. Por supuesto, no dudaron en arrogarse todo el mérito de la transformación. Se aplicaba con idéntico rigor en el estudio de Macauley, Shakespeare o el islam, y demostró poseer un ingenio precoz. A ratos pecaba de cierta altanería, pero ésta era achacable a un ardor juvenil que el tiempo se encargaría de pulir. En resumen, era un firme candidato a entrar en Oxford o Cambridge. Sus profesores eran británicos, por lo menos los que ejercían cierta influencia sobre él, y le enseñaron a estudiar su mundo tan a fondo que no podían sino declararse impresionados con el resultado. Lo ayudaron a solicitar plaza en varias universidades británicas, lo convencieron para que se presentara a los exámenes de acceso a las becas y le impusieron un régimen de estudio similar al que ellos mismos habían seguido en su día. Era como si se hubiesen confabulado con él: cuanto más lo obligaban a esforzarse por conocer su mundo, más deseaba Rashid triunfar en él. Era un mecanismo más sutil de lo que parece, no sólo un anhelo de triunfar y complacer, sino algo más seductor: mientras ahondaba en el conocimiento de ese mundo, tenía la impresión de estar haciéndolo suyo. Los profesores de historia y literatura, que fueron los que lo tomaron bajo su ala, le daban a leer textos que jamás habrían mencionado a los demás alumnos: Carlyle, J. S. Mill, Darwin, T. S. Eliot. Los sábados, Rashid se quedaba en la escuela mientras sus compañeros volvían a casa para asistir a una clase adicional con uno de los docentes, que a menudo lo ayudaba a

digerir alguna lectura especialmente difícil. Otras veces le ponían un examen sorpresa para que regurgitara lo digerido.

De manera que, mientras Farida ponía en marcha su negocio de modista y Amín empezaba magisterio a sus diecinueve años para emprender una carrera como profesor de secundaria, Rashid vivía la última y ardua etapa de un proceso que lo llevaría muy lejos de allí.

6

Amín y Jamila

Una tarde, al volver a casa de la facultad, Amín encontró a Farida en compañía de una clienta, lo que no tenía nada de sorprendente. A esa hora del día las mujeres se visitaban unas a otras y se dedicaban a sus menesteres, que consistían en recoser el tejido de la vida. Intercambiaban noticias, felicitaciones y pésames, gentilezas y detalles, así como los rumores más suculentos o escabrosos que habían salido a la luz. Allanaban el terreno para las futuras bodas de quienes eran entonces niños recién nacidos, se compadecían de los enfermos, debatían e intercambiaban favores y préstamos, enumeraban y lamentaban los defectos de los maridos, los hijos varones y el mundo que todos ellos presidían. Era asimismo un momento oportuno para comentar el corte de un nuevo vestido o sopesar las virtudes del satén frente a la gasa de algodón, o las del canesú alto frente al talle ceñido, de manera que también era entonces cuando Farida aprovechaba para concretar detalles con sus clientas.

Amín sabía que se llamaba Jamila y la conocía de vista, pero nunca había estado tan cerca de ella ni le había dirigido la palabra. Siempre le había parecido muy hermosa. Reparó en su rostro de facciones finas y delicadas, que parecían cambiar de un modo sutil pero constante. Sus ojos eran de un ámbar oscuro y estaban dotados de luz y movimiento, una especie de vitalidad y cierta predisposición risueña. Su cuerpo era la viva imagen de la plenitud. A juzgar por el catálogo de moda que descansaba abierto en su regazo y la muestra de tela desplegada sobre la estera, Amín dedujo que Jamila había ido a que su hermana le tomara medidas para hacerle un vestido. Ella le sonrió educadamente a modo de saludo, pero había en su sonrisa cierta languidez, una malicia que le daba un aire sofisticado, como de alguien que ha visto mundo y está de vuelta de todo. Amín se quedó allí plantado como un pasmarote, sin poder apartar los ojos, y por un instante vio cómo a la joven se le ensanchaba la sonrisa y le relucían los ojos. Farida también sonreía.

—Mi hermano pequeño —dijo.

—¿Éste es Amín? —preguntó Jamila sin dejar de sonreír, con una voz más áspera y grave de lo que cabía esperar en una mujer tan esbelta, de una belleza tan delicada—. Tu madre ha preguntado por ti hace un momento.

Amín se descolgó la mochila de los libros y fue a sentarse en la silla más cercana. Si hubiese estado presente, su madre lo habría echado a toda prisa. No le gustaba que ninguno de los dos hermanos se quedara pululando en la sala cuando había visitas femeninas. Lo que se esperaba de ellos en tales circunstancias era que las saludaran con respeto y, si las conocían desde niños, que encajaran sus afectuosas bromas con una sonrisa y luego desaparecieran. Eran demasiado mayores para quedarse merodeando, y su presencia sólo serviría para inhibir la conversación entre las mujeres y manchar su reputación. Mwana se mostraba especialmente cauta con las clientas de Farida, que por lo general eran chicas jóvenes, no porque creyera que fuese a pasar nada especialmente grave, sino por evitar habladurías. No quería que acusaran a sus hijos de faltar al respeto a las hijas casaderas de sus vecinos. Pero ese día Mwana no estaba en casa, de manera que Amín tomó asiento sin despegar los ojos de Jamila. Su hermana dio un respingo de impaciencia, lo que lo obligó a volverse hacia ella. Farida había arqueado las cejas en un gesto inquisitivo, una advertencia.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Amín le sonrió y se levantó como haciendo amago de marcharse, pero no lo hizo—. ¿Necesitas algo?

—No, no —contestó él.

—Vaya, pero si habla… —dijo Jamila en un tono más dulce y cargado de sorna.

—Karibu —repuso Amín. Bienvenida.

—¿Vas a clase? —preguntó Jamila, mirando la mochila de refilón—. ¿Dónde estudias?

—En la Facultad de Magisterio —contestó él, deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Ma te está buscando —le advirtió Farida, fulminándolo con la mirada a espaldas de Jamila, medio en broma, medio en serio.

Amín se despidió con un breve ademán y abandonó la estancia.

—Me ha preguntado por ti —le dijo su hermana más tarde,

después de que sus padres se hubiesen acostado.

Solía quedarse trabajando hasta tarde en el salón con el murmullo de la radio de fondo y, a veces, Amín le hacía compañía un rato, mientras Rashid estudiaba en la habitación que ambos compartían. Su hermano no podía trabajar estando él presente, aunque se acostara en la cama a leer en silencio o se pusiera a dormir. Y cuando Rashid no conseguía hacer los deberes le entraban todos los males, dudaba de sí mismo y se quedaba enfurruñado sin despegar los labios. Por suerte, a Amín le gustaba acostarse tarde y pasar un rato leyendo en el salón con el murmullo de fondo de la cháchara intermitente de Farida y las canciones que ponían en la radio a petición de los oyentes. Los estudios no le exigían un gran esfuerzo intelectual, y buena parte de lo que leía era por su propio placer e interés, sin la obligación de sacar ninguna conclusión brillante al respecto, de modo que no siempre le importaba suspender la lectura para escuchar a su hermana, pues la reanudaba con el mismo placer en cuanto acababa su inciso. La compañía de Farida le resultaba grata, y su parloteo no era insistente. Ella hablaba, él la escuchaba y a veces se establecía un breve diálogo entre ambos. Luego él volvía a concentrarse en el libro o los apuntes y ella en sus botones y corpiños. Era una suerte que se compenetraran tan bien. Farida hablaba sobre todo de terceras personas, lo que habían hecho o lo que creía que estaban a punto de hacer. Cuando las mujeres de la casa se entregaban a estos comadreos, su padre se lo afeaba, tachándolos de habladurías, pero en opinión de Amín no diferían tanto de lo que hacían los hombres, salvo por el detalle de que ellos eran bastante más maliciosos. Pero quizá las mujeres también lo fueran cuando estaban a solas.

—La chica que ha venido hoy —puntualizó Farida—. Me ha preguntado por ti.

—¿Qué te ha preguntado?

—Cuántos años tienes, qué estás estudiando, cuándo acabas la carrera, ya sabes… —contestó Farida con una sonrisa pícara—. Dice que te conocía de vista, pero no sabía quién eras. Y tú, ¿sabes quién es ella?

—Jamila. La he visto unas cuantas veces —respondió Amín—. Cuéntame más cosas. Háblame de ella. ¿Qué te ha dicho?

Farida sonrió sin disimulo. Su hermano comprendió que se lo

estaba pasando en grande, pues nada le gustaba más que una confidencia susurrada o un secreto atormentado. Farida tenía su propio secreto, que le había contado tras obligarlo a jurar que no se lo revelaría a nadie. En un primer momento, Amín pensó que se lo había dicho para poder compartir con alguien las tensiones y terrores de su idilio clandestino, pero con el tiempo comprendió que se sentía orgullosa y feliz de estar enamorada. Lo había conocido durante el año que estuvo en Mombasa estudiando. Las alumnas mayores volvían andando a casa juntas, siempre por el mismo camino, y había un grupo de chicos de una escuela secundaria cercana que buscaba la manera de interceptarlas. Ni siquiera se detenían, sino que recorrían un trecho juntos, entre risas, bromas y miraditas. Más tarde, cuando estaban a solas, ellas decidían a cuál de los chicos querían de novio y se lo hacían saber al interesado a través de alguna hermana o prima. Así fue cómo Farida eligió al suyo —Abbas, un muchacho alto, delgado y de aspecto serio— y pidió a sus primas que se lo dijeran a la hermana del joven. A partir de entonces, él empezó a escribirle. No quedaron, no se besaron, no fueron al cine, ni mucho menos. No hubo nada furtivo ni escandaloso. Su amor germinó como estaba mandado, mediante esos encuentros diarios en la calle en los que, como mucho, sus manos se rozaban, y a través de las anhelantes notas secretas que iban pasando de la hermana a la prima, y de ésta a Farida.

Cuando se vio obligada a volver a Zanzíbar por no haber aprobado el examen de ingreso en la escuela secundaria, fue una tragedia. El hecho de haber suspendido ya era bastante duro —se sentía estúpida, sobre todo cuando veía que otras chicas sin demasiadas luces habían aprobado sólo porque se les daban mejor las divisiones, y todo porque sus padres habían podido pagarles clases particulares—, pero lo que más le dolía era tener que abandonar a Abbas, que le había dicho en una de sus cartas que la llevaba a todas horas en su corazón atormentado (un sentimiento mutuo, le aseguró ella). Las primas determinaron que esa separación forzosa era una calamidad tan grande que los dos tortolitos merecían despedirse en persona, nada demasiado temerario, quizá unos minutos a solas mientras daban un paseo por la playa, e iniciaron las negociaciones con las hermanas de Abbas, pero la tía Saída descubrió el pastel y el encuentro se frustró.

Bueno, en realidad no descubrió nada en concreto, pero se olió que las chicas andaban tramando algo y prohibió tajantemente lo que quiera que fuese que se traían entre manos so pena de castigarlas con severidad. Nadie quería buscarle las cosquillas a la tía Saída ni complicarles la vida a los novios, de modo que no pudieron pasear por la orilla cogidos de la mano, ni hacer ninguna de las cosas que suelen hacer los enamorados. Amín tenía sus dudas sobre esto último, pues sospechaba que Farida intentaba salvaguardar el honor de su hermano y proteger a Abbas de su ira. En determinados círculos, pasear cogidos de la mano podía considerarse ofensa suficiente para obligar al infractor a contraer matrimonio.

El caso es que Farida volvió a Zanzíbar, una dubu sin su novio, y pasó esas primeras semanas con el corazón destrozado —se lo contó a Amín llevándose el puño al pecho— por haber perdido no sólo a Abbas, sino también a sus primas de Mombasa. Era como si le hubiesen amputado una parte del cuerpo. ¿Acaso él nunca se había sentido así? Entonces Amín no sabía lo que era sufrir por amor. Las imágenes y olores de Mombasa acudían a la mente de su hermana en sueños y, cuando se despertaba en su cama de siempre, no podía reprimir las lágrimas.

Nada más volver, reanudó la costumbre de pasar la mañana en casa de la tía Halima, ayudándola en las tareas domésticas, y un buen día ésta se sentó con ella y la obligó a desembuchar, pues ya no soportaba las caras largas y los repentinos suspiros de su sobrina. Farida se lo confesó todo, pero su disgusto era tal que no podía contener el llanto. Tardó cerca de una hora en relatar lo sucedido, farfullando entre lágrimas, y hubo de interrumpirse y volver a empezar en varias ocasiones para que la tía Halima la entendiera. Su primera reacción fue de consternación, pero, al ver que todos los intentos de consolar a la joven caían en saco roto, se la quedó mirando en silencio, sonriendo ante tamaño melodrama, y se ofreció para hacer de intermediaria entre Abbas y ella. Por supuesto, primero tendría que comentárselo a su marido, el tío Ali, que era el encargado de recoger el correo, pero podían contar con su discreción. Amín sonrió al imaginar la cara del tío Ali cuando su mujer le pidió que formara parte de semejante complot, porque era un amante de las bromas, los enredos y las situaciones ambiguas. Cuando alguien contaba una historia que giraba en torno a un

malentendido, sobre todo si había en ello algún ánimo de engaño, el tío Ali siempre era el primero en verlas venir riendo entre dientes. Quienes lo conocían se reservaban esas historias para contárselas y comprobar cómo se regocijaba al oírlas. Abbas lo imaginó soltando una risotada ante la idea del intercambio epistolar secreto, como si se dispusiera a hacerle una inocentada a alguien.

Así fue desde entonces. Abbas y Farida seguían escribiéndose y, cuatro años después, estaban más enamorados que nunca. En sus cartas, él le decía que se moría por volver a verla. Farida le reveló su secreto a Amín cuando éste terminó los estudios secundarios, iniciándolo así en la compleja red de intrigas y pasiones clandestinas del mundo adulto.

—¿Por qué es un secreto? —preguntó Amín, sin entender el quid de la cuestión—. Tú tienes veintipocos años y él seguramente unos cuantos más. ¿Por qué no puedes decirle a Ma y Ba que os queréis y os gustaría casaros?

—No seas infantil —replicó Farida con la boca desencajada en una mueca de horror ante tan descabellada sugerencia—. Porque no podemos, al menos de momento. Ya lo entenderás más adelante. Ahora no te lo puedo explicar.

—¿Por qué no? —quiso saber él.

—¡Porque eres mi hermano! —repuso ella, atónita ante su ingenuidad.

Las explicaciones de Farida no lo sacaron de dudas, y tuvo que contentarse con ser el receptor de jugosas confidencias que remitían a otros secretos y compartir de vez en cuando los equívocos y dudas que atormentaban a su hermana. Éstos surgían, como era de esperar, de la interpretación que ambos enamorados hacían de las cartas y poemas que intercambiaban y que —a juzgar por lo que decía Farida— expresaban sus incertidumbres y sentimientos más íntimos. ¿Tal frase estaba escrita en tono jocoso o expresaba irritación, si bien de forma inadvertida? ¿Había logrado Farida plasmar en su poema lo que sentía? Y este otro poema de Abbas, ¿significaba de veras lo que parecía decir, o todo lo contrario?

—Ya sabes cómo es la poesía —comentó Farida en cierta ocasión —. Los mismos versos que te llenan de júbilo un día pueden arrojarte a las simas del infierno al día siguiente. Le he dicho que no quiero más poemas, pero Abbas no puede resistirse, y yo

tampoco.

—¿Resistirse a qué? —preguntó Amín.

—A escribirlos —contestó ella.

—¡Ah, que los escribe él! Pensaba que se limitaba a copiarlos.

—¿De dónde quieres que los copie? —replicó su hermana, lanzándole una mirada suspicaz.

—Se pueden comprar libros de poemas, sabrás.

—No, los escribe de su puño y letra —insistió Farida al cabo de unos instantes de reflexión—. Y yo también.

—¿Tú también escribes poemas? —preguntó Amín, sin salir de su asombro—. No me lo creo. Déjame verlos.

—No —replicó ella, tajante—. No son para que los leas tú. Y no entiendo por qué te sorprende que yo escriba poemas. ¿Tan tonta te parezco?

No es que dudara de la inteligencia de su hermana, pero no le conocía un interés especial por nada en particular, no digamos ya por la poesía. Siempre la veía hablando y riendo en la afectuosa intimidad de un círculo de mujeres, y daba por sentado que eso era lo único que hacía, lo único que le interesaba hacer. Pero hete aquí que su hermana tenía un novio en Mombasa al que enviaba cartas de amor y con el que intercambiaba poemas que tanto uno como otro escribían de su puño y letra. Conque eso era lo que hacía cuando estaba a solas, y ésa era la explicación de la sonrisa que a veces parecía colgar de sus palabras. El propio Amín no podía evitar sonreír al pensar en la tía Halima y el tío Ali como intermediarios secretos de ese amor, e imaginó lo que diría su madre, o más bien mascullaría entre dientes, cuando todo saliera a la luz. Empezó a mirar a su hermana con otros ojos, como alguien capaz de orquestar semejante confabulación, alguien que escribía poemas y se negaba a enseñarlos a nadie que no fuera Abbas, alguien que tenía una vida propia que guardaba celosamente para sí. La primera vez que Amín coincidió con la tía Halima después de que su hermana le revelara su secreto, no podía parar de sonreír, hasta que ella se lo quedó mirando con aire desconfiado y frunció el ceño, instándolo a guardar silencio sobre la cuestión, fuera cual fuese, que tanta gracia le hacía.

Pese a la desafortunada reacción de sorpresa de su hermano al saber que escribía poemas, Farida siguió compartiendo con él

alguna que otra confidencia, y a veces hasta le enseñaba fugazmente algún sobre o le hablaba sin tapujos (o eso le daba a entender) sobre su amado. Abbas estaba estudiando para trabajar como ingeniero en la Autoridad Portuaria de Mombasa y le faltaba poco para superar la primera fase de la formación. El gerente lo había felicitado por sus progresos y le había asegurado que, en cuanto surgiera alguna oportunidad, lo recomendaría para recibir formación adicional en Inglaterra. «El gerente es mzungu», le había dicho Farida a su hermano, convencida de que éste sabría valorar la importancia de semejante espaldarazo. El elogio de un mzungu tenía la misma consideración que su ingeniosa maquinaria e infinita pericia. Amín fue también el primero en saber que Abbas estaba planeando visitarlos al año siguiente, cuando hubiese concluido su formación preliminar. Tenía parientes que vivían a las afueras de la ciudad, aunque no recordaba el nombre del barrio. Viajaría en compañía de su madre y pensaba alojarse con esos familiares durante cerca de un mes. Farida no lo veía desde hacía más de cuatro años, pero en cierto sentido era como si no hubiese pasado ni un día.

—¿Viene a pedir tu mano? —le preguntó Amín. Por lo general, y dadas las circunstancias, esa clase de trato se hacía entre madres y tías—. ¿Por eso viene con su madre? Yo que tú se lo diría a Ma.

Farida lo mandó callar de inmediato, y Amín no habría sabido decir si lo hacía porque era pronto para darle más detalles sobre esa cuestión, que por supuesto seguía siendo secreta, o porque hablar de una boda antes de tiempo daba mala suerte, pero su hermana sonreía mientras le imponía silencio y le pidió que se contentara con lo que sabía.

—¿Te irás a vivir a Mombasa? —le preguntó Amín, y ella lo mandó callar de nuevo, pero se le ensanchó la sonrisa—. ¿Te irás con él a Inglaterra cuando se vaya a completar su formación? ¿Por qué no me dejas leer los poemas?

—Porque no son para ti —replicó ella, pero Amín se dio cuenta de que le gustaba que se lo pidiera.

Por eso, cuando Farida le dijo a su hermano que Jamila había preguntado por él, bajó la voz como solía hacer para referirse a su propio idilio secreto. He aquí lo que le dijo:

—¿Sabes esa casa tan grande que hay en Kiponda? —empezó—.

Pasado el antiguo cementerio del baobab gigante, dejando a mano izquierda el taller de reparación de bicicletas, sigues hasta la gran escuela india y luego doblas a mano izquierda como si fueras al hammam. Seguro que te suenan esos callejones y la casona que hay nada más doblar la esquina, ¿no? Pues ahí vive Jamila. Esa gran casa es la vivienda familiar. Ella hace vida en la planta baja y el resto de la familia ocupa la parte de arriba: su madre, su padre y los dos hermanos mayores con sus respectivas mujeres e hijos. Ella, en cambio, vive sola en la planta baja. Yo no sería capaz de algo así, y menos en una casa tan grande. ¿La has visto? ¿Sabes a cuál me refiero, una casa antigua? Debe de ser oscura por dentro como una tumba o una cueva. Como la casa de Bi Aziza, aunque la de Jamila no es una ruina encantada como la de nuestros vecinos. No sé cómo puede vivir sola allá abajo… Me parece que es llamar al mal tiempo. Yo tendría miedo de los shetáni y del qué dirán. Cuando Jamila se casó, la familia mandó hacer un piso para la pareja en esos locales de la planta baja, que hasta entonces se usaban como almacenes o comercios con su entrada independiente. Circulan ciertos rumores sobre ella, sabrás. Muchos rumores.

—¿Qué dicen? —preguntó Amín, compadeciéndose de Jamila.

—Bueno, cuando se empeñó en tener su propio piso con una entrada independiente dijeron que tenía secretos, que era altanera o algo peor. ¿Por qué no podía vivir como todos los demás? ¿Por qué quería hacerlo a solas, qué ocultaba? No paró hasta que consiguió hacer esas obras, tirar una pared por aquí, sustituir una ventana por allá. Su marido era rico, lo conoció en uno de sus viajes a Nairobi, Dar es-Salam o algo por el estilo, y seguramente costeó la reforma para que pudieran vivir a su aire. Se dedicaba a los negocios, pero no sabría decir de qué tipo. Negocios en general, supongo. El caso es que, al cabo de un par de años, el marido la dejó, luego se divorció de ella y volvió a su tierra, dondequiera que fuese. Te sorprende, ¿verdad? ¿Por qué te sorprende?

—Jamila da la impresión de tener experiencia, de haber visto mundo —dijo Amín.

—Y va y se casa con un tarambana —concluyó Farida, asintiendo—. Bueno, tal vez no tenga tanto mundo como aparenta. Ese hombre se entretuvo con ella durante un tiempo y luego la abandonó como esos viejos verdes que toman una nueva esposa

cada año y se divorcian a los pocos meses. Es sorprendente, supongo, que Jamila se dejara embaucar por él. La familia tiene dinero de sobra para atender todas sus necesidades, así que no entiendo por qué se casó con ese tipo.

—A lo mejor estaba enamorada de él —aventuró Amín con intención sarcástica, pero Farida lo miró con una sonrisa bobalicona, como si hubiese dicho algo enternecedor.

—El caso es que, cuando el marido la abandonó, todo el mundo dio por sentado que volvería a instalarse en la planta de arriba con su familia, y hasta hubo quien se interesó por la posibilidad de alquilar el piso de la planta baja, pero ella no quiso moverse de allí. Entonces las malas lenguas empezaron a decir que debía de estar tramando algo para querer vivir allí sola con su propia salida a la calle. Y luego empezó a viajar. Se dice que viaja por negocios, aunque yo no lo tengo tan claro, ni sé a qué clase de negocios se dedica. Sí sé que tiene conocidos en Mombasa e incluso más al norte de la costa. Me sorprende que no hayas oído hablar de ella, con la cantidad de rumores que circulan.

—¡Rumores! Se dicen cosas tan espantosas de todo el mundo que a veces prefiero no escucharlas —dijo Amín.

—O sea, que algo habías oído —concluyó Farida, sonriendo con aire triunfal—. Vamos, desembucha, ¿qué te han contado?

Amín vaciló.

—Alguna vez, al verla pasar, alguien ha comentado en mi presencia quién es y cómo se llama, pero no recuerdo haber oído nada malo sobre ella, si a eso te refieres. Sólo que su abuela era la querida de un europeo, ya sabes, su amante —dijo al cabo.

Farida asintió con gesto solemne.

—Y lo fue, en Mombasa. No creo que siga viva, es imposible, pero cuando aún vivía nadie iba a visitarla y ella no osaba pisar la calle. Una vez pasamos por delante de su antigua casa. La madre de Jamila, Bi Asmah, es el fruto de esa relación. Fíjate en su piel: parece de leche, lisa y tersa pese a ser una anciana. Se vino a vivir aquí para casarse, y seguramente para huir de las malas lenguas de Mombasa. Creo que unos parientes se encargaron de criarla, pero seguro que no ha vivido ajena a las escandalosas andanzas de su madre. Las habladurías pueden destrozarte la vida.

—Bueno, Jamila no tiene la culpa de lo que hizo su abuela —

replicó Amín—. Todo eso no son más que chismorreos y calumnias. No entiendo qué interés le ven. La bondad está subestimada. ¿Cuándo va a volver? ¿Qué más te ha preguntado sobre mí?

La bondad está subestimada. Era una frase tan típica de Amín que Farida no pudo evitar sonreír. Cuando sus amigos le relataban algún acto de egoísmo o vileza, alguna historia de abandono, mezquindad u otro sentimiento poco noble, Amín reflexionaba unos instantes y luego soltaba esa frase, para hilaridad de todos los presentes. Quienes apenas lo conocían lo interpretaban como señal de hipocresía, el típico melindre de quienes afectaban superioridad moral. Sus verdaderos amigos no lo tenían por un cínico y, cuando se reían de él, no siempre lo hacían con mala intención, y no siempre de forma descarada, pero se reían de él de todos modos, y atribuían su lamento a una especie de inveterada ingenuidad. De hecho, lo provocaban con historias de brutalidad cotidiana sólo para oírlo quejarse mientras se las veían y se las deseaban para reprimir las carcajadas. Aquellos con los que tenía más confianza, en cambio, reían sin disimulo y se burlaban de su inverosímil candor. «Eres demasiado bueno para este mundo», le decían.

Esa noche, después de oír la historia de Jamila, Amín soñó con ella. Estaba seguro de que era ella, aunque de entrada no fuera sino una presencia en un patio a oscuras. Una presencia muda al principio, aunque él sabía que estaba allí. Lo notaba. Algo vibraba en el aire. Entonces Jamila empezó a tararear de un modo casi inaudible y, poco a poco, aquella cadencia fue haciéndose cada vez más poderosa, elevándose en el aire hasta desvanecerse. Pero Amín seguía percibiendo su presencia, y el roce en la piel de aquella voz susurrante. La silueta de Jamila se hizo cada vez más sólida, como si la propia noche cobrara forma. En su voz, Amín distinguió las notas de una pena elemental, en la que se mezclaban la soledad y el miedo al dolor. Más tarde la vio en una habitación en penumbra, quizá un sótano o una cueva, tumbada boca arriba sobre una estera, completamente vestida. Una bestia de pelo largo estaba sentada a horcajadas sobre su vientre, con aire culpable pero sin mover un solo músculo, como si estuviera bajo un hechizo. La desesperación de la bestia era tan evidente que Amín se despertó de golpe,

temiendo haber gritado en sueños, pero Rashid seguía durmiendo tan ricamente a su lado, acaso soñando con Oxford y Cambridge.

Al día siguiente pasó en bici por delante de la casa de Jamila. Dos o tres veces por semana se iba a nadar con los amigos al salir de clase, y ese día, cuando salió a buscarlos, desvió sus pasos hacia el hammam por una callejuela estrecha y umbría a esa hora de la tarde. Al cabo de la calle se alzaba la casa, formando un cruce con otra vía que pasaba por delante de la vivienda y se prolongaba en ambas direcciones, siguiendo un trazado sinuoso para sortear otras casas. Así se había levantado la parte antigua de la ciudad, con angostos callejones y profundos silencios cuajados de murmullos. Quien enfilaba esas callejuelas montado en una bicicleta no podía despegar el pulgar del timbre y acariciaba los frenos en todo momento. La casa estaba encalada en una tonalidad *beige* un tanto deslucida por las lluvias. Las ventanas de los pisos superiores, pintadas de verde salvia, tenían remates en forma de arco decorados con vitrales. Las ventanas de la primera planta estaban cerradas, pero algunas tenían las persianas abiertas para dejar pasar el aire. Las ventanas de la segunda planta, en cambio, estaban abiertas de par en par, así como la inmensa puerta principal de madera tallada, por la que se vislumbraba un patio enlosado. La casa no le pareció destartalada, sino amplia, aireada y sobria. A un lado de la fachada distinguió una puerta más pequeña y sencilla que parecía la entrada a una oficina o almacén. Junto a ésta había una ventana que daba a la calle, la única de la planta baja. Estaba cerrada, pero con las lamas de los postigos abiertas. Al pasar por delante de esa ventana, Amín hizo sonar larga e insistentemente el timbre de la bicicleta. No, no parecía una ruina, ni mucho menos.

Las excursiones para ir a nadar en grupo partían siempre de un impulso espontáneo. El primero que tuviera ganas de darse un chapuzón salía a buscar a los demás, que se apuntaban sobre la marcha. A veces se formaba un grupo de cinco o seis muchachos, otras eran sólo dos. Nadie se iba a nadar sin compañía, sobre todo en esa época del año, justo antes de que empezaran a soplar los monzones, porque había mucha corriente. Había incluso quienes se abstenían por completo de nadar durante esa época, pero hacía tanto calor y el ambiente era tan seco que Amín prefería dejarse zarandear por el oleaje, aunque el esfuerzo de nadar lo dejara

agotado. Ese día, sin embargo, llamó a varias puertas en vano, pues ninguno de sus amigos estaba en casa. Al tercer intento se rindió y se fue a dar un paseo en bici. Dejó atrás las canchas de juego, enfiló la avenida de las casuarinas, donde siempre se estaba más fresco, y se dirigió a la playa siguiendo el campo de golf. Tampoco allí encontró a sus amigos.

Al llegar al hospital dio media vuelta, bordeó los jardines Victoria y dobló a mano izquierda después del juzgado para bajar a una cala apartada donde solían ir a bañarse. Desde la parte trasera del juzgado, una pendiente recubierta de hierba descendía hasta la orilla, flanqueada por dos mansiones con jardines tapiados y vistas al mar. Amín había oído decir que, desde lo alto de esas casas, se divisaba tierra firme al otro lado del canal, aunque no sabía hasta qué punto era una información creíble. Antaño, esas casas habían pertenecido a mercaderes y miembros de la nobleza omaní que las mandaron construir a su gusto, con almenas, terrazas e imponentes muros ciegos para disuadir a los curiosos. Ahora, sin embargo, todas las viviendas de ese tramo de la costa estaban habitadas por funcionarios coloniales británicos; una de ellas tal vez fuera la residencia del presidente del tribunal y otra la del médico militar o el fiscal del Estado. No se veía un alma en los alrededores. A escasa distancia de allí, una palmera joven se contoneaba al viento con un sensual cimbreo, elevando las frondas al cielo como una mujer que se recogiera los cabellos con ademán seductor. Amín se sentó a los pies de una enorme casuarina, sobre un lecho de semillas secas, y contempló el mar embravecido. Le encantaba oír el fragor del oleaje a cierta distancia de la orilla.

De pronto cayó en la cuenta de que no sabía nada de los funcionarios británicos que vivían en esas casas. A veces alguien se asomaba a las terrazas que daban a la playa y se los quedaba mirando mientras se bañaban. Algunos los saludaban, otros parecían deseosos de perderlos de vista. Ni sus amigos y conocidos ni el propio Amín tenían la menor idea de quiénes vivían en esas mansiones, pero sí sabía que eran los amos del lugar y jamás se rebajarían a mezclarse con los lugareños. Si alguien sabía cómo eran y a qué se dedicaban era, por supuesto, la servidumbre y el personal de las oficinas que dirigían. Pero Amín casi nunca veía un rostro europeo por la calle, salvo quizá el de alguno de sus

profesores o los de los inconfundibles turistas que se apeaban durante unas horas de los transatlánticos que hacían escala allí en su ruta desde Europa. Sin embargo, debían de ser legión, escondidos tras los muros de esas mansiones, llevando una vida discreta. Amín se preguntó qué opinarían de aquellos a los que gobernaban y supuso que los verían como una turba caótica e iracunda cuyos alaridos y gimoteos no eran sino el eterno clamor de los sometidos.

De pronto se abrió una puerta en el muro que tenía a su espalda y Amín vio en el umbral a un hombre que bien podría ser el jardinero. Llevaba bermudas de color marrón, una harapienta camisa blanca e iba descalzo. Amín atisbó el patio umbrío y fresco que había al otro lado. El jardinero lo contempló por unos instantes con los brazos en jarras, como si desafiara su presencia. Amín lo saludó con la mano, apartó la mirada y se desperezó sobre la hierba sin dejarse intimidar. Era algo que hacían a veces, tanto el jardinero del juzgado como los de las otras casas: se los quedaban mirando fijamente cuando iban hasta allí a bañarse, como si estuvieran invadiendo la intimidad de sus amos. Lo cierto es que la presencia del hombre a su espalda empañó la sensación de bienestar que había empezado a sentir a la sombra de los árboles. Las semillas de casuarina se le estaban clavando en la espalda, de modo que se montó en la bici y se marchó. De camino a casa, volvió a pasar por delante de la de Jamila, y esta vez vio a una niña saliendo por la imponente puerta de doble hoja, que estaba entreabierta. La saludó haciendo sonar el timbre y la niña sonrió.

Esa noche tenía que repasar los deberes de estadística con Rashid, que por entonces se reconcomía de nervios ante la inminencia de los exámenes finales, de los que dependía para graduarse y aspirar a alguna beca. Amín pasaba casi todas las veladas con él, haciendo los mismos ejercicios de repaso para que se sintiera acompañado, poniendo a prueba sus conocimientos, escuchando sus infinitos lamentos. Quedaban seis semanas para los exámenes y Amín le había advertido que no sobreviviría hasta entonces si no se lo tomaba con calma.

—Para ti es fácil decirlo, porque eres listo —replicó Rashid—. ¿Cómo quieres que me lo tome con calma? Algunos nos dejamos la piel a cambio de cada pequeña migaja de conocimiento. Esto de las estadísticas me parece incomprensible, una hechicería sin sentido.

Pero a ti te resulta fácil y seguramente acabarás sacándole provecho. ¿Cómo quieres que me lo tome con calma? ¡Voy a suspender!

—Los profesores te adoran. No vas a suspender.

—¿Qué insinúas? —preguntó Rashid, complacido e indignado a la vez—. ¿Que me darán el aprobado aunque no lo merezca? No caerá esa breva. ¿O me estás llamando pelota?

—Todo el mundo sabe que eres un pelota —le espetó Amín.

Durante un rato, las estadísticas tuvieron que pasar a un segundo plano para que los dos hermanos dirimieran una cuestión más urgente. Se enzarzaron en una pelea sin cuartel, golpeando paredes y muebles con su forcejeo, armando tal barahúnda que su madre aporreó la puerta y preguntó si se habían vuelto locos.

—No, Ma —contestó Rashid en tono quejumbroso—. Lo que pasa es que Amín se está metiendo conmigo.

—¡Parad de una vez, los dos! —chilló su madre—. ¡Abrid la puerta ahora mismo!

Plantada en el umbral, les echó una buena reprimenda, aunque Amín se llevó la peor parte, como siempre. Cuando se quedaron de nuevo a solas, Amín no quiso seguir ayudando a su hermano a repasar, pero Rashid sabía que al día siguiente las aguas volverían a su cauce.

Al día siguiente era viernes y, por la tarde, se juntaron varios chicos del barrio para asistir a un partido de fútbol. El domingo cogieron las bicicletas y se fueron al campo; llegaron hasta Bububu, hicieron un pícnic y luego se bañaron en el mar. El lunes tocaba volver a clase y a la rutina: coger el bus a media tarde, hacer los deberes, quedar con los amigos, repasar. Entonces llegaron las lluvias; durante días el cielo permaneció encapotado y después descargó torrentes de agua cristalina que refrescaron a todos. Al principio era como si las cosas volvieran a la vida: los árboles se mecían con renovado brío, los tejados relucían a través de la herrumbre, las carreteras resplandecían. Sin embargo, a medida que la lluvia siguió cayendo día tras día, las alcantarillas se fueron llenando de desechos que el agua arrastraba en su impetuoso flujo, los sumideros empezaron a rebosar y aparecieron charcos por todas partes. Había goteras en los tejados y el agua aprovechaba el menor resquicio para colarse en el mortero de piedra caliza,

reblandeciendo los muros de las casas, algunas de las cuales se venían abajo súbitamente durante la noche. La destartalada casona de enfrente perdió un trozo de mortero y un par de postigos, dejando aún más expuesta su osamenta, pero por lo demás no parecía dispuesta a rendirse. No había manera de sortear las calles embarradas, por lo que los transeúntes se abrían paso como podían por el lodazal. Las sandalias de cuero chapoteaban en el barro, rociando la ropa con agua enfangada, y no tardaban en pudrirse. Al cabo de unos días llegaron los enjambres de mosquitos y empezaron las fiebres. Los niños que jugaban en los riachuelos cogían pulgas de arena e infecciones en los pies. Al salir de clase no había nada que hacer salvo sentarse a cubierto y jugar a las cartas o intercambiar cotilleos. Nada más llegar las lluvias, todos se sentían liberados de la fuerza opresora del sol que los azotaba día tras día, pero al cabo de un mes de cielos plomizos y chaparrones torrenciales, era imposible no sonreír cada vez que un rayo de sol se colaba entre las nubes.

Una tarde de la estación lluviosa, días o tal vez semanas después de su primer encuentro, Amín volvió a casa y encontró a Jamila sentada de nuevo en la estera del salón con un catálogo de venta por correo en el regazo (para consultar las últimas tendencias) y un retal de tela satinada extendido sobre la estera, entre Farida y ella, como la vez anterior. Su madre estaba escribiendo una carta junto a la ventana, para aprovechar la luz natural. Cuando vio a Jamila, Amín experimentó una inesperada sensación de alivio, como si hubiese temido no volver a verla. Había pensado en ella a menudo desde aquella primera ocasión, pero de un modo furtivo, culpable, como si se hubiese recreado en indecorosas fantasías. Ella alargó la mano, sonriente, y él se inclinó para tomarla con delicadeza sin apenas rozarla. Luego fue a sentarse en una silla cercana, sonriendo pese a sentir una punzada de dolor en el pecho. Jamila era tan hermosa que contemplarla era un suplicio. Había evocado su rostro muchas veces y, estando en la cama, a oscuras, había intentado reconstruirlo, pero esas imágenes eran unidimensionales y carentes de vida, nada que ver con el rostro que tenía ahora delante, de piel luminosa y facciones que se agitaban delicadamente mientras los ojos sonreían con desparpajo.

—¿Cómo estás? —preguntó ella con su voz sensual, por darle

conversación—. ¿A estas horas sales de la universidad?

—Tenemos clases por la tarde —precisó él, y tuvo la impresión de que se le quebraba ligeramente la voz por efecto de la emoción.

—Farida me hizo un vestido tan maravilloso que he vuelto para encargarle otro —anunció Jamila.

Amín le habría preguntado si era el que llevaba puesto, pero no quería parecer demasiado atrevido.

—Es una excelente modista —dijo al cabo, y esta vez percibió claramente un leve temblor en su voz.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nuru a su espalda—. ¿Estás constipado? No te habrá sorprendido la lluvia, ¿verdad? Mejor que no. ¿Se puede saber qué haces ahí plantado? Deja tus cosas y acércale las gafas a tu padre, que estará en el café. Se las ha olvidado, y a estas alturas ya se habrá convencido de que las ha dejado en cualquier parte. Venga, ¿a qué esperas? Ah, y ¿podrías ir a comprarme un sello de treinta centavos? Le estoy escribiendo a la tía Saída y necesitaré que vayas a echar la carta.

Amín echó una ojeada a Jamila y se dio cuenta de que se lo estaba pasando en grande. Apenas podía contener la risa al ver cómo su madre lo expulsaba de la habitación. Así son las madres, parecían decir sus ojos, siempre mandándonos de aquí para allá. Amín se acercó a su madre y la saludó con un beso en la mano, como había hecho cada día al volver a casa desde que empezó a ir a la escuela a los siete años. Ella correspondió al saludo besándole también la mano, como siempre, y él se dio cuenta de que tenía los ojos enrojecidos y llorosos por el esfuerzo de escribir.

—Anda, vete —le dijo ella—. Llévale las gafas a tu padre. Están al lado de la cama.

—Cómo me gustaba estudiar… —suspiró Jamila de pronto.

—Eras una buena alumna —repuso Nuru, desentendiéndose de Amín por unos instantes—. Ésa era la opinión general. Yo no llegué a darte clases, pero todos tus profesores lo decían.

—¿A qué escuela fuiste? —preguntó Amín, deleitándose en la contemplación de su rostro, su voz, su sonrisa. Nunca había experimentado nada parecido al placer profundamente sensual que le producía observarla y escucharla.

—Fui a la de Forodhani y luego a St. Joseph —repuso ella—. Después me apunté a una escuela de negocios de Mombasa, donde

aprendí taquigrafía y mecanografía. Estuve trabajando allí un par de años, hasta que volvimos aquí para abrir un despacho de servicios empresariales.

—¿Eso qué es? —quiso saber Amín.

Por toda respuesta, Jamila se encogió de hombros.

—El caso es que aquello no salió según lo esperado —concluyó con una sonrisa.

A él no se le había escapado ese plural, «volvimos» y pensó en su divorcio, pero ella no pareció inmutarse. «Siempre nos preguntamos a qué escuelas hemos ido —pensó Amín—, y a quién conocemos de allí». Era una forma de cultivar cierta afinidad.

—Amín, guarda los libros y llévale las gafas a tu padre —insistió Nuru, a punto de perder la paciencia—. Y no te olvides del sello. De paso, mira a ver si Rashid necesita algo, o llévatelo contigo para que se airee un poco. No ha salido de la habitación desde que ha vuelto de la escuela. Se va a poner enfermo de tanto estudiar.

Su tono irascible y autoritario era también una forma de presumir: «Mira cómo obedecen mis hijos sin rechistar a todos mis caprichos. Mira qué trabajadores son».

Esa noche Amín volvió a soñar con Jamila y con la bestia sentada a horcajadas sobre ella. Él era esa bestia, pensó al despertar. En el fondo, siempre lo había sabido, pero se negaba a reconocerse en esa criatura fea y obsesiva, sacudida por deseos y sentimientos que haría bien en reprimir y negar. Pero ¿por qué iba a molestarse en negarlos? No eran sino una fantasía, un juego placentero en el que evocaba el rostro de Jamila, la imaginaba abrazándolo y yaciendo a su lado. Imaginaba sus ojos sonriendo y brillando para él. Ella se echaría a reír si lo supiera, y todos los demás se llevarían las manos a la cabeza, horrorizados. Para todos, seguramente incluida Jamila, Amín no era sino un muchacho torpe y desmañado, un niño grande sin experiencia de vida. Ella, en cambio, era una mujer hecha y derecha que había viajado y conocido el amor, pues no le cabía duda de que quería al hombre con el que se casó y volvió desde Mombasa. Además, era una mujer que se sabía hermosa y que rompería a reír de pura incredulidad si supiera la clase de escenas que él imaginaba. Por suerte, no había necesidad de decirle que compartían lecho en la oscuridad y que él la acariciaba entre susurros.

Desde esa tarde, Amín pasaba a menudo por delante de su casa en bicicleta, tal vez día sí, día no, a veces incluso a diario. La gran puerta de madera tallada permanecía abierta durante el día, y no era raro que hubiese niños jugando en el patio. La puerta lateral, más pequeña, siempre estaba cerrada. Una tarde, la vio saliendo de las oficinas municipales y se preguntó si trabajaría allí. La siguió a cierta distancia, sin intentar darle alcance. Jamila se ponía el buibui para salir a la calle, como todas las mujeres de bien, pero llevaba el rostro descubierto.

Un día, ella pasó delante de él al entrar en el cine mientras Amín esperaba frente a la puerta con unos amigos. Jamila iba acompañada por otras dos mujeres y una niña que parecía ataviada para salir de excursión. Pensó que era la misma a la que había visto salir de la casa la primera vez que pasó por allí, la misma a la que saludó alegremente haciendo sonar el timbre de la bicicleta. Jamila le sonrió con naturalidad al tiempo que pronunciaba su nombre. Él la saludó con la mano. Una de las otras mujeres miró hacia atrás y también le dedicó una sonrisa. Sus amigos empezaron a chincharlo, comparándolo con los grandes galanes del cine por atraer semejantes atenciones, y él les siguió la corriente, sacando pecho y pavoneándose un poco, a sabiendas de que nadie —y él menos que nadie— veía en aquellas sonrisas algo más que un saludo amistoso. No tenían nada que hacer con ellas, pues eran mujeres adultas, y hacía falta un hombre experimentado para conseguir que esas sonrisas dieran paso a algo más.

• • •

La temporada de exámenes no tardó en llegar, desplazando cualquier otro pensamiento y transformándolos de nuevo en simples niños como por arte de magia. De pronto, Rashid parecía tan seguro de sus posibilidades que Amín empezó a temer que el exceso de confianza lo perjudicara. Él también debía presentarse a los exámenes finales del primer curso en la facultad, pero no afectarían el resto de su vida como aquellos a los que se sometería su hermano. Se diría que nadie hasta entonces se había enfrentado a tan dura prueba. El curso académico terminó con esos exámenes, y luego las calles se llenaron de chicos que se pasaban el día

deambulando de aquí para allá, saliendo al campo en bici, durmiendo hasta el mediodía y, en general, entregándose a sus pasatiempos preferidos. En eso consistían las vacaciones para la mayoría de los jóvenes, en holgazanear y vagar sin rumbo por las calles. Algunos, los menos, no tenían más remedio que echar una mano en el negocio familiar, pero hasta ellos se las arreglaban para escaquearse sin demasiadas consecuencias, sobre todo después de los exámenes, cuando sus padres los premiaban por el esfuerzo realizado durante el curso.

También era la época de los musim, cuando hordas de marineros y mercaderes abarrotaban calles y explanadas, controlados más de cerca que en los años previos por guardias de la división Coldstream. En el pasado, la estación de los musim había sido una época turbulenta, cuando en las calles corría a veces la sangre derramada por los intrépidos aventureros que llegaban con los vientos, y los lugareños corrían a encerrar a sus hijos en casa por temor a que los raptaran. Poco imaginaban que aquélla sería su última estación de los musim. Los guardias de Coldstream se habían trasladado hasta allí porque, a todos los acontecimientos de ese mes, se sumaban mítines y campañas políticas en las zonas rurales para fomentar el voto en las últimas elecciones previas a la independencia, que se celebrarían ese mismo año, tan sólo unos meses después. A veces, Amín vislumbraba a Jamila en los mítines a los que acudía, así como en las clases de alfabetización, donde participaba como activista, intentando persuadir a las mujeres de que se registraran para poder votar. Saber leer y escribir era condición imprescindible para registrarse en el censo electoral, y Jamila formaba parte del grupo de voluntarios que impartía clases a las mujeres en la sede del principal partido. Allí les enseñaban a garabatear su nombre y fecha de nacimiento, pues eso era lo único que se requería para demostrar que sabían leer y escribir. Rashid se ofreció para impartir clases de alfabetización en la sede local del partido, y su madre apuntó también a Amín como voluntario.

Seis meses atrás se habían celebrado unas elecciones fallidas, frustradas por el empate en los resultados y los tumultos que siguieron. Las diferencias políticas entre los partidos se habían vuelto irreconciliables, algo inevitable, quizá, en las localidades pequeñas, donde las rencillas personales nunca se desvanecen del

todo y rara vez se reevalúan a la luz de acontecimientos más apremiantes. Aún no se daban esos acontecimientos más apremiantes, o no en número suficiente, para que la gente se replanteara sus lealtades. Los disturbios sembraban el estupor entre los jóvenes, pero no tanto entre sus mayores, que habían presenciado combates en las calles e incluso algún que otro degollamiento en los albores del siglo. Al igual que aquellos tumultos, también éstos acabarían relativizándose al compararlos con hechos posteriores, pero en la inocencia del presente se antojaban una espantosa ordinariez, como si los integrantes de una misma familia se insultaran en público. Aún nos quedaba mucho que aprender sobre el daño que éramos capaces de infligirnos unos a otros, y lo fácil que nos resultaría hacerlo una vez que hubiésemos empezado. El caso es que se avecinaban unas nuevas elecciones, y para entonces se sabía que la independencia se proclamaría a finales de año. La gran desbandada ya estaba en marcha: lo que hasta entonces había sido el África Occidental Francesa y el Sudán Francés se habían desintegrado en una docena de nuevas naciones africanas. Los británicos habían puesto a Ghana y Nigeria en la larga senda hacia un futuro brillante, y hasta nuestros vecinos de Tanganica se veían de pronto en esa misma senda, si bien de un modo más humilde. El tráfico entre los aeropuertos africanos y Lancaster House, la mansión londinense donde se firmaban todos los acuerdos de independencia (¡menudo chiste!) debió de ser intenso y constante.

Por entonces empezó el Ramadán, de modo que a lo largo de esos meses encadenamos una cosa con otra. La inminencia de los comicios cargaba el ambiente, y la gente empezaba a intuir el futuro que nos esperaba cuando veía a los ministros del gobierno provisional paseándose en Austins negros con matrículas especiales y la bandera del sultán ondeando en el capó. La cercanía de la independencia parecía más real a la vista de ese símbolo.

Una larga y hambrienta tarde de Ramadán, con las escuelas y la universidad cerradas por la celebración del ayuno, Amín se acostó a leer en el sofá del salón mientras Farida, de pie ante su mesa de trabajo, planchaba un vestido que acababa de coser. Todo el mundo encargaba ropa nueva para celebrar el Aíd al-fitr al final del Ramadán, de modo que era la época del año en la que tenía más

trabajo. Por la tarde, sus padres se acostaban para ayudar a pasar las horas, pero lo hacían en estancias separadas —ella en la habitación de Farida, él en su propia cama—, por curarse en salud y evitar tentaciones. Y es que hasta el mero deseo carnal, así fuera entre cónyuges, suponía quebrantar el ayuno. Lo mismo valía para cualquier pensamiento lujurioso, por lo que Amín sospechaba que su estómago vacío poco valor tendría en el cómputo global del Todopoderoso. Una de las mayores sorpresas que le había deparado la adolescencia era que el ayuno no inhibía el deseo sexual, sino que posiblemente tenía incluso el efecto contrario.

Alguien llamó a la puerta, que permanecía cerrada con llave durante las tardes de Ramadán porque daba directamente a la sala de estar y algunos vecinos fisgones no resistían la tentación de mirar hacia dentro al pasar por la calle. Era Jamila, que había ido a encargar unos vestidos para su sobrina. Amín se levantó para estrecharle la mano y fue a sentarse en una silla cercana mientras Jamila explicaba que los vestidos eran un regalo para la fiesta del fin del Ramadán y le pedía a Farida que los confeccionara usando como modelo otro vestido de la niña en vez de tomarle las medidas directamente para no estropear la sorpresa. A continuación le dio una serie de instrucciones que Farida apuntó con esa pragmática y fría eficiencia que siempre había impresionado a Amín. Por lo general, su hermana sonreía a todas horas, salvo cuando estaba anotando las indicaciones de alguna clienta. Él se afanó en fingir que leía, pero apartaba continuamente los ojos del libro para mirar el rostro, las manos, los labios de Jamila, deleitándose con todos y cada uno de sus gestos. Cuando concluyó sus explicaciones, Jamila se volvió hacia él y Amín se convenció de que le había leído el pensamiento. Ella le preguntó qué libro tenía entre manos. Él se lo tendió y fue a sentarse más cerca de ella. Era una edición de bolsillo de *El doctor Zhivago* que le había traído un amigo de Dar es-Salam, al volver de visitar a unos parientes. Ella quiso saber qué opinión le merecía y él alabó su magnífica prosa y su trama, de lectura compulsiva.

—Te la pediré prestada cuando hayas acabado de leerla —dijo ella, devolviéndole el libro.

Amín volvió a sentarse en el sofá y, poco después, Jamila se levantó para marcharse. Lo miró de soslayo y se despidió con la

mano sin decir palabra, y por algún motivo ese gesto le pareció más íntimo que si le hubiese hablado. Farida siguió planchando en silencio, enfrascada en sus pensamientos, pero Amín confundió su aire absorto con un gesto de reproche. «Se ha dado cuenta de mi obsesión», se dijo, y siguió haciendo que leía en el sofá, sin atreverse a romper el silencio, esperando que su hermana le lanzara alguna pulla. Pero Farida no despegó los labios durante un buen rato, y luego le pidió que pusiera la radio para que sus padres se fueran despertando. A Nuru le gustaba preparar personalmente las cenas del Ramadán, aunque dejaba que Farida la ayudara, y el sonido de la radio era una manera segura de sacar a su padre de la cama e incluso de la casa, pues las voces de los jeques y sus sermones de Ramadán le crispaban los nervios. Se le antojaban un alarde de autoritarismo y falsa beatería. En cuanto se acababa el tachuid que inauguraba los rezos de la tarde, salía de casa y pasaba el rato en el café con sus amigos hasta que sonaba la sirena, anunciando la puesta del sol, y entonces compartía con ellos la primera taza de café del día antes de poner rumbo a la mezquita.

El ayuno se observa durante las horas del día. Cuando el sol se pone, los fieles se llenan el estómago y luego se quedan charlando con los amigos o la familia hasta el rayar del alba, pasean por la costa, acuden a una sesión de madrugada en el cine o echan interminables partidas de cartas. Los hay que salen a la calle en busca de otra clase de juegos, que prefieren mantener en secreto. Todo el mundo trasnocha, hasta los niños, que juegan a la luz de las farolas hasta que los vence el cansancio. Esa noche, Amín la vio paseando por el muelle con su familia. Cuando se cruzaron, ella le dedicó una sonrisa radiante, pero no dijo nada. Él siguió caminando hacia el final del paseo marítimo, alejándose de las luces. Recién estrenada la fase menguante, la luna aún se veía oronda —lo recordaría más tarde—, suspendida sobre el mar como un resplandeciente mundo perdido. Al día siguiente, sin poder dejar de pensar en ella, o en nada que no fuera comer, salió a dar un paseo, a deambular sin rumbo, o eso se dijo, aunque pronto comprendió que sus pasos lo llevaban de vuelta a la casa de Jamila. Por una vez, ella salía por la puerta pequeña en el preciso instante en que él pasaba por allí. Se detuvo en el umbral, se lo quedó mirando con gesto de sorpresa y, al cabo de un instante, lo saludó:

—Amín, ¿cómo estás?

Él contestó y apretó el paso, convencido de que Jamila había empezado a verlo como un estorbo.

Esa noche no se acercó al paseo marítimo, pero al día siguiente no pudo resistirse. Cuando la vio con su familia, guardó las distancias y vislumbró a lo lejos el destello de su dentadura y la sublime banalidad de sus gestos mientras conversaba entre risas. Al cabo de un rato se cruzó con el grupo, pero fingió no darse cuenta y pasó de largo sin mirar en su dirección. Ahora ya no tenía los estudios para distraerse, ni los tediosos trayectos en autobús o los deberes que hacía con mecánica diligencia. Nada salvo el hambre y el calor de las horas diurnas, así como un mal presagio, un constante latido de pánico que no lograba apaciguar. No se imaginaba contándole lo que sentía, pero sí la risa horrorizada de Jamila si alguna vez reunía el valor necesario para hacerlo. Y, sin embargo, no podía evitar ensayar una y otra vez lo que le diría, y había momentos en los que se convencía a sí mismo de que ella deseaba que lo hiciera. Le aterraba saber que podía llegar a obsesionarse de esa manera. A veces sentía un impulso iracundo y se sabía capaz de infligir dolor, algo que lo desconcertaba sobremanera.

Se obligaría a mantenerse alejado de ella. Eso fue lo que decidió. Esa tarde, al caer el sol, se puso un kanzu y se fue a la mezquita. Después, tras romper el ayuno, se sentó delante de la casa a charlar con los vecinos. Al día siguiente dio un paseo hasta la orilla y bajó a la cala cercana donde los pescadores fondeaban sus embarcaciones, lejos del paseo marítimo. Aquélla era la gente con la que se había criado, entre la que se contaban los vecinos de la destartalada casona de enfrente. Se sentía cómodo en su compañía pese a tener manos tersas y suaves, mientras que las de ellos se veían ásperas y estropeadas por el uso de los aparejos y las redes de pesca, y tenían la piel curtida por el sol y el mar. Eran hombres rudos y temerarios que se pasaban el día intercambiando pullas con implacable crueldad y luego, cuando el sol empezaba a ponerse, se hacían a la mar en sus diminutas embarcaciones. Pasó un buen rato con ellos, encajando un sinfín de chanzas para ganarse su aceptación, y por la tarde volvió a la mezquita. Luego se quedó leyendo hasta la puesta del sol. Así había decidido olvidarla, quedándose en el barrio,

frecuentando la mezquita, leyendo, jugando a las cartas, charlando con los vecinos. El plan no acababa de funcionar, porque seguía pensando en ella mientras leía e incluso mientras conversaba con otras personas, pero sirvió para mantenerlo alejado de Jamila.

Rashid hizo algún comentario sarcástico delante de sus padres sobre la repentina devoción de Amín, lo que le valió una buena reprimenda.

—Tú también deberías ir a la mezquita, muchacho desagradecido —le dijo su madre—. ¿O acaso ya te crees un mzungu? Ni siquiera te has ido todavía y ya quieres olvidarlo todo. Deberías avergonzarte de meterte con tu hermano mientras incumples tus propias obligaciones.

Su padre también tenía unas cuantas cosas que decirle. El responso, que admitía un sinfín de variaciones, rezaba así:

—El Ramadán es el mes más sagrado del año, el mismo que el ángel Jibril eligió para revelar el Corán al profeta. Ayunamos para practicar la contención y concentrarnos en nuestros deberes como creyentes. Es el momento de arrepentirnos y corregir los malos hábitos en los que hemos incurrido a lo largo del año. Uno de los malos hábitos en los que tú has incurrido, muchacho, es el de no acudir a la mezquita, y harías bien en seguir el ejemplo de tu hermano. Además, en lugar de pasarte el día jugando a las cartas, deberías dedicar un rato todas las tardes a leer una sura del Corán. ¡Ve a buscar tu kanzu y quítate de mi vista!

Más tarde, estando acostados a pocos centímetros el uno del otro en la habitación a oscuras, Amín intuyó que Rashid seguía despierto, atento a la cadencia de su respiración.

—¿Qué está pasando? —preguntó Rashid al cabo.

—Nada —atajó su hermano con ánimo disuasorio.

—¿A qué viene tanto rezo? ¿Has hecho algo malo?

—Rezo para que te concedan la beca. Si no ocurre un milagro, no creo que te la den. Y también para pasar el rato, hacer algo de ejercicio, ya sabes, arriba y abajo, de rodillas, la frente al suelo, es bueno para la espalda —bromeó Amín—. Venga, dale un descanso a tu pobre cerebro y duérmete de una vez.

Unos días después, bien entrada ya la noche, Farida le dijo:

—Esta tarde ha venido Jamila a recoger los vestidos. Han quedado bien, estaba muy satisfecha. Es una buena noticia, porque

me encargará más prendas después del Aíd al-fitr. Ha preguntado por ti. Dice que lleva días sin verte.

—¿Y qué le has dicho? —replicó Amín con brusquedad.

Farida lo miró entre sorprendida y desconcertada.

—Tranquilo, tranquilo. Le he dicho que estabas bien. ¿Debería haber dicho otra cosa?

Al día siguiente, al caer el sol, Amín se quitó el kanzu y salió a dar una vuelta por la orilla con la intención de buscarla. Había mucha gente paseando en grupos pequeños junto al mar, a la luz de la luna menguante, algunos cogidos de la mano. Las farolas rielaban en el agua y alumbraban la calle, donde el tráfico brillaba por su ausencia a esa hora de la noche. No pasaba de las nueve, pero no había adónde ir en coche porque todo estaba cerrado. Mujeres y hombres paseaban en grupos separados y, a veces, se saludaban a voz en grito o intercambiaban bromas subidas de tono. Eran jóvenes, en su mayoría. Algunas mujeres indias iban escoltadas por un hermano o cuñado, pero salvo esas excepciones ningún hombre joven se dejaría ver en compañía de sus hermanas. Las muchachas de Goa prescindían de carabinas y paseaban su sofisticación con toda naturalidad. Eran cristianas, tenían apellidos portugueses y trabajaban en los despachos gubernamentales, de modo que eran casi europeas a todos los efectos. Nadie osaba meterse con ellas, ni siquiera en broma. Amín deambulaba sin prisa por el lado oscuro de la carretera, el más alejado del mar. En el palacio del sultán las luces seguían encendidas y los árboles del parque situado al final del paseo marítimo estaban adornados con bombillas de colores que centelleaban, empañadas por la humedad de la fuente cercana. La vio alejarse de la multitud congregada en el parque, yendo hacia él en compañía de dos mujeres a las que conocía de vista y tenía por familiares. Amín cruzó al otro lado del paseo marítimo. Según se acercaba a ella, vio cómo una sonrisa afloraba a sus labios y sintió que su propia sonrisa se ensanchaba. Se detuvo a escasos metros de las mujeres, que hicieron lo propio. Todos sonreían.

—Amín, ¿dónde te has metido? —preguntó Jamila, a todas luces complacida—. Llevo días sin verte. ¿Y dónde están tus amigos? ¿Qué haces aquí solo?

—Andan por ahí arriba —mintió él, señalando el Fuerte Viejo—. Iba a reunirme con ellos.

Las dos acompañantes de Jamila, que tendrían más o menos su edad, pero aparentaban más, como si ya hubiesen sido madres, intercambiaron una mirada y echaron a andar por su cuenta.

—Tienes buen aspecto —le dijo ella, y Amín notó sus ojos escrutándole el rostro. Fue como si lo acariciara—. ¿Has acabado ya aquel libro? Me gustaría leerlo, no te olvides.

—No me olvido —repuso él, pero las palabras sonaron más solemnes de lo que hubiese querido, como si le estuviera haciendo una promesa sagrada. La miró un poco azorado, y supo por su sonrisa que Jamila se lo estaba pasando bien, pero no porque disfrutara viéndolo sufrir. Había algo tan indescifrable en su mirada que se le encogió el corazón. Las dos mujeres se habían detenido a escasos metros de allí, mirando al mar. Una de ellas se echó a reír y Amín se volvió en su dirección, dando por sentado que se burlaban de él. Quizá Jamila les había contado que se la quedaba mirando embobado y se hacía el encontradizo.

—¿Tus hermanas? —preguntó.

—Cuñadas. —Jamila las miró de reojo y echó a andar en su dirección—. Ya nos veremos. No te escondas —dijo, y se despidió con un gesto de la mano.

A lo largo de los dos días siguientes, Amín recuperó su rutina del barrio, la mezquita y la lectura, pero atesoraba el recuerdo de ese encuentro y se recreaba en él a menudo. El tercer día por la tarde, cuando iba hacia el hospital para visitar a un amigo que estaba ingresado por una apendicectomía de urgencia, se detuvo en la librería Cathedral. Conocía casi todo su fondo porque sólo vendían libros de texto, pero disfrutaba hojeando los ejemplares nuevos o releyendo uno o dos párrafos de materias que le resultaban familiares. La librería estaba regentada por la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Cristiano, pero no hacía bandera del proselitismo y evitaba ofender a su clientela, mayoritariamente de otras confesiones. Al cabo de unos minutos, Amín abandonó la tienda. Se dirigía tranquilamente a la calle principal cuando de pronto la vio en la acera de enfrente y la saludó con la mano. Jamila aminoró la marcha y esperó a que él cruzara la calle.

—Me voy al hospital a ver a un amigo —le dijo tras los saludos de rigor—. Lo ingresaron ayer a toda prisa para operarlo. Por lo menos ya no tendrá que ayunar.

Hablaron de nimiedades durante unos minutos, a la sombra de una margosa de las Indias, pero cuando Amín reanudó la marcha sintió que ardía por dentro al recordar su forma de mirarlo, como si sólo tuviera ojos para él, escrutando su rostro mientras hablaba sin molestarse en disimular lo que revelaba esa mirada. Él pensó que revelaba deseo, pero ¿qué sabía él de esas cosas? La hubiese acariciado, si no fuera porque estaban en la calle principal, a plena luz del día.

La cabeza le daba vueltas, oscilando entre la euforia y el pánico. No sabía qué hacer, ni cómo hacerlo. Al día siguiente salió a dar un largo paseo en bici por el campo sin más compañía que un libro, y a la vuelta se acercó a la playa de Sherif Musa, donde se sentó a leer un poco más, maravillado y afligido a la vez, preguntándose qué debería hacer. Esa noche rompieron el ayuno en familia y después, mientras tomaban café —Rashid apurando la taza de pie, listo para sumarse al bullicio nocturno, su padre agitando los pies, impaciente por irse a la tertulia del café, su madre arrellanándose en el sillón para echar una cabezada después de haber estado trajinando en la cocina—, Farida lo hizo salir al patio con el pretexto de ayudarla a recoger. Él la siguió con una sensación de alivio. Iba a decirle algo, lo intuía.

—¿Se puede saber qué está pasando? Quiero hablar contigo —masculló ella sin molestarse en disimular su enfado—. Jamila ha vuelto a venir por aquí y ha preguntado por ti. ¿Qué te traes entre manos? No habrás hecho ninguna tontería, ¿verdad? Luego hablamos. Quiero que me lo cuentes todo.

Dicho y hecho: bien entrada la noche, Amín se sinceró con su hermana. Durante el día, el calor y el bochorno se habían hecho notar, pero ahora soplaba una fresca brisa marina. Amín ardía en deseos de saber qué le había contado Jamila a su hermana para dejarla en semejante estado, pero decidió no hacer preguntas ni andarse con rodeos. Le revelaría sus sentimientos y esperaría a ver cómo reaccionaba. Se acomodaron en la estera del patio a la tenue luz de la luna, que menguaba a ojos vistas según se acercaba el fin del mes. Era un alivio poder confesarse, así que habló largo y tendido mientras Farida lo escuchaba sin apenas interrupción. Después de aquel primer desahogo torrencial, ella le dijo que intuía, o por lo menos había empezado a sospechar, lo que él sentía por

Jamila.

—Tienes que andarte con ojo —le dijo en tono quedo, para imprimir cierta dulzura a su voz, pero también para evitar que los oyeran—. No sabes qué pretende, ni qué planes tiene. Es una mujer de mundo. He oído decir que se ve con alguien, un político, al parecer. Ellos son los héroes del momento, y en nada llegarán al poder. Ese tipo de hombres buscan a una mujer así para llevarla colgada del brazo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Amín cuando su hermana enmudeció de pronto, como esperando que le arrancara las palabras.

—Que buscan a una mujer guapa y estilosa como ella, con un aura de escándalo familiar —reveló Farida—. Sólo quieren divertirse a su costa. Puede que tú tampoco busques nada más, aunque espero que no sea así. No te ofendas, pero no creo que estés preparado para esta clase de juegos. Tal vez sea lo que ella busca, un simple coqueteo, pero Jamila es mayor que tú, sabe lo que se hace. Tú, en cambio, podrías acabar perdiendo el norte con alguien así.

—Creía que te caía bien —se lamentó Amín con un hilo de voz, resistiéndose a pensar en Jamila en esos términos. Sentía alivio al comprobar que su hermana no se burlaba de él ni lo fustigaba con una retahíla de tópicos y advertencias, aunque no le gustó que lo creyera demasiado ingenuo para los sofisticados tejemanejes de Jamila.

—No es que no me caiga bien —repuso Farida, sin poder reprimir una sonrisa fugaz que refulgió suavemente en la penumbra —. Tienes que pensar que las personas como ella viven en un mundo muy distinto al nuestro. Eso es lo que diría Ma si se enterara, que no son de los nuestros. Tienen otra noción de lo que se espera de ellos y de lo que se considera… respetable. Tendrás que andar con pies de plomo para no acabar haciéndote daño, o haciéndoles daño a ellos —añadió, señalando la casa con el mentón.

Amín no replicó. Al cabo de un instante, Farida soltó un suspiro y continuó:

—Hoy, cuando ha venido preguntando por ti, invitándome a mediar entre vosotros, se ha arriesgado a que la insultara y la rechazara. Primero sólo ha preguntado cómo estabas, pero luego ha

querido saber si me habías dicho algo que me pareciera oportuno transmitirle. Podría haberme ofendido y haberla puesto en evidencia. Creo que se ha encaprichado de ti, pero no sé qué piensa hacer contigo, así que ten cuidado. Lo del político podría ser sólo un rumor. Se ha dejado ver en su coche, pero tal vez no tenga la menor importancia. Sin embargo, ha habido otros rumores, y es mayor que tú.

Amín había empezado a sudar, debatiéndose entre tanta incertidumbre, temeroso de hacer el ridículo. Llevaba semanas conviviendo estrechamente con esos sentimientos.

—No puede ser mucho mayor que tú —repuso—, y nosotros sólo nos llevamos dos años.

—Tendrá cinco o seis años más que tú —dijo su hermana. Y luego, con la misma dulzura de antes, en un susurro apenas audible, añadió—: ¿La quieres?

Al ver que él asentía, una gran sonrisa fatigada afloró a sus labios y buscó la mano de Amín. Cuando se desasió, había en ella un sobre doblado.

—De parte de Jamila. Después de preguntar por ti, se ha quedado ahí plantada sin decir ni mu. Sabía que se disponía a hacer algo extraño. Me ha preguntado si podía hacerte llegar ese sobre, y le he dicho que sí. Estoy cansada, hermanito, y tú tienes mucho en lo que pensar. Ya hablaremos mañana. ¿Te he dicho que he recibido carta de Abbas? Me ha mandado un poema precioso para el Aíd.

Amín se quedó unos instantes en silencio, asimilándolo todo, dando vueltas al sobre entre los dedos. No tenía destinatario y estaba sellado. Entró en la casa y lo abrió sin demora. Al desdoblar la delgada hoja de papel azul, leyó la única frase que contenía sin salir de su asombro: «Te anhelo, amado mío». Era como si una de sus fantasías se hubiese hecho realidad. No había ningún saludo, ningún nombre, sólo ese renglón. Se sintió exultante, la imaginó, la vio ante sí. Jamila sonreía y alargaba la mano para acariciarle el rostro. Cuando la rodeó con los brazos, sintió una levedad semejante al pánico.

¿Qué querría de él? ¿Qué esperaba que hiciera?

La primera vez que se vieron a solas fue en la segunda noche de la

festividad del Aíd, justo después del Ramadán. Farida se encargó de transmitirle las instrucciones de Jamila. Quedaron en los alrededores de la feria de Sikukú, que se celebraba durante los cuatro días del Aíd en los campos de juego aledaños al club de golf. Por la tarde, la feria se llenaba de niños que abarrotaban tenderetes, puestos ambulantes y tiovivos, estrenando ropa y con dinero fresco en los bolsillos que corrían a gastar en juguetes, algodón de azúcar y helados. Luego se montaban en las atracciones, y a los que se desmadraban les caía una cachetada, mientras que otros se separaban sin querer de sus hermanos mayores y rompían a llorar desconsolados. Como en todo el mundo, no bien empezaba a oscurecer, los niños tenían que volver a casa. Entrada ya la noche, empezaban a llegar los adultos, aunque a simple vista la oferta disponible —puestos de juguetes, algodón de azúcar y atracciones de feria— no se distinguiera demasiado de la diurna ni les resultara tan tentadora como lo había sido para los niños. El recinto de la feria resplandecía, engalanado con luces de colores y las potentes lámparas de queroseno que emitían un zumbido constante, pero la iluminación se limitaba a los tenderetes, las atracciones y el pabellón de críquet, que durante el Aíd se convertía en una heladería. No había que apartarse demasiado del bullicio para encontrar rincones en penumbra, y más allá de éstos la oscuridad era total.

Jamila lo llamó en susurros al ver que se acercaba, para guiarlo en su dirección, y un instante después Amín tocó sus manos extendidas. «Habibi», le dijo ella, y le besó la palma de la mano derecha. Luego tiró de él suavemente y se sentaron en la hierba, pues así evitaban proyectar su sombra en el suelo. Jamila alargó la mano para tocarle el rostro, tal como él había imaginado, y luego lo atrajo y lo besó, entreabriendo los labios para ofrecerle su boca jugosa. «Qué guapo eres», susurró, rodeándole la espalda con un brazo y tirando de él al tiempo que se acostaba en la hierba. Amín se maravilló al notar el tacto de su cuerpo en las yemas de los dedos. No había imaginado esa solidez y densidad, ni la inexplicable sensación que le producía acariciar sus curvas. Esperaba encontrar un cuerpo más ligero, comprendió entonces, porque ella siempre había sido para él algo abstracto, una fantasía. Se besaron y él inhaló su aliento perfumado. Aferrados el uno al

otro, se llamaron en susurros, se dijeron amor mío. Al cabo de unos instantes que a él se le antojaron fugaces y a la vez eternos, ella dijo que debía volver. Sólo había ido a abrazarlo y decirle lo guapo que era, pero haría bien en regresar antes de que se percataran de su ausencia. Sus acompañantes creían que había ido a comprar palomitas para contrarrestar el sabor empalagoso del helado. Debería volver antes de que se les ocurriera ir a buscarla, pero antes le preguntó si querría ir a su piso. Allí dispondrían de más tiempo.

—¿Cuándo? —preguntó él—. ¿Esta noche?

Halagada por su urgencia, Jamila lo premió con un beso y luego se levantó. Él también se puso en pie, buscándola a tientas. Avanzaron hacia la luz entre abrazos y caricias. Ella le dijo que esa noche sus sobrinas se quedarían a dormir con ella, como una concesión especial con motivo del Aíd, pero sugirió que fuera a verla el lunes siguiente, a las nueve en punto de la noche. Dejaría la puerta entornada para que no tuviera que llamar. Si la encontraba cerrada con llave, debía marcharse y esperar noticias suyas. A las nueve en punto. Pero ahora tenía que irse. Jamila sonrió y le dio un último beso fugaz. «Ten cuidado, amor mío», dijo.

Amín se quedó entre las sombras viéndola alejarse, tan campante, como si volviera de dar un paseo, para adentrarse en el bullicio de la multitud. Ya no sentía miedo, sino una exultante mezcla de confusión e incredulidad. No podía creer que ella lo encontrara atractivo, cuando siempre le había parecido la mujer más hermosa del mundo. De hecho, lo había besado entre espasmos de placer cuando lo que él esperaba era que rompiera a reír a carcajadas. Su rostro era una acumulación de detalles: la luz de su mirada, la forma de los labios, esa sonrisa que le dolía de puro hermosa. Todo muere, quizá en un instante fugaz, quizá en un momento que se dilata en el tiempo pero que acaba desvaneciéndose en un largo cortejo de recuerdos, pero Amín supo que esos escasos momentos no morirían mientras conservara un resquicio de memoria: el sabor de ese primer beso, las piernas de Jamila presionando las suyas, el tacto de su mano en la nuca. En sus abrazos, él había reconocido el eco de su propio deseo, de su propia urgencia. «Conque esto es lo que se siente al amar y ser amado», pensó, imaginando, ahora que lo sabía, lo terrible que debía de ser amar y sentirse rechazado, sentir el anhelo insatisfecho de acariciar

al ser amado.

Se internó más en la oscuridad, alejándose de la música y las luces, yendo hacia la carretera que discurría paralela a los campos de juego. Se preguntó si alguien los habría visto. Creía haber oído un murmullo entre las sombras. En los alrededores de la feria siempre había movimientos furtivos y apresurados galanteos que se miraban de refilón con sonrisas tolerantes (salvo que hubiese algún hermano mayor en las inmediaciones), con la esperanza de que nada verdaderamente indecoroso ocurriera. Cuando llegó a la carretera, Amín volvió sobre sus pasos, como si viniera de caminar por la playa que había junto al campo de golf, o como si estuviera dando un agradable paseo por la avenida de las casuarinas, cuyo delicado follaje se mecía, agitado por una suave brisa. Aquí y allá, las semillas se resquebrajaban bajo sus pies.

Sonrió para sus adentros al pensar en esas argucias, en cómo fingía que se había ido a dar un inocente paseo, cansado de la algarabía de la feria, intuyendo que así serían las cosas en adelante. No había tolerancia hacia ese tipo de relaciones, y el escrutinio constante e implacable transformaba las furtivas y angustiosas estratagemas de los amantes en una sórdida comedia. Siempre había alguien mirando y añadiendo una nueva pieza al rompecabezas hasta que, tarde o temprano, todo salía a la luz. Para Amín, el bochorno y la vergüenza de ser descubierto quedaban eclipsados por ese amor que lo embriagaba, pero sintió cierta repulsa, una leve sensación de náusea, al pensar en los engaños que habría de cometer.

Se alejó de la feria, enfilando la carretera que bordeaba el edificio blanco del hospital Karimjí Yivanyí, bautizado en honor al filántropo ismaelita cuya generosa contribución había permitido construirlo. El interior del edificio estaba en penumbra a esa hora de la noche, y sin embargo los cuadrados de luz de las ventanas enmarcaban los flamboyanes que flanqueaban la avenida. El hospital en sí era como un barco tenuemente iluminado que se moviera con sigilo al amparo de la luna nueva. La avenida estaba desierta y silenciosa, bañada por el resplandor amarillo, como de lámpara de aceite, que arrojaban las farolas. Enfrente del hospital, hacia la derecha, se alzaba el museo construido por John Sinclair, el maestro de obras colonial más importante del lugar, para celebrar el

armisticio de 1918. Se llamaba Bayt al-Amáni, la Casa de la Paz. Sus cúpulas, meros destellos blancos en la oscuridad nocturna, eran modestas réplicas de la cubierta abovedada de la mezquita de Santa Sofía en Estambul.

Amín pasó por delante del cementerio abandonado que había justo enfrente del hospital, silencioso a esa hora, aunque durante el día los vendedores ambulantes que proveían de fruta y tentempiés a los enfermos y sus familias se resguardaban bajo sus árboles. La verja de hierro de la residencia del gobernador estaba cerrada, pero, incluso a esa hora, había un policía montando guardia en una garita al otro lado. Tras la verja, en un palacete de inspiración morisca levantado también por John Sinclair, vivía la máxima autoridad de la zona, el todopoderoso gobernador británico, sir Henry Potter, caballero comendador de la orden de San Miguel y San Jorge. En fechas señaladas, sir Henry salía de la residencia en su Humber negro, luciendo un salacot blanco adornado con penachos blancos que sobresalían a través del techo corredero del vehículo como una delicada fuente ornamental. Antaño, ese salacot habría descansado sobre la cabeza de un jinete, de modo que las plumas se habrían mecido al compás de sus movimientos y del grácil trote del caballo, pero la eficiencia había reemplazado la teatralidad en tales ceremonias, y el silencioso Humber de líneas pulcras y elegantes era más apropiado como símbolo de un taciturno imperio moderno. En cierta ocasión, Amín había visto la residencia del gobernador desde el mar mientras navegaba con un amigo y se había sentido como un niño travieso que osara espiar una habitación prohibida.

Al otro lado de la avenida se extendían los jardines Victoria, donde por entonces, poco antes de la independencia, se reunía la nueva asamblea legislativa. El sultán Barghash, otro gran prohombre del siglo XIX que había construido carreteras, fuentes, alcantarillas y palacios, ordenó levantar el pabellón y esos jardines tapiados para que las mujeres de su familia pudieran pasear y solazarse en sus ratos de ocio a salvo de los curiosos. Hizo que lo llenaran de setos y arbustos perfumados entre los que corría el agua, y lo que no podía sembrar con sus propias manos lo dejó a la imaginación de los jardineros. El sultán cultivaba plantas y árboles de todo el mundo, en su mayoría regalos del que fuera entonces cónsul británico, un perfecto caballero victoriano que compartía la

afición horticultora del sultán, si bien deploraba el lujo perverso al que se destinaban las plantas. Un sultán posterior, en un derroche de gratitud hacia los agentes imperiales que habían contribuido a su victoria sobre su rival político, bautizó los jardines en honor a la reina inmortal y los abrió a sus súbditos. Amín dejó atrás el juzgado, que también llevaba la firma de Sinclair, con su cúpula de aire oriental y un reloj cuyo tictac sonaba estridente en medio del silencio nocturno. A su derecha había otro cementerio. La ciudad estaba llena de pequeñas necrópolis, en los cruces de calles, al lado de las mezquitas, entre los muros de los patios, incontables muertos que se hacinaban junto a sus descendientes.

Amín se encaminó despacio al paseo marítimo, disfrutando de la tranquilidad que envolvía las calles tenuemente iluminadas. Le encantaban los silencios de la ciudad, sorprendentemente distintos entre sí. Le encantaba describir para sus adentros el sordo fragor del mar o el sigiloso murmullo de los callejones angostos. A veces, en algunas plazas del casco antiguo, alcanzaba a oír el eco lejano de una risa de mujer. No se cruzó con nadie, aunque de vez en cuando pasaba algún coche que volvía de la feria, o quizá de visitar a los amigos por el Aíd, y sin embargo recorriendo aquellas calles desiertas se sentía rodeado de gente. Oyó susurros y risas a través de las ventanas, y en algunas casas la puerta había quedado abierta y desatendida, como si sus habitantes no temieran a los intrusos. Aún había gente paseando junto a la orilla, y las luces seguían encendidas en los aposentos privados del palacio del sultán. La marea bajaba despacio, como a regañadientes, y las olas azotaban el malecón con un sonoro chapaleo. Mar adentro había multitud de barcazas ancladas, y, amarrado en el puerto, un *ferry* listo para partir al día siguiente rumbo a Dar es-Salam o Mombasa. Amín pasó por delante de la Casa de Aduanas, donde trabajaba el tío Habib y en cuyos escalones dormía un hombre de cara al mar. En la vivienda del capitán del puerto, los postigos de la planta superior estaban abiertos, las luces, encendidas, y desde el porche llegaba un coro de risas y voces en inglés y olor a puro. Enfiló la calle del dispensario Ithnaasheri y se apresuró a dejar atrás el solar donde en tiempos se erguía la antigua central hidroeléctrica. Recordaba su demolición, pero algunas de las arquetas que antaño albergaban las turbinas y hélices seguían estando allí, y cuando llovía se llenaban

de una agüilla grasienta que relucía, iridiscente, bajo el sol. En noches sin luna como ésa (ya no quedaba ni rastro de la esquirla de luz que horas atrás se había hundido en el horizonte), el agua estancada se veía negra como el azabache, como la negra laguna de la casa Usher. De pequeño le gustaba imaginar esos estanques habitados por criaturas escurridizas y sinuosas como serpientes y, pese a saber de sobra que nada podría sobrevivir en esa sopa venenosa, apretó el paso con un temor residual que jamás lo abandonaría del todo. La taquilla del cine Sultana estaba a oscuras, pero las tenues luces del vestíbulo seguirían encendidas hasta que se acabara el último pase. Se detuvo a mirar qué película echaban el lunes por la noche y luego se encaminó a casa.

• • •

Ésa fue la excusa que dio, que se iba a un pase nocturno con los amigos. A su madre no le gustó la idea.

—¿Por qué no vas a la sesión de tarde?

—Porque la gracia está en ir por la noche —adujo él.

—¿Cómo se te ocurre salir un lunes hasta tarde cuando al día siguiente tienes clase? —insistió ella.

—He hecho todo lo que tenía que hacer, y mañana nos vamos de excursión —repuso él—. A las once ya estaré de vuelta.

Su padre no dijo nada, pero Amín se dio cuenta de que tampoco le entusiasmaba la idea por su gesto ceñudo y un particular brillo en la mirada. Tal vez sospecharan que había quedado con alguien, pero no podían evitar que eso pasara tarde o temprano, y supuso que protestaron y pusieron mala cara porque era lo único que podían hacer, ya que no se les ocurría ninguna razón para prohibirle salir.

El lunes a las nueve de la noche, tembloroso y aprensivo como cabría esperar, Amín empujó suavemente la puerta del piso de Jamila, que cedió al instante. Ella lo estaba esperando al otro lado y, en cuanto él entró, cerró la puerta y echó el cerrojo. Dentro reinaba una oscuridad total, pero al fondo se adivinaba un tenue resplandor, y en esa penumbra Amín distinguió su sonrisa. Jamila se llevó un dedo a los labios para imponer silencio, lo cogió de la mano y lo guió hacia la luz. Era la habitación de invitados: una

cama, un sillón, una cómoda con espejo de marco dorado. Lo condujo hasta la cama y se sentó a su lado. Incluso a la tenue luz de la lamparilla nocturna, Amín vio en su rostro radiante una sonrisa de felicidad y cayó en la cuenta de que también él sonreía de oreja a oreja.

—Has venido —musitó ella, vulnerable y provocadora a la vez.

Él farfulló algo ininteligible y se inclinó hacia delante para besarla. Era la primera vez que hacía algo así, y al principio se puso en manos de Jamila sin ofrecer resistencia. No podía creer en las sensaciones de placer, dolor y liberación que experimentaba, y al cabo de un rato se entregó por completo al contenido frenesí del acto amoroso, ajeno a todo lo que no fuera el tacto y la voz de Jamila.

Después se quedaron acostados, hablando, y Amín se sintió audaz y colmado de felicidad, como si hubiese demostrado su valía superando una dura prueba. Tumbada a su lado, ella recorría su cuerpo con la mano, maravillándose de su juventud y perfección, y él le devolvía las caricias al tiempo que inhalaba su perfume. La lamparilla seguía encendida, y ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, lo veía todo con claridad. Se dio cuenta de que había una ventana con pesadas cortinas en una de las paredes interiores.

—Da a la sala de estar —informó ella en susurros—. Esta habitación no tiene ventanas que den a la calle. He pensado que así nadie nos oiría. No se me ocurriría dormir aquí sola. Es como una tumba.

—¿Por qué no usamos tu habitación? —quiso saber él, preguntándose si no sería pedir demasiado.

—Porque tiene una ventana que da al patio —contestó ella—. Allí sí que podrían oírnos.

Tenían que andarse con mucho cuidado, incluso en su propio piso. Sólo de pensar en el peligro que corrían, Amín sintió un amago de náuseas.

—Ha sido como un milagro —dijo él, para desterrar de su mente ese pensamiento indigno, y la oyó reír—. ¿Por qué te ríes?

—Porque me siento feliz, y porque ha sido tu primera vez, ¿verdad? Me lo ha parecido —dijo ella, acariciándolo—. Y porque eres muy apuesto. Cuando te vi aquella tarde, cruzando la carretera

a grandes zancadas para venir hacia mí, te deseé. Te deseé con todas mis fuerzas. Por eso te escribí aquella nota. No pude evitarlo. Creía que te perdería para siempre. ¿Volverás a venir?

—Mañana —sugirió él, y al oírlo Jamila no pudo evitar romper a reír de nuevo, pero se llevó una mano a la boca para ahogar el sonido.

—No, no, mañana, no. Tenemos que ser precavidos, habibi, porque si no… Otro día, más hacia el final de la semana, quizá. ¿Qué te parece el viernes? —preguntó, sin dejar de acariciarlo.

Él asintió.

—De acuerdo, el viernes. —Y añadió—: Porque si no… ¿qué?

—Porque si no, nos obligarán a dejar de vernos —dijo ella—. Dirán cosas horribles y no pararán hasta separarnos. Tú eres muy joven, un estudiante, y yo soy una mujer divorciada de veintitantos años.

—Voy a la universidad y tengo casi veinte años —repuso Amín —. No puede haber una gran diferencia de edad entre nosotros, y aunque así fuera, eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida y, si tuviera la suerte de ser tu marido, jamás me divorciaría de ti.

—Amor mío, si no tenemos cuidado, nos obligarán a dejar de vernos —insistió ella con una sonrisa, y chistó para acallar sus protestas—. Será mejor que te vayas, o llegarás a casa más tarde de la cuenta.

Amín se escabulló del piso de Jamila con tal sigilo que el aire ni siquiera se agitó a su paso, o eso pensó. De camino a casa, se sentía un hombre nuevo, apuesto y querido. Así empezó todo, en febrero de ese año, a las puertas de la independencia, poco antes de la llegada de las lluvias largas. Durante los meses siguientes, Amín fue a casa de Jamila una vez por semana, luego más a menudo y a una hora cada vez más temprana de la tarde. Hacían el amor entre susurros y risas ahogadas y, cuando llegaba el momento de la despedida, se aferraban el uno al otro, locos de desesperación. Ella le regaló un anillo con un rubí engastado para que la recordara cuando no estaban juntos, y a veces le deslizaba notas en el bolsillo de la camisa para decirle que pensaba en él noche y día, que el olor y el tacto de su piel la colmaban de felicidad. A cambio, él le aseguraba que tenía todo el cuerpo en carne viva de tanto quererla;

cuando no estaba a su lado temía perderla, temía las palabras que podrían arrebatársela. Cuando estaba con ella no pensaba en nada salvo en su cuerpo y su aliento, y en lo completa que era ahora su existencia. Se sentía capaz de enfrentarse a todo y a todos.

Una tarde, Jamila fue a ver a Farida, con la excusa de charlar un rato o incluso de pedirle que le tomara medidas para una nueva prenda, porque sentía la imperiosa necesidad de ver a su amante, por más que hubiesen estado juntos la noche anterior. No dijo nada de esto delante de Farida, aunque se le escapara la sonrisa. Ésta fingía no darse cuenta de nada, pero la actitud alborozada de Jamila la delataba. Aquel romance secreto le iluminaba el rostro. A veces, Amín se presentaba en el edificio del ayuntamiento para hacer alguna consulta y deambulaba de mostrador en mostrador, deteniéndose a charlar con cualquier conocido hasta que iba a parar a la oficina de empleo y la veía fugazmente.

Le costaba seguir el ritmo de los estudios, que de pronto se le antojaban aún más mecánicos y alienantes, porque sólo pensaba en Jamila y sólo quería estar con ella. Se apartaba de la gente para poder recrearse en su recuerdo y planear un futuro en el que estuvieran siempre juntos. Ella le había relatado ciertos episodios de su vida que lo habían hecho comprender que no podía decirles a sus padres: «Ésta es la mujer a la que amo y con la que deseo compartir mi vida». Estaba la cuestión del abuelo mzungu, y también los años que su abuela había vivido en flagrante pecado. Aunque pudieran perdonarle ese lejano desliz, algo que estaba por ver, siempre quedaría la cuestión de su divorcio, la edad de Jamila y los rumores sobre sus escarceos amorosos. A veces, Amín tenía la impresión de que ella aludía veladamente a estos últimos, pero no se atrevía a pedirle más pormenores. No quería saberlo, todavía no. Empezaba a sospechar lo que su hermana seguramente sabía desde el principio: en cuestiones de amor, los padres siempre se ponen en lo peor y hacen valer su autoridad sin admitir réplica y sin dudar en recurrir al chantaje.

Siempre iba a verla de noche y a una hora previamente acordada. Hacía el trayecto a pie, tomándose su tiempo y variando la ruta tanto como le fuera posible. Se detenía a hablar con algún conocido, se sentaba un rato en algún café con una taza de té entre las manos o bien se entretenía a escuchar una discusión sobre

fútbol, como cualquier otro joven que disfrutara de la apacible vida en su ciudad. Siempre tenía la precaución de comprobar que la calle estuviera desierta antes de abrir la puerta que ella dejaba entornada. Si había alguien a la vista, pasaba de largo y volvía al día siguiente a la misma hora. Entonces se acostaban en la habitación de invitados, la más alejada de la calle, a la pálida luz de la lamparilla. Hablaban en susurros, conteniendo la risa, y hacían el amor con furtiva urgencia. Y, sin embargo, pese a todas sus precauciones, no lograron mantener su romance en secreto. Alguien se percató de los elaborados subterfugios de Amín, o alcanzó a oír un suspiro apasionado. Alguien lo vio, tal vez, desde una ventana de la planta superior, o lo sorprendió in fraganti cuando entraba en la casa desde el callejón a oscuras, pero el caso es que alguien lo descubrió y compartió ese hallazgo con otra persona. Luego, una tras otra, se fueron añadiendo más piezas al rompecabezas hasta que todo salió inevitablemente a la luz.

Tercera parte

7

Rashid

Debí verlo venir, pero no lo hice. Él dormía a escasos centímetros de mí, y debí reparar en la cadencia alterada de su respiración durante todos esos meses. Debí intuir que tenía el sueño roto por sueños y fantasías, pero que había noches en las que su respiración era más profunda, a causa del agotamiento emocional y la pasión saciada. Debí percatarme de que hasta su olor era diferente. Debí darme cuenta de que algo le había pasado, de que se conducía con un aire seguro o incluso triunfal que no era propio de él, si bien no me di cuenta. No era capaz de entender lo que veía, y no oí, intuí ni sospeché nada, o por lo menos nada que alcanzara a reconocer, o sólo más tarde, mucho después de que los descubrieran, cuando ciertos recuerdos fragmentarios afloraron a la superficie como materia putrefacta.

Cuando digo que los descubrieron no me refiero a que los sorprendieran en pleno acto amoroso. No creo que eso llegara a pasar. Nuestros mayores nos ocultaban tantas cosas, nos privaban de tanta información, incluidas cuestiones de lo más nimias y banales, que a veces me pregunto por qué se tomaban tantas molestias. ¿Para que no tuviéramos que lidiar con la dura realidad? ¿Por un inveterado secretismo que, para entonces, sólo servía para mantener a los jóvenes sumidos en la ignorancia durante el máximo de tiempo posible con la esperanza de que así se mostraran dóciles y obedientes? A veces me sorprende constatar lo poco que entendía de la realidad que me tocó vivir, pero estoy seguro de que hasta yo me habría enterado si los hubiesen pillado in fraganti. Ignoro las circunstancias exactas, pero no creo que fueran tan escabrosas, pues de lo contrario se habría armado un buen escándalo, seguramente habrían llegado a las manos y todo el asunto habría sido la comidilla del barrio. Puede que ni siquiera los descubrieran, sino que ellos mismos se fueran delatando con una suma de pequeñas imprudencias porque se sentían invulnerables, porque creían que la pureza de sus sentimientos los mantendría a salvo de la mezquina

censura ajena. Entonces yo no habría sabido entender algo así, que el amor pudiera estar por encima de todo juicio moral. Sólo pensaba en mi propio triunfo, en mi éxito en los exámenes finales y la beca que había obtenido para ir a estudiar a la Universidad de Londres. Todo esto sucedió a finales de julio de 1963, sólo un mes antes de mi partida, y estaba tan absorto en mis propias fantasías egocéntricas que no tenía disponibilidad mental para algo tan sutil como los sentimientos ajenos. Lo único que sabía era que había alcanzado la meta que tantos querían que alcanzara, y que yo mismo deseaba con todas mis fuerzas. Creía que mi éxito nos haría felices a todos. Me sentía querido y heroico, y me regocijaba a diario en la admiración de mi familia y mis amigos. No tengo palabras para describir el poderoso veneno que atraviesa la experiencia de la partida y el exilio, pero entonces tampoco lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a sospecharlo siquiera?

La noche que los descubrieron, yo estaba tumbado en la cama leyendo, seguramente una novela de detectives o un romance histórico, si no me falla la memoria respecto a mis gustos de entonces. Leíamos lo que nos caía en las manos sin prejuicios ni vergüenza —tebeos para niñas, *Anna Karénina*, Hemingway, enciclopedias—, como animales con estómago de hierro, como el avestruz de Melville, que picoteaba pedernal, larvas y raras hierbas suculentas sin hacerle ascos a nada. Era casi la hora de la cena, que por lo general empezaba después de las oraciones de la ishá, tocadas las ocho, cuando mi padre volvía a casa. Todos los días, salvo que estuviera indispuesto (algo muy raro por entonces), echaba la tarde en el café, charlando con los amigos, bebiendo a sorbos una taza de café, hojeando el diario, escuchando la radio, saludando a los transeúntes, pendiente de cuanto sucedía a su alrededor. Si faltaba a su cita diaria en el café, siempre había alguien que pasaba por casa a preguntar si estaba enfermo o si habíamos sufrido algún percance. Cuando el almuecín llamaba a la ishá se iba a la mezquita, rezaba la plegaria del maghrib por su cuenta porque con la cháchara del café se le habría pasado la hora, y luego esperaba a que el imán encabezara la oración de la ishá.

A veces pasaba por casa entre el café y la mezquita, y nos recogía a mi hermano y a mí para que fuéramos a rezar con él. Puede que la tertulia de ese día le pareciera aburrida, o que alguien

lo estuviese sacando de sus casillas y no quisiera meterse en líos, o que hubiese llegado a sus oídos que se celebraría una lectura del Corán en memoria de algún vecino recientemente fallecido. Por lo que fuera, a veces le daba por pensar en sus dos hijos, poco menos que dos hombres, repantigados en casa cuando deberían estar en la mezquita rezando, y dejaba a un lado su rutina habitual para sacarlos de su indolencia. El caso es que, cuando lo oí dando voces, y puesto que no recordaba la llamada del almuecín a la oración de la noche, di por sentado que me buscaba para que lo acompañara a la mezquita. «¡Naám!», contesté con prontitud (me chifla la palabra «prontitud»), porque sabía lo mal que le sentaba cualquier falta de respeto por nuestra parte. «Naám» es la forma más formal de afirmación, la única aceptable para mi padre. Cuando llegué a la sala de estar, vi a Amín plantado delante de la puerta, con las sandalias todavía puestas, recién llegado de la calle. Su rostro parecía imperturbable, pero en sus ojos había una mirada de pánico. Mi padre estaba vuelto hacia él, y por tanto de espaldas a mí, rígido y encorvado como siempre que se enfadaba. Debió de recibir a Amín con gritos en cuanto entró por la puerta. Mi madre se había sentado en su rincón de la ventana con la cabeza gacha y se masajeaba la frente con la mano derecha. Farida estaba de pie junto a su máquina de coser, con el cuerpo pegado a la pared, sin apartar los ojos de nuestro padre. Los posó en mí por un instante y me di cuenta de lo angustiada que estaba. Entonces frunció el ceño fugazmente con gesto pensativo, como si mi presencia fuera una complicación añadida.

—Feisal, para de gritar, por favor —pidió mi madre—. No hace falta levantar la voz.

Al oírla comprendí que había estado llorando. Amín también se dio cuenta y la miró. Entonces mi padre se volvió hacia mí con gesto hosco y mirada iracunda, quizá preguntándose quién era y qué hacía allí. Luego se volvió de nuevo hacia Amín, dio dos zancadas en su dirección, levantó el brazo con la palma de la mano abierta y se quedó allí plantado, incapaz de golpear a su amado hijo, que esperaba el castigo, inmóvil. Hacía años que no nos pegaba, y sólo lo había hecho un puñado de veces en toda nuestra vida, cuando se le escapaba algún cachete o nos daba una palmada en el hombro como colofón a una regañina especialmente severa.

Mi madre volvió a pronunciar su nombre, y entonces él bajó el brazo y fue a sentarse cerca de ella, en el sofá. Me percaté de que todo su cuerpo temblaba, quizá de ira, quizá de miedo y disgusto.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —preguntó mi padre—. Nos has deshonrado y te has deshonrado a ti mismo. Sólo piensas en tu propio placer. Echas a perder tu vida como si no tuvieras una cabeza sobre los hombros. Como si nadie te hubiese enseñado a distinguir el bien del mal. Como si no fueras más que un animal sin sentimientos, incapaz de respetarse ni de respetar a los demás. Ni siquiera sé qué decirte.

«¿Qué ha pasado? —quise preguntar—. ¿Qué ha hecho Amín?». Pero la sorpresa y la angustia que me producía esa escena me dejaron sin palabras, y menos mal, porque creo que, si hubiese abierto la boca, me habrían expulsado en el acto. Mi padre había hablado sin levantar la voz, pero miraba a Amín con profundo desprecio y la dureza de su discurso cargó el ambiente, porque era un hombre que siempre medía sus palabras, incluso cuando nos regañaba.

—Por favor, explícanos qué has hecho —le pidió mi madre, levantando los ojos y apartando la mano de la frente.

Miró a Amín con ojos relucientes de angustia y desesperación, entrelazando las manos con fuerza sobre el regazo, tensa pero paciente. El silencio que siguió pareció durar varios minutos.

—¿Quién os lo ha dicho? —preguntó mi hermano en tono grave y trágico.

—Amín —atajó mi padre con gesto fatigado, incapaz de reprimir un amago de sonrisa, un leve rictus de amargura—, qué más da quién ha sido. Tu reacción confirma que es cierto.

—No sé qué os han dicho —replicó Amín al instante.

«Yo tampoco —hubiese querido decir—. ¿Qué ha pasado? Yo también quiero saberlo».

—Estamos tratando de entenderlo —dijo mi padre—. Lo que tu madre te ha pedido es que nos expliques cómo ha llegado a pasar algo así. ¿Cómo has podido ser tan tonto?

La llamada del almuecín se interpuso entre nosotros y aguardamos en silencio hasta que hubo acabado, como dictaba la costumbre. Fue una pausa providencial, porque durante esos instantes vi cómo mi padre soltaba un suspiro y destensaba el

rostro. Cerró los ojos un momento y movió los labios como si acompañara en silencio las palabras del almuecín: Aláhu akbar Aláhu akbar, Ashhádu an la ilaha ila láh, Ashhádu anna Muhammad rasúlu láh. Al final de la llamada, frunció los labios en un gesto familiar cuyo significado era algo a medio camino entre encogerse de hombros y negar con la cabeza, una mezcla de resignación y perplejidad. Vi que mi madre lo miraba de refilón y creí advertir algo peculiar en la expresión de Amín, como una sombra pasajera, cuando sus ojos se posaron primero en uno y luego en el otro. Puede que fuera entonces cuando tomó la decisión.

—La amo —anunció en el profundo silencio que siguió a la llamada del almuecín. Eso fue lo único que dijo, ésa fue su explicación, por lo menos en ese momento, y, a juzgar por su expresión después de pronunciar esas palabras, por la fuerza con la que apretaba los labios, estaba convencido de que era suficiente.

Mi padre se levantó sin despegar los ojos del suelo. Su rostro era ahora una máscara inexpresiva. Se calzó las sandalias y se fue a la mezquita sin decir palabra ni exigir que Amín y yo lo acompañáramos. Qué bien se le daba hacer mutis. Se retiraba tras mirarte de arriba abajo, sin una sola palabra de rencor o censura y te dejaba allí reconcomiéndote por tus pecados, de tal manera que, la próxima vez que lo veías, poco menos que te ofrecías a confesar y expiar tu culpa. Tal vez fuera el maestro que llevaba dentro, pero sabía cómo someternos sin recurrir a la violencia.

—¿A quién ama? ¿Qué ha hecho Amín? ¿Qué está pasando? —pregunté de sopetón en cuanto mi padre salió por la puerta.

—Tú, vete a la mezquita —ordenó mi madre, pero la ignoré como no me habría atrevido a hacer con mi padre.

Él se tomaba esas pequeñas afrentas tan a pecho que no osaba llevarle la contraria, pero con mi madre las órdenes se sucedían a un ritmo regular e incesante, de manera que podía permitirme hacer caso omiso de alguna. Se secó los ojos fugazmente y luego indicó por señas a Amín que se acercara. Mi hermano fue a sentarse en el mismo sofá donde momentos antes había estado mi padre y clavó los ojos en el suelo.

—Te ha engatusado, ¿verdad? Tan sólo puede ser eso —afirmó en tono tajante, segura de la ingenuidad de Amín.

Él no despegó los labios. Tenía la mirada gacha, el rostro

reluciente de sudor. La voz de mi madre se fue llenando de desdén.

—¿Sabes quién es esa mujer? ¿Conoces a su familia? ¿Sabes qué clase de gente son? Su abuela era una chotara, una bastarda, nacida del pecado con un indio. Cuando se hizo mujer, fue la amante de un inglés durante muchos años, y antes de eso tuvo una hija que era fruto del pecado con otro mzungu, su propia hija bastarda. En eso consistió su vida, en ser la concubina de los europeos. La madre de Jamila, la que vive en esa gran casa, la que se cree que es alguien con sus sedas, sus perfumes y sus alhajas de oro, es la hija de ese mzungu. Ni siquiera sabe quién es su padre, sólo que era un borracho inglés al que su madre metió en casa. Cuando su marido la trajo de Mombasa, ya sabía todo esto, pero son ricos, de manera que no les importa lo que opinen los demás. Siempre han hecho lo que han querido. Esa mujer a la que dices querer es como su abuela, lleva una vida de secretos y pecado. Ya se ha casado y divorciado, nadie sabe adónde va, de dónde viene, ni con quién se entiende. No son como nosotros. Son unas sinvergüenzas, no piensan en nadie más que en sí mismas. Dices que la amas, pero ¿qué sabes tú del amor? No conoces a los de su ralea. Nosotros hemos confiado en ti. Tu padre… Ya lo has visto, le has roto el corazón.

Un temblor sacudió todo el cuerpo de Amín.

—Ya sabes cómo es… —prosiguió ella, en un tono levemente menos desdeñoso, algo más dulce, para hacerlo entrar en razón. Ése era su rol habitual, que consistía en arremeter y aplacar, en ablandarnos poco a poco para acabar sometiéndonos. Se les daba bien aquel reparto de papeles, pero nosotros también debíamos de ser fácilmente manipulables, pues nos habían inculcado la obediencia—. Cuando tu padre vuelva a casa, no dirá esta boca es mía, pero sabes bien que tiene el corazón roto. Con lo orgulloso que está de ti. Tienes que romper con ella y suplicarle perdón, de lo contrario lo perderás para siempre. Y él te perderá a ti. Se está haciendo mayor, no sé cómo le afectará todo esto. Y yo estoy perdiendo la vista por momentos, así que dentro de poco tampoco podré serle de mucha ayuda. Confiamos en ti pese a todo, no lo olvides. Prométeme que dejarás de verla.

Amín meneó levemente la cabeza sin decir palabra, como un niño terco y enfurruñado que se negara a cooperar.

—¡Prométemelo! —chilló mi madre, y como Amín no levantara

la cabeza, le propinó un cogotazo—. ¡Mírame cuando te hablo! ¿Acaso quieres matarlo?

Mi hermano se levantó y se apartó de ella con expresión airada. Se volvió para mirarla como si se dispusiera a decir algo, pero, fuera lo que fuese, se le quedó atrapado en la garganta. Supongo que quería decirle que no iba a prometer nada, pero no le salieron las palabras. Lo oí meterse en nuestra habitación y echar el cerrojo por dentro. Yo había deducido que la mujer de la que hablaban era Jamila, porque todo el mundo sabía que su abuela había vivido amancebada con un inglés en Mombasa. La mera idea de que Amín la amara, de que pudiera plantarse delante de nuestros padres y decir algo así, me llenó de asombro. ¿Qué significaba? ¿Que se escribían cartas apasionadas, se abrazaban y se besaban, se contemplaban mutuamente el cuerpo desnudo y hacían el amor? Nunca se me habría ocurrido imaginar a Amín haciendo el amor con nadie, y menos aún con una mujer como Jamila. Me parecía elegante y sofisticada, parte del mundo adulto. Más aún, parte del pecaminoso mundo adulto de las amantes y los escándalos, y yo ni siquiera veía a mi hermano como un adulto todavía. Mi mirada se cruzó con la de Farida y caí en la cuenta de que las fechorías de Amín me habían hecho sonreír. Ella me devolvió la sonrisa, por lo menos con los ojos.

—Menudo granuja —dije.

—No le veo la gracia —replicó mi madre, enfadada—. Te he dicho que te vayas a la mezquita. Venga, largo de aquí ahora mismo. Y ni una palabra de esto a nadie. ¿Me has oído bien, bocazas?

Cuando llegué a la mezquita, ya iban por la segunda rakaá de la oración. Me puse a la cola y me sumé al coro de plegarias. No veía a mi padre. El templo estaba abarrotado de gente y yo me había quedado arrinconado contra la pared del fondo, mientras que él seguramente estaba delante de todo, en la primera fila de fieles. En cualquier caso, habría sido de mala educación ponerme a mirar en derredor, pues cada palabra que pronunciamos y cada gesto que hacemos durante las plegarias debe ir dirigido a Dios, que no ve con buenos ojos que uno se distraiga moviendo la cabeza a tontas y a locas o pensando en las musarañas. Debemos cruzar los brazos sobre el pecho, bajar los ojos y entregarnos a Él en cuerpo y alma.

Cuando la oración llegó a su fin, tuve que compensar la rakaá que me había perdido, y sólo después de haberla completado pude echar un buen vistazo alrededor en busca de mi padre, que para entonces ya había salido y estaba en la escalinata de la entrada, sonriendo con ademán amistoso y cordial, charlando con otro creyente, esperando que éste recogiera sus sandalias para bajar juntos los escalones. Había varios corrillos de hombres charlando delante de la mezquita o dispersándose en grupos de dos o tres para ir a cenar con la familia o a oír las noticias en la radio del café. Me impresionó verlo tan sereno y compuesto pese a saber el amargo trance que lo esperaba en casa, y comprendí por qué era tan importante para él que mi hermano renunciara a su amada.

Amín no pudo luchar contra ellos. Lo obligaron a poner fin al romance. Esa noche nos mandaron a Farida y a mí a nuestras respectivas habitaciones (ella protestó, yo obedecí sin rechistar) y estuvieron hablando con mi hermano hasta que les prometió dejar de verla. No sé qué le dijeron, ni qué les prometió él exactamente, pero puedo imaginarlo: lo enredaron en la densa maraña de su disgusto y el temor al qué dirán, y no lo soltaron hasta que prometió renunciar a ella, pues, siendo el hijo bueno y cumplidor que era, no pudo resistir la presión de su amor. Tal vez fuera incluso más sencillo que eso, y que Amín supiera lo que debía hacer en el momento en que ellos apelaran a la confianza depositada en él. Siempre había sido el hijo responsable, así se veía a sí mismo, y así se había ganado el amor y el respeto no sólo de sus padres, sino de todos a su alrededor, y le habría sido imposible volver la espalda a todo eso. Podría decirse que, para cuando me enteré de su idilio, éste había llegado a su fin, y después de ese día Amín se negó a hablar del asunto conmigo.

Le hacía bromas e intentaba sonsacarlo elogiando sus dotes de seducción, pero él no soltaba prenda. Hasta intenté hipnotizarlo proyectando el haz de una linterna en el techo cuando estábamos acostados, diciéndole que lo tenía atrapado en mi hechizo, pero no hubo manera. Y lo cierto es que se esmeró tanto en aparentar que había puesto fin a su relación con Jamila que nadie tenía motivos para sospechar lo contrario. Me costó horrores no irme de la lengua sobre lo sucedido, sobre todo teniendo en cuenta que Amín parecía haber zanjado el asunto y no perjudicaría a nadie comentándolo

con mis amigos. Mi hermano iba a clase y quedaba con los amigos como si fuera el mismo de siempre, salvo quizá por el hecho de que parecía más reservado que antes y por las noches se quedaba leyendo hasta tarde. El caso es que, para entonces, yo me disponía a partir y tenía mis propias preocupaciones, y cuando pensaba en Amín y su romance se me antojaba una travesura que podía haber acabado mal.

Mucho ha llovido desde entonces. Yo vivía enfrascado en mi propio drama, preparándome para acometer esa grandiosa aventura que entonces me parecía tan noble y merecida. No podía evitar pensar en lo sucedido como algo ligeramente jocoso, una especie de astracanada. Por eso, cuando intentaba que Amín me hablara de Jamila, lo hacía en un tono ligero: «Venga, cuéntame qué te traías entre manos, tunante…». Pero él se negaba a hablar, y yo no tenía más remedio que imaginar su idilio con los escasos mimbres de mi experiencia en la materia. Hasta sus silencios parecían transmitir una especie de astucia mundana, una sofisticada sutileza que revelaba discreción y respeto hacia su amada sin menoscabar el triunfo de la conquista, cuando la jactancia y la descripción explícita la hubiesen rebajado a algo sórdido y vulgar.

Yo era joven y, en lo tocante al amor y el sexo, sólo conocía relatos de segunda mano, los del lugar y las personas con las que me había criado, como cualquier otro chico de mi edad sin apenas experiencia. Mi hermano mayor, el muy granuja, se había acostado con una bella divorciada y lo habían descubierto. No creo que me diera envidia. Estaba acostumbrado a que Amín me llevara la delantera en casi todo y nunca dudé de que, llegado el momento, también yo alcanzaría esos hitos. No, seguramente creía que era él quien debería tenerme envidia por ser el flamante destinatario de una beca internacional, el estudiante justamente reconocido por su talento e ingenio mientras él se entretenía con las peligrosas travesuras que los jóvenes creían irresistibles.

A la edad que yo tenía cuando me marché, y habiéndome criado donde me crié, sólo había oído hablar de amor y sexo por alusiones indirectas, cosas que uno sobreentendía cuando los adultos decían obscenidades. De todos modos, las personas respetables no hablaban de eso, por lo menos en presencia de los niños y los adolescentes, y aquellos que lo hacían buscaban provocarnos y

burlarse de nosotros, jactarse de tener experiencia y afirmar su virilidad. A éstos, que eran en su mayoría hombres jóvenes o de mala reputación, no les importaba que hubiera muchachos merodeando mientras charlaban en la calle, escuchando sus comentarios cínicos y riéndoles las gracias. Transformaban el amor en una farsa cuyo desenlace se intuía desastroso. Los amantes eran espiados, y sus intimidades, objeto de mofa; los familiares de la chica propinaban una paliza al galán y lo humillaban en una escena deliberadamente cómica. Otro se hacía famoso por abandonar sin contemplaciones a su amada. El amor era algo transgresor y ridículo, una travesura o, en el mejor de los casos, una proeza. En el caso de Amín era una proeza que su secretismo convertía en algo más, en una especie de plan premeditado que sin duda volvería a poner en práctica más adelante. Era en ese sentido que su relación con Jamila podía parecer una simple travesura de consecuencias peligrosas, la clase de desafío que los jóvenes acometen sólo para divertirse.

Ocurre, sin embargo, que yo estaba presente cuando su idilio salió a la luz y le obligaron a ponerle fin. Fui testigo de su angustia, su rubor, su silencio. Comprendí la grave trascendencia de la conversación que tuvo lugar de madrugada y de la que Farida y yo fuimos excluidos, e imaginé los ruegos y amenazas que se pronunciaron. No obstante, preferí hacerme el ignorante y convertir a mi hermano en un seductor, haciendo caso omiso de su silencio y vulnerabilidad para abrazar ese relato jocoso del amor que tan familiar me resultaba. No creo que hubiese podido hacer otra cosa. Como he dicho, era joven, me creía el centro del mundo y nada de lo que hicieran otros podía ser más interesante que mis propias hazañas.

Apenas recuerdo mi partida. Veo el aeropuerto y quienes fueron a despedirme, me veo subiendo al avión, pero no recuerdo los días previos, ni la última noche que pasé en casa. O por lo menos no consigo evocar lo que entonces sentí, ni los pormenores. Sí recuerdo que Amín me advirtió, la última noche que pasamos juntos, que iba a perderme los fastos de celebración de la independencia, y que prometí enviarle los libros interesantes que fueran cayendo en mis manos. Recuerdo mi bochorno cuando Farida se echó a llorar en el aeropuerto, y la sonrisa de mis padres cuando me volví para

mirarlos por última vez. Los veo diciendo adiós con la mano, pero, por más que lo intente, no consigo evocar una sola de sus palabras. Míseras reminiscencias.

«¡Londres, Londres! ¡Londres, Londres! Yo lo he visto», como diría Léopold Sédar Senghor, que escribió el magnífico poema «Nueva York» después de visitar Harlem por primera vez:

¡Harlem, Harlem! ¡Harlem, Harlem! Yo lo he visto:
una brisa esmeralda de trigos que mana de los adoquines labrados por los pies descalzos de los danzarines.

Entonces no conocía el poema, pero cuando lo leí me recordó la primera vez que vi la ciudad desde el aire mientras el avión planeaba en un círculo antes de aterrizar. Fue como si saliera milagrosamente de la nada, como si yo ignorase hasta ese preciso instante que se erguía sobre el horizonte. Senghor, huelga decirlo, no se admiraba de que Harlem estuviese allí, sino que manifestaba su júbilo ante la visión de algo hasta entonces abstracto y largamente perseguido. Con su desatado lirismo celebraba haber llegado por fin a ese lugar, escenario del renacimiento de Harlem y la vitalidad de la diáspora africana que latía en sus poemas. En mi caso, Londres no tenía esa capacidad evocadora, y no avisté un solo pie desnudo arando las calles para que en ellas germinara la vida. Tampoco tenía la conexión espiritual y creativa que Senghor buscó y sintió en Harlem («Escucha a lo lejos cómo late tu corazón nocturno»), ni albergaba esa ilusión de conocer a la madre patria que tantos disgustos costaba a los antillanos, pero para mí —y para muchos otros, en distintos sentidos— Londres era una abstracción de proporciones míticas, un destino inalcanzable que ahora tocaba con mis manos, un lugar de arcano poder y misterio, fértil en asociaciones con nuestros sueños y aspiraciones personales. Mi propia exclamación, de haber hecho alguna, habría sido bastante más egoísta: «He aquí Londres, y heme aquí, por fin. ¡Seré afortunado!».

Mis recuerdos de esa época son fragmentarios, no porque me haya propuesto suprimirlos o negarlos, sino porque la percepción en

momentos de tanto frenesí se ve limitada de formas inexplicables, y porque los nuevos conocimientos tienden a sepultar los anteriores, y yo he acumulado bastantes en el tiempo que llevo aquí. Ojalá recordara más cosas. Sé que no pasé miedo ni me sentí intimidado, salvo en el sentido habitual de quien llega a un lugar desconocido y no acaba de orientarse, que recela de las malas intenciones y las burlas ajenas, que teme no saber interpretar la realidad. Me veía como alguien venido de muy lejos para unirse a una institución en la que habría otros como yo, concienzudos, modestos respecto a sus talentos pero secretamente ambiciosos, intelectuales en ciernes. Haría todo lo posible por deslumbrar, cosechar elogios y sentirme realizado, de manera que no tenía miedo, ni sospechaba siquiera qué cosas debía temer.

Llegué a Londres a finales de agosto y fui recibido por un hombrecillo flaco y desgarbado que representaba al British Council. Se le veía incómodo en mi presencia y apenas me hizo alguna pregunta banal entre prolongados silencios. Recuerdo que lucía una bufanda de la universidad que me dio envidia, y me prometí que algún día tendría una igual. Cogimos un autocar con destino a Londres, y luego un típico bus rojo de doble piso hasta Euston, donde me alojaría de forma temporal en una residencia universitaria hasta que empezara el curso. El funcionario del British Council me dijo con una sonrisa lánguida que regresaría al día siguiente, pero nunca volví a verlo. Había largos pasillos que daban a habitaciones desiertas y unos pocos estudiantes extranjeros arrimados a las paredes con aire cohibido. En algún lugar cerca de allí (el edificio de enfrente, según supe más tarde) había una cantina a la que debía ir a comer, pero no retuve ese dato, ni apenas nada de lo que me dijo el portero de la residencia. Pasé la primera noche sin probar bocado. Al día siguiente salí a dar un paseo y, usando una parte de las libras esterlinas que mi padre había cambiado en el prestamista del mercado para dármelas como regalo de despedida, compré una gran tableta de chocolate en un diminuto quiosco impregnado del aroma dulzón a tabaco de pipa que regentaba un anciano de complexión menuda ataviado con un cárdigan verde. Una vez localizada la cantina, tuve que armarme de valor para pisarla por primera vez, pues no sabía muy bien qué pedir y temía hacerme un lío con los cubiertos. Algo de miedo sí

tenía, al parecer. Lo poco que había visto de la ciudad, tan inmensa y frenética, me aterraba, y habrían de pasar varios meses para que superara ese terror, si es que alguna vez llegué a superarlo.

Para cuando empezaron los seminarios de integración que impartía el British Council, estaba bastante necesitado de ellos. Sentados en un aula y ataviados con nuestro surtido de trajes, a cuál más incómodo, escuchábamos a un hombre de tez rubicunda, incipiente calvicie y vientre voluminoso que se dirigía a nosotros con lo que más tarde aprendería a reconocer como el tono pretendidamente jocoso y ocurrente de los funcionarios. Nos miraba sonriendo y asentía, animándonos a disfrutar de su ingenio tanto como lo hacía él, invitándonos a no tomarnos la vida tan en serio. Salpicaba las frases con palabras como «palaver», «badmash», «hatari» o «inshalá», como dando a entender que conocía nuestras culturas. Nos llamaba «chicos» —éramos todos varones—, aunque creo que lo decía de un modo afectuoso, como si estuviéramos todos en el mismo barco, como si formáramos parte del mismo equipo. Nos informó de cómo comportarnos en sociedad, de lo que debíamos y no debíamos hacer si un inglés nos invitaba a su casa. Al llegar, debíamos frotar los zapatos a conciencia en el felpudo antes de entrar, por si traíamos barro pegado a las suelas, o algo peor. No debíamos descalzarnos, pues semejante informalidad no estaba bien vista. Si nos invitaban a comer, no debíamos atiborrarnos, ni engullir la comida deprisa, ni mucho menos eructar de forma audible. Tampoco debíamos repetir ni, desde luego, servirnos nosotros mismos, salvo que nos invitaran expresamente a hacerlo. Siempre había que dejar algo en el plato. No debíamos levantarnos de la mesa hasta que nos lo indicaran. Pasaron varios años hasta que pude emplear estos conocimientos, pero aquel funcionario también nos enseñó cosas más prácticas: manejar las libras esterlinas, coger el metro, dónde comprar material escolar.

Pasado un tiempo me trasladé a la residencia universitaria donde viviría de forma permanente y donde trabé amistad con otros estudiantes extranjeros. Tras un sinfín de gestiones, habiendo cogido el bus que me indicaron los funcionarios y localizado las oficinas administrativas de la universidad, logré matricularme en el curso que me tocaba, sintiendo en todo momento el temor a equivocarme y luego una fugaz sensación de triunfo al comprobar

que no había sido así. Fue con ese estado de ánimo victorioso que me senté a redactar mi primera carta digna de ese nombre. Había garabateado unos renglones nada más llegar (y luego había paseado el sobre en el bolsillo durante días hasta que encontré una oficina postal y reuní el valor necesario para entrar), pero ésa era mi primera carta propiamente dicha. No recuerdo en detalle lo que escribí, pero aún veo el escritorio, con ese suave tablero de formica que tan elegante y pulido me parecía. Supongo que en ella expresaba el alivio que sentía por haberme instalado sin ningún percance, sobreponiéndome a mi fama de soñador incapaz de manejarse en el mundo real. Seguramente decía que me consideraba muy afortunado por estar allí y me comprometía a esforzarme al máximo, además de comentar la inmensidad de Londres y sus populosas calles. Es muy posible que, pese a mi tono dicharachero, no lograra ocultar del todo la angustia que me producía lo que aún quedaba por hacer: el banco, la cantina, el médico, las tiendas, lugares todos ellos en los que podía hacer un ridículo espantoso.

Sé que no les habría confesado lo mucho que deseaba volver con ellos, la nostalgia que sentía. O lo mucho que echaba de menos todo lo demás: mis amigos, los olores de las calles, la brisa marina. Lo gélidos y despectivos que pueden llegar a ser los ojos azules. No les habría dicho nada de todo eso, no tan pronto, ni de buenas a primeras. No habría querido parecer abrumado y pueril. Y, cuando por fin me desahogué, fue sólo con Amín, cuando empezamos a escribirnos de manera regular a lo largo de los meses siguientes.

Hice amigos en la residencia, un grupo de estudiantes extranjeros como yo que estaban en el segundo o tercer año de la universidad. Me invitaron por señas a sentarme con ellos cuando el hambre me obligó a bajar a la cantina, me acogieron en su grupo y estaban muy pendientes de mí porque era un recién llegado. Los recuerdo a todos, y puesto que es importante no menospreciar estos actos de generosidad, me detendré a nombrarlos. El primero fue Andrew Kwaku, natural de Ghana, que era callado y observador, pero sonreía al menor contacto visual. Hablaba despacio, como si se concediera tiempo para sopesar lo que decía. Luego estaba Saad, un egipcio rechoncho y bonachón que lucía un grueso mostacho, como los caricaturescos policías de las películas egipcias que veíamos en casa. Era parlanchín y alegre, y hacía novillos con frecuencia. Era el

mayor del grupo, estaba en el último curso de radiología. Ramesh Rao venía de la India y por lo general se mostraba callado y comedido, un tanto insulso quizá. Se las arreglaba para parecer afable en todo momento, pero nada escapaba a su mirada, que contabilizaba, clasificaba y ponía precio a todo aquello que veía. Era el blanco de muchas de las insinuaciones sexuales que hacía Saad, dando por sentado que Ramesh no las entendía, lo que las volvía aún más desternillantes. Luego estaba Sundeep, también oriundo de la India, pero elegante y sofisticado allí donde Ramesh se mostraba cauto y observador. Saad opinaba que Sundeep tenía un aire cosmopolita, algo que éste apreciaba. Lucía una abundante y sedosa cabellera que cuidaba con esmero y un guardarropa exquisito del que presumía por lo menos una vez por semana, cuando sus amigos ricachones pasaban a recogerlo en coche. Miraba por encima del hombro a media humanidad, aunque no a nosotros y, dadas las circunstancias, su altanería me ayudaba a sobrellevar algunos de los desaires a los que nos veíamos sometidos. Por último, estaba el sudanés Amur Badauí. Andrew y él fueron los amigos con los que más intimé aquel primer año.

No era fácil confraternizar con los estudiantes ingleses, ni siquiera con los que iban a mi clase. La sensación de resistencia estuvo ahí desde el principio, como algo que intuía pero no se manifestaba a las claras. A mi llegada no habría sabido qué esperar de los demás, pero percibí esa resistencia en las tibias sonrisas que recibía en respuesta a las mías, radiantes y cálidas. La noté en cómo evitaban mirarme a los ojos, o cómo fruncían el ceño cuando yo seguía a los demás al salir de clase e intentaba sumarme a sus actividades de ocio, fueran cuales fuesen. Comprendí que no contaban conmigo cuando quedaban delante de la biblioteca, en la cafetería de la facultad o allá donde fueran. Lo veía en las fugaces miradas maliciosas que intercambiaban, en sus mal disimuladas sonrisas. A veces percibía vergüenza, sobre todo entre las chicas, aunque me daba la impresión de que se sentían intimidadas por los hombres en general. Y pronto llegó el día en que, mientras pululaba en torno al corro que se había formado al salir de clase, llegó a mis oídos un comentario demoledor. «¿Qué hace éste aquí?», dijo entre dientes, con impecable dicción y en tono ligeramente exasperado, un chico de cara redonda, estatura mediana y flequillo oscuro que

se llamaba Charles. En realidad no dijo «éste», sino «este algo», pero no me molestaré en intentar recordarlo. De manera que al principio percibí esta sensación de rechazo, más tarde ratificada por las risitas azoradas y los gestos de sorpresa e irritación que descubría en rostros anónimos por los pasillos y en las calles, y con el tiempo comprendí que mi presencia sembraba desconcierto y aversión. Fue algo que me sorprendió sobremanera, la verdad. Me llevó mucho tiempo aprender a no darle importancia, años, toda una vida.

No fue lo único que aprendí durante aquellas primeras semanas, pero el poso que dejaron aquellos intercambios ha permanecido intacto, mientras que otras impresiones han ido cambiando a la luz de la experiencia y los nuevos conocimientos. Vi y oí muchas otras cosas, y aprendí a convivir con ellas, o por lo menos a sobrellevarlas, como hacemos todos, sean cuales sean las circunstancias, pero mi primera lección en Londres fue aprender a convivir con el desprecio. No estaba solo: muchos de nosotros tuvimos que aprender esa misma lección, cada uno a su manera. Como tantos en situaciones similares, empecé a verme con creciente desagrado e insatisfacción, a mirarme a través de los ojos ajenos, a considerarme alguien que no merecía ser aceptado. En un primer momento lo achaqué a mi forma de hablar, a que era torpe y desmañado, ignorante y cohibido. Llegué a pensar incluso que resultaba empalagoso, que me esforzaba demasiado por caer bien a todo el mundo. Esas sonrisas de oreja a oreja con las que pretendía hacer amigos producían incomodidad a mis interlocutores, que se esforzaban por contener la risa. Luego me dio por pensar que la culpa la tenía mi ropa, barata, de mala confección y no tan limpia como debería, que tal vez me hacía parecer ridículo o ligeramente trastornado. Sin embargo, por mucho que intentara justificar el rechazo, no podía evitar sentirme dolido por las palabras despectivas, el tono destemplado de los pequeños roces cotidianos o la velada hostilidad de ciertas miradas fortuitas.

Comprendí que apenas sabía nada sobre Inglaterra, que ninguno de los libros que había leído ni los mapas que había memorizado me habían enseñado nada sobre lo que pensaban los ingleses del mundo y de las personas como yo. Tal vez no debería generalizar, como si los ingleses fueran todos idénticos, aunque estoy convencido de que existía un amplio consenso en la manera de

contemplar el mundo no europeo y a sus habitantes. Puede que en alguna ocasión me haya referido a esa hostilidad mal reprimida hablando de Gran Bretaña o de Europa en general, y no creo que por ello haya faltado a la verdad. Mientras vivía en mi pequeña isla, sumida en el tumulto de nuestros complejos dramas y relatos autocomplacientes, no comprendía la importancia de que los profesores ingleses nos hablaran de Shakespeare, Keats y la sección áurea, no había asimilado la magnitud global de lo que se me antojaba un fenómeno local. En el mundo colonizado abundaban los profesores ingleses que hablaban de Shakespeare, Keats y la sección áurea, pero lo importante no era lo que los súbditos pensaran de esos textos, sino el hecho mismo de que se impartieran esas materias. Los profesores tampoco eran ingleses en su totalidad, pero nosotros no habríamos sabido distinguirlos, y el hecho de saberlo tampoco habría cambiado nada.

Ésa fue otra de las lecciones que aprendí, junto con la noción de imperialismo. Sólo entonces comprendí que lo que en mi infancia pasaba por conocimiento del mundo se basaba en el arraigado convencimiento de nuestra propia inferioridad, que a su vez justificaba la soberanía europea. Tuve que asimilar esa realidad para poder empezar a comprender el significado del rechazo y el bochorno con el que me topaba y que al principio me resultaba insoportable. Uno de mis profesores habló conmigo acerca de esto. Tal vez se percató de mi incomodidad, o bien conocía de cerca el fenómeno al que yo me enfrentaba. «A los británicos les gusta pensar que son fríos y antipáticos —me dijo—. Les hace sentirse duros y astutos. Si les dices que son gente afable, empezarán a lloriquear y a compadecerse de sí mismos, creyendo que los tomas por unos crédulos. Muéstrate frío y distante y no tardarás en hacer amigos».

Hablábamos de estas cosas entre nosotros, claro está, pero no de lo que suponía vivirlas en carne propia. Creo que tendíamos a minimizar el complejo sentimiento de dolor y humillación que experimentábamos, o por lo menos yo sí experimentaba una sensación de injusticia e incomprensión al sentirme maltratado y despreciado a la vez. ¿Qué les ofendía tanto, cuando eran ellos los que habían salido a conquistar el mundo y convencernos de nuestra inferioridad? Esa sensación de estupor se acercaba más a lo que yo

sentía que la ligereza con la que hablábamos de estas cuestiones, sometiéndolas a nuestro propio juicio sumario y tratándolas con el mismo desprecio y condescendencia que nos reservaban. Aprovechábamos esas ocasiones para hacer inventario de agravios, los vividos en primera persona y los que conocíamos de oídas, las nimiedades y las grandes injusticias, debidamente aderezadas y adornadas a los efectos oportunos para abundar en la mezquindad de las personas entre las que vivíamos. Lo que no sabíamos era que nuestros gritos de protesta se juzgaban de antemano y se consideraban una muestra de mal genio y debilidad de carácter. Aprendí a eludir las preguntas que parecían invitarme a hablar de estas cosas porque iban acompañadas de una mirada escéptica, de tal manera que, antes incluso de que yo abriera la boca o empezara a enumerar mis míseros reproches, comprendía por su forma de mirarme, de ladear la cabeza o de sonreír sin despegar los labios que ya tenían una opinión formada al respecto. «Venga, suéltanos tu manida retahíla de quejas sobre los prejuicios raciales, con todo lo que hemos hecho por vosotros».

Si Sundeep estaba presente, era él quien llevaba la voz cantante durante esas sesiones de desahogo colectivo sobre los ingleses. Le brillaban los ojos de ira al relatar su amarga experiencia. Era el que más tiempo había vivido allí y saltaba a la vista que sabía de lo que hablaba, por lo que no es de extrañar que fuera el menos formal de nuestro grupo de estudiantes extranjeros. Tenía una compleja agenda de planes, compromisos y llamadas sobre la que se mostraba discreto y ligeramente misterioso, al punto de que evitaba contestar, frunciendo los labios con reticente cortesía, si alguien le preguntaba al respecto de un modo demasiado directo. Era capaz de zanjar uno de aquellos debates con una invectiva tan cruel y desdeñosa que sólo de escucharlo me estremecía de placer y culpa a la vez:

—Os digo que son escoria. Yo los conozco mejor que vosotros. No olvidéis que he ido a la escuela en este país. Se bañan una vez a la semana, como mucho, toda la familia en la misma agua mugrienta. Se limpian el culo con papel. Cada vez que estrechéis la mano a un inglés, corred a lavarla y ni se os ocurra llevaros comida a la boca hasta entonces. Sus mujeres son unas putas. Comen sangre, pezuñas y pelo, y fornican con animales. A juzgar por cómo hablan, uno pensaría que han inventado el mundo. Se les llena la

boca con la poesía, la ciencia, la filosofía… Y, sin embargo, todo lo que saben lo han aprendido de nosotros.

Sundeep tenía la delicadeza de incluirnos a Andrew y a mí en ese «nosotros», asintiendo en nuestra dirección. Nosotros veníamos del África más negra, y supongo que no quería que nos sintiéramos excluidos, aunque seguramente no creía que los europeos hubiesen aprendido demasiado de nosotros. Yo, desde luego, no alcanzaba a imaginar qué conocimientos podría haber adquirido nadie de mí o los míos que no hubiese podido alcanzar por sus propios medios tarde o temprano, pero las displicentes andanadas de Sundeep nos hacían reír y sentirnos lo bastante seguros como para lanzar también miradas desdeñosas a nuestro alrededor. Más tarde se convirtió en un escritor famoso por mofarse del fanatismo de africanos y musulmanes, pero entonces todos nos sumábamos gustosos a sus crueles descripciones de los ingleses.

De vuelta en mi habitación, escribía cartas, tres o cuatro por semana. Por las noches me sentaba a estudiar un rato y, cuando me cansaba, dedicaba cerca de una hora a redactarlas mientras sonaban de fondo las noticias del BBC World Service en el transistor Sony que había heredado de Saad. Las cartas fluían sin esfuerzo, diligentes, solitarias, nostálgicas, entusiásticas o altaneras, imagino, dependiendo del destinatario. Seguramente no medía demasiado mis palabras porque no creía tener nada que ocultar. Le escribía a Amín una vez por semana y repartía el resto de la correspondencia entre padres y amigos. Durante los primeros tiempos, no pasaba un día sin que hubiese una carta esperándome en el casillero de los estudiantes. El correo sólo tardaba tres días en llegar, de manera que podía enviar una carta y recibir la réplica en la misma semana, aunque eso no pasaba con la frecuencia que me hubiese gustado. En poco tiempo había agotado a todos mis corresponsales excepto a Amín. Mi madre adujo falta de tiempo y molestias en los ojos, por lo que se aficionó a enviar recuerdos, mensajes y recomendaciones a través de mi hermano, que a veces añadía algún comentario jocoso a sus palabras. De mi padre, en cambio, sólo recibí una carta durante esos primeros meses, una serie de consejos redactados con evidente esmero en un tono serio y solemne, aunque con el paso del tiempo he olvidado por completo su contenido. No creo que fuera muy larga, y tenía algo de ritual iniciático. Era una carta de padre a

hijo, una especie de bendición que me hizo sentir adulto y ligeramente huérfano, por más que supiera que no era ésa su intención.

A Amín le escribía sin cortapisas. Me desahogaba y me quejaba, lamentaba mi soledad, describía el indescriptible frío de ese invierno, las tormentas de nieve y los lagos helados. Él contestaba dándome noticias y ánimos. «La añoranza es inevitable. Has hecho amistades, y eso es muy importante. Pronto tendrás tantos amigos que ni te acordarás de nosotros. En serio, no te dejes vencer por la soledad y la tristeza, no lo permitas. Sácales el máximo partido a las circunstancias, porque lo importante es que puedas desarrollar tu talento y cultivar tu don, eso por encima de todo. Cuéntame más cosas sobre esos amigos tuyos, parecen buena gente. Háblame de la nieve. ¿Qué se siente al tocarla? Descríbemela». Eso hacía, y le relataba los debates y conversaciones con mis amigos, los lugares que visitábamos. En sus cartas, hasta me sugería lugares que visitar y cosas que hacer. «Te envidio la posibilidad de ver mundo. ¿Has ido ya al Museo Británico? ¿Has ido al teatro? Tienes que ir a ver alguna obra de Shakespeare, en Londres seguro que las llevan a escena como está mandado. ¿Has visitado ya Bush House?». En realidad, había pasado varias veces por delante de ese edificio mítico desde el que se emitían los partes radiofónicos del BBC World Service, y que para algunos era un símbolo más poderoso de Londres que Downing Street o la plaza de Trafalgar. Me había detenido a contemplar desde la acera de enfrente la magnífica construcción, que por un lado tenía forma de acorazado y por el otro recordaba una aldea de cuevas encaramada a la ladera de una montaña, y había pasado el rato viendo cómo la gente entraba y salía por las puertas giratorias sin poder evitar una punzada de decepción. Supongo que esperaba encontrar el edificio envuelto en un frenético campo de ondas sonoras que chisporroteaban sin cesar. Le hablé a Amín de estas visitas, de mis clases, de mis pequeños triunfos. Presumía de mis buenas notas y de los parabienes de los profesores como la prueba de que había valido la pena pasar tantas horas encerrado a solas en mi habitación, y él me pedía que le enviara una copia de esos trabajos para echarles un vistazo. Nunca le hice caso, pero sí le envié algunos de los libros que iba leyendo.

Recuerdo los primeros: *El sanador místico*, *Ve y dilo en la*

montaña, *Pasaje a la India*. Los compré en una librería de viejo de Charing Cross Road. Me quedé plantado delante de la tienda durante una eternidad, contemplando las obras expuestas en el escaparate mientras reunía el valor necesario para entrar, hasta que al final el librero, un indio de cierta edad, salió y me invitó a pasar. Me preguntó si llevaba mucho tiempo en Londres en un tono algo desabrido, incluso adelantando ligeramente el mentón: «Habla de una vez, miserable insecto». Yo no sentía la menor hostilidad hacia él; reconocía en esos modales bruscos el privilegio de la edad, pero también cierto interés implícito en mi bienestar, una invitación a intimar, y no me costaba imaginar a mi padre o mi madre hablándome en el mismo tono. Le dije que llevaba unas pocas semanas en Londres y el librero asintió, pero me di cuenta de que reprimía una sonrisa. Me preguntó si estaba buscando algo en particular, a lo que contesté que quería comprar algunos libros interesantes para mandarle a mi hermano. Ésos fueron los que me sugirió. Ahora me pregunto por su historia, cómo acabaría vendiendo libros en esa calle, y si no habría algo de sarcasmo en su sonrisa. «He aquí a otro papanatas que se dispone a pasar por el aro», imagino que pensaría. Me pregunto si sabría que, cuando me invitó a leer esos libros, fue como si encendiera una antorcha que alumbró un sendero oscuro.

Tardé bastante en volver y, cuando lo hice, cerca de un año después, había otro librero. Por su forma de saludarme, deduje que era alemán u holandés. Por entonces no tenía el oído entrenado para distinguir acentos, y sólo alcancé a percibir cierto deje extranjero. Mi suposición se basaba sobre todo en su aspecto físico. El caso es que me dedicó una sonrisa y siguió a lo suyo y, tras curiosear unos instantes sin decantarme por ningún título, me marché discretamente.

Amín me escribió la víspera de la declaración de independencia. Todavía conservo esa carta, magníficamente escrita en un tono pausado y reflexivo, en la que plasmaba su esperanza de que todo saliera bien en una época de optimismo y grandes ideales. Han pasado muchos años desde la última vez que la leí, y no creo que vuelva a hacerlo, pero recuerdo su tono, la belleza formal y la sobriedad de sus palabras. Escribía tan bien, con tanto ingenio y naturalidad, que a menudo me descubría sonriendo al leer sus

cartas, no porque fueran especialmente graciosas, sino por lo placentera que resultaba su lectura.

En la televisión dieron la noticia de la ceremonia de independencia. ¡Salíamos en la tele! Por entonces las imágenes eran en blanco y negro y la ceremonia tuvo lugar a medianoche, como era habitual en estos casos, para añadir un toque de simbolismo místico al ritual y conferir así un aura sagrada a la transferencia literal del peso del poder. Las breves imágenes captadas de noche y con escasa iluminación no permitían reconocer el paisaje, distinguir las casuarinas que bordeaban la playa ni percibir el sonido del oleaje pese a la cercanía del mar. Lo único que se vio fue el arriar de la bandera británica y a los soldados desfilando en presencia del príncipe Felipe, que asistió a la ceremonia en posición de firmes. A su derecha estaba el sultán, ataviado con una túnica negra, y a su izquierda el gobernador británico, luciendo uniforme blanco y un salacot emplumado. La voz engolada del reportero convirtió aquellas escenas en una de las estampas imperiales que tanto abundaban en los noticiarios, en las que todos se comportaban con la dignidad acorde a su cargo. La noticia sólo duró unos instantes, y pronto pasaron a otra cosa. Casi exactamente un mes después, yo estaba escuchando el parte nocturno del BBC World Service cuando anunciaron el derrocamiento del gobierno recién instaurado. La información llegaba a través de una radioaficionada, esposa de uno de tantos funcionarios coloniales que se quedaron en el país tras la proclamación de la independencia para colaborar en el traspaso de poder. O quizá no fuera una radioaficionada, sino una persona adiestrada y equipada para hacer exactamente lo que hizo si se confirmaban los peores pronósticos. Emitió el comunicado desde su casa, escondida debajo de la cama, levantando la voz y hablando apresuradamente en tono angustioso porque las balas silbaban a su alrededor. El locutor mencionó su nombre y la reconocí como la monitora de educación física de la Facultad de Magisterio femenina. Daba gusto verla en las competiciones deportivas interescolares, tocando el silbato, repartiendo diplomas a los ganadores, afanándose de aquí para allá a grandes zancadas. Fue ella, en cualquier caso, quien anunció al mundo nuestra más reciente vileza.

En los días siguientes llegaron noticias de nuevos disturbios violentos y matanzas, así como sucintos y agudos análisis de la

situación por parte de periodistas y comentaristas expertos en la zona, pero no recibí una sola noticia o carta de mi familia, y sólo semanas después, cuando lo sucedido ya no admitía discusión, pude dejar a un lado la incredulidad, el miedo y la vergüenza para empezar a entender el terror que había asolado mi tierra. Cuando llegó la primera carta de Amín, semanas después, estaba escrita en un tono breve y cauteloso, y era evidente que el sobre había sido abierto. Me informaba de que habían recibido una carta mía ese mismo día, pero ninguna de las que yo aseguraba haber enviado antes. También decía que todos estaban bien y que me cuidara. Deduje por sus palabras que no podía escribir libremente y que yo tampoco debería hacerlo. Les comuniqué a mis amigos que por fin había recibido noticias de casa y que nadie cercano a mí había resultado muerto o herido, como habíamos llegado a temer. Compartieron mi alivio, tal como habían compartido la angustia y la congoja de las semanas anteriores, pero a partir de entonces apenas volví a mencionar el asunto en su presencia. Tarde o temprano, todos habríamos de lamentar alguna tragedia distante y aprender a llorar nuestras pérdidas de puertas adentro.

Algún tiempo después me llegó una carta de mi padre, maltrecha, arrugada y remitida desde Mombasa, en la que me contaba las atrocidades cometidas, me decía que el peligro no había pasado y me advertía que no volviera bajo ningún concepto. Yo no sabía qué contestar por temor a ponerlos en aprietos, y las cartas que me escribía Amín, cada vez más espaciadas entre sí, eran breves e impersonales. «Ba se ha quedado sin trabajo, como tanta gente. Muchas cosas han cambiado. Ma no ha podido conseguir medicamentos para los ojos y está cada vez peor de la vista. Refunfuña bastante, como es lógico. Pero todo va bien y todos te mandan recuerdos».

En los meses que siguieron empecé a verme como alguien que había sido expulsado de su país, un exiliado. Dicho así, da la impresión de que fue un proceso gradual, y es cierto que tardé mucho tiempo en encontrar las palabras adecuadas para describir la situación en la que me encontraba, pero había empezado a sentirlo mucho antes. La carta en la que mi padre me advertía que no volviera me había dejado estupefacto, paralizado y mudo de pánico. ¿Qué iba a hacer, sino regresar a casa? ¿A qué se refería cuando me

instaba a no regresar bajo ningún concepto? ¿Adónde iba a ir, si no? Sólo cuando esta oleada de pánico remitió y los días fueron pasando sin que hubiera ningún cambio, sin que llegara otra carta suya desdiciéndose de aquellas advertencias, me puse a buscar palabras que explicaran lo sucedido, palabras que susurraba para mis adentros, reprochándome y burlándome de mi propia autocompasión. Por primera vez desde que había llegado a Inglaterra, empecé a verme como un inmigrante. Comprendí que hasta entonces creía haberme embarcado en un viaje de ida y vuelta que me llevaría a alcanzar la meta antes de regresar a casa, pero ahora temía que el viaje hubiese llegado a su fin, condenándome a pasar el resto de mi vida en Inglaterra como un extraño en tierra de nadie.

Andando el tiempo me acostumbré a convivir con el desarraigo hasta volverlo tolerable. En mi día a día, ese desarraigo se convirtió en una especie de etiqueta cuyo origen no sabría precisar. Pronto empecé a hablar de blancos y negros como todos los demás, comprobando que la mentira brotaba de mis labios con creciente facilidad, reconociendo lo idéntico de nuestras diferencias, aceptando una visión atenuada de un mundo racializado. Y es que, cuando aceptamos la distinción entre blancos y negros, también accedemos a limitar la complejidad de lo posible y alimentamos las falacias que durante siglos han estado y seguirán estando al servicio de insaciables ambiciones de poder y patológicas egolatrías. No obstante, seguía aferrado a mis mentiras, convencido de que encerraban una verdad universal, y buscaba algo parecido a la autoafirmación en estridentes canciones de protesta y rebelión (de las que participaba más en espíritu que de viva voz). Por entonces abrí los ojos a las mentiras aún más grandes que nos tenían a todos atados de pies y manos, sin escapatoria posible. En medio del tumulto provocado por los conflictos bélicos, la lucha por los derechos civiles y el *apartheid*, con la sensación de ser testigo de un momento en el que se dirimían las cuestiones más apremiantes de nuestro mundo, había tenido que mantenerme al margen de las atrocidades que se cometían en mi país. Éstas no tenían cabida en ese debate de polaridades limitadas y certezas definidas. Lo único que podía hacer era sufrirlas en silencio y lidiar a solas con mi cargo de conciencia.

Me concentré en los estudios y me fui distanciando de los amigos extranjeros, o bien cada cual siguió su propio camino. Andrew fue el que conservé durante más tiempo. Antes de que regresara a Ghana, aprovechamos sus últimas vacaciones para hacer un viaje desternillante al Distrito de los Lagos. Por entonces, al doblar una esquina de cualquier pequeña ciudad de provincias o un recodo de cualquier carretera rural, podías toparte con alguien que se quedaba estupefacto, atónito y asombrado de ver a una persona de piel oscura. Nos pasó unas cuantas veces en el Distrito de los Lagos y maldita la gracia que nos hizo, en realidad, pero nos lo tomábamos a broma y fingíamos ser de todo menos lo que éramos. Nos hicimos pasar por brasileños, por dos príncipes de Madagascar, por curas recién llegados de Panamá, y cuando le hablé a Andrew de mi obsesión infantil por Italia, hasta intentamos hacernos pasar por italianos durante un tiempo. La gente parecía dispuesta a creer cualquier patraña sobre nosotros, aunque es posible que nos siguieran la corriente porque parecíamos desequilibrados e infantiles. A nosotros todo aquello se nos antojaba hilarante, quizá porque éramos jóvenes, nos creíamos más graciosos que nadie y nos comportábamos como si viviéramos en una versión vagamente absurda de la realidad.

Hoy en día Andrew vive en Estados Unidos, donde enseña sociología en una universidad de Montana. No logró adaptarse a Ghana, que acabó sucumbiendo al lodazal de la corrupción, como sucedía en todas partes. Me llama como mucho una vez al año y no hemos vuelto a quedar en persona ni siquiera cuando ha recalado en Londres de camino a otro sitio. No creo que volvamos a vernos en lo que nos queda de vida. ¿Cómo me las arreglaría para llegar a Montana, y qué sentido tendría hacerlo? Cada conversación telefónica suena más forzada que la anterior, nuestra alegría, más falsa. Las preguntas que nos hacemos son una promesa de amistad que ninguno de los dos puede cumplir del todo. A veces me pregunto qué lo impulsa a llamarme a unas horas que a mí me resultan intempestivas. Yo nunca lo llamo, aunque siento que debería hacerlo. No sabría qué decir, ni por dónde empezar. Me pregunto si me llama porque se siente nostálgico, porque lleva una vida solitaria, o acaso me llama el día que se levanta animoso y dicharachero, o simplemente cuando se sonríe al recordar algo que

vivimos juntos. Me entristece comprobar que la apatía va consumiendo de forma imparable, sin que apenas reparemos en ello, todos nuestros afectos y amistades.

Ya que estamos, contaré lo que sé de la suerte que corrieron los otros amigos que hice al poco de llegar a Inglaterra. Amur aceptó un puesto temporal en el departamento árabe del BBC World Service. Pretendía trabajar en la radio cuando volviera a Sudán, de modo que ese puesto temporal contaba como formación. Por fin pude entrar en Bush House, franquear las imponentes puertas del edificio, subir muy ufano por la majestuosa escalinata y pasearme por su laberinto de oficinas y estudios de grabación. Recuerdo que Amur consiguió colarme en el edificio inventándose una supuesta entrevista conmigo. Es posible que entonces los controles de seguridad fueran menos estrictos, porque no recuerdo que nadie comprobara mi identidad ni me preguntara nada. Huelga decir que Bush House me decepcionó, porque me había acostumbrado a imaginarla como una voz que viajaba a través del espacio entre chasquidos e impulsos eléctricos, salvando miles de kilómetros para transmitir las noticias del mundo con imparcial solemnidad. El vestíbulo y la escalinata estuvieron a la altura de mis expectativas, pero los estudios y las oficinas eran cuchitriles de techos bajos, mal ventilados y abarrotados de gente. Sin embargo, en todas partes se respiraba un infatigable trajín y debo confesar que sentí envidia de Amur. Sólo pasó allí unos pocos meses y luego regresó a Sudán, tras lo cual le perdí completamente la pista. A veces, cuando me da una de esas absurdas venas nostálgicas que me impulsan a localizar a todos los amigos que he ido perdiendo a lo largo del tiempo, y que por lo general se disipan con los primeros rayos del sol, se me ocurre buscar la frecuencia de Radio Sudán para sorprenderlo describiendo las aguas del Nilo o las áridas llanuras de Dhofar, o por lo menos para comprobar que sigue teniendo buena voz. Sin embargo, antes incluso de que salga el sol me convenzo a mí mismo de que sus palabras no tendrían ningún sentido para mí, que ni siquiera sabría si se trata del mismo Amur al que conocí y que seguramente, más que llenar las ondas con su voz aterciopelada en Radio Sudán, ejerce de maestro de escuela en Dubái o Sharjah.

En lo que respecta a Sundeep, ya he dicho que es un escritor relativamente famoso. Pasó un año viviendo en Malawi y escribió

una novela elegante y mordaz sobre ese país, una irreverente sátira sobre la absurda realidad poscolonial en la que se mofaba de los buanas imperiales que se convirtieron en residentes extranjeros privilegiados sin llegar siquiera a abandonar las casas que en su día les pusiera el gobierno, servidumbre incluida. No creo que a los buanas les molestara demasiado la novela; sabían de sobra a quién debían esas casas y muchas otras cosas, quiénes tenían el derecho moral de ocuparlas y pasearse tan campantes por sus jardines de abigarrado diseño. Al presidente Banda, en cambio, la sátira no le hizo ni pizca de gracia y vetó su distribución en Malawi. Para entonces, Sundeep estaba bien lejos, a salvo de todo mal, y el hecho de que su libro se prohibiera por orden de un presidente vitalicio en la cúspide de su deriva autoritaria no hizo sino contribuir a forjar su reputación. Desde entonces ha escrito otras novelas sofisticadas y provocativas que le han granjeado numerosos admiradores. He leído la mayor parte de sus obras, pero ya no las espero con ilusión; creo que, pese a estar escritas con un estilo mordaz y fluido, se adivina en ellas una creciente seguridad en los propios juicios, y estar muy convencido de algo es el primer paso hacia el sectarismo. Es un dogma liberal, paradójico en sí mismo, que, llevado a su extremo, nos aboca a la idea de que sólo desde la frivolidad podemos abordar algo de forma seria. Yo no pretendo llegar a ese extremo. Sundeep ha encontrado un objeto de estudio en África, y en sus libros vuelve allí una y otra vez, pero lo que escribe sobre sus habitantes revela intolerancia y un desdén gratuito, cierto afán de exhibición que me recuerda al joven que fue. Tampoco lo he visto en persona a lo largo de todos estos años, aunque le escribí una carta para felicitarlo cuando publicó su primera novela.

Ramesh es un economista de renombre internacional que defiende los límites morales del desarrollo capitalista. Aparece citado en sesudos artículos de opinión, asesora a varios gobiernos y organismos de Naciones Unidas y ocupa una cátedra de Economía en una importante universidad estadounidense (no recuerdo cuál). Asistí como oyente a una de sus charlas cuando vino a dar un ciclo de conferencias en la London School of Economics, y vi cómo salía a relucir su temperamento cauto y reflexivo, pero habló con un aplomo y una convicción inconfundibles. Me acerqué a saludarlo y me recibió con una sonrisa cauta que no se contagió a la mirada,

por lo que deduje que no me había reconocido. Cuando lo hizo, asintió con gesto solemne mientras yo sonreía de oreja a oreja, anticipando un saludo más amistoso, y entonces me preguntó si todo iba bien. Contesté que no podía quejarme y confiaba en que él pudiera decir lo mismo. Vaciló un instante y luego apartó la mirada. Me habría sentido mal si no hubiese ido a saludarlo. Me vino a la mente Saad, y las bromas con las que atormentaba a Ramesh, y ese recuerdo me hizo sonreír. No sé qué fue de él.

Pero todo esto vino después. En ese momento, tras la dispersión de mis amigos, me limité a dejarme llevar por las circunstancias, viviendo al día, estudiando con ahínco, empeñado en satisfacer una ambición que ignoraba poseer. Para situarme a la altura de esa ambición no reconocida, hube de superar los niveles de exigencia que los ingleses se habían impuesto a sí mismos, aunque aborreciera buena parte de lo que representaban. Por eso detesté lo que tuve que hacer, y detesté tener que hacerlo, y me sentí triunfal cuando por fin alcancé mi objetivo. Cualquiera que me conociese seguramente creería que me preocupaba más dar con el lenguaje crítico adecuado para redactar mi tesis doctoral que los asuntos de ese terruño lejano que había abandonado años atrás, cuando lo cierto es que, en la soledad de mis míseras habitaciones de estudiante, lloraba de pena y remordimientos por aquellos a los que había perdido. Cuando recibía las taciturnas cartas de Amín, las temía como si fueran acusaciones, aunque su tono siempre era comedido y hasta se fue aligerando conforme sus vidas se fueron volviendo más llevaderas. Yo contestaba de manera regular pero no frecuente, siempre midiendo mis palabras. A menudo tenía la impresión de que sólo le contaba anécdotas anodinas o incluso inventadas, y entonces me esforzaba por transmitirle alguna noticia, algo dotado de sustancia y detalles: dónde había estado, qué había hecho, la huelga de ferrocarriles, el tiempo. Las primaveras están en flor y ojalá pudiera describirte la delicadeza de su color cremoso, tan sutil a su manera como la fragancia del jazmín en una noche fresca. De pronto ha salido el sol y todo se ve precioso, el paisaje ha cambiado. Los jardines se han llenado de flores y los árboles de los parques lucen su nuevo y abundante follaje. No te imaginas lo hermosa que es Inglaterra cuando se llena de verde. Una vez, a finales de la primavera, tras una inesperada nevada nocturna, vi

caléndulas en la nieve.

Imaginaba a Amín leyendo estas palabras a mis padres y a Farida, y me parecía ver el desaliento y la perplejidad estampados en su rostro. ¿Por qué nos cuenta todo esto? ¿Acaso no entiende que vivimos sumidos en el miedo, la confusión y la escasez? ¿Por qué no nos manda algo útil en vez de todas estas majaderías? En cierta ocasión les envié un calendario con imágenes de la campiña inglesa. Las atribulaciones y cuitas de mi día a día nunca me parecieron lo bastante importantes para compartirlas con ellos. Puestas negro sobre blanco, hasta a mí me parecían irrelevantes.

Y entonces, tras años de lo que ahora se me antoja un esfuerzo inconcebible, pude al fin escribirles para darles la noticia de que había acabado los estudios, me había doctorado y, milagrosamente, había encontrado empleo como docente en una universidad. Había tenido que mudarme lejos de Londres, al sur del país, algo que me venía de perlas. Me alegraba de dejar atrás la gran urbe, sucia y masificada, para instalarme en una ciudad pequeña. El cambio me sentaría muy bien. Viviría en una calle tranquila de las afueras, cultivaría un pequeño huerto y me dedicaría a lo mío. Para relajarme, saldría a pasear en la luz plateada del crepúsculo o me metería en una sala de cine. Recibí respuesta a mi carta esa misma semana, como en los viejos tiempos.

«Querido hermano, qué orgullosos estamos de ti. Muchas, muchísimas felicidades. Cuando he leído tu carta a Ma y Ba, esta misma tarde, han roto a llorar. Primero él, con lagrimones que le resbalaban por las mejillas, sorbiéndose la nariz e intentando no perder la compostura; luego se le ha unido Ma entre sollozos, y por último Farida y yo, hasta que hemos acabado todos llorando a moco tendido como si hubiésemos perdido la chaveta. Supongo que llorábamos de orgullo. Pese a estar tan lejos de nosotros y de haber tenido que bregar tú solo con todos los obstáculos y dificultades a los que te habrás enfrentado a diario, has sido valiente y te has mantenido firme hasta alcanzar esa meta que te llevó tan lejos. Creo que también llorábamos porque la vida nos ha privado de ti, porque en otras circunstancias estaríamos pensando en recibirte con los brazos abiertos. Bravo por ti, mi pequeño italiano. Cuando he acabado de leer tu carta en voz alta, Ba la ha cogido y ha vuelto a leerla para sus adentros, aunque ya lo había hecho una vez. No

anda muy fino, que Alá lo proteja, y no se aventura demasiado lejos. Han sido tiempos difíciles para todos, pero para unos más que para otros. Después de releer tu carta, la ha guardado en el bolsillo de la camisa y ha salido a dar un paseo, y allá donde iba, según he comprobado al salir más tarde, ha proclamado la noticia a los cuatro vientos. Si de él dependiera, lo anunciaría por la radio esta misma noche. Creo que se ha cansado más de la cuenta y ahora mismo está durmiendo a pierna suelta en el sofá. Farida aún sigue con nosotros, y también te manda muchas felicidades. Por fin se ha casado con Abbas. Han tenido que esperar todo este tiempo para conseguir los papeles. La boda se celebró hace unas semanas y Farida se marchará dentro de unos días para reunirse con él en Mombasa. Me pide que te diga que te escribirá desde allí (yo que tú esperaría sentado). Cuéntanos cosas de tu casita en las afueras en cuanto te hayas instalado, pero de momento recibe la bendición de Ma y Ba y los besos y abrazos de todos nosotros. Amín».

Huelga decir que a mí también se me saltaron las lágrimas al leer su carta, sobre todo la parte en la que todos rompen a llorar al unísono como si hubiesen perdido el juicio. En cierto sentido, fue como si estuviera con ellos. Volví a llorar cuando llegué a la parte en la que Amín elogiaba mi valor y tenacidad. Cuando pensaba en las penalidades que les había tocado vivir, me consideraba un privilegiado y daba por sentado que ellos opinarían lo mismo. Yo también me enorgullecía de no haber tirado la toalla, aunque en el fondo no tenía más alternativa que seguir adelante, pero qué maravilloso era descubrir que mi familia me tenía en tan alta estima. Cuando Grace volvió del trabajo, le enseñé la carta, convencido de que se emocionaría al leerla. Y, en efecto, cuando llegó a la parte en la que todos se deshacen en lágrimas no pudo evitar romper a llorar, y yo no tuve más remedio que sumarme a ella. ¡Ay, cuánta alegría había en esa carta!

Amín no sabía nada de Grace, aunque ella sí que lo sabía todo sobre mi familia.

Me ha costado más de lo previsto llegar hasta Grace. No me había propuesto explayarme tanto sobre mis primeros tiempos en Inglaterra. Al fin y al cabo, qué podría decir que no hayan dicho otros antes que yo. Quería explicar qué me ha llevado a escribir la historia de Amín y Jamila, y por qué, una vez que empecé a darle

vueltas, me he visto obligado a imaginar cómo se habrían conocido la abuela de Jamila, que se llamaba Rehana, y Pearce, el inglés, y cómo acabaron juntos viniendo de mundos tan distintos, tan alejados entre sí. Sin embargo, en cuanto me he puesto a escribir sobre mi llegada a Inglaterra, no he podido evitar que afloraran muchos otros recuerdos, ni revivir la amargura y la decepción de esa experiencia, que siguen frescas en mi memoria pese al tiempo transcurrido. Será mi carácter egocéntrico. En cuanto empiezo a hablar de mí mismo divago sin parar, obligando a callar a todos los demás y acaparando la atención. Eso solía decirme Grace, y también que ese egocentrismo es uno de los factores que han acabado distanciándonos, pero no pienso meterme en ese jardín.

Grace no se fue hasta al cabo de muchos años, y durante la mayor parte de ese tiempo nuestra vida compartida fue más que tolerable. Hubo momentos de felicidad y plenitud, nos ayudamos a madurar y nos brindamos consuelo frente a los recuerdos y las frustraciones. Pero al final nuestras diferencias se volvieron absurdas, venenosas, y ella anunció que se marchaba mientras seguía teniendo ganas de vivir y la esperanza de volver a encontrar el amor. Intenté disuadirla, claro está, pero una vez que empezó a hablar ya no hubo marcha atrás y, cuanto más hablaba, más claro lo tenía. Un buen día cargó el coche y partió rumbo a su nueva vida (aunque regresó más adelante para recoger las cosas que no pudo llevarse entonces). Yo seguí viviendo en aquella calle tranquila de las afueras, a escasa distancia de la universidad, y no necesitaba el coche.

Para entonces me sentía exhausto, y pensé que viviría su partida con alivio, pero nunca me he sentido más solo y desdichado. Comprendí que me había acostumbrado a su forma de hacer las cosas, de pensar y razonar, y que hasta cierto punto había acompasado mi existencia a la suya. De pronto, en su ausencia, me costaba seguirle el ritmo a mi propia vida. Le abrí mi corazón a Amín. Para entonces seguíamos escribiéndonos, aunque de forma intermitente. Por lo general, yo no tenía nada demasiado interesante que contar, y los detalles de mi existencia eran demasiado banales o complicados para empezar a tirar del hilo con alguien que no estaba presente. Él me escribía cuando había alguna novedad, a menudo triste, y creo que le apenaba hacerlo. Cuando le

conté que me había separado de Grace, me contestó enseguida para decirme que lo sentía y mencionó lo mucho que había sufrido al perder a Jamila veinte años atrás. Fue entonces cuando me planteé contar su historia. Con el paso de los años, había llegado a la conclusión de que el romance entre ambos no pudo haber sido como yo creía entonces, al dar por sentado que mi hermano era un gallardo mozalbete que había protagonizado un audaz acto de seducción, pero entonces sólo alcanzaba a imaginar el amor como un cliché. Con la experiencia de mis años con Grace, empecé a intuir la tragedia que había marcado la vida de Amín, y quizá también la de Jamila, aunque apenas sabía nada de ella. Pero conocía bien a mi hermano, y recordaba la noche en que todo salió a la luz y el silencio de esos días previos a mi partida, así como su posterior mutismo en todo lo relacionado con esa cuestión. Con el tiempo, el hecho de que nunca la mencionara ni lamentara aquella abrupta separación se me antojaría inexplicable, y esa ausencia fue cobrando un peso cada vez mayor. En mis cartas, siempre le decía en broma que a ver cuándo se casaba, y él contestaba en el mismo tono de chanza que le gustaba la vida de soltero. De modo que, cuando mencionó a Jamila por primera vez desde que yo me había marchado de casa en referencia a mi ruptura con Grace, comparando su pena con la mía, me di cuenta de que había renunciado a mucho más de lo que yo creía. Entonces disponía de tiempo para reflexionar sobre muchas cosas en las que antes no había reparado, así que me propuse escribir sobre lo sucedido entre ambos.

Un día, mientras intentaba poner su historia en palabras, recibí un telegrama de Amín en el que me anunciaba la muerte de nuestra madre. En casa no había teléfono, pero llamé a la sede local del partido y dejé un mensaje, que era nuestra forma de comunicarnos en caso de urgencia. Volví a llamar más tarde y me dijeron que le habían transmitido mi mensaje y que Amín se había quedado tranquilo al saberme informado de la noticia. A solas y en silencio en mi tranquila calle de las afueras, lloré la muerte de mi madre, a la que no había visto en veintidós años. Cuando reflexiono sobre mi vida y la persona en que me he convertido, pienso en las batallas que mis padres libraron para poder vivir y amar como querían. Pienso en los planes que tenían para nosotros, en sus desvelos

respecto a nuestro futuro, en mi propio empeño por salir adelante en un entorno hostil. Tanto devanarme los sesos y luchar a brazo partido para llegar a esta pobre existencia apática que podría haber alcanzado sin esfuerzo alguno. La ironía es un espejo implacable que nos lo devuelve todo.

Unas semanas después de recibir ese telegrama, me llegó otra carta de Amín (por entonces empezaba a temerlas), en la que me hablaba por primera vez de su propia ceguera. Había perdido por completo la visión de un ojo y empezaba a perder la del otro. Era la misma infección que había dejado ciega a Ma, pero no había medicamentos ni hospitales para tratar a mi hermano, tal como no los había habido para ella. Le contesté instándolo a venir a Inglaterra. «Pediré un préstamo sobre la casa y te llevaremos a un médico privado. Aquí pueden hacer de todo. ¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora? Ven para acá, no seas tonto. No desperdicies lo que te queda de vida». Pero Amín me dijo que era demasiado tarde, que ya no se podía erradicar la infección. Eso le había dicho el médico al que fue a ver en Dar es-Salam. Además, no podía dejar solo a Ba. «Si te soy sincero —dijo—, ya no me importa demasiado no ver. En estos últimos años he comprobado que, en el país de los ciegos, ser tuerto ya acarrea bastantes problemas. Pero más importante que las quejas de unos viejos achacosos es una noticia que atañe a Farida: resulta que el año pasado publicó una recopilación de poemas en Mombasa, y cuando vino al funeral de Ma me trajo un ejemplar del libro. ¿Quién hubiese imaginado que Farida acabaría dedicándose a la poesía? Pues resulta que lleva años escribiendo, aunque como es tan risueña y siempre está de cachondeo, nadie la toma en serio. Pero no tiene un pelo de tonta, eso lo he sabido desde hace mucho tiempo. El caso es que el libro ha recibido muy buenas críticas; de hecho, la han invitado a leer algunos de sus poemas en la radio. Ahora ha viajado a Roma para participar en no sé qué acto cultural, y te enviará un ejemplar del libro desde allí. No sé por qué te lo manda desde Italia y no desde Mombasa, pero eso es lo que me ha dicho. Es su primer viaje a Europa, y a lo mejor cree que echarlo al correo desde ahí la hará sentirse más cerca de ti. Le daré un detallito para que te lo haga llegar de mi parte. De momento, te mando un abrazo y mis mejores deseos».

Unas semanas después me llegó un paquete postal desde Roma con la recopilación de poemas de Farida, titulada *Kijulikano*. «Lo que se sabe». Dentro del paquete venía otro más pequeño, envuelto en papel de estraza y atado con un cordel. Mi nombre estaba escrito por fuera del paquete y reconocí la caligrafía de Amín. Farida no había incluido ninguna nota en el libro, y tampoco me lo había dedicado. No era muy dada a mantener correspondencia y jamás contestó a una sola de mis cartas a lo largo de los años, pese a las vanas promesas que hacía a través de Amín, asegurando que lo haría en cuanto terminara tal o cual tarea. En la contracubierta había una fotografía suya. Parecía la típica foto de pasaporte, de alguien que se hubiese presentado en el fotógrafo de improviso y le hubiese encargado la foto sin demora y sin andarse con muchos remilgos. Tal vez fuera de camino al hospital para ver a una tía enferma y no quisiera perder más tiempo del necesario. Llevaba puesto el buibui, con el velo echado hacia atrás para posar ante la cámara, pero lista para volver a ceñírselo en torno al rostro en cuanto saliera a la calle. Usaba gafas de montura mixta, plástico oscuro por arriba y metal por abajo, y sonreía de oreja a oreja, como si el fotógrafo la hubiese hecho reír con alguna ocurrencia inesperada, o quizá sonreía a su marido, Abbas, que la había acompañado y estaba presente pese a no salir en la foto. Mientras contemplaba a esa risueña mujer de mediana edad, comprendí que apenas la conocía ya.

El libro tenía la siguiente dedicatoria:

> *A mis padres, que me enseñaron a cuidar de los demás. A Amín, que es bueno, y a Rashid, que nunca nos ha dejado. A Abbas, con todo mi amor.*

Que nunca nos ha dejado. Nadie como un poeta para contar una mentira capaz de tocarte la fibra. Los había dejado, ya lo creo que sí, pero agradecí la generosidad que había detrás de sus palabras. Ni que decir tiene que sus poemas me sorprendieron. Eran conmovedores, delicados e íntimos como nunca me hubiese esperado, fruto de una mirada tan inteligente como implacable. Muchos de ellos hablaban de las pequeñas existencias que tan familiares me resultaban, y retrataban con especial mordacidad las

vidas femeninas. Supuse que el título del libro era un guiño intertextual a una recopilación de poemas de Shaaban Robert. Uno de los poemas hablaba sobre Amín y Jamila sin nombrarlos, y lo leí con los ojos arrasados en lágrimas. El libro me dejó sin palabras, desde luego. Supongo que siempre resulta sorprendente leer algo que ha escrito un hermano o hermana, alguien que uno ha conocido muy de cerca desde la niñez. Pero Amín estaba en lo cierto: yo siempre había pensado que Farida era un poco corta de entendederas —algo a lo que contribuían su pobre expediente académico y su sempiterna sonrisa—, o por lo menos cándida hasta el punto de parecer tonta. Hacía mucho que no sentía la necesidad de reevaluar mi opinión sobre ella, pero aquellos poemas me hicieron comprender lo equivocado que estaba. Le escribí para darle mi más sincera enhorabuena sin mencionar lo mucho que me había sorprendido.

Releí los poemas varias veces, sobre todo el que aludía a la relación entre Amín y Jamila. Me hizo desear tener el coraje y el talento para escribir con esa franqueza y humildad. La lectura repetida de los poemas también me servía de excusa para no abrir el paquete de Amín. Era evidente que contenía un libro, y me daba un poco de pánico que lo hubiese escrito él. Imaginar cómo habría relatado su propia versión de los hechos me produjo una inesperada angustia.

8

Amín

¿Soy uno? Soy el agua en la que ella se funde conmigo. Nunca había conocido semejante ausencia y anhelo, como si fuera a morirme de sed o de locura si no la tengo entre mis brazos, si no puedo yacer a su lado. Y, sin embargo, no me muero y tampoco la tengo entre mis brazos. Pero qué sabré yo, puede que el amor siempre acabe así tarde o temprano. Hay un dolor sordo e inamovible anclado en mi interior, hundiendo sus fauces en alguna víscera tierna que no acierto a ubicar ni puedo alcanzar. Noto su ferocidad. Este sufrimiento atroz pasará, está pasando ya, cuando al principio no tenía fuerzas ni siquiera para alzar la voz o traducirlo a palabras. He amado de forma imprudente, pero ese amor no ha supuesto una carga para mí. He sido afortunado, pese a mi insensatez. Jamás la abandonaré. La veré todos los días mientras pueda, hasta que los años hayan borrado de mi memoria todo rastro de su recuerdo. Alabada sea la belleza del día en la noche que le sigue. Larga será mi noche, e infinita la belleza de mi amada.

Ella los asusta. Temen que me deje en ridículo, que la gente se ría de todos nosotros. «La gente se ríe de todo», les dije. «Piensa en su reputación», replicó Ma. «Piensa en tu buen nombre —añadió él —. No eres nada sin un nombre».

No opinaban lo mismo cuando libraban sus propias batallas juntos, hace muchos años. Hoy gozan del respeto y la admiración del vecindario, y yo me disponía a convertirme, y de paso a convertirlos a ellos, en el hazmerreír local sin pensármelo dos veces. «Se burlarán de nosotros», dijeron. «Más se burlarán de ella», dije.

«A los de su calaña eso les trae sin cuidado —replicó Ma—. Están acostumbrados. Su abuela era una perdularia que vivía en pecado con un inglés. Su madre y toda la familia miran a los demás por encima del hombro porque les sobra el dinero». «Como afirmó al-Biruní, para nosotros todas las personas son iguales salvo en su devoción». Esto lo dijo Ba, que siempre tiene alguna cita solemne en la punta de la lengua. Luego se estremece con la seguridad que le

brindan sus lúgubres palabras. Que si vive sola en un piso con entrada independiente. Que si la han visto en el coche de un político. Que si es una desvergonzada. A lo que se me alcanza, dejarme entrar en su piso bien podría ser lo más desvergonzado que ha hecho nunca.

Han pasado semanas. Cada día, cuando llego a casa, mi madre me escudriña el rostro tratando de averiguar si la he visto, si me duele no haberla visto. Ninguno de los dos la menciona, quizá porque les da vergüenza. O por temor a otro enfrentamiento como el de aquella noche. A las amenazas, el chantaje, las lágrimas. Las lágrimas eran mías, y cuando las vieron debieron de pensar que habían ganado la partida. «No volveremos a mencionar este asunto», sentenció él, como solía hacer cuando creía que había llegado el momento de demostrar su superior misericordia. Sé cómo lo descubrieron. El tío Ali llegó a casa con un cotilleo. Era uno de tantos que siempre andan circulando, y seguramente lo soltó sin más afán que el de provocar unas risas. «Menudo granuja está hecho Amín, ¿sabéis qué van diciendo de él?». La tía Halima seguramente frunció el ceño y luego mandó recado a Farida para que fuera a verla. Ella misma me lo contó. Se empleó a fondo con mi hermana, echando mano de su rico y variado repertorio de improperios, y amenazó con contárselo todo a Ma. Farida le dijo que eso sería como matarme, porque Ma se lo contaría a Ba y me obligarían a escoger entre poner fin a la relación o desobedecerles. Farida creía que, como la tía Halima le había guardado el secreto de su idilio con Abbas, haría lo mismo conmigo. Pero resulta que le tenía tal ojeriza a Jamila —la llamaba puta— que se apresuró a contárselo a Ma mientras Farida correteaba a su lado, suplicándole hasta el último instante que no lo hiciera y sintiéndose culpable.

Yo no podía mirarla a la cara. Me daba demasiada vergüenza. Farida fue a verla, para explicárselo y rogarle que me perdonara. Pero yo no podía mirarla a la cara. Habrá pensado que en el fondo no la quiero, pero sí que la quiero, con toda el alma. O que soy demasiado cobarde para luchar por ella, lo que tal vez sea cierto. No podía enfrentarme a mis padres, nunca lo había hecho.

Ansío tocarla. Ignoraba el significado de esa palabra hasta que he empezado a ansiar sus caricias. Estando a oscuras, pienso en ese sentimiento y sueño con tierras baldías sembradas de esquirlas de

hueso, piedras e insectos muertos. El suelo que piso es duro como el hierro y me despierto con los pies doloridos aunque lleve toda la noche tumbado sobre la espalda. Sueño con una cama infestada de cigarras muertas y oigo un murmullo que me recuerda el rumor del viento entre las casuarinas. Es el sonido más triste que he oído nunca, quitando las palabras que la imagino empleando para describir lo mucho que la he decepcionado. Un alarido me despierta en mitad de la noche. Las sábanas están empapadas en sudor, y cuando me tiento el cuerpo lo noto palpitar como si hubiese estado bajo un haz de luz roja y pulsátil. Enumero estos síntomas como un enfermo, o un estudiante de alguna ciencia descabellada. ¿Qué ciencia podría ser? La ciencia de la obediencia ciega.

Temo que mi insomnio impida dormir a Rashid. Temo que se remueva cuando se me escapa algún gemido o suspiro, cuando doy vueltas en la cama intentando relajar la cadera o el hombro doloridos. No puedo levantarme. Mis padres me oirían y pensarían que quiero escabullirme para ir a verla. Cuando me despierto de una pesadilla me quedo inmóvil unos instantes, aguzando el oído hasta asegurarme de no haberlo despertado, preguntándome si habré dicho algo que él pueda repetir más tarde. Pero al parecer nada perturba su sueño. Su respiración es ligera y duerme como un niño que no conoce la culpa, con una sonrisa en los labios, soñando con Inglaterra. Ya está muy lejos de aquí. Incluso cuando tiene los ojos abiertos, se nota que mira algo en lontananza. Casi deseo que se despierte y me obligue a hablar de ella. Me observa. Tiene curiosidad, pero aún no lo entendería. Cuando se refiere a ella, lo hace en tono de chanza y admiración, y yo no me molesto en llevarle la contraria. Si repite algo que he dicho entre sueños, le diré que nadie es responsable de lo que farfulla a media noche, porque podría estar dormido y no ser consciente de lo que dice. O porque algo en la oscuridad podría haberse adueñado de sus palabras y haberlas retorcido hasta transformarlas por completo. Por la noche la cubro de alabanzas. ¿Cómo han acabado todos odiándola? Yo sí que soy odioso.

Ella misma se encargó de contarme su historia. No tenía sino un vago recuerdo de su abuela, a la que había visto una sola vez, a la

edad de cuatro años. Era una mujerona de mirada penetrante que no se prodigaba en sonrisas ni en palabras. De jóvenes, sus hermanos la recordaban mejor y la evocaban a menudo. La historia de su abuela era el gran escándalo familiar que los había hecho caer en desgracia. Durante mucho tiempo, los relatos se fueron sucediendo, formando una capa tras otra, aunque algunas de esas capas se omitieron, de manera que, cuando ella quiso desenmarañar la historia, no hubo manera de saber dónde empezaba y dónde terminaba.

Él se llamaba Pearce, y un buen día llegó al pueblo dando tumbos y fue a caer en brazos de su abuela Rehana. «No en sentido literal», me aclaró. Lo de caerse en sus brazos era una forma de hablar. Había pasado días perdido en el monte, después de que unos guías somalíes lo desplumaran y lo abandonaran a su suerte. Cuando lo llevaron a la casa, fue su abuela Rehana quien le ofreció el primer sorbo de líquido que había probado en todo ese tiempo. Debió de echarle algo, porque él se quedó prendado de ella desde el momento en que abrió los ojos. Fue la propia Malika, su tía abuela, quien se lo contó de viva voz. Malika estaba casada con el hermano de su abuela, que se llamaba Hassanali, y sobrevivió a todos los demás, por lo que seguía en este mundo cuando ella cumplió quince o dieciséis años y empezó a hacerse preguntas. No llegó a conocer a su tío abuelo Hassanali, cuyo nombre Malika no podía pronunciar sin que se le embargara la voz. Éste debió de morir antes de que ella naciera. Me cuesta llamarla por su nombre, me parecería un descaro por mi parte.

Su abuela Rehana había estado brevemente casada con un mercader indio que la había abandonado. Después había recibido varias ofertas de matrimonio (kaposwa na watu wengi), pero las había rechazado todas. No era fácil de complacer. Para cuando llegó el inglés, ya no era una muchacha y empezaban a circular ciertos rumores sobre ella, aunque nadie lo decía a las claras. Cuando el inglés llegó y se enamoró de ella, se entregó a él sin reservas. No se lo dijo a nadie, pero todas las tardes se ponía el buibui y salía a solas, y nadie podía decirle nada. Si le dijeran algo, sería para acusarla de zina, y nadie se atrevía a hacerlo. Era un delito gravísimo, castigado con una pena terrible: la lapidación. La única persona que podía decirle algo era su hermano, Hassanali, que

además, dada la larga ausencia de su marido, era también el tutor de Rehana, aunque fuera más joven que ella. Una mujer siempre debía tener un tutor, por lo general el padre o el marido, y a falta de ambos, el hermano de más edad. En ausencia de todos ellos, también valdría el pariente varón más cercano. Yo no lo sabía. Cuando me lo contó, me costó trabajo creer que cualquier pariente varón pudiera convertirse en tutor de una mujer y hacerse con las riendas de su vida. Hassanali se negó a llamarle la atención por aquellos paseos vespertinos. ¿Qué haría si ella se confesaba culpable de zina? ¿Dejar que la apedrearan hasta la muerte?

Al final, alguien la insultó a gritos desde la oscuridad de un callejón cuando pasaba al atardecer. Indignada, se desahogó con Malika al llegar a casa, pero no fue capaz de repetir la palabra que le habían lanzado. «No me ensuciaré la boca con injurias», dijo. Pero entonces alguien fue a quejarse de Pearce al gobernador colonial. Seguramente la denuncia partió de los nobles omaníes (watukufu wamanga), siempre haciendo alarde de sus mezquinos escrúpulos religiosos, aunque jamás se habrían quejado a cara descubierta por considerarlo indigno de su condición. Unas palabras susurradas al oído del wakil, quizá, que éste se encargó de transmitir al gobernador colonial. Los omaníes tenían firmes convicciones en torno a la moral y el decoro. La mera visión de un ombligo desnudo les resultaba ofensiva (makruh) y ay de quien soltara una ventosidad en su presencia. ¡Qué tortura les habrán parecido los rumores sobre Rehana y Pearce!

De manera que los amantes se mudaron a Mombasa, primero Pearce y luego Rehana. Se instalaron en un piso durante unas semanas o tal vez meses, el mismo piso en el que ella habría de vivir toda la vida, el mismo en el que murió. Fue allí donde nació su hija Asmah, que significa «libre de pecado», un nombre rebosante de esperanza. Para entonces, Pearce ya no estaba. Se marchó una vez, regresó y luego volvió a marcharse para siempre.

—No es un detalle baladí que volviera —me dijo ella—, que viviera atormentado por los remordimientos. Me lleva a pensar que debió de quererla, aunque al final la abandonara. En algún momento debió de entrar en razón y partió para no volver. Son muchos los motivos que pueden haber desencadenado esa decisión. Las circunstancias debían de ser insoportables para ambos, y ella

tuvo que haber sido una mujer valiente y luchadora para llegar tan lejos. Eso es lo que pienso ahora, cuando intento imaginarla. Veo a alguien capaz de sostener una mirada hostil sin pestañear. Alguien no, una mujer capaz de sostener una mirada hostil sin pestañear.

—¿Qué aspecto tenía Pearce? —le pregunté.

Ella sonrió y dijo que le gustaba oírme pronunciar el nombre de su abuelo, que a veces usaba en secreto para referirse a sí misma. Me dijo que, según su tía abuela Malika, Pearce era un hombre alto y delgado, con un brillo peculiar en la mirada. Se diría que a Malika no le gustaba su apariencia, ni su persona en general. En cambio su madre, Asmah, le había contado que, según Rehana, era un hombre muy alegre.

Me contó estas cosas acostada a mi lado en la cama, a la luz de la lamparilla nocturna. A veces no alcanzaba a ver su rostro porque estaba entre sus brazos, sintiendo la caricia de su aliento en la sien. Otras veces se recostaba contra la pared y yo me acomodaba en su regazo, y su pelo enmarañado me rozaba la mejilla cuando alzaba el rostro para mirarla y le acariciaba los muslos y los senos. También había momentos en los que nos quedábamos tendidos de lado en la cama, el uno hacia el otro, charlando y tocándonos, siempre tocándonos. Cuando se sentía feliz y con fuerzas, le gustaba hacer planes. ¿Cuánto tiempo tendríamos que esperar para que yo acabara la carrera? En cuanto consiguiera trabajo, podría contárselo todo a mis padres, y entonces me mudaría a su piso. Llenaba mi vida de felicidad con su alegría. Cuando estaba lejos de ella, me costaba soportar la angustia y el miedo. Una noche, estando tumbados en la cama, sudorosos después de haber hecho el amor, oímos un ruido de pasos fuera, el chancleteo de alguien que pasaba silbando calle abajo. Ella se pegó más a mí, aferrándose en silencio a mi cuerpo, temblorosa.

—¿Qué pasa, qué pasa? —le pregunté.

—Tengo miedo —dijo.

Yo intenté bromear.

—¿De los silbidos?

Se decía que los espíritus que vagaban por el mundo al caer el sol los usaban para invocarse mutuamente.

—De todos ellos —contestó—. De ese hombre y su silbido. ¿No te das cuenta de lo seguro que parece? Tengo miedo de que me abandones.

—Nunca te abandonaré —le dije.

No me habló del otro amante de su abuela hasta que pasó algún tiempo. Supongo que no quería que la juzgara sin conocer su historia. Primero se aseguraría de que me cayera simpática. Pearce había hecho gestiones para dejarle algún dinero, pero Rehana era consciente de que no tardaría en agotarse. También había dejado el alquiler pagado durante seis meses, para que Rehana pudiera tener a la hija de ambos en un lugar decente. Además, había depositado una pequeña suma de dinero en una cuenta bancaria a su nombre. Tal vez pensara que, una vez agotado el dinero, volvería a mudarse con su hermano a la casa de la trastienda. Le dio una dirección en Inglaterra que podría usar en caso de emergencia, pero no atinó a explicarle qué debía hacer para retirar dinero y, cuando Rehana se presentó en el banco tras su partida, le negaron el acceso a la cuenta. No entendió por qué. Nunca había pisado un banco hasta ese momento y ni siquiera estaba segura de lo que le habían dicho. Confusa y avergonzada, pensó que la rechazaban por escrúpulos morales. No escribió a Pearce. Pidió a su hermano Hassanali y a su cuñada Malika que acogieran a Asmah durante un tiempo, hasta que pusiera su vida en orden. Lo que iba a ser una estancia corta se fue alargando, y Asmah pasó toda la niñez con sus tíos, que no tenían descendencia.

Cuando vivía en Mombasa, Pearce trabó amistad con un escocés llamado Andrew Mills, un ingeniero hidráulico que tenía una habitación alquilada en el Club Mombasa, «sólo para socios», lo que en la práctica significaba «sólo para europeos», que se alojaban allí mientras estaban de paso por la ciudad, ya fuera para emprender viaje o para visitar a algún amigo. Andrew Mills se alojaba allí de forma permanente. Era un bebedor empedernido. Los visitó en el piso mientras Pearce vivía con Rehana, y siguió haciéndolo después de su partida. Al cabo de un tiempo se instaló con ella y se hizo cargo del alquiler.

—¿Qué es un ingeniero hidráulico? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros, y luego deslizó un dedo humedecido por mis labios.

—Qué discreto —dijo—. Preguntas qué es un ingeniero hidráulico pudiendo preguntar qué clase de amigo era ese tal Mills para instalarse de buenas a primeras en el piso de otro hombre, o en qué clase de mujer se había convertido Rehana.

—Una cortesana —concluí, echando mano de una palabra que no tenía ocasión de usar a menudo.

—Eso es lo que todos pensaron —apuntó ella.

—¿Qué iban a pensar, si no? —repuse.

Volvió a encogerse de hombros, como queriendo decir que le daba igual lo que pensaran.

—Él era un hombre mayor —dijo—. Se instaló con ella en el piso y la ayudó a fundar un pequeño negocio textil. Abrió una tienda y contrató a un sastre para confeccionar y vender cortinas, colchas y cosas por el estilo.

—¿Cómo se le ocurrió ese plan? ¿A ti se te habría pasado por la cabeza hacer algo así?

—Supongo que llevaba los negocios en la sangre —repuso ella —. Era un sueño hecho realidad, creía que el taller le permitiría independizarse. Cuando el negocio estuviera en marcha, recogería a Asmah de casa de su hermano y se encargaría de criarla. Creo que fue por entonces cuando Rehana empezó a beber.

Yo sabía que aquella historia sólo podía tener un final trágico. ¿Cómo iba a tener un desenlace feliz la vida de una mujer a la que su marido había abandonado, que había tenido una hija bastarda con un europeo que también la había abandonado, que vivía amancebada con otro europeo de edad avanzada y que buscaba la felicidad perdida en el fondo de una botella? Ella acompañó mi silencio con una sonrisa triste, y en ese instante la quise tanto que se me llenaron los ojos de lágrimas. Entonces no conocía el significado de su tristeza, pero hizo que se me encogiera el corazón.

—Nadie conoce los pormenores de su vida en común —afirmó —. Rehana siguió visitando a la familia, pero nunca mencionaba su relación con el ingeniero hidráulico. No sé a quién visitaba exactamente; siempre hay algún pariente cerca. La criada que tenían no era natural de Mombasa, de modo que nadie pudo sonsacarla al respecto. Pero en esa casa se tiraban muchas botellas.

El hombre que recogía la basura de puerta en puerta vendía los cascos vacíos a los tenderos locales, y sabía de dónde procedían las botellas y cuántas podía reunir a lo largo de una semana en su ronda por el barrio. La pareja no recibía visitas, y Rehana sólo salía muy de vez en cuando, siempre al caer la tarde. Todo esto desató el rumor de que también ella empinaba el codo, pero nadie podía saber qué más pasaba en la casa, ni si era realmente una cortesana. Cuando Malika, Hassanali y Asmah fueron de visita a Mombasa, se alojaron en casa de unos familiares y un día se acercaron a saludar a Rehana. El ingeniero hidráulico no estaba en casa y sólo volvió cuando ya se habían marchado, de manera que no llegaron a conocerlo.

»Estuvieron viviendo así durante mucho tiempo, catorce años, hasta que en 1914 estalló la guerra para gran disgusto del ingeniero hidráulico. Una noche, mientras Rehana se atareaba con el dobladillo de una falda o algo igual de banal, Andrew Mills se desplomó en su propio dormitorio, presa de un estupor etílico. Al oír el estruendo, ella corrió a su habitación, donde lo encontró muerto. Espera, déjame acabar. Le dejó dinero en su testamento, para que Rehana pudiera seguir viviendo en el piso y no se viera obligada a cerrar el negocio.

Hoy se ha ido el italianito. Parecía aturdido, un poco lloroso hacia el final, lo que ha hecho que Ma y Farida se deshicieran en lágrimas mientras Ba, con el rostro crispado de dolor, a duras penas mantenía el tipo. He tenido que contenerme para no sonreír. Ni que fuera a marcharse para siempre. Esto es lo que él quiere hacer, les hubiese dicho. Lleva años soñando con este momento. A veces se despierta de un sueño profundo y empieza a hablar en inglés. ¿Qué significa eso? Que sueña en inglés. Le irá bien, de eso no me cabe duda. Está listo para dar este paso. Se abrirá camino gracias a una confianza desmedida en sus facultades y una energía desbordante, y cuando llegue la hora de la verdad superará la prueba sin esfuerzo.

Es un alivio verlo partir. La vida será menos agotadora sin él, y habrá más espacio en la habitación. Necesito más espacio. Tal vez suene mezquino, pero nada más lejos de mi intención. Lo que pasa es que ahora siento una mayor necesidad de estar a solas. Nuestras

vidas quedarán mermadas por su ausencia, pero no tardará en volver. Esta última semana la ha pasado despidiéndose de los amigos, yendo a verlos de uno en uno, haciendo un drama de cada nuevo adiós. Son tal para cual: han prometido verse el verano que viene en El Cairo o Budapest. Lo discutieron anoche, pero el traje se lo ha puesto hoy, cuando emprendemos el camino para el viaje o algo más informal. Ba le dijo que escogiera una camisa y un pantalón limpios, a ser posible de color claro, porque las tonalidades claras siempre resultan elegantes. Lo que no dijo, aunque lo dio a entender sin darse cuenta, es que son sus tonos preferidos. Ma se decantó por el traje. El caso es que mi hermano no sabía quién lo estaría esperando a su llegada. «Seguramente la reina de Inglaterra», apuntó Ba con inusitado sarcasmo, pero Ma hizo caso omiso de sus palabras. «No querrás que te tomen por un pordiosero —dijo—. En su tierra, los ingleses visten bien, aunque aquí se paseen en bermudas, y el tuyo es un buen traje». Farida asintió y yo me encogí de hombros, dejando la disputa en manos de los mayores. Al final, Rashid se ha puesto el traje.

De haber estado en su lugar, me habría sentido aterrado. Creo que él lo estaba. Ninguno de los dos habíamos salido nunca de viaje. ¿Que si siento envidia de él? Sí, sería un alivio poder dejar atrás las cosas del día a día. Tal vez es por ella por lo que me siento así, aunque no quiero alejarme de su lado. Pero no es una envidia profunda, a lo sumo un leve resquemor por sentirme excluido de la fiesta. No espero que la vida me plantee grandes desafíos ni emociones fuertes, y me conformo con lo que tengo. Me gustaría ir a pescar más a menudo y aprender a manejar bien una canoa de balancines. Me gustaría saber más de botánica, los nombres y características de las plantas y árboles, los usos que se les dan. Me encanta oír nombrar los distintos tipos de madera y ver a alguien oliéndola para confirmar sus suposiciones. Me pregunto qué es lo que huele, exactamente. Me gustaría dar clases en las zonas rurales, para conocer mejor ese modo de vida. Me gusta leer despacio. Le he pedido a Rashid que me mande cualquier libro bueno que caiga en sus manos. Tal vez lo haga, y si no seguro que traerá alguno consigo cuando vuelva.

Sus ambiciones me inspiran temor. No puede aspirar a ir hasta allí, ver lo que haya que ver y después volver como si no hubiese

pasado nada. Lo que vemos nos cambia. Temo que, a su regreso, se muestre tan altivo y distante como otros que han estado allí. Que escuche nuestras preguntas con una sonrisa condescendiente para luego contestar despacio, como si temiera que sus explicaciones suenen rebuscadas para nosotros. Que intente hablar con sencillez para no aturdirnos con su discurso sofisticado, aunque esperará que lo escuchemos con respeto. Que crea haber hecho algo importante.

Cuando por fin ha llegado el momento de la partida, se ha subido al avión a trompicones. Le hemos dicho adiós con la mano, pero iba tan ensimismado que ni se ha vuelto para mirar atrás. Se ha detenido un instante en el umbral y luego se ha sumergido en la oscuridad. Un segundo después ha vuelto a asomar la cabeza por la puerta del avión, buscándonos, diciendo adiós. Cuando el avión ha despegado, Ma ha dado rienda suelta a las lágrimas que hasta entonces había reprimido mientras decía «el muy tonto acabará perdiéndose». «Es imposible perderse en un avión», ha replicado Ba. «Ya verás cómo se pierde —ha insistido ella—, o deja que le roben todas las libras esterlinas». Ha seguido así, enumerando calamidades, ya sin lágrimas, en el trayecto en taxi de vuelta al centro. Para cuando hemos llegado a casa, tanto él como ella habían enmudecido. Había un brillo risueño en la mirada de ambos, creo que de orgullo, y seguramente estaban planeando ya el regreso de nuestro italianito.

Cuando la vi en el coche del ministro, me vino a la mente el ingeniero hidráulico. Era el tal político sobre el que circulaban ciertos rumores. Tiene mujer e hijos, pero no le importa que todos sepan que la corteja. ¿Se convertirá ella en su cortesana? Eso es lo que todos dan por sentado. Dentro de tres semanas se proclamará la independencia y el ministro será lo bastante poderoso para ignorar los rumores. Puede que los hombres poderosos necesiten cortesanas.

La he visto a diario durante estos meses. Me imagino a su lado cada noche. Hablamos a media voz en la penumbra, como solíamos, y luego hacemos el amor. Comentamos las precauciones que debemos tomar para evitar ser descubiertos. No he vuelto a su piso, ni he intentado volver a verla. Ella tampoco ha venido a nuestra casa. Farida se encargó de hablar con ella en mi nombre. A través

de mi hermana me preguntó si podíamos quedar para comentar lo sucedido. Le dije que no podía. Había prometido a mis padres que nunca volvería a verla, y además no puedo mirarla a la cara, me da demasiada vergüenza. Sé lo mucho que ella se avergonzará de mí, y dará por hecho que también yo la considero indigna de mí. Estará enfadada conmigo, pero me merezco eso y más.

La he vislumbrado fugazmente en dos ocasiones, y en ambas he sentido que el corazón me daba un vuelco, pero he apartado los ojos al instante. La veo cada día. Quedamos en secreto, bien entrada la noche, a puerta cerrada. Me llamo Msiri Amín, el que guarda un secreto.

Hoy la he visto en el coche del ministro y no he apartado los ojos. Me he apeado de la bicicleta y me he obligado a mirarlos. Él todavía no es un ministro con todas las de la ley, de modo que su coche no llevaba banderín, pero pronto lo llevará, dentro de tres semanas. He ido hasta la cala que hay detrás del juzgado y me he pasado horas sentado en el césped, pensando en cosas que ya sabía. No había ni rastro de los jardineros, ni de los policías del juzgado. Se respiraba silencio y tranquilidad, hasta tal punto que me he vuelto consciente de mi propia respiración. Hasta el mar parecía acompasarse a ese sereno ir y venir. Me ha dado por pensar que nuestros gobernantes ya se habían escabullido discretamente, pero estamos tan hechos a obedecer que hemos seguido cumpliendo con nuestros serviles deberes aunque nadie nos supervise.

Hoy he pasado horas allí sentado y he llegado otra vez a la conclusión de que cometí un terrible error. No me dejaron alternativa. Debería haber ido a verla y haber vivido la vida secreta que finjo llevar. Las habladurías nos habrían convertido en dos amantes furtivos y ridículos, y nuestra existencia se habría vuelto un suplicio, pero quizá no nos hubiésemos sentido tan despreciables como nos pintaban los rumores. Me ha dolido verla en el coche del ministro.

Al llegar a casa he visto a Ma sentada junto a la ventana en una postura que le da un aire trágico, pero no hay manera de que se siente en otro lugar. Dice que allí tiene más luz. Estaba releyendo una de las cartas del italianito. Éste escribe con regularidad, pero hay tres o cuatro cartas por las que ella siente especial debilidad y las guarda en el costurero. Era casi de noche, y en la radio estaban

dando un programa de canciones dedicadas. Farida había salido o estaba en su habitación. Ha sido al ver cómo mi madre levantaba los ojos para saludarme cuando he pensado que tenía un aire trágico. Ha escudriñado mi rostro, pero sé que apenas ve con tan poca luz. Intentaba adivinar por mi expresión si había quedado con ella. Aunque han pasado meses desde que rompimos, sigue interrogándome con la mirada cada vez que entro en casa. He intentado serenarme y me he sentado a su lado en el sofá para que pudiera echarme un buen vistazo y quedarse tranquila. Está perdiendo la vista poco a poco, y el miedo a la ceguera es como una sombra que se cierne sobre su vida. A veces me doy cuenta de que lleva un rato junto a mí, llorando en silencio.

Hoy le he escrito a Rashid. Quería hacerlo porque mañana es una fecha especial, el día que se proclama la independencia. Sentía la obligación de escribirle, no sé por qué, de modo que le he enviado una carta seria, de adulto a adulto, lo que seguramente quiere decir que sonará solemne y redicha. Quería que no se perdiera este hito, que tuviera algo por lo que recordarlo, aunque no esté aquí. Aún recuerdo cuando me mandó aquella carta pomposa, llena de reflexiones grandilocuentes, seguramente para burlarse de mí. Me gustaría que estuviese aquí, y supongo que a veces lo echo de menos, aunque nunca lo reconocería delante de él. Sus amigos no paran de preguntar cómo le va. Debe de añorarlos. Siempre iban juntos a todas partes.

Si estuviera aquí, Rashid habría escrito un poema sobre la independencia. Habría organizado un torneo poético para escoger los mejores versos sobre tan señalada fecha, escritos en cualquier lengua que desearan los participantes. Luego habría engatusado a los amigos y vecinos para que aportaran sus propias creaciones mientras coleccionaba todos los cachivaches del momento, recuerdos palpables de las celebraciones: la chapa con la nueva bandera, un vinilo del nuevo himno nacional, un pendón para colgar sobre la puerta y quizá una gran bandera con su asta, si Ba se lo consentía. La nueva insignia no se distingue demasiado de la anterior, es el mismo estandarte de los Al Busaid, pero con un círculo verde en el centro que encierra una pareja de tréboles.

Podría haber sido peor. Podrían haber puesto un loro posado sobre una rama, o una barracuda sobre un fondo azul con ondulantes rayas negras que representaran el mar. Como símbolo de un país, los tréboles se me antojan frágiles. El nuevo himno nacional ha sonado en la radio esta noche, para que nos vayamos acostumbrando y no nos miremos los unos a los otros con cara de perplejidad cuando llegue el gran momento. No he podido escucharlo. Nos acostumbraremos a él, tal como nos acostumbraremos a la bandera.

Todo ha cambiado de golpe. No hemos tenido tiempo de acostumbrarnos a nada. Necesitamos nuevas palabras para hablar sobre cómo es ahora la vida. No les gusta que digamos ciertas cosas, ni que entonemos ciertas canciones. No debemos mencionar al sultán ni al gobierno anterior, que sólo ha durado un mes. La nueva bandera ya no existe. Tenerla va contra la ley, aunque sólo sea como recuerdo. Ya he empezado a olvidarla. No recuerdo de qué color eran los tréboles, si marrones o dorados. El himno nacional ha caído en el olvido. No creo que nadie pudiera tararear siquiera los primeros acordes, pero si lo hicieran les darían una paliza o algo peor. Ha habido asesinatos. No puedo escribir estas cosas. Vivimos sumidos en el terror, y tendría que ser un perfecto imbécil para dejarme pillar garabateando aquello que nos exigen ignorar.

La atacaron, la noche del levantamiento. Buscaban al ministro y, como no lo encontraron en su casa, fueron a su piso. Les abrió la puerta, como hacíamos todos. Nadie sabe cómo resistirse ni qué hacer cuando las culatas de los fusiles y las botas empiezan a aporrear las puertas. Después de aquello, la atacaron. Cuando se corrió la voz a lo largo de los días siguientes y lo sucedido llegó a mis oídos, intenté no salir corriendo para allá, pero me acerqué a su piso. Era por la mañana, pero el toque de queda prohibía las reuniones en la calle. Había soldados armados por todas partes, y paredes acribilladas de agujeros de bala. Las llamas habían devorado por completo un puñado de casas. Cuando llegué a su piso, llamé a la puerta durante varios minutos, pero nadie salió a abrir. Dije quién era, pero no hubo respuesta. Percibí movimiento arriba y levanté la mirada. Había alguien en la ventana, y retrocedí

hasta la calzada para ver mejor, pero quienquiera que fuese se retiró enseguida. Me pareció reconocer a uno de sus hermanos. Me quedé allí plantado un par de minutos más, mirando hacia arriba, pero nadie volvió a asomarse a la ventana. No me atrevía a levantar la voz, no sabía si los atacantes habían invadido el resto de la casa. Podría haber en su interior mujeres heridas que no querrían a un extraño hurgando en su desgracia.

Tal vez la atacaran por culpa del ministro. O porque es una mujer hermosa y, según las malas lenguas, ligera de cascos. Un día oí decir que se había ido. La familia al completo se ha marchado, y esa inmensa casa destartalada ha quedado vacía, cerrada a cal y canto. Cientos de personas se están yendo, miles han sido expulsadas y algunas tienen prohibido salir del país. Quieren que olvidemos todo lo que había aquí antes, excepto las cosas que provocaron su ira y les hicieron actuar con tanta crueldad. En cuanto me despisto, escribo estas cosas que me pondrán en apuros si las descubren. No sé cómo se marchó, ni adónde se fue. A veces me pregunto si quienes se van saben lo que están haciendo. Puede que no consigan volver.

No sé por qué empecé a escribir estas líneas. Supongo que porque tenía mucho tiempo libre y la sensación de que algo excepcional me había pasado. Empecé a escribir para revivir todo aquello. Creo que, en cierto sentido, seguía creyendo que habría algún modo de recuperarla. Que, al verme como un alma en pena, alguien se apiadaría de mí y me diría: vuelve con ella, te lo mereces, ya has sufrido bastante. Desde hace unas semanas, cuando la vi en el coche del ministro… Pobre hombre, lo apresaron y humillaron, como hicieron con todos los demás ministros. Los tienen encerrados en una cárcel del continente, bajo la tutela del presidente de Tanganica, Julius Nyerere, que se frota las manos ante nuestra desgracia. Desde hace unas semanas, decía, cuando la vi por última vez, este diario se ha convertido en una carga para mí. Ahora, después de las matanzas y expulsiones, también se ha vuelto peligroso. Hoy creo haber encontrado un nuevo motivo para seguir reuniendo estos apuntes sueltos. Ella se ha ido, Rashid se ha ido, son muchos los que ya no están. Los que seguimos aquí tenemos tanto miedo que apenas nos atrevemos a respirar. Garabatear estas notas sirve para convencerme a mí mismo de que sigo vivo. Es una

forma de no olvidar.

Se hace tarde. Ba se remueve en la habitación de al lado; no tardará en llamar a la puerta para decirme que apague la luz. Se inquieta si ve alguna luz encendida bien entrada la noche. Cree que atraerá a los paramilitares, que nos tomarán por conspiradores y no resistirán la tentación de venir a intimidarnos. Farida ya no puede coser por la noche, como solía, y yo tampoco puedo leer hasta la madrugada. Ba cierra las ventanas y echa el cerrojo de la puerta a las nueve en punto. Las calles están desiertas. Nadie sale tras la puesta del sol.

Hace nueve meses que me prometí seguir llevando este diario para saber que estoy vivo. No he escrito nada desde entonces y, sin embargo, aquí sigo. Tonto de mí. Ahora soy un profesor titulado y me han destinado a una escuela rural. Ba ha perdido el empleo, como tantos docentes, reemplazados por gente como yo y por chicos que apenas han completado los estudios secundarios. Es una indecencia. Él está destrozado. Cuando éramos más jóvenes y Rashid aún estaba aquí, creía que nunca iba a pasarnos nada malo. Ma y Ba eran personas tan trabajadoras y sencillas, tan buena gente, que eso era impensable. ¿Qué podía pasarnos? Luego la perdí, Rashid se marchó y todo cambió de la noche a la mañana. Ahora Ma y Ba son una sombra de los que fueron y viven atemorizados. Ella no quiere que acepte el puesto de profesor en esa escuela rural. Le he dicho que ahora el campo es un lugar seguro, excepto que los soldados decidan sembrar el pánico, pero eso pueden hacerlo en cualquier lugar. Me grita, me llama ingenuo y tonto. Le prometo que pediré un cambio de destino, pero no es verdad. Me apetece trabajar en una escuela rural, y se me da bien romper promesas. Me gustaría saber los nombres de los árboles y aprender a reconocer la madera por su olor.

Ba no dice gran cosa. Anda más cargado de hombros, y con el ceño siempre fruncido. A veces, tartamudea de forma inesperada. Sigue yendo al café, pero la mayoría de los contertulios habituales se han marchado o están entre rejas. Pasa la mayor parte del día encerrado en casa, leyendo, y luego va a la mezquita. Cuando Farida les reveló la existencia de Abbas, su amante de Mombasa, y

les dijo que quería irse a vivir con él, se echó a llorar. Sin sollozos, sin grandes aspavientos, sólo lágrimas que le rodaban en silencio por las mejillas. Pobre Ba, su existencia no tiene nada de excepcional, pero de algún modo me hace creer en la virtud, me hace creer que es posible.

Todos acudimos a la mezquita con más asiduidad. El gobierno pregona sus patrañas socialistas y salimos corriendo hacia los templos. Los días son cada vez más oscuros en todos los sentidos. La comida empieza a escasear. Hay cortes de energía y restricciones de agua, por lo que es inevitable que las mezquitas se llenen y las plegarias se vuelvan más largas. He descubierto un placer inesperado en esa forma de comunión.

• • •

Hemos aprendido rápidamente a no albergar demasiadas esperanzas, lo que, por extraño que parezca, ha contribuido a disminuir un poco el terror reinante. Pasamos el rato en casa o en nuestra esquina preferida, comentando los últimos rumores y sobresaltos. Muchos de nosotros nos hemos vuelto menos exigentes. Opinamos que las cosas están mejorando a ojos vistas. Quienes en su día dijeron que nunca tendrían nada que ver con los canallas que ahora nos gobiernan se han visto obligados a hacerlo. Nadie se burla de ellos. La gente trabaja, si es que encuentra trabajo, se casa y tiene hijos. Hay viejas enemistades cuyo veneno sale ahora a la superficie. Los jóvenes se hacen mayores y, si pueden, se marchan.

Qué desiertas están las calles. Cuánta gente ha cerrado su casa y se ha marchado, a Dar es-Salam, Mombasa, Nairobi, Dubái, la India. Seguramente guardan la llave en algún lugar seguro pensando en su regreso, pero esas casas no han tardado en llenarse. El gobierno se ha apropiado de ellas y las ha repartido entre los suyos, que las han ocupado con indiferencia, frialdad y desapego. Muchas de esas viviendas se han desmoronado por falta de mantenimiento. Un día, durante la última temporada de lluvias, la casona de los vecinos se vino abajo por fin. La fachada de arriba fue la primera en ceder, por lo que hubo tiempo de evacuar a todo el mundo antes de que el edificio se desplomara, convertido en una pila de escombros, piedras, vigas podridas y gallinas que revoloteaban de aquí para

allá. Nadie se hizo daño, y la gente del barrio hasta se lo tomó a guasa al ver que aquella vieja ruina había caído por fin, aunque a los vecinos no les hizo tanta gracia. Sin embargo, cuando desapareció de nuestro campo de visión, tuvimos la sensación de que algo más había cambiado. Todo parecía distinto cuando mirábamos por la ventana.

• • •

Hoy hemos tenido noticias de Rashid. Ha terminado los estudios, por fin, después de todos estos años. Se me antoja increíble, tan increíble como el hecho de que estemos emparentados. Ba ha esperado a que yo volviera del trabajo para sacar la carta del bolsillo de la camisa. Estos días es él quien se pasa por la oficina de correos todos los días, porque le sobra tiempo. Por lo general no hay correspondencia. El caso es que, nada más entrar en casa, he visto el aerograma asomándole en el bolsillo antes incluso de que lo sacara. Me ha tendido la carta y pedido que se la leyera a Ma, que está prácticamente ciega. El sobre estaba abierto, y he supuesto que Ba la había leído. Farida estaba en otra parte de la casa, y él la ha invitado a reunirse con nosotros, de modo que he leído la carta de Rashid ante la familia al completo. A Ba se le han escapado las lágrimas en cuanto he leído los primeros renglones y anunciado la buena nueva, que por suerte Rashid desvelaba sin apenas preámbulo, porque he visto la angustia de la incertidumbre estampada en el rostro de mi madre. Cuando me ha oído decir que Rashid había concluido los estudios, ha dado gracias a Dios en un susurro, y entonces el llanto silencioso de Ba ha dado paso a los sollozos. Ma ha pronunciado su nombre, intentando distinguir su silueta solitaria en el sofá, pero él me ha ordenado que siguiera leyendo. Rashid les daba las gracias por haberle enseñado a ser un buen estudiante y a dar lo mejor de sí mismo, lamentaba estar tan lejos y afirmaba sentirse muy afortunado por haber conseguido un puesto como profesor universitario en Inglaterra. Luego describía esa casa situada en una calle tranquila donde tenía previsto practicar la jardinería. Cuando he acabado de leer la carta, todos llorábamos a moco tendido, aunque no sabría decir a ciencia cierta qué había detrás de ese llanto: el alivio de saber que mi hermano no

ha perdido el norte, la pena de no tenerlo con nosotros, nuestras propias desdichas, que no podemos compartir con él, que todo haya acabado de esta manera.

En ese momento he tenido la sensación… o, mejor dicho, he sabido que lo habíamos perdido. No era la primera vez que lo pensaba, pero la descripción de esa calle tranquila en las afueras me ha convencido de que no volveremos verlo. Me han entrado unas ganas terribles de ver su calle con mis propios ojos. En una de sus cartas anteriores me envió una foto que había recortado de un calendario, con un pequeño lago y un paisaje bucólico de verdes colinas. Decía que había estado allí de vacaciones con un amigo y que le había parecido muy hermoso. ¿Por qué iba a volver aquí? ¿Para hacer qué?

Ba ha cogido la carta y se ha ido a pregonar la buena nueva. Yo me he quedado con Ma y Farida, recordando al italianito, echándolo de menos. Más tarde me he puesto a escribirle una carta que he terminado esta misma mañana. Tengo la sensación de que algo ha llegado a su fin. Farida se marcha dentro de unos días para reunirse con Abbas. Pronto me quedaré a solas con ellos.

Hay días en los que los recuerdos se agolpan, las cosas que pasaron hace años parecen haber sucedido ayer mismo y el tiempo se comprime como si fuera a reventar. Pienso en ella a diario. Nadie pronuncia su nombre y no me atrevo a preguntar qué ha sido de ella. En cierta ocasión intenté sondear a Farida y me pareció que le apenaba e irritaba a partes iguales. Quise preguntarle si tenía alguna dirección a la que pudiera escribirle, pero al final no me atreví, y tampoco sé si habría tenido el valor de mandarle una carta. No he vuelto a preguntarle nada, y ella tampoco la ha mencionado. Creo que, con su gesto apenado, trataba de decirme que la olvidara. No puedo olvidarla. Me imagino a su lado, a veces durante horas sin fin. Revivo los momentos que pasé con ella y me asombra lo mucho que aún alcanzo a recordar tantos años después, lo real que me parece todo. Hoy me he acostado en la cama a su lado mientras ella evocaba aquella noche del Aíd, cuando la rodeé con los brazos por primera vez al amparo de la oscuridad y le dije «amor mío». Le encantaba recordar esa anécdota y burlarse de mi

ardiente deseo. La he acariciado mientras hablaba, sintiendo la firmeza de sus muslos, las crestas de sus caderas. De pronto se ha oído el golpe sordo de una puerta en el piso de arriba, y ella ha enmudecido. La he mirado para ver si estaba asustada o sobresaltada, pero se había desvanecido, dejándome a solas en la oscuridad. El recuerdo de ese portazo me sigue estremeciendo como si acabara de pasar.

Recuerdo el camino de vuelta a casa después de nuestro primer encuentro, el vértigo ante lo que habíamos desencadenado. Esa sensación de pánico nunca me abandonó del todo, pero la alegría exultante que sentía cuando estaba con ella, e incluso cuando no lo estaba, servía para mitigarla. A veces, cuando volvía a casa, no podía evitar sonreír de puro júbilo a cada paso que daba. Luego reproducía para mis adentros todas las palabras tiernas y las promesas que habíamos intercambiado, y no daba crédito. Aún oigo esas palabras y esas promesas, pero ahora ya no me producen asombro, sino que me llenan de bochorno, de una extraña e irreprimible sensación de asco. Me tapo las orejas y me estremezco de vergüenza, pero no puedo evitar oírlas. No alcanzo a imaginar qué cara habrá puesto, qué habrá sentido o pensado de mí al saber lo que había hecho. No alcanzo a imaginar el terror que habrá experimentado cuando esos hombres la atacaron.

No podía abandonarlos, y tampoco desobedecerles. Ahí siguen. Ella está ciega y vive atemorizada. Nunca sale de casa. A veces, me olvido de que está en la habitación porque apenas habla. Le gusta mirar el álbum fotográfico, el único que tenemos. Desliza la mano por las fotos y las describe mientras yo voy pasando las hojas. «Aquí está Farida en Mombasa con sus primas, en esa playa cerca de Tiwi, el día que cogieron el *ferry* en Likoni. Éste es Rashid en la función del colegio. Lleva una barba falsa que le viene enorme y se hace pasar por el wazir Barmaki». Sólo habla de Rashid en su etapa como niño. Cuando él nos escribió para anunciar que se había casado con Grace, lo único que preguntó fue si era inglesa, y luego se entregó a uno de sus largos mutismos. Días después me pidió que le comprara un aerograma. «Apunta lo que te voy a decir —me ordenó—, palabra por palabra». Entonces me dictó palabras hostiles y amenazas que fingí escribir. La ciega dictándole al tuerto. No envié su carta, aunque le aseguré lo contrario. Jamás mencionan a Grace.

No sé qué les sorprende o les disgusta tanto. ¿Qué creían que iba a hacer Rashid, vivir solo el resto de su vida? ¿Cómo es posible que hasta las mejores personas sean a veces tan mezquinas?

Se ríe y vuelve a la vida mientras desliza los dedos por esas fotos que ya no alcanza a ver. No le pesa evocar esas escenas, pero a menudo parece apesadumbrada y es capaz de pasar horas sin despegar los labios, hasta que le hablo. Entonces me dice que no me distraiga, que siga corrigiendo o leyendo y no me preocupe por ella. A veces me tengo que acordar de hablarle, e intento hacerlo en un tono informal y dicharachero, pero ella se ríe porque se me ven las intenciones a la legua y me dice que no la atosigue, que le cuesta pensar con tanto parloteo. Esos silencios pueden ser mortales, nos paralizan por completo.

Cuando Ba está en casa suele poner la radio, y entonces ella le replica al locutor de turno, cuestionando la veracidad de las noticias y reprochando sus mentiras. «¡En el país de los ciegos, para qué tener ojos!», exclama.

Por las mañanas, Ba sale a dar largos paseos. Va hasta el muelle y deambula entre los barcos pesqueros. Luego se interna en los callejones hasta llegar al mercado, compra algo de fruta y verduras y, a la vuelta, pasa por la oficina de correos. Cuando llega a casa prepara las verduras, corta la fruta y me reserva una parte para cuando vuelva de la escuela rural. La tía Halima envía el almuerzo en una cesta todos los días, porque Ma se ha quemado unas cuantas veces intentando cocinar en el seredani de carbón. Farida nos mandó un hornillo eléctrico, pero la luz se va a menudo y Ma tampoco puede usarlo de forma segura. Creo que se ha rendido. Se siente sobrepasada por todo lo sucedido, y por la soledad.

Él tiene temblores. Nunca sale por la tarde. A veces se sienta en el patio a leer, y siempre va a la mezquita cuando hay una lectura del Corán en recuerdo de algún vecino fallecido, pero de lo contrario se queda en casa, temblando mientras escucha las voces estridentes y los discursos airados y llenos de odio de los ministros en la radio. No me deja salir por la noche, no porque me vea como un niño indefenso, ni porque me considere capaz de cometer alguna fechoría, o al menos no creo que sea eso. Lo hace porque tiene miedo de que me pase algo y los deje solos. Me reconforta pensar que no tardarán en morir. No lo digo porque los odie, ni porque les

guarde rencor, sino porque la muerte pondrá fin a la soledad y el vacío en que viven sumidos. Creo que a ellos también les reconforta la cercanía de la muerte. Hasta a mí me consuela pensar que moriré.

Me he convertido en una especie de ayudante de las ceremonias fúnebres. Todo viene de cuando empecé a ir a la mezquita más a menudo. Ese sentimiento de comunión me resultaba extrañamente reconfortante, aunque no siempre creía en las palabras que brotaban de mi boca. A fuerza de practicar, acabé memorizando una serie de plegarias y ceremonias. Al cabo de un tiempo, los fieles me planteaban preguntas como si fuera un erudito, o me pedían que recitara tal o cual rezo, viendo en mí a un hombre piadoso. Y así fue como acabé echando una mano en los funerales y las lecturas del Corán. Ahora es lo que se espera de mí. Cuando se muere alguien en el barrio, formo parte de los que se encargan de los preparativos para la ceremonia fúnebre. Se ha ido tanta gente que ya sólo quedan los niños y los ancianos, a los que les gusta creer que un coro de voces amigas llorará su muerte. No tengo la sensación de manejarme bien con los muertos.

Apenas digo nada sobre el difunto. Me limito a seguir los pasos establecidos. Ruego por su vida en el más allá. Es una especie de truco. No hay nada después de esto, pero si te va a hacer sentir mejor, ahora que estás ahí tumbado sin voz ni aliento, rogaré para que te traten con misericordia en el más allá. A los vivos les tranquiliza imaginar dónde vivirán los muertos y rezar para que descansen en paz.

Hoy ha llovido a cántaros, desde el alba hasta primeras horas de la tarde, y esto ha hecho levantar a los dos ancianos entre risas y exclamaciones, ella apoyándose en él y sacudiéndole el brazo con algo parecido a su antigua alegría. Los niños han salido a la calle, corriendo y chapoteando en los torrentes de agua y las cascadas que manaban de los canalones, echando carreras con improvisadas embarcaciones hechas con cajas de cerillas y cáscaras de coco.

He recibido carta de Rashid. No he corrido a leerla. De vez en cuando, me manda alguna carta breve y desganada, con saludos para Ma y Ba de parte de Grace. Yo se los transmito a sabiendas de

que no cambiarán nada y, cuando contesto a mi hermano, le devuelvo los saludos. Percibo el hastío en sus cartas y sospecho que mis extensas réplicas también revelan todo lo que quisiera ocultar. Esta noche, cuando por fin me he sentado a leer su carta, me he enterado de que Grace lo ha dejado. He percibido su disgusto y me he sentido desolado y afligido por él. Sólo alcanzo a imaginarlo como mi hermano pequeño, siempre dándose aires, tan pagado de sí mismo y vulnerable a la vez, y me duele pensar en la soledad que debe de sentir en esa tierra extraña. He empezado a escribir una respuesta que acabaré mañana, pero al intentar ponerme en su lugar he pensado inevitablemente en Jamila, de modo que le he contado una parte de nuestra historia. No había escrito ni pronunciado su nombre en todos estos años. Por eso quiero esperar a mañana, para leer la carta a plena luz del día antes de enviarla.

Me parece que no les mencionaré lo de Grace, y menos a Ma. Está enferma, respira con dificultad y le duele el pecho. La enfermera del hospital ha dicho que son los pulmones y que no hay nada que hacer. De momento no hay ningún médico disponible para examinarla, y no lo habrá hasta dentro de unos días, por alguna razón que se me escapa. El farmacéutico se ha negado a despacharme nada sin saber qué le pasa exactamente, de manera que se ahoga con cada bocanada de aire y yace tumbada en la cama sin pegar ojo mientras él se revuelve a su lado. Los oigo mientras escribo estas líneas.

Hablarle a mi hermano de Jamila ha supuesto toda una liberación. No sé de qué le servirán estos apuntes, pero tal vez se dé cuenta de lo tontos que podemos llegar a ser, de lo tonto que he sido yo. Puede que le mande este diario. No sé cuánto tiempo más podré seguir escribiendo o trabajando, y tampoco sé qué pasará cuando deje de hacerlo, ni cómo nos las apañaremos para seguir adelante. Apenas veo por un ojo.

Empiezo a creer que la oscuridad y el silencio son una suerte de bendición. Si nuestros gobernantes prohibieran la música y vetaran la radio y la televisión, seguramente no lo lamentaríamos. Suena mal prohibir la música, como hacen los wahabíes más severos, como si abolieran la vida misma y la alegría, pero renunciaría a ella de buen grado a cambio de silencio.

La pena tiene sus recompensas. Ma falleció hace cuatro días y la muerte ha puesto fin a su sufrimiento. Ba parece haber hallado fuerzas en su ausencia; ha empezado a revisar sus pertenencias comunes y a hablar de ella y de la vida que compartieron. Farida ha venido para el funeral y ha traído consigo el libro que ha publicado, de modo que por fin podré leer sus poemas. Anoche le leyó uno a Ba, que la escuchó con atención y, cuando creía que rompería a llorar, la felicitó. Era un poema sobre Ma, sobre nuestra infancia. Él escuchó, sonriente, asintiendo: así era ella. Le ha pedido a Farida que lo ayude a revisar las cosas de Ma. Creo que, en realidad, sólo busca su compañía. No creo que dure mucho más, aunque estos días parece rebosante de energía. Me apena pensar que no verá a Rashid antes de morir, y que seguramente yo tampoco veré al italianito antes de quedarme completamente ciego, ni lo oiré respirando en la cama de al lado, parloteando en su incomprensible galimatías.

La radio se ha estropeado, así que no nos llegan las noticias. Pasamos la mayor parte del día sin agua corriente por culpa de una avería en la estación de bombeo. Ya no sabemos cómo hacer que nada funcione. No sabemos hacer nada por nosotros mismos, ninguna de las cosas que usamos o deseamos, ni siquiera una pastilla de jabón o un paquete de cuchillas de afeitar. ¿Cómo hemos podido caer tan bajo?

Continuación

Poco antes de leer los cuadernos de Amín, asistí como invitado a un congreso en Cardiff, organizado por un antiguo compañero de posgrado con el que había reanudado el contacto recientemente. En nuestros tiempos de estudiantes habíamos escrito la tesis a la vez, asistíamos a los mismos seminarios de investigación y quedábamos para jugar al *squash* dos veces por semana. Podría decirse que éramos amigos. Después empezamos a trabajar, cada cual siguió su camino y nos perdimos la pista. No había vuelto a oír su nombre, ni leído nada firmado por él, y estoy convencido de que mi antiguo compañero podría decir otro tanto de mí. De vez en cuando me venía a la mente, quizá porque conocía a alguien cuyo nombre me recordaba vagamente al suyo, o por alguna casualidad similar. Hasta que un buen día me envió un mensaje de correo electrónico. Había encontrado mi dirección en la página web de la universidad, donde aparece una lista con todos nuestros nombres y direcciones en lo que sólo puedo definir como un absurdo alarde de vanidad. Me escribía porque recordaba una conversación que habíamos tenido años atrás en torno a *Otelo*; en aquella ocasión, mis argumentos lo habían impresionado tanto que intentó persuadirme para que escribiera algo al respecto. En su *email* decía que confiaba en que lo hubiese hecho. El caso es que estaba organizando un congreso sobre el tratamiento de la sexualidad interracial en la literatura inglesa y se preguntaba si querría participar con una ponencia. «Sería estupendo volver a vernos y ponernos al día», dijo. Yo no podría estar más de acuerdo, de modo que acepté la invitación.

En vez de presentar una disertación sobre *Otelo*, que nunca llegué a escribir pese a su halagadora sugerencia, hablé sobre raza y sexualidad en la literatura colonial de Kenia. Durante mi ponencia,

mencioné de pasada algunas obras de ficción y también autobiografías, subrayando la ausencia de encuentros carnales en estos textos o la sublimación de éstos mediante gestos de afligido mecenazgo o rumores de excesos con desenlace trágico. En el coloquio que siguió a mi ponencia me referí a la historia de Rehana, o lo poco que sabía de ella, como ejemplo del tipo de relaciones que brillaban por su ausencia en la literatura colonial. Mencioné la ciudad y la época aproximada en que habían tenido lugar los acontecimientos y sus inesperadas consecuencias para Jamila, la nieta de Rehana. Entonces ignoraba el nombre de Pearce. Bueno, tampoco fue una ponencia memorable, nada demasiado rompedor o ambicioso, sino más bien una breve charla sobre determinados aspectos de ese subgénero literario que me parecían interesantes.

Sólo había seis personas entre el público, ya que la mayoría de los asistentes al congreso había decidido acudir a una charla sobre William Faulkner que coincidía con la mía. Yo seguramente habría hecho lo mismo, si pudiera. Al finalizar el acto, una de las asistentes vino a hablar conmigo. Me dijo que le había parecido muy interesante (como es de recibo en tales circunstancias) y me preguntó si podía comentarme algo a propósito de Rehana y su idilio con un inglés. Accedí, a la espera de conocer más detalles, pero me puse a la defensiva. Ella era una mujer atractiva de treinta y tantos años, un poco más joven que yo. Dejé que siguiera hablando porque no tenía claro cómo proceder. Por entonces recelaba de los intercambios personales. Después de mi ruptura con Grace, no había hecho el menor esfuerzo por entablar una nueva relación, de modo que mi vida se había vuelto muy solitaria, algo que me apenaba, pero también tranquila y manejable. Por lo general no soy vanidoso en estos asuntos, no doy por sentado que cada encuentro fortuito es un intento de seducción, más bien lo contrario, pero a veces las cosas se complican y se crean malentendidos que generan situaciones de incomodidad y bochorno. De modo que me limité a esperar.

Ella me contó que, a principios de siglo, su abuelo había ocupado brevemente el puesto de gobernador colonial en una pequeña ciudad de la costa de Kenia, la misma ciudad a la que yo me había referido al hablar de Rehana. El hombre había dejado constancia escrita de su efímero paso por la administración colonial,

y en esas memorias, que nunca llegó a terminar, mencionaba una aventura entre una mujer nativa y un viajero inglés, aunque no daba nombres. Mi interlocutora se preguntaba si podía tratarse de la misma historia, que su abuelo sólo había recogido porque el inglés vivió durante un tiempo amancebado con su amante a la vista de todos, algo harto insólito para la época. También lo había hecho para concluir, como había sostenido yo en mi ponencia, que ese tipo de relaciones estaba abocado al fracaso. La prueba era que el amante inglés había vuelto a su país y la mujer se había liado con otro hombre.

Y así fue como conocí a Barbara Turner.

Pasamos la tarde juntos y me contó muchas más cosas de las que hubiese imaginado. Su abuelo, que atendía al nombre de Frederick Turner, regresó a Inglaterra de permiso en 1903 y nunca volvió a ocupar el puesto de gobernador colonial. Su mujer detestaba el Imperio y él la echaba demasiado de menos para seguir adelante sin ella, de modo que se hizo profesor de literatura en la Universidad de Nottingham, donde Christabel, su esposa —que escribía poesía y para entonces había publicado varias obras— tenía admiradores y gozaba de cierta influencia. Fue durante ese período cuando Frederick Turner empezó a escribir sus memorias, que fechaba de manera metódica en los márgenes de cada nuevo apunte. El último es de junio de 1905. John, su primer hijo y padre de Barbara, vino al mundo ese mismo mes, lo que quizá explique por qué Frederick abandonó el proyecto, abrumado por la llegada del recién nacido. No sé hasta qué punto se tomaba en serio las memorias, si lo hacía por matar el tiempo o por nostalgia de esa otra vida a la que hubo de dar carpetazo en cuanto llegó el pequeño John. Para entonces seguramente había reanudado el contacto con Martin Pearce, que vivía cerca de allí, en Newark. Puede que eso también pesara en su decisión de abandonar las memorias, pues no habría querido ofenderlo. De hecho, Martin y Frederick se hicieron grandes amigos, y aunque el primero se mudó a Londres para trabajar como investigador en el Museo Británico, las familias se visitaban con asiduidad y se mantuvieron en contacto.

Nada de todo esto era de extrañar. Ahora tenía un nombre para el amante inglés de Rehana y el funcionario colonial que había cuidado de él. Que Martin Pearce resultara ser un orientalista

tampoco me sorprendió demasiado, pero sí que Frederick Turner acabara dando clases de literatura; no creo que se le diera peor que a la mayoría. Fue una suerte, qué duda cabe, que tanto Martin como Frederick sobrevivieran a la guerra. El primero estuvo destinado en Mesopotamia como experto en antigüedades, mientras que Frederick permaneció a salvo en Inglaterra. Lo que más me sorprendió fue descubrir que la hija de Pearce, Elizabeth, era la madre de Barbara. Me comentó estas relaciones de pasada el día que nos conocimos, pero más adelante tuve ocasión de ahondar en los detalles. Baste decir, en lo que aquí nos atañe, que Elizabeth, la madre de Barbara, era la única hija de Martin Pearce (oficialmente, porque sabemos que había otra) y contrajo matrimonio con el hijo primogénito de Frederick Turner, John. Fue la propia Elizabeth quien reveló a Barbara la identidad del inglés que se había amancebado con una mujer nativa. Tras la muerte de Frederick en 1940, Elizabeth leyó sus memorias y preguntó a su suegra, Christie Turner, si sabía quién era ese tal amante inglés. «Tu padre», fue la respuesta. Para entonces Martin Pearce también había fallecido, en el año 1939, y de nada servía mantener el secreto. La muerte se los había llevado a todos.

Le expliqué a Barbara de dónde nacía mi interés por la historia y le hablé de Jamila y Amín, pero en un primer momento sólo acertó a retener el dato de que esa relación había dado fruto, de que su abuelo había tenido una hija con su amante africana.

—Se llamaba Rehana —le dije—. Rehana Zakariya, no «amante africana». Y su hija se llama Asmah, que significa «libre de pecado». Ésta, a su vez, tuvo una hija llamada Jamila, que significa «hermosa».

—Entonces Jamila es mi prima —concluyó Barbara.

—Además, había dos hermanos mayores —le advertí.

—Yo también tengo dos hermanos mayores —repuso ella.

Unos días después, la madre de Barbara, Elizabeth, me escribió una nota para invitarme a almorzar. Yo le había pedido que me dejara echar un vistazo a las memorias de Frederick, y ella a cambio me había pedido vernos en persona. Barbara no estaba invitada a la reunión. Elizabeth me advirtió que no quería que yo pensara mal de su padre. A sus casi ochenta años, seguía teniendo la cabeza en su sitio y gozaba de buena salud. Lejos de parecer achacosa o ajada,

tenía un aspecto casi matronil. Me preparó un almuerzo ligero pero sofisticado: sopa de maíz, salmón asado con espinacas y tarta de manzana especiada. Barbara había compartido con ella mis revelaciones y quería saber más cosas sobre Jamila y su madre. Le conté lo poco que sabía. Elizabeth no tenía ni la más remota idea de que Pearce hubiese engendrado a otra hija. Ni siquiera su buen amigo Frederick podía sospecharlo, pero su padre sí, por fuerza debía saberlo. Cuando menos, sabía que Rehana estaba embarazada cuando la abandonó para volver a Inglaterra. Me preguntó si me constaba que su padre había mantenido correspondencia con su antigua amante o con la niña, o si las había visitado alguna vez, y le contesté que no tenía manera de saberlo. «Así que tengo una hermanastra», dijo entonces Elizabeth, y añadió que su marido, John, habría disfrutado de lo lindo con todo aquel enredo. «Murió hace dos años», me explicó, y tras una breve pausa: «Aún me cuesta creer que ya no está entre nosotros». Luego me preguntó si su hermanastra seguía viva y si sabía cómo se llamaba. Yo le dije que se llamaba Asmah, pero ignoraba si aún vivía. Me pidió que le apuntara el nombre en un papel y preguntó si había alguna manera de ponerse en contacto con Jamila, o con la madre de ésta en el caso de que siguiera viva. Le dije que lo consultaría.

Poco después recibí los cuadernos de Amín. Tras leerlos comprendí que, por más que quisiera, nunca habría podido imaginar el suplicio que les había tocado vivir. Entonces supe lo que tenía que hacer. Había llegado el momento de volver a casa, por así decirlo, de visitar a los míos, enterrar mis miedos y suplicar que me perdonaran por haberlos abandonado. Ese viaje sería un motivo de dicha para ellos y para mí, y devolvería la vida a nervios y fibras que llevaban demasiado tiempo aletargados. Barbara preguntó si podía acompañarme.

—¿Para qué? —le pregunté, sorprendido—. No será fácil para ti… Otras costumbres, incomodidades.

Eso fue lo que dije, pero en el fondo esperaba que insistiera, que se empeñara en acompañarme, dijera lo que dijese, porque por encima de todo deseaba estar conmigo. Quería oírle decir que me echaría de menos si me ausentaba durante tanto tiempo, tal como yo sabía que la echaría de menos a ella. Por entonces seguramente me conocía lo bastante para saber lo tímido que era, y que en el

fondo deseaba su compañía pero no me atrevía a pedírselo.

—Tal vez encontremos a Jamila —aventuró.

—No lo sé —repuse—. Hubo una gran desbandada, la gente está desperdigada por todos los rincones del planeta. Nadie encuentra a nadie.

—Algo averiguaremos —insistió.

Había leído mis escritos. Le dije que ya no quería saber nada de todo eso, que no quería seguir escribiendo al respecto; otras memorias inacabadas. Los recuerdos me habían llevado hasta ese punto, habían despertado en mí el impulso de volver a empezar. Aunque no fuera sino una ilusión, me transmitía una sensación de bienestar, y con eso tenía más que suficiente.

—Escribiré a casa para decirles que vas a venir, no sea que Ba se lo tome a mal. Te advierto que tendremos que dormir en habitaciones separadas —le dije, y la sola idea nos hizo sonreír de puro ridícula.



Abdulrazak Gurnah (Zanzíbar, 1948) es un escritor de origen tanzano afincado en Inglaterra desde hace más de medio siglo. Doctorado en 1982 por la Universidad de Kent, ejerció la docencia en las universidades Bayero (Kano, Nigeria) y Kent, donde dio clases de literatura hasta su jubilación en 2017. Es miembro de la Royal Society of Literature desde el año 2006 y autor de numerosos cuentos, ensayos y una decena de novelas, entre las que destacan *Paraíso* (2021), nominada para los premios Booker y Whitbread, *A orillas del mar* (2022), *El desertor* y La vida, después (2022). Considerado uno de los escritores poscoloniales más relevantes, ha sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 2021 por su «conmovedora descripción de los efectos del colonialismo y la historia de los refugiados en el abismo entre culturas y continentes».

